Sigmund Freud
Obras completas

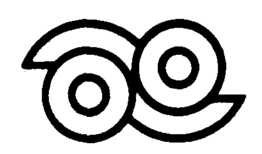
, comentarios y notas
mes Strachey,
ración de Anna Freud

Conferencias de introducción al psicoanálisis (Partes I y II) (1915-1916)

XV

Amorrortu editores

Obras completas
Sigmund Freud



Volumen 15

Obras completas
Sigmund Freud

Ordenamiento, comentarios y notas de James Strachey
con la colaboración de Anna Freud,
asistidos por Alix Strachey y Alan Tyson

Traducción directa del alemán de José L. Etcheverry

Volumen 15 (1915-16)

Conferencias de introducción
al psicoanálisis (Partes I y II)

Amorrortu editores

El título original en alemán de la presente obra de Sigmund Freud, cuyos derechos se consignan a continuación, figura en la página 3.

Primera edición en castellano, 1978; primera reimpresión, 1984; segunda reimpresión, 1987; tercera reimpresión, 1989; cuarta reimpresión, 1991

Traducción directa del alemán: José Luis Etcheverry
Traducción de los comentarios y notas de James Strachey: Leandro Wolfson
Asesoramiento: Santiago Dubcovsky, Fernando Ulloa y Jorge Colapinto
Corrección de pruebas: Rolando Trozzi y Mario Leff

Publicada con autorización de Sigmund Freud Copyrights Ltd., The Hogarth Press Ltd., The Institute of Psychoanalysis (Londres) y Angela Richards. Primera edición en *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, 1963; sexta reimpresión, 1975.

Queda hecho el depósito que previene la ley n° 11.723.

Industria argentina. Made in Argentina.

ISBN 950-518-575-8 (Obras completas)
ISBN 950-518-591-X (Volumen 15)

Impreso en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en agosto de 1991.

Tirada de esta edición: 4.000 ejemplares.

Indice general

Volumen 15

Volumen 16

Advertencia sobre la edición en castellano

El presente libro forma parte de las *Obras completas* de Sigmund Freud, edición en 24 volúmenes que ha sido publicada entre los años 1978 y 1985. En un opúsculo que acompaña a esta colección (titulado *Sobre la versión castellana*) se exponen los criterios generales con que fue abordada esta nueva versión y se fundamenta la terminología adoptada. Aquí sólo haremos un breve resumen de las fuentes utilizadas, del contenido de la edición y de ciertos datos relativos a su aparato crítico.

La primera recopilación de los escritos de Freud fueron los *Gesammelte Schriften*,[1] publicados aún en vida del autor; luego de su muerte, ocurrida en 1939, y durante un lapso de doce años, aparecieron las *Gesammelte Werke*,[2] edición ordenada, no con un criterio temático, como la anterior, sino cronológico. En 1948, el Instituto de Psicoanálisis de Londres encargó a James B. Strachey la preparación de lo que se denominaría *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, cuyos primeros 23 volúmenes vieron la luz entre 1953 y 1966, y el 24º (índices y bibliografía general, amén de una fe de erratas), en 1974.[3]

La *Standard Edition*, ordenada también, en líneas generales, cronológicamente, incluyó además de los textos de Freud el siguiente material: 1) Comentarios de Strachey previos a cada escrito (titulados a veces «*Note*», otras «*Introducción*»).

[1] Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 12 vols., 1924-34. La edición castellana traducida por Luis López-Ballesteros (Madrid: Biblioteca Nueva, 17 vols., 1922-34) fue, como puede verse, contemporánea de aquella, y fue también la primera recopilación en un idioma extranjero; se anticipó así a la primera colección inglesa, que terminó de publicarse en 1950 (*Collected Papers*, Londres: The Hogarth Press, 5 vols., 1924-50).

[2] Londres: Imago Publishing Co., 17 vols., 1940-52; el vol. 18 (índices y bibliografía general) se publicó en Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1968.

[3] Londres: The Hogarth Press, 24 vols., 1953-74. Para otros detalles sobre el plan de la *Standard Edition*, los manuscritos utilizados por Strachey y los criterios aplicados en su traducción, véase su «General Preface», vol. 1, págs. xiii-xxii (traducido, en lo que no se refiere específicamente a la lengua inglesa, en la presente edición como «Prólogo general», vol. 1, págs. xv-xxv).

2) Notas numeradas de pie de página que figuran entre corchetes para diferenciarlas de las de Freud; en ellas se indican variantes en las diversas ediciones alemanas de un mismo texto; se explican ciertas referencias geográficas, históricas, literarias, etc.; se consignan problemas de la traducción al inglés, y se incluyen gran número de remisiones internas a otras obras de Freud. 3) Intercalaciones entre corchetes en el cuerpo principal del texto, que corresponden también a remisiones internas o a breves apostillas que Strachey estimó indispensables para su correcta comprensión. 4) Bibliografía general, al final de cada volumen, de todos los libros, artículos, etc., en él mencionados. 5) Indice alfabético de autores y temas, a los que se le suman en ciertos casos algunos índices especiales (p.ej., «Indice de sueños», «Indice de operaciones fallidas», etc.).

El rigor y exhaustividad con que Strachey encaró esta aproximación a una edición crítica de la obra de Freud, así como su excelente traducción, dieron a la *Standard Edition* justo renombre e hicieron de ella una obra de consulta indispensable.

La presente edición castellana, traducida directamente del alemán,[4] ha sido cotejada con la *Standard Edition*, abarca los mismos trabajos y su división en volúmenes se corresponde con la de esta. Con la sola excepción de algunas notas sobre problemas de traducción al inglés, irrelevantes en este caso, se ha recogido todo el material crítico de Strachey, el cual, como queda dicho, aparece siempre entre corchetes.[5]

Además, esta edición castellana incluye: 1) Notas de pie de página entre llaves, identificadas con un asterisco en el cuerpo principal, y referidas las más de las veces a problemas propios de la traducción al castellano. 2) Intercalaciones entre llaves en el cuerpo principal, ya sea para reproducir la palabra o frase original en alemán o para explicitar ciertas variantes de traducción (los vocablos alemanes se dan en nominativo singular, o tratándose de verbos, en infinitivo). 3) Un «Glosario alemán-castellano» de los principales términos especializados, anexo al antes mencionado opúsculo *Sobre la versión castellana*.

Antes de cada trabajo de Freud, se consignan en la *Standard Edition* sus sucesivas ediciones en alemán y en inglés; por nues-

[4] Se ha tomado como base la 4ª reimpresión de las *Gesammelte Werke*, publicada por S. Fischer Verlag en 1972; para las dudas sobre posibles erratas se consultó, además, Freud, *Studienausgabe* (Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 11 vols., 1969-75), en cuyo comité editorial participó James Strachey y que contiene (traducidos al alemán) los comentarios y notas de este último.

[5] En el volumen 24 se da una lista de equivalencias, página por página, entre las *Gesammelte Werke*, la *Standard Edition* y la presente edición.

tra parte proporcionamos los datos de las ediciones en alemán y las principales versiones existentes en castellano.[6]

Con respecto a las grafías de las palabras castellanas y al vocabulario utilizado, conviene aclarar que: *a*) En el caso de las grafías dobles autorizadas por las Academias de la Lengua, hemos optado siempre por la de escritura más simple («trasferencia» en vez de «transferencia», «sustancia» en vez de «substancia», «remplazar» en vez de «reemplazar», etc.), siguiendo así una línea que desde hace varias décadas parece imponerse en la norma lingüística. Nuestra única innovación en este aspecto ha sido la adopción de las palabras «conciente» e «inconciente» en lugar de «consciente» e «inconsciente», innovación esta que aún no fue aprobada por las Academias pero que parecería natural, ya que «conciencia» sí goza de legitimidad. *b*) En materia de léxico, no hemos vacilado en recurrir a algunos arcaísmos cuando estos permiten rescatar matices presentes en las voces alemanas originales y que se perderían en caso de dar preferencia exclusiva al uso actual.

Análogamente a lo sucedido con la *Standard Edition*, los 24 volúmenes que integran esta colección no fueron publicados en orden numérico o cronológico, sino según el orden impuesto por el contenido mismo de un material que debió ser objeto de una amplia elaboración previa antes de adoptar determinadas decisiones de índole conceptual o terminológica.[7]

[6] A este fin entendemos por «principales» la primera traducción (cronológicamente hablando) de cada trabajo y sus publicaciones sucesivas dentro de una colección de obras completas. La historia de estas publicaciones se pormenoriza en *Sobre la versión castellana*, donde se indican también las dificultades de establecer con certeza quién fue el traductor de algunos de los trabajos incluidos en las ediciones de Biblioteca Nueva de 1967-68 (3 vols.) y 1972-75 (9 vols.).

En las notas de pie de página y en la bibliografía que aparece al final del volumen, los títulos en castellano de los trabajos de Freud son los adoptados en la presente edición. En muchos casos, estos títulos no coinciden con los de las versiones castellanas anteriores.

[7] El orden de publicación de los volúmenes de la *Standard Edition* figura en *AE*, 1, pág. xxi, *n*. 7. Para esta versión castellana, el orden ha sido el siguiente: 1978: vols. 7, 15, 16; 1979: vols. 4, 5, 8, 9, 11, 14, 17, 18, 19, 20, 21, 22; 1980: vols. 2, 6, 10, 12, 13, 23; 1981: vols. 1, 3; 1985: vol. 24.

Lista de abreviaturas

(Para otros detalles sobre abreviaturas y caracteres tipográficos, véase la aclaración incluida en la bibliografía, *infra*, **16**, pág. 423.)

AE Freud, *Obras completas* (24 vols., en curso de publicación). Buenos Aires: Amorrortu editores, 1978-.

BN Freud, *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.*

EA Freud, *Obras completas* (19 vols.). Buenos Aires: Editorial Americana, 1943-44.

GS Freud, *Gesammelte Schriften* (12 vols.). Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1924-34.

GW Freud, *Gesammelte Werke* (18 vols.). Volúmenes 1-17, Londres: Imago Publishing Co., 1940-52; volumen 18, Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1968.

IS Freud, *La interpretación de los sueños.***

PVC Freud, *Psicopatología de la vida cotidiana.****

RP *Revista de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Asociación Psicoanalítica Argentina, 1943–.

SA Freud, *Studienausgabe* (11 vols.). Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1969-75.

SE Freud, *The Standard Edition of the Complete Psychological Works* (24 vols.). Londres: The Hogarth Press, 1953-74.

SR Freud, *Obras completas* (22 vols.). Buenos Aires: Santiago Rueda, 1952-56.

* Utilizaremos la sigla *BN* para todas las ediciones publicadas por Biblioteca Nueva, distinguiéndolas entre sí por la cantidad de volúmenes: edición de 1922-34, 17 vols.; edición de 1948, 2 vols.; edición de 1967-68, 3 vols.; edición de 1972-75, 9 vols.

** La sigla *IS* se emplea en las conferencias 5ª a 15ª y remite a los volúmenes 4 y 5 de la presente edición. (Cf. pág. 75, *n.* 2.)

*** La sigla *PVC* se emplea en las conferencias 2ª a 4ª y remite al volumen 6 de la presente edición. (Cf. pág. 22, *n.* 1.)

Conferencias de introducción al psicoanálisis
(1916-17 [1915-17])

Introducción

Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse

Ediciones en alemán

1916 Parte I (publicada separadamente), *Die Fehlleistungen.* Leipzig y Viena: Heller.
1916 Parte II (publicada separadamente), *Der Traum.* La misma editorial.
1917 Parte III (publicada separadamente), *Allgemeine Neurosenlehre.* La misma editorial.
1917 Las tres partes en un tomo. La misma editorial, viii + 545 págs.
1918 2ª ed. (con índice y lista de cuarenta correcciones). La misma editorial, viii + 553 págs.
1920 3ª ed. (reimpresión corregida de la anterior). Leipzig, Viena y Zurich: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, viii + 553 págs.
1922 4ª ed. (reimpresión corregida de la anterior). La misma editorial, viii + 554 págs. (También las partes II y III, publicadas separadamente bajo los títulos *Vorlesungen über den Traum* y *Allgemeine Neurosenlehre.*)
1922 Edición de bolsillo (sin índice). La misma editorial, iv + 495 págs.
1922 Edición de bolsillo (2ª ed., corregida y con índice). La misma editorial, iv + 502 págs.
1924 *GS*, **7**, 483 págs.
1926 5ª ed. (reimpresión de *GS*). Leipzig, Viena y Zurich: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 483 págs.
1926 Edición de bolsillo (3ª ed.). La misma editorial.
1930 Edición en octavo. La misma editorial, 501 págs.
1933 (Con licencia.) Berlín: Kiepenheuer, 524 págs.
1940 *GW*, **11**, 495 págs.
1969 *SA*, **1**, págs. 33-445.

«Vorrede zur hebräischen Ausgabe»

1934 *GS*, **12**, págs. 383-4.
1950 *GW*, **16**, págs. 274-5.

Traducciones en castellano *

1923 *Introducción a la psicoanálisis*. *BN* (17 vols.), **4** (partes I-II) y **5** (parte III). Traducción de Luis López-Ballesteros.
1943 Igual título. *EA*, **4** (partes I-II) y **5** (parte III). El mismo traductor.
1948 Igual título. *BN* (2 vols.), **2**, págs. 59-300. El mismo traductor.
1953 Igual título. *SR*, **4** (partes I-II) y **5** (parte III). El mismo traductor.
1967 *Introducción al psicoanálisis*. *BN* (3 vols.), **2**, págs. 151-392. El mismo traductor.
1972 *Lecciones introductorias al psicoanálisis*. *BN* (9 vols.), **6**, págs. 2123-412. El mismo traductor.

1955 «Prólogo para la edición hebrea». *SR*, **20**, págs. 193-4. Traducción de Ludovico Rosenthal.
1968 Igual título. *BN* (3 vols.), **3**, págs. 320-1.
1972 Igual título. *BN* (9 vols.), **6**, pág. 2123.

Este libro tuvo una circulación más vasta que cualquier otra obra de Freud, salvo quizá la *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901*b*).[1] También se caracteriza por la cantidad de errores de imprenta. Como se indica en la nómina de ediciones, cuarenta fueron corregidos en la segunda, de 1918; pero había muchos más, y en las sucesivas ediciones puede observarse una cantidad considerable de leves variantes en el texto.**

La fecha real de publicación de las tres partes no es clara. La primera parte estaba con seguridad a la venta antes de fines de julio de 1916, como se desprende de una mención de Freud en una carta a Lou Andreas-Salomé, del 27 de

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xi y *n*. 6.}

[1] Las *Conferencias* fueron por cierto las más traducidas de todas las obras de Freud. En vida de este aparecieron, además de las traducciones al inglés (Nueva York, 1920, sin indicación de traductor; Londres, 1922, trad. por Joan Riviere; 2ª ed. rev., 1929), versiones en holandés (1917), francés (1922), italiano (1922), ruso (1922-23), español (1923), japonés (1928), noruego (1929), hebreo (1930), húngaro (1932), servio-croata (1933), chino (1933), polaco (1935) y checo (1936). Probablemente habían aparecido también para entonces en portugués, sueco, y luego en árabe.

** {La presente versión ha sido traducida, como se aclara en la «Advertencia» (*supra*, pág. x y *n*. 4) de las *GW*; el texto es idéntico al de los *GS*. En las notas de Strachey se consignan las divergencias más importantes respecto de las versiones anteriores.}

julio de 1916 (cf. Freud, 1960*a*). En la misma carta dice que la segunda parte está a punto de aparecer. Una misiva de Freud a Abraham del 18 de diciembre de 1916 sugiere que en realidad no apareció hasta fin de año. (Cf. Freud, 1965*a*.) La tercera parte parece haberse publicado en mayo de 1917.

El año académico de la Universidad de Viena se dividía en dos partes: un período (o semestre) de invierno, de octubre a marzo, y uno de verano, de abril a julio. Las conferencias fueron dictadas por Freud en dos períodos de invierno sucesivos, durante la Primera Guerra Mundial: 1915-16 y 1916-17.[2] En el segundo tomo de la biografía de Jones (1955, págs. 245 y sigs.) podrá encontrarse una descripción completa de las circunstancias que llevaron a su publicación.

Aunque la pertenencia de Freud a la Universidad de Viena había sido sólo «periférica» —como él mismo lo señala en el «Prólogo» a las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933*a*)—, pronunció allí muchas series de conferencias, desde la época de su nombramiento como *Privatdozent* {docente adscrito} en 1885 y como *Professor Extraordinarius* {profesor asociado} en 1902. De ellas no se ha conservado registro, aunque pueden encontrarse algunos relatos, por ejemplo de Hanns Sachs (1945, págs. 39 y sigs.), Theodor Reik (1942, págs. 19 y sigs.) y Ernest Jones (1953, págs. 375 y sigs.). Freud decidió que la serie iniciada en el otoño de 1915 sería la última, y acordó su publicación a sugerencia de Otto Rank. En el «Prólogo» ya citado a las *Nuevas conferencias*, Freud nos dice que la primera mitad de las anteriores —vale decir, las que aquí presentamos— fueron improvisadas, y volcadas al papel inmediatamente después, y que las de la segunda mitad fueron redactadas ese año {1916} en las vacaciones de verano, en Salzburgo, y pronunciadas con fidelidad literal en el invierno siguiente. Agrega que en esa época todavía poseía una memoria fonográfica, ya que por más que sus conferencias fueran preparadas con sumo cuidado, las pronunciaba directamente, sin leerlas,[3] y por lo común sin utilizar anotaciones. Hay acuerdo general acerca de su técnica de conferenciante: nunca

[2] Según Ernest Jones, la conferencia inaugural fue dictada el 23 de octubre de 1915; pero según una noticia contemporánea (*Int. Z. Psychoan.*, **3**, pág. 376), lo fue el 16 de octubre. Hay consenso en el sentido de que las conferencias se dictaron los días sábado.

[3] Se ha registrado una única excepción a esta regla, en el caso de su artículo para el Congreso de Budapest (1919*a*); cf. Jones (1953, pág. 375*n*.).

era retórico y su tono era el de una conversación tranquila e incluso íntima. Pero no debe suponerse por ello que fuera descuidado o desordenado. Sus conferencias tenían casi siempre una forma definida —cabeza, cuerpo y cola— y a menudo podían dar al oyente la impresión de poseer una unidad estética.

Se ha dicho (Reik, 1942, pág. 19) que a Freud le disgustaba dar conferencias; pero es difícil conciliar esto, no sólo con la cantidad de conferencias que dictó en el curso de su vida, sino con el hecho de que una proporción notablemente alta de su obra impresa tiene la forma de conferencias. Sin embargo, hay una explicación posible para esta incoherencia. El examen muestra que las obras que aparecen bajo esa forma son sobre todo las *expositivas*: por ejemplo, la temprana conferencia sobre «La etiología de la histeria» (1896*c*), otra algo posterior «Sobre psicoterapia» (1905*a*), y también, por supuesto, las *Cinco conferencias* dictadas en Estados Unidos (1910*a*) y la presente serie. Pero más allá de esto, cuando muchos años después Freud emprendió una exposición de los últimos desarrollos de sus puntos de vista, volvió a vertirlos —sin motivos evidentes— en forma de conferencias, y publicó sus *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933*a*), aunque nunca hubo posibilidad de dictarlas como tales. De modo que, evidentemente, la conferencia, como método de exponer sus opiniones, le atraía, pero sólo bajo una condición: él tenía que mantener un contacto vívido con su auditorio, ya fuera este real o supuesto.

Los lectores de este tomo notarán cómo Freud conserva de continuo este contacto: cómo pone regularmente objeciones en la boca de sus oyentes y cuán frecuentes son las discusiones imaginarias entre ellos y él. En realidad, Freud trasladó este método de presentar sus puntos de vista a obras que no son en absoluto conferencias: *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* (1926*e*) y la mayor parte de *El porvenir de una ilusión* (1927*c*) tienen la forma de diálogos entre el autor y un oyente crítico. Al contrario de lo que suponen ciertas nociones equivocadas, Freud se oponía totalmente a presentar sus puntos de vista de una manera autoritaria y dogmática: «Yo no se los quiero comunicar», dice a su auditorio (cf. *infra*, 16, pág. 392*); «prefiero que lo colijan ustedes mismos». Las objeciones no debían ser acalladas, sino planteadas abiertamente y examinadas. Y esto, después

* {Se entiende que las remisiones internas de esta obra corresponden a las páginas de la presente edición; véase la «Advertencia», *supra*, pág. x, *n*. 5.}

de todo, no era más que una extensión de una característica esencial en la técnica del mismo psicoanálisis.

Las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* pueden considerarse con justicia como un inventario de los puntos de vista de Freud y de la posición del psicoanálisis en la época de la Primera Guerra Mundial. Las secesiones de Adler y Jung eran ya historia pasada, el concepto del narcisismo databa de varios años atrás, el célebre historial clínico del «Hombre de los Lobos» había sido escrito (con excepción de dos pasajes) un año antes de que comenzaran las *Conferencias,* aunque se publicó después. También la gran serie de artículos «metapsicológicos» sobre aspectos fundamentales de la teoría había quedado terminada pocos meses antes, aunque sólo tres de ellos estaban publicados. (Dos más se publicaron poco después de las *Conferencias,* pero los siete restantes desaparecieron sin dejar huellas.) Estas últimas actividades (y, sin duda, también la preparación de estas *Conferencias*) se vieron facilitadas por la disminución del trabajo clínico de Freud, impuesta por la guerra. Aparentemente se había alcanzado una divisoria de aguas y parecía llegado el tiempo para hacer un alto. Pero en realidad se estaban gestando nuevas ideas creativas, que habrían de ver la luz en *Más allá del principio de placer* (1920*g*), *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921*c*) y *El yo y el ello* (1923*b*). Por cierto, no debe trazarse una línea demarcatoria demasiado nítida. Ya pueden detectarse aquí, por ejemplo, indicios de la noción de «compulsión de repetición» (cf. **16**, pág. 251), y son evidentes los comienzos del análisis del yo (cf. **16**, págs. 384 y 389), mientras que las dificultades respecto de los múltiples sentidos del término «inconciente» (cf. pág. 208*n.*) están allanando el camino para la nueva versión estructural de la psique.

En su «Prólogo» a estas *Conferencias,* Freud habla algo despectivamente acerca de la ausencia de novedad en su contenido. Pero nadie, por familiarizado que esté con la literatura psicoanalítica, corre el riesgo de aburrirse al leerlas, ni dejará de encontrar en ellas muchas cosas que son inhallables en otra parte. Las elucidaciones sobre la angustia (25ª conferencia) y sobre las fantasías primordiales (24ª conferencia) —que el mismo Freud destaca, como material nuevo, en su «Prólogo»— no son las únicas que podría haber mencionado. El resumen del simbolismo, en la 10ª conferencia, es probablemente el más completo que haya producido. En ningún otro lugar ofrece una síntesis tan clara de la formación de los sueños como en las páginas finales de la 14ª conferencia. No hay comentarios más lúcidos sobre las perversiones que los ofrecidos en las conferencias 20ª y 21ª. Por

último, el análisis de los procesos de la terapia psicoanalítica, en la 28ª conferencia, no tiene parangón. Y aun allí donde los temas parecerían muy trajinados (p. ej., el mecanismo de las operaciones fallidas y de los sueños), se los aborda desde direcciones inesperadas, arrojando nueva luz sobre lo que podría haber resultado un terreno deprimentemente familiar. Las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* se han hecho cabales merecedoras de su popularidad.[4]

James Strachey

[4] Debido a su propia naturaleza, estas conferencias tocaron gran variedad de temas, en algunos de los cuales Freud no pudo penetrar muy profundamente (como él mismo lo aclara en el último párrafo de la conferencia final). Muchos lectores, en especial los estudiantes que toman contacto por primera vez con el psicoanálisis a través de este trabajo, se toparán probablemente con algún punto sobre el que querrían aprender más. Por eso hemos tratado, en las notas a pie de página, de hacer remisiones particularmente numerosas a otros escritos de Freud, donde el tema abordado en el texto se trata con más extensión.

Prólogo
[1917]

Lo que aquí doy a la luz como «Introducción al psicoanálisis» de ninguna manera quiere entrar en competencia con las exposiciones de conjunto ya existentes sobre este ámbito del saber: las de Hitschmann (1913), Pfister (1913*b*), Kaplan (1914), Régis y Hesnard (1914) y Meijer (1915). Es la reproducción fiel de las conferencias que di [en la Universidad] en los dos cursos de invierno de 1915-16 y de 1916-17 ante un auditorio mixto de médicos y legos de ambos sexos.

Todas las peculiaridades del libro que puedan resultar llamativas a sus lectores se explican por las condiciones de su génesis. No era posible conservar en la exposición la fría calma de un tratado científico: más bien el orador debía proponerse mantener la atención de los oyentes a lo largo de una conferencia de casi dos horas. El cuidado por el efecto del momento hizo inevitable que un mismo asunto se tratara repetidas veces; por ejemplo, primero en el contexto de la interpretación del sueño y después en el de los problemas de la neurosis. El ordenamiento del material determinó también que muchos temas importantes, como el del inconciente, no pudieran estudiarse exhaustivamente en un pasaje único, sino que debieran retomarse una y otra vez para volver a abandonarlos hasta que se presentaba una nueva ocasión de aportar algo a su conocimiento.

Quien esté familiarizado con la literatura psicoanalítica hallará en esta «Introducción» muy poco que no pueda serle conocido ya por otras publicaciones, más detalladas. No obstante, la necesidad de redondear y de resumir el tema obligó al autor en algunas secciones (la etiología de la angustia, las fantasías histéricas) a echar mano de un material que hasta entonces había retenido.

Viena, primavera de 1917

Prólogo a la traducción al hebreo[1]
[1930]

Estas conferencias fueron pronunciadas en 1916 y en 1917. Respondían con bastante fidelidad al estado en que se encontraba entonces la joven ciencia, y abarcaban más de lo que enunciaba su nombre. No sólo ofrecían una introducción al psicoanálisis, sino también la mayor parte del contenido de este último. Naturalmente, hoy ya no es así. En el ínterin, la teoría ha hecho progresos y se han agregado piezas importantes, como la descomposición de la personalidad en un yo, un superyó y un ello, una profunda modificación de la doctrina de las pulsiones e intelecciones sobre el origen de la conciencia moral y del sentimiento de culpa. Por tanto, las conferencias quedaron en alto grado incompletas; sólo ahora tienen realmente el carácter de una mera «introducción». Pero, en otro sentido, tampoco han sido superadas ni están envejecidas. Lo que comunican, exceptuadas unas pocas modificaciones, se sigue creyendo y enseñando todavía en las escuelas psicoanalíticas.

Al público lector de hebreo, y en particular a los jóvenes afanosos de saber, este libro les entrega el psicoanálisis en el ropaje de aquella antiquísima lengua que ha sido llamada a nueva vida por la voluntad del pueblo judío. El autor sabe bien del ímprobo trabajo que debió realizar el traductor. No puede tampoco acallar esta duda: ¿Habrían hallado comprensibles estas conferencias Moisés y los profetas? Pero a sus descendientes —entre los cuales se cuenta el propio autor—, a quienes está destinado este libro, les ruega que no se abandonen a una reacción de rechazo siguiendo los primeros impulsos de crítica y disgusto. El psicoanálisis aporta tantas cosas nuevas, y entre ellas tantas que contradicen opiniones consabidas y sentimientos hondamente arraigados, que no puede menos que provocar oposición al comienzo. Pero si uno suspende el juicio y deja que el psicoanálisis como un todo lo impresione, quizá llegue a la convicción de que aun eso nuevo indeseado merece conocerse y es indispensable si se quiere comprender el alma y la vida de los hombres.

Viena, diciembre de 1930

1 [La traducción al hebreo fue publicada por Verlag Stybel en Jerusalén, en 1930.]

Parte I. Los actos fallidos
(1916 [1915])

1ª conferencia. Introducción

Señoras y señores: Yo no sé cuánto sabe cada uno de ustedes acerca del psicoanálisis, sea por sus lecturas o de oídas; pero estoy obligado, por la letra de mi anuncio —«Introducción elemental al psicoanálisis»—, a tratarlos como si nada supieran y necesitasen una instrucción preliminar.

Lo que sin duda puedo dar por supuesto es que ustedes saben que el psicoanálisis es una modalidad de tratamiento médico de pacientes neuróticos. Entonces puedo presentarles, acto seguido, un ejemplo de cómo muchas cosas ocurren en este ámbito de manera diversa, y aun directamente al revés, de lo que es habitual en el resto de la medicina. En esta, cuando sometemos a un enfermo a una técnica médica que le resulta nueva, por regla general restamos importancia a las dificultades y le damos optimistas seguridades acerca del éxito del tratamiento. Creo que está justificado hacerlo, pues con tal conducta aumentamos la probabilidad del éxito. Ahora bien, cuando tomamos a un neurótico bajo tratamiento psicoanalítico procedemos de otro modo. Le exponemos las dificultades del método, su prolongada duración, los esfuerzos y los sacrificios que cuesta y, en lo tocante al resultado, le decimos, nada podemos asegurarle: eso depende de su conducta, de su inteligencia, de su docilidad, de su perseverancia. Desde luego, tenemos motivos para adoptar un comportamiento en apariencia tan contrario a lo habitual, y quizá más adelante llegarán ustedes a comprenderlos.

No lo tomen ustedes a mal si al principio los trato de manera parecida a esos enfermos neuróticos. En verdad les desaconsejo que vengan a oírme una segunda vez. Con ese propósito, les presentaré las deficiencias que por fuerza son inherentes a la enseñanza del psicoanálisis y las dificultades con que tropieza quien desea formarse acerca de él un juicio personal. Les mostraré que toda la capacitación anterior y los hábitos de pensamiento de ustedes tienen que convertirlos en opositores al psicoanálisis, y cuánto deberían vencer dentro de sí mismos para dominar esa hostilidad instintiva. No puedo anticiparles, desde luego, lo que ustedes obtendrán de mis comunicaciones en cuanto a comprensión del psicoanálisis, pero algo puedo asegurarles: oyéndolas no

habrán aprendido a realizar una indagación psicoanalítica ni a ejecutar un tratamiento de esa índole. Mas si alguno de ustedes no se sintiera satisfecho con un trato pasajero con el psicoanálisis, y quisiera entrar en una relación permanente con él, no sólo se lo desaconsejaría, sino que directamente lo prevendría contra ello. Tal como están hoy las cosas, mediante esa elección vocacional se coartaría toda posibilidad de lograr éxito en una universidad, y, si hubiera de entrar en la vida como médico practicante, se encontraría en medio de una sociedad que no comprende sus empeños, que lo mira con desconfianza, con hostilidad, y que le suelta todos los malos espíritus que en ella están en acecho. Las manifestaciones que acompañan a la guerra que hoy descarga sus furias sobre Europa quizá les permitan formarse una idea de cuántas legiones hay de tales espíritus.

Siempre hay bastantes personas que, a pesar de tales incomodidades, se sienten atraídas por algo que puede constituirse en un nuevo fragmento del saber. Si alguno de ustedes perteneciera a esa clase y, desdeñando mis avisos, volviera a presentarse aquí la próxima vez, será bienvenido. Pero todos tienen el derecho a enterarse de estas dificultades del psicoanálisis a que he aludido.

Primero están las de la instrucción, las de la enseñanza del psicoanálisis. En la enseñanza médica se han habituado ustedes a ver. Ven el preparado anatómico, el precipitado en la reacción química, la contracción del músculo como resultado de la estimulación de sus nervios. Más tarde, se exhiben a los sentidos de ustedes los enfermos, los síntomas de su enfermedad, los productos del proceso patológico y, en muchos casos, hasta el agente de la enfermedad en su estado aislado. En los departamentos de cirugía son testigos de las intervenciones mediante las cuales se procura aliviar al enfermo, y tal vez ustedes mismos ensayen ejecutarlas. También en la psiquiatría la presentación del enfermo con sus muecas, sus modos de decir y su conducta alterados les sugiere una multitud de observaciones que dejarán en ustedes una impresión profunda. Así, el profesor de medicina desempeña predominantemente el papel de un guía y de un intérprete que los acompaña por un museo mientras ustedes obtienen un contacto inmediato con los objetos, y, por medio de su propia percepción, se sienten convencidos de la existencia de los nuevos hechos.

Por desdicha, en el psicoanálisis todo es diverso. En el tratamiento analítico no ocurre otra cosa que un intercambio de palabras entre el analizado y el médico. El paciente ha-

bla, cuenta sus vivencias pasadas y sus impresiones presentes, se queja, confiesa sus deseos y sus mociones afectivas. El médico escucha, procura dirigir las ilaciones de pensamiento del paciente, exhorta, empuja su atención en ciertas direcciones, le da esclarecimientos y observa las reacciones de comprensión o rechazo que de ese modo provoca en el enfermo. Los parientes incultos de nuestros enfermos —a quienes solamente les impresiona lo que se ve y se palpa, de preferencia las acciones como se ven en el cinematógrafo—, nunca dejan de manifestar su duda de que «meras palabras puedan lograr algo con la enfermedad». Desde luego, es una reflexión tan miope como inconsecuente. Es la misma gente que sabe, con igual seguridad, que los enfermos «meramente imaginan» sus síntomas. Las palabras fueron originariamente ensalmos, y la palabra conserva todavía hoy mucho de su antiguo poder ensalmador. Mediante palabras puede un hombre hacer dichoso a otro o empujarlo a la desesperación, mediante palabras el maestro trasmite su saber a los discípulos, mediante palabras el orador arrebata a la asamblea y determina sus juicios y sus resoluciones. Palabras despiertan sentimientos y son el medio universal con que los hombres se influyen unos a otros. Por eso, no despreciemos el empleo de las palabras en la psicoterapia y démonos por satisfechos si podemos ser oyentes de las palabras que se intercambian entre el analista y su paciente.[1]

Pero es que no podemos hacerlo. La conversación en que consiste el tratamiento psicoanalítico no soporta terceros oyentes; no admite ser presentada en público. Desde luego, en una lección de psiquiatría es posible presentar a los alumnos un neurasténico o un histérico. Cuenta entonces sus quejas y síntomas, pero nada más. Las comunicaciones de que el análisis necesita sólo serán hechas por él a condición de que se haya establecido un particular lazo afectivo con el médico; callaría tan pronto notara la presencia de un solo testigo que le fuera indiferente. Es que esas comunicaciones tocan lo más íntimo de su vida anímica, todo lo que él como persona socialmente autónoma tiene que ocultar a los otros y, además, todo lo que como personalidad unitaria no quiere confesarse a sí mismo.

No pueden ustedes, por tanto, ser los oyentes de un tratamiento psicoanalítico. Sólo pueden oír hablar de él y tomar conocimiento del psicoanálisis de oídas, en el sentido estricto de la palabra. Esta instrucción de segunda mano, por así decir, los pone en una situación por completo insó-

[1] [Véase un pasaje análogo en *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* (1926*e*), *AE*, **20**, pág. 175.]

lita para formarse un juicio. Casi todo depende, es evidente, de la fe que puedan ustedes prestar al informante.

Figúrense ustedes que no han concurrido a una conferencia de psiquiatría sino a una de historia, y que el conferenciante les cuenta acerca de la vida y de los hechos bélicos de Alejandro Magno. ¿Qué motivo tendrían para creer en la veracidad de sus comunicaciones? Primero, la situación parece todavía más desfavorable que en el caso del psicoanálisis, pues el profesor de historia asistió tan poco como ustedes a las expediciones guerreras de Alejandro; el psicoanalista por lo menos les informa de cosas en que él mismo ha participado. Pero entonces hay que considerar aquello que confirma lo que el historiador dice. Puede remitirlos a ustedes a los informes de autores antiguos que fueron contemporáneos de los acontecimientos o estuvieron muy próximos a ellos, vale decir, a los libros de Diodoro, Plutarco, Arriano, etc.; puede presentarles reproducciones de las monedas o estatuas conservadas del rey, y hacer circular entre los presentes una fotografía del mosaico pompeyano que representa la batalla de Issos. En rigor, todos esos documentos sólo prueban que generaciones anteriores ya creyeron en la existencia de Alejandro y en la realidad de sus hazañas, y en este punto podría recomenzar la crítica de ustedes. Descubrirán entonces que no todo lo que se informa sobre Alejandro es digno de crédito ni susceptible de certificarse en sus detalles, pero yo no puedo suponer que saldrán de la sala de conferencias dudando de la realidad de Alejandro Magno. Su juicio se regirá por dos consideraciones principales: la primera, que el conferenciante no tiene ningún motivo concebible para presentarles como real algo que él mismo no tenga por tal, y la segunda, que todos los libros de historia asequibles exponen los acontecimientos de una manera parecida. Y si después se enfrascan en la compulsa de las fuentes antiguas, tomarán en cuenta estos mismos factores, a saber, los motivos posibles del informante y el acuerdo recíproco de los testimonios. El resultado del cotejo será sin duda tranquilizador en el caso de Alejandro, pero es probable que no ocurra lo mismo si se trata de personalidades como Moisés o Nimrod. Ahora bien, en lo que sigue tendrán ocasión de individualizar con suficiente nitidez la duda que pueden elevar contra la credibilidad del informante en psicoanálisis.

Ahora tienen todo el derecho de hacer esta pregunta: Si no existe ninguna certificación objetiva del psicoanálisis ni posibilidad alguna de hacer demostración pública de él, ¿cómo se puede aprenderlo y convencerse de la verdad de sus aseveraciones? Ese aprendizaje no es en realidad fácil, ni son muchos los hombres que lo hayan hecho en regla, pero

desde luego existe un camino transitable. El psicoanálisis se aprende primero en uno mismo, por el estudio de la personalidad propia. No coincide esto en un todo con lo que se llama observación de sí, pero si es preciso puede subsumírselo en ella. Existe una serie íntegra de fenómenos anímicos harto frecuentes y de todos conocidos que, tras alguna instrucción en la técnica, pueden pasar a ser objeto del análisis en uno mismo. Por esa vía se obtiene la buscada convicción acerca de la realidad de los procesos que el psicoanálisis describe y acerca de lo correcto de sus concepciones. De todos modos, los progresos alcanzables por este camino encuentran límites precisos. Más lejos se llega si uno se hace analizar por un analista experto, si se vivencian en el yo propio los efectos del análisis y se aprovecha esa oportunidad para atisbar en el analista la técnica más fina del procedimiento. Desde luego, este excelente camino es transitable en cada caso para una persona individual, nunca para un curso entero.

Hay una segunda dificultad en la relación de ustedes con el psicoanálisis de la que no puedo hacer responsable a este, sino que debo achacarla a ustedes mismos, mis oyentes, al menos en la medida en que hayan cultivado hasta ahora estudios de medicina. Esa formación previa ha imprimido a la actividad de pensamiento de ustedes una determinada orientación que ha de apartarlos mucho del psicoanálisis. Se les ha enseñado a buscar un fundamento anatómico para las funciones del organismo y sus perturbaciones, a explicarlas en términos de física y de química y a concebirlas biológicamente, pero ni un fragmento del interés de ustedes fue dirigido a la vida psíquica que, no obstante, corona el funcionamiento de este organismo maravillosamente complejo. Por eso les es ajeno un modo de pensamiento psicológico y se han habituado a mirarlo con desconfianza, a negarle carácter de cientificidad y a abandonarlo a los legos, a los poetas, a los filósofos de la naturaleza [2] y a los místicos. Esta limitación importa por cierto un perjuicio para la actividad médica de ustedes, pues el enfermo les presentará primero, como es la regla en todas las relaciones humanas, su fachada anímica, y yo me temo que en castigo se verán precisados a dejar una parte de la influencia terapéu-

2 [En el sentido de los partidarios de la «filosofía de la naturaleza» panteísta de Schelling, que tuvo vigencia en Alemania en la primera parte del siglo XIX.]

tica que ustedes[3] pretenden conseguir en manos de esos médicos legos, naturistas y místicos, a quienes tanto desprecian.

No ignoro la disculpa que puede hacerse valer respecto de esa carencia. Falta la ciencia auxiliar filosófica que pudiera servir a los propósitos médicos de ustedes. Ni la filosofía especulativa ni la psicología descriptiva, ni la llamada psicología experimental, que sigue las huellas de la fisiología de los sentidos, tal como se las enseña en las escuelas, son capaces de decirles algo útil acerca de la relación entre lo corporal y lo anímico o de ponerles al alcance de la mano las claves para la comprensión de una perturbación posible en las funciones anímicas. Dentro de la medicina, es cierto que la psiquiatría se ocupa de describir las perturbaciones del alma observadas y de reunirlas en ciertos cuadros clínicos, pero por momentos los propios psiquiatras dudan de que sus clasificaciones meramente descriptivas merezcan el nombre de una ciencia. Los síntomas que componen esos cuadros clínicos no han sido individualizados en su origen, ni en su mecanismo, ni en su enlace recíproco; no les corresponden alteraciones registrables en el órgano anatómico del alma, o esas alteraciones son tales que a partir de ellas no podría explicárselos. Y esas perturbaciones del alma sólo son susceptibles de influencia terapéutica cuando se las puede individualizar como efectos colaterales de una afección orgánica por lo demás.

He ahí la laguna que el psicoanálisis se empeña en llenar. Quiere dar a la psiquiatría esa base psicológica que se echa de menos, y espera descubrir el terreno común desde el cual se vuelva inteligible el encuentro de la perturbación corporal con la perturbación anímica. A este fin debe mantenerse libre de cualquier presupuesto ajeno, de naturaleza anatómica, química o fisiológica, y trabajar por entero con conceptos auxiliares puramente psicológicos; por eso me temo que al principio les suene a cosa extraña.

En cuanto a la dificultad que sigue, no quiero echar parte de la culpa a la formación previa o a la actitud de ustedes. Por dos de sus tesis el psicoanálisis ultraja a todo el mundo y se atrae su aversión; una de ellas choca con un prejuicio intelectual, la otra con uno estético-moral. Permítanme que no subestime estos prejuicios; son poderosos, son los sedimentos de procesos de desarrollo útiles y aun necesarios

3 [«*Sie*» (ustedes) en las primeras ediciones alemanas; «*sie*» (ellos) en *GS* y *GW*.]

para la humanidad; alimentados por fuerzas afectivas, la lucha contra ellos es asunto difícil.

La primera de esas aseveraciones ingratas del psicoanálisis dice que los procesos anímicos son, en sí y por sí, inconcientes, y los procesos concientes son apenas actos singulares y partes de la vida anímica total.[4] Recuerden ustedes que, por el contrario, estamos habituados a identificar lo psíquico con lo conciente. A la conciencia la consideramos directamente el carácter definitorio de lo psíquico, y a la psicología, la doctrina de los contenidos de la conciencia. Hasta nos parece tan trivial esa igualación que sentimos como un absurdo manifiesto toda contradicción a ella. Y no obstante, el psicoanálisis no puede menos que plantear esa contradicción; le es imposible tomar como supuesto la identidad entre lo conciente y lo anímico.[5] Su definición de lo anímico dice que consiste en procesos del tipo del sentir, el pensar, el querer; y se ve obligado a sostener que hay un pensar inconciente, hay un querer inconciente. Pero con eso se ha enajenado la simpatía de todos los amigos de la cientificidad sobria y se ha hecho sospechoso de ser una fantástica doctrina esotérica que querría edificarse en las tinieblas y pescar en río revuelto. Desde luego que ustedes, mis oyentes, no pueden todavía comprender todo el derecho que me asiste para tachar de prejuicio un enunciado de naturaleza tan abstracta como «Lo anímico es lo conciente»; tampoco pueden aún colegir el desarrollo que eventualmente llevó a desmentir lo inconciente, si es que existe una cosa tal, ni la ventaja que de esa desmentida pudo obtenerse. Todo suena como una vacía disputa verbal: ¿se hace coincidir lo psíquico con lo conciente o debe extendérselo más allá? No obstante, puedo asegurarles que con el supuesto de que existen procesos anímicos inconcientes se ha iniciado una reorientación decisiva en el mundo y en la ciencia.

Menos todavía pueden ustedes sospechar cuán estrecho es el lazo que une esta primera audacia del psicoanálisis con la segunda, que ahora mencionaré. Este segundo enunciado

4 [Destaquemos desde ya que en alemán las palabras «*Unbewusst*» {inconciente} y «*bewusst*» {conciente} tienen una forma gramatical pasiva y, en general, un sentido pasivo. En inglés, las palabras «*conscious*» y «*unconscious*» *pueden* ser utilizadas en forma pasiva, pero, con igual frecuencia, lo son en forma activa. Así, en inglés se diría: «*I am conscious of a pain in my toe*» {literalmente: «Soy conciente de un dolor en un dedo mío del pie»} o «*He was unconscious of his hatred*» {«El era inconciente de su odio»}; en alemán, en cambio, lo habitual sería decir que *el dolor* es conciente o *el odio* es inconciente, y este es el uso adoptado comúnmente por Freud.]

5 [Esta cuestión se examina extensamente en el trabajo de Freud sobre «Lo inconciente» (1915*e*), *AE*, **14**, págs. 161 y sigs.]

que el *psicoanálisis* proclama como uno de sus hallazgos contiene, en efecto, la aseveración de que mociones pulsionales que no pueden designarse sino como sexuales, en sentido estricto y en sentido lato, desempeñan un papel enormemente grande, hasta ahora no apreciado lo suficiente, en la causación de las enfermedades nerviosas y mentales. Y, más aún, que esas mismas mociones sexuales participan, en medida que no debe subestimarse, en las más elevadas creaciones culturales, artísticas y sociales del espíritu humano.[6]

Según mi experiencia la repulsa por este resultado de la investigación psicoanalítica es la fuente más importante de la resistencia con que ella ha chocado. ¿Quieren saber cómo nos explicamos este hecho? Creemos que, bajo el acicate del apremio de la vida, la cultura fue creada a expensas de la satisfacción pulsional, y en buena parte es recreada siempre de nuevo en la medida en que los individuos que van ingresando en la comunidad de los hombres repiten, en favor del todo, ese sacrificio de satisfacción pulsional. Entre las fuerzas pulsionales así empleadas, las pertenecientes a las mociones sexuales desempeñan un importante papel; en ese proceso son sublimadas, vale decir, desviadas de sus metas sexuales y dirigidas hacia otras, que se sitúan socialmente en un plano más elevado y ya no son sexuales. Pero esta construcción es lábil; las pulsiones sexuales no quedan bien domadas, y en todo individuo que debe sumarse a la obra cultural subsiste el peligro de que sus pulsiones sexuales se rehúsen a ese empleo. La sociedad no discierne amenaza mayor a su cultura que la eventual emancipación de las pulsiones sexuales y el regreso de ellas a sus metas originarias.[7] Por eso no gusta de que se la alerte sobre esa delicada pieza de su basamento, no tiene interés alguno en que se reconozca la fuerza de las pulsiones sexuales y se ponga en claro la importancia que la vida sexual posee para los individuos; más bien, con propósito pedagógico, opta por desviar la atención de todo ese ámbito. Por eso no soporta el mencionado hallazgo de la investigación psicoanalítica, y daría cualquier cosa por ponerle el marbete de repulsivo en lo estético, de vituperable en lo moral, o de peligroso. Pero nada puede hacerse con tales objeciones contra un hallazgo del trabajo científico que se supone objetivo. Si es que ha de expresarse en voz alta esa contradicción, debe trasponérsela al ámbito intelectual. Ahora bien, es propio de la naturaleza humana

[6] [Las pulsiones sexuales son el tema de la 20ª conferencia, **16**, págs. 277 y sigs.]

[7] [El tratamiento más completo que hizo Freud del tema del antagonismo entre la cultura y las fuerzas pulsionales se halla en *El malestar en la cultura* (1930*a*).]

el inclinarse por tachar de incorrecto algo que no gusta, y después es fácil hallar argumentos en su contra. La sociedad convierte entonces lo ingrato en incorrecto y pone en entredicho las verdades del psicoanálisis con argumentos lógicos y fácticos, pero lo hace a partir de fuentes afectivas y sostiene estas objeciones, en calidad de prejuicios, contra todo intento de réplica.

Ahora bien: nosotros, estimadas señoras y señores, podemos decir que cuando formulamos ese enunciado que se nos objeta no perseguíamos ningún propósito tendencioso. No quisimos sino expresar algo que pertenece al orden de los hechos y que, mediante un empeñoso trabajo, creímos haber reconocido. Y ahora exigimos también el derecho de mantener lejos del trabajo científico la injerencia de tales prevenciones prácticas, y ello incondicionalmente, aun antes de que hayamos averiguado si se justifica o no se justifica el temor que pretende dictárnoslas.

Muy bien, esas serían algunas de las dificultades que les saldrían al paso si ustedes se ocuparan del psicoanálisis. Quizás es más que suficiente para empezar. Si pueden sobreponerse a la impresión que ellas les han causado, habremos, por nuestra parte, de continuar.

2ª conferencia. Los actos fallidos[1]

Señoras y señores: No partiremos de premisas, sino de una investigación. Como objeto de ella escogeremos ciertos fenómenos que son muy frecuentes, harto conocidos y muy poco apreciados, y que nada tienen que ver con enfermedades puesto que pueden observarse en cualquier persona sana. Son las llamadas *operaciones fallidas* del hombre, como cuando alguien quiere decir algo y dice en cambio otra palabra, el *desliz verbal* {*Versprechen* = trastrabarse}, o le ocurre lo mismo escribiendo, sea que pueda reparar en ello o no. O cuando alguien, en la publicación impresa o en el manuscrito de otro, lee algo diverso de lo que ahí se dice, el *desliz en la lectura* {*Verlesen*}; lo mismo si oye falsamente algo que se le dice, el *desliz auditivo* {*Verhören*}, desde luego sin que exista para ello una afección orgánica de su capacidad auditiva. Otra serie de esos fenómenos tiene por base un *olvido* {*Vergessen*}, pero no uno permanente, sino sólo temporario; por ejemplo, cuando alguien no puede hallar un *nombre* que sin embargo conoce y que por regla general

1 [«*Fehlleistungen*»; este concepto general no existía antes de Freud, y para su traducción al inglés se acuñó el término *parapraxes*. Toda la *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901*b*) está destinada a examinar estas operaciones fallidas. Freud a menudo recurrió a ellas (como lo hace aquí) en sus escritos didácticos, por considerarlas el material más apropiado para una introducción a sus teorías. De hecho, fueron uno de los primeros temas de que se ocuparon sus propias investigaciones psicológicas. Parte de la historia de su interés por este tema se hallará en mi «Introducción» a *Psicopatología de la vida cotidiana*, *AE*, **6**, págs. 3-7. {Como en las presentes conferencias se alude repetidamente a esa obra, a fin de ahorrar espacio emplearemos la abreviatura «*PVC*»; los números de página remitirán siempre al volumen 6 de esta edición.}]

{«Acto fallido» ha llegado a ser, desde la traducción de López-Ballesteros, una expresión de uso corriente en castellano para referirse a este concepto de Freud; por eso la conservamos en el título de estas conferencias. Pero no fue posible hacerlo en el texto mismo: 1) La traducción de López-Ballesteros no es unívoca, sino que vierte *Fehlleistung* y *Fehlhandlung* por la misma expresión «acto fallido», y al primero de esos términos, muchas veces por «funcionamiento fallido». Strachey traduce ambos por «*parapraxis*», aunque en alguna ocasión usa «*faulty acts*» para el segundo. En realidad, *Fehlleistung* parece una expresión más abarcadora que *Fehlhandlung*; esta última se halla más limitada a acciones en el mundo de las cosas. Es cierto que están muy próximas, pero preferimos que su sinonimia (rela-

reencuentra luego, o cuando olvida ejecutar un *designio* del que más tarde empero se acuerda, y por tanto sólo lo había olvidado durante cierto lapso. En una tercera serie falta esa condición de lo meramente temporario, por ejemplo, en el *extraviar* {*Verlegen*}, cuando alguien guarda un objeto en alguna parte y después ya no atina a encontrarlo, o en el caso totalmente análogo del *perder* {*Verlieren*}. Frente a este olvido nos comportamos diversamente que frente a otros; nos asombra o nos enoja, en lugar de hallarlo comprensible. A ello se suman ciertos *errores* {*Irrtümer*} en los que de nuevo sale al primer plano la temporariedad, pues durante cierto lapso se cree algo de lo cual antes se supo y más tarde volverá a saberse que no es así, y una cantidad de fenómenos semejantes, a los que se conoce bajo diversos nombres.

Son todos acaecimientos cuyo parentesco estrecho se expresa [en alemán] en que van precedidos de idéntico prefijo, «*ver-*»;* casi todos son de naturaleza nimia, la mayoría de las veces muy efímeros, y sin mayor importancia en la vida del hombre. Sólo de tiempo en tiempo uno de ellos, como la pérdida de objetos, alcanza repercusión práctica. Por eso casi no llaman la atención, excitan apenas débiles afectos, etc.

Para estos fenómenos quiero ahora solicitar la atención de ustedes. Pero, disgustados, me opondrán: «Hay tantos grandiosos enigmas en el ancho[2] mundo, y en el más estrecho de la vida anímica; hay tantos motivos de asombro que piden y merecen explicación en el campo de las perturbaciones del alma, que parece en realidad desatinado malgastar trabajo e interés en tales pequeñeces. Si usted pudiera hacernos comprender cómo es que un hombre sano de vista y de oído puede ver y oír a la luz del día cosas que no existen, por qué otro se cree de pronto perseguido por aquellos seres que le eran hasta entonces los más entrañables o, con

tiva) se establezca en el texto mismo, distinguiéndolas en la traducción. 2) En todas las obras de Freud, hemos vertido «*Leistung*» por «operación» (cuando el término denota «operaciones» del aparato anímico). 3) Al comienzo de la 4ª conferencia, Freud se pregunta si las *Fehlleistung* son «actos» (*Akt*) psíquicos. Traducimos, pues, *Fehlleistung* por «operación fallida», *Fehlhandlung* por «acción fallida», y *Akt* por «acto».}

* {También en inglés el prefijo «*mis-*» cumple análoga función; en castellano sucede lo propio con ciertas voces que empiezan por «tras-», como «trastrabarse», «trastrocar», «trascordarse», en tanto que otras, como «trasoír», «trasver», son hoy arcaísmos fuera de uso.}

2 [En las ediciones posteriores al año 1922 no figura esta palabra.]

los fundamentos más sagaces, sustenta productos de su delirio que hasta a un niño tendrían que parecerle unos dislates, entonces estimaríamos en algo al psicoanálisis; pero si este no puede hacer otra cosa que ocuparnos en las razones por las cuales un orador en un banquete dijo una palabra por otra o un ama de casa extravió sus llaves y tonterías parecidas, entonces sabremos emplear en algo mejor nuestro tiempo y nuestro interés».

Les respondería yo: ¡Paciencia, estimadas señoras y señores! Creo que esa crítica no va por la senda correcta. El psicoanálisis, eso es verdad, no puede gloriarse de no haberse dedicado nunca a pequeñeces. Al contrario, su material de observación lo constituyen por lo común aquellos sucesos inaparentes que las otras ciencias arrojan al costado por demasiado ínfimos, por así decir la escoria del mundo de los fenómenos. Pero, ¿no confunden ustedes en su crítica la grandiosidad de los fenómenos con lo llamativo de sus indicios? ¿Acaso no existen cosas muy importantes que, en ciertas circunstancias y épocas, sólo pueden traslucirse por medio de indicios sumamente débiles? Podría mencionarles sin dificultad varias situaciones de esa índole. ¿No es mediante indicios mínimos como infieren —me dirijo a los hombres jóvenes que hay entre ustedes— que han conquistado la preferencia de una dama? ¿Aguardan para ello una expresa declaración de amor, un abrazo tórrido, o más bien les basta con una mirada inadvertida para otros, con un movimiento fugitivo, la presión de una mano prolongada un segundo? Y si han participado como detectives en la investigación de un asesinato, ¿esperan realmente encontrarse con que el asesino dejó tras sí, en el lugar del hecho, una fotografía junto con su dirección, o más bien se conforman por fuerza con las huellas más leves e imperceptibles de la persona buscada? No despreciemos, entonces, los pequeños síntomas; quizá a partir de ellos logremos ponernos en la pista de algo más grande. Y además, como ustedes, yo pienso que los grandes problemas del mundo y de la ciencia tienen prioridad en nuestro interés. Pero las más de las veces de muy poco vale el expreso designio de ocuparse ahora en la investigación de este o estotro gran problema. Es que a menudo no sabemos adónde dirigir el paso siguiente. En el trabajo científico es más promisorio el abordaje de lo que se tiene directamente frente a sí y ofrece un camino para su investigación. Si se lo hace bien en profundidad, sin supuestos ni expectativas previos, y si se tiene suerte, es posible, a consecuencia de la concatenación que une todo con todo, también lo pequeño con lo grande, que incluso un trabajo tan

falto de pretensiones dé acceso al estudio de los grandes problemas.

Así hablaría yo para retener el interés de ustedes en la consideración de las operaciones fallidas de las personas sanas, fenómenos en apariencia tan nimios. Ahora consultemos a cualquiera que sea ajeno al psicoanálisis y preguntémosle por el modo en que él se explica el acaecimiento de tales cosas.

Sin duda responderá primero: «¡Oh! Eso no merece explicación ninguna; son pequeñas contingencias». ¿Qué entiende nuestro hombre con eso? ¿Quiere decir que hay sucesos tan ínfimos que se salen del encadenamiento del acaecer universal, y que lo mismo podrían no ser como son? Si alguien quebranta de esa suerte en un solo punto el determinismo de la naturaleza, echa por tierra toda la cosmovisión científica. Podríamos hacerle ver cuánto más consecuente consigo misma es la cosmovisión religiosa cuando asegura de manera expresa que ningún gorrión se cae del tejado sin la voluntad expresa de Dios. Creo que nuestro amigo no querrá extraer esa consecuencia de su primera respuesta, se retractará y dirá que si él estudiara estas cosas hallaría de todos modos explicaciones para ellas. Se trata de pequeños deslizamientos de la función, de imprecisiones de la operación del alma, cuyas condiciones pueden indicarse. Un hombre que por lo demás habla correctamente quizá cometa un desliz verbal: 1) si está algo indispuesto y fatigado; 2) si está emocionado, y 3) si es solicitado en demasía por otras cosas. Es fácil corroborar estas indicaciones. Y en efecto, el trastrabarse emerge con particular frecuencia cuando se está fatigado, se tienen dolores de cabeza o a uno está por atacarle una jaqueca. En esas mismas circunstancias ocurre con facilidad el olvido de nombres propios. Muchas personas suelen anticipar por esas ausencias de nombres propios la jaqueca que está por sobrevenirles.[3] También emocionados confundimos a menudo las palabras, y lo mismo las cosas, «trastrocamos las cosas confundidos» {*Vergreifen*}, y el olvido de designios así como una multitud de otras acciones impremeditadas se hacen notables cuando se está distraído, vale decir, en verdad, cuando se está concentrado en otra cosa. Un ejemplo conocido de semejante distracción es el profesor de la *Fliegende Blätter*,[4] que olvida recoger su paraguas y se confunde de sombrero porque está pensando en los problemas que ha de tratar en su próximo libro. Cada uno de nosotros conoce por experiencia propia ejemplos de

[3] [Esta era una experiencia personal de Freud; cf. *PVC*, pág. 28.]
[4] [Un semanario humorístico.]

designios que nos hemos forjado, de promesas que hemos hecho y que olvidamos porque entretanto vivenciamos algo que nos solicitó con fuerza.

Esto nos suena por completo inteligible y parece exento de contradicción. Quizá no es muy interesante, al menos no tanto como habíamos esperado. Consideremos con mayor atención esas explicaciones de las operaciones fallidas. Las condiciones que se indicaron para la emergencia de esos fenómenos no son todas del mismo tipo. Estar indispuesto o tener trastornos circulatorios dan una fundamentación fisiológica a la falla de la función normal; excitación, fatiga, distracción son factores de otro tipo, que podrían llamarse psicofisiológicos. Estos últimos pueden trasponerse con facilidad a la teoría. Tanto por la fatiga como por la distracción, y quizá también por la excitación general, la atención se distribuye de un modo tal que puede traer por consecuencia que se dirija una atención escasa a la operación de que se trate. Es entonces particularmente fácil que esta se perturbe, se ejecute fallidamente. Un leve estado enfermizo o modificaciones en el aflujo de sangre al órgano nervioso central pueden traer este mismo efecto, ya que influyen de manera similar sobre el factor decisivo, la distribución de la atención. En todos los casos entrarían en juego, pues, los efectos de una perturbación de la atención, sea por causas orgánicas o por causas físicas.

Esto no parece proporcionarnos gran cosa para nuestro interés psicoanalítico. Podríamos sentirnos tentados de desistir del tema. Pero es el caso que, considerando las observaciones más de cerca, no todo se acomoda a esta teoría de las operaciones fallidas basada en la atención, o al menos no se deduce naturalmente de ella. Sabemos por la experiencia que esas acciones fallidas y esos olvidos ocurren también en personas que *no* están fatigadas, distraídas ni emocionadas, sino que en todo sentido se encuentran en su estado normal, a menos que precisamente a causa de la operación fallida se quiera atribuir con posterioridad a esas personas un estado de emoción que ellas mismas no confiesan. Tampoco puede concederse tan simplemente que una operación esté garantizada si aumenta la atención que se le dispensa, y amenazada si disminuye. Existe gran número de desempeños que se cumplen de manera puramente automática, con muy escasa atención, y no obstante se ejecutan con total seguridad. El paseante que apenas sabe adónde va, mantiene empero el camino correcto y llega a destino sin haberse *descaminado* [*vergangen*]. Al menos es lo que ocurre por regla general. El pianista ejercitado acierta en las teclas correctas sin pensar en ello. Desde luego, también puede

trastrocarlas confundido alguna vez, pero si el tocar de manera automática hubiera de acrecentar el peligro de que ello ocurra, precisamente el virtuoso, que por su gran ejercitación ejecuta de manera por entero automática, sería el más expuesto a este peligro. Vemos, por el contrario, que muchas ejecuciones salen especialmente bien cuando no son objeto de una atención muy elevada,[5] y que el percance de la operación fallida puede sobrevenir cuando se otorga particular importancia a la operación correcta, vale decir, en casos en que con seguridad no se desvía la atención requerida. Podría sostenerse que esto es efecto de la «emoción», pero no se entiende por qué motivo la emoción no haría, más bien, que se pusiera mayor atención en algo que se procura con tanto interés. Cuando alguien, en un discurso importante o en un debate oral, comete un desliz y dice lo contrario de aquello que se proponía, ello difícilmente puede explicarse con arreglo a la teoría psicofisiológica o teoría de la atención.

Y entre las operaciones fallidas hay en verdad muchos fenómenos colaterales que no se comprenden ni se nos aclaran por las explicaciones propuestas hasta ahora. Si alguien, por ejemplo, olvida temporariamente un nombre, ello le enfada y a toda costa quiere recordarlo y no puede cejar en el empeño. ¿Por qué el enfadado logra tan raras veces dirigir su atención, como quisiera, a esa palabra que, según dice, «tiene en la punta de la lengua» y que al instante reconoce si la oye mencionar ante él? O bien: hay casos en que las operaciones fallidas se multiplican, se encadenan unas con otras, se sustituyen unas a otras. La primera vez habíamos olvidado una cita; la vez siguiente, en que nos hicimos el designio de no olvidarla, comprobamos que por error habíamos anotado otra hora. Por ciertos rodeos buscamos acordarnos de una palabra olvidada, y entonces se nos escapa un segundo nombre que habría podido servirnos para encontrar el primero. Y si ahora perseguimos ese segundo nombre, se nos sustrae un tercero, etc. Lo mismo, como es sabido, puede suceder en el caso de los errores de imprenta, que pueden concebirse como operaciones fallidas del cajista. Una de esas obstinadas erratas se filtró cierta vez en una hoja socialdemócrata. En la noticia sobre una festividad, se leía: «Entre los presentes se observó también a Su Alteza, el *Kornprinz*». Al día siguiente se intentó una enmienda. La hoja se disculpó y escribió: «Quiso decirse, desde luego, el "*Knorprinz*"».[6] En

[5] [Freud ya había sostenido con frecuencia en otros lugares que es posible realizar las funciones con mayor precisión en ausencia de atención conciente; cf. *PVC*, pág. 131.]

[6] [Lo que se pretendía decir era «*Kronprinz*» (príncipe de la Corona); «*Korn*» significa «cereal», y «*Knorr*», «protuberancia».]

tales casos suele hablarse del diablo de las erratas, del duende de la caja tipográfica y cosas parecidas, expresiones que en todo caso van más allá de una teoría psicofisiológica de los errores de imprenta. [Cf. *PVC*, págs. 130-1.]

Yo no sé si es de ustedes conocido que el trastrabarse puede ser provocado, inducido por sugestión, por así decir. Una anécdota lo ilustra: cierta vez, a alguien que debutaba en las tablas se le confió el importante papel de anunciar al rey, en *Die Jungfrau von Orleans* [de Schiller], que «*der Connétable schickt sein Schwert zurück*» {el Condestable le devuelve su espada}; uno de los primeros actores se permitió la broma de apuntar al amilanado principiante repetidas veces durante el ensayo este otro texto, a cambio de aquel: «*der Komfortabel schickt sein Pferd zurück*» {el cochero le devuelve su caballo}; y logró su propósito.[7] En la representación, el desdichado debutó realmente con ese modificado anuncio, por más que iba bastante advertido o quizá precisamente por eso.

Ninguno de estos pequeños rasgos de las operaciones fallidas encuentra explicación en la teoría de la falta de atención. Mas no por eso ha de ser ella necesariamente falsa. Quizá le falte algo, un complemento, para volverse por entero satisfactoria. Pero, a su vez, muchas de las operaciones fallidas pueden ser consideradas todavía desde otro punto de vista.

Tomemos, como la más apta para nuestros propósitos entre las operaciones fallidas, el *desliz en el habla*. Podríamos escoger a igual título el desliz en la escritura o en la lectura.[8] Sobre eso tenemos que advertir que hasta ahora sólo nos hemos preguntado cuándo, en qué condiciones, cometemos tales deslices, y únicamente con relación a eso hemos obtenido una respuesta. Pero también podemos dirigir hacia otro punto nuestro interés y proponernos averiguar la razón por la cual nos trastrabamos precisamente de este modo y no de

[7] [Parece haber aquí cierta confusión. En realidad, en el acto I, escena 2, del drama de Schiller, es el propio rey el que anuncia la defección del condestable.]

[8] [Desde el punto de vista de la traducción, es muy infortunado que en estas tres conferencias sobre los actos fallidos Freud eligiera como ejemplos más frecuentes los deslices en el habla, ya que estos, por su propia naturaleza, son particularmente difíciles de traducir. Sin embargo, hemos preferido mantener los ejemplos que da Freud, con explicaciones a pie de página o entre corchetes, en lugar de remplazarlos por otros equivalentes en inglés. {En general, lo mismo se ha hecho en la versión castellana.} Se hallarán gran cantidad de muestras de deslices en el habla para la lengua inglesa, en especial, en los trabajos de A. A. Brill (1912) y Ernest Jones (1911*b*).]

otro; podemos tomar en cuenta lo que resulta del trastrabarse. Bien advierten ustedes que mientras no se dé respuesta a esa pregunta, mientras no se explique el efecto del trastrabarse, el fenómeno seguirá siendo una contingencia en su aspecto psicológico, por más que haya encontrado una explicación fisiológica. Cada vez que cometo un desliz al hablar, es evidente que podría hacerlo de maneras infinitamente diversas, cambiando la palabra correcta por una entre millares de otras o consumando incontables desfiguraciones de ella. Ahora bien, ¿hay algo que en el caso particular me impone, entre todas las maneras posibles, una manera determinada de trastrabarme, o ello queda librado al azar, al capricho, y nada racional puede aducirse para esta pregunta?

Dos autores, Meringer y Mayer (un filólogo y un psiquiatra), hicieron ya en 1895 el intento de abordar la cuestión del trastrabarse desde este costado. Reunieron ejemplos y los consideraron primero desde puntos de vista puramente descriptivos. Por supuesto, esto no proporciona todavía una explicación, pero puede indicarnos el camino hacia ella. Distinguen las desfiguraciones que el trastrabarse ocasiona en lo que se tenía la intención de decir, como: permutaciones, anticipaciones del sonido {*Vorklang*}, posposiciones del sonido {*Nachklang*}, mezclas (contaminaciones) y recambios (sustituciones). Les daré ejemplos de estos grupos principales propuestos por los dos autores. Es un caso de permutación si alguien dice «*La Milo de Venus*» en lugar de «La Venus de Milo» (permutación en la secuencia de las palabras); una anticipación de sonido: «*Es war mir* auf der Schwest... *auf der Brust so schwer*»;* [9] una posposición de sonido sería el conocido brindis malogrado: «*Ich fordere Sie* auf, auf *das Wohl unseres Chefs* auf*zustossen*».** [10] Estas tres formas de trastrabarse no son muy frecuentes. En mayor número podrán observar ustedes casos en que el trastrabarse se produce por contracción o por mezcla; por ejemplo, si un caballero se dirige a una dama por la calle con estas palabras: «Si usted lo permite, señorita, querría yo *acomtrajarla* {*begleit-digen*}». Es evidente que en la palabra mixta se esconde, junto a «acompañar» {*Begleiten*}, «ultrajar» {*Beleidigen*}. (Dicho sea de paso, el joven no habrá tenido mucho éxito con la dama.) Como sustitución, M. y M. citan

* {Quiso decirse: «Yacía sobre mi pecho tan pesadamente»; la proferencia «*Schwest*», carente de significado, era una deformación de «*Brust*» (pecho) debida a la anticipación del «*schwe*» de «*schwer*» (pesadamente).}

[9] [Este ejemplo y el anterior figuran en *PVC*, pág. 57.]

** {«Los invito a *eructar por* (*aufzustossen*) la salud de nuestro jefe», en vez de «brindar por» (*anzustossen*).}

[10] [Este caso figura también en *PVC*, pág. 58.]

el caso en que alguien dice: «*Ich gebe die Präparate in den* Brief*kasten*», en lugar de «Brüt*kasten*», etc.[11]

El intento de explicación que ambos autores fundan en su colección de ejemplos es particularmente insuficiente. Opinan que los sonidos y sílabas de una palabra tienen valencias diversas, y que la inervación del elemento de mayor valor puede influir perturbadoramente sobre la del de menor valor. Es evidente que para ello se basan en las anticipaciones y posposiciones del sonido, en sí mismas no tan frecuentes; en el caso de otros resultados del trastrabarse, esas preferencias del sonido, si es que en general existen, no cuentan. En efecto, la mayor parte de las veces nos trastrabamos diciendo en lugar de una palabra otra muy semejante a la primera, y esta semejanza satisface a muchos como explicación del trastrabarse. Valga el ejemplo de un profesor en su discurso inaugural: «No estoy *geneigt* {inclinado} (por *geeignet* {calificado}) para apreciar los méritos de mi estimado predecesor». Y otro: «En el caso de los genitales femeninos, a pesar de muchas *Versuchungen* {tentaciones}... Perdón: *Versuche* {experimentos}...». [Cf. *PVC*, págs. 72 y 81.]

El tipo más habitual y también el más llamativo de trastrabarse es, empero, aquel en que se dice exactamente lo contrario de lo que se tenía la intención de decir. Esto, desde luego, nos lleva muy lejos de las relaciones entre los sonidos y de los efectos de semejanza, y en cambio puede sostenerse que los opuestos poseen entre sí un fuerte parentesco conceptual y se sitúan en una particular proximidad dentro de la asociación psicológica [cf. *infra*, págs. 163 y sigs.]. Hay ejemplos históricos de este tipo: Un presidente de nuestra Cámara de Diputados abrió una vez la sesión con estas palabras: «Compruebo la presencia en el recinto de un número suficiente de señores diputados, y por tanto declaro *cerrada* la sesión».[12]

Cualquier otra asociación corriente, que en ciertas circunstancias puede emerger de manera harto embarazosa, provoca parecida proclividad al desliz que el vínculo de oposición. Así, se cuenta que en una fiesta en honor del matrimonio de un vástago de H. Helmholtz con un vástago del conocido inventor y gran industrial W. Siemens, el famoso fisiólogo Dubois-Reymond hubo de pronunciar el brindis. Fue su discurso sin duda brillante, y lo cerró con estas pa-

[11] [«Puse el preparado *en el buzón*» en vez de «en la incubadora»; *Briefkasten* es, literalmente, caja para cartas; *Brütkasten*, caja para incubar. Estos dos últimos ejemplos aparecen en *PVC*, págs. 70 y 58.]

[12] [*PVC*, pág. 62. Freud también recurrió a este ejemplo en uno de sus últimos escritos, inconcluso: «Algunas lecciones elementales sobre psicoanálisis» (1940*b*).]

labras: «Larga vida entonces para la nueva firma: ¡Siemens y... Halske!». Era, naturalmente, el nombre de la vieja firma. Para un berlinés, la conjunción de los dos nombres debía de ser tan usual como «Riedel y Beutel» lo sería para un vienés.[13]

Por tanto, a las relaciones entre los sonidos y a la semejanza entre las palabras debemos agregar todavía la influencia de las asociaciones de palabras. Pero no basta con ello. En una serie de casos parece que la explicación del trastrabarse observado no se alcanza hasta que no se toma en cuenta una frase anterior, pronunciada o aun sólo pensada. Estamos de nuevo, pues, ante un caso de posposición del sonido, como aquellos destacados por Meringer, sólo que de proveniencia más distante. ¡Debo confesar que, en general, tengo la impresión de que ahora estamos más lejos que antes de comprender esa operación fallida que es el trastrabarse!

De todas maneras, creo no andar errado si declaro que, en el curso de la indagación emprendida, todos nosotros hemos recibido una impresión nueva que nos han dejado los ejemplos de deslices en el habla, y en la que tal vez valga la pena demorarse. Primero habíamos estudiado las condiciones bajo las cuales se produce en general un desliz de esa índole, y después abordamos las influencias que determinan el modo de la desfiguración provocada por él. Pero no hemos considerado todavía al efecto del trastrabarse por sí solo, sin mirar a su génesis. Si ahora nos decidimos a hacerlo, tendríamos que hallar por fin la osadía para decir: En algunos de los ejemplos, eso que el trastrabarse produjo tiene sin duda un sentido. ¿Qué significa que tiene un sentido? Solamente que el efecto del trastrabarse puede quizás exigir que se lo considere como un acto psíquico de pleno derecho que también persigue su meta propia, como una exteriorización de contenido y de significado. Hasta aquí hemos hablado siempre de acciones fallidas, pero ahora parece como si muchas veces la acción fallida misma fuese una acción cabal que no ha hecho sino remplazar a la otra, a la esperada o intentada.

Y este sentido propio de la acción fallida parece palpable e innegable en ciertos casos singulares. Cuando el presidente, con sus primeras palabras, cierra la sesión de la Cámara de Diputados en lugar de abrirla, nosotros nos inclinamos, conociendo las circunstancias en las cuales ocurrió el desliz, a discernir un sentido en esa acción fallida: él no esperaba

13 [«Riedel y Beutel» era una conocida tienda de ramos generales de Viena. Siemens y Halske eran, por supuesto, los conocidos ingenieros eléctricos.]

nada bueno de la sesión, y le haría feliz poder interrumpirla de nuevo enseguida. Sin dificultad alguna revelamos ese sentido, vale decir, interpretamos este trastrabarse. O si una dama pregunta a otra, con tono en apariencia aprobatorio: «¿A ese sombrero nuevo, tan encantador, usted misma lo ha *aufgepatzt* [vocablo no existente, por *aufgeputzt* {arreglado}]?», ninguna cientificidad del mundo nos impedirá entender que ese trastrabarse quiere decir: «Ese sombrero es una *Patzerei* {chapucería}». O si una dama, conocida por lo enérgica, cuenta: «Mi marido preguntó al doctor por la dieta que debía observar; pero el doctor le dijo que no le hace falta ninguna dieta, puede comer y beber lo que *yo* quiera», ese trastrabarse no es otra cosa que la expresión indisimulable de un consecuente programa.[14]

Si entonces resulta, señoras y señores, que no sólo poseen *sentido* unos pocos casos de deslices en el habla y de operaciones fallidas en general, sino gran número de ellos, inevitablemente este sentido de las operaciones fallidas, del que hasta ahora nada se nos ha dicho, se convertirá para nosotros en lo más interesante y relegará con justicia todos los otros puntos de vista a un segundo plano. Podemos hacer a un lado, por consiguiente, todos los factores fisiológicos o psicofisiológicos, y nos está permitido consagrarnos a indagaciones de carácter puramente psicológico acerca del sentido, vale decir, el significado, el propósito de la operación fallida. Para ello no descuidaremos examinar con esa expectativa un material de observación más vasto.

Pero antes de llevar adelante este designio, los invito a que me sigan ustedes por otra pista. Hartas veces ha ocurrido que un escritor se sirviera del trastrabarse o de alguna otra operación fallida como recurso de figuración literaria. Este hecho por sí solo nos demuestra que a su juicio la operación fallida, el trastrabarse por ejemplo, posee un sentido, puesto que lo produce intencionadamente. No es que el autor se haya equivocado por casualidad al escribir, y después dejó que ese desliz en la escritura quedase como un desliz en el hablar de su personaje. Mediante el trastrabarse quiere darnos a entender algo. Por cierto, podemos examinar qué puede ser eso: si, por ejemplo, quiere indicarnos que su personaje está distraído o fatigado o ha de sobrevenirle una jaqueca. Desde luego, no hemos de sobrestimar que el autor emplee el trastrabarse como provisto de sentido. En la vida real podría carecer de sentido, podría ser una contingencia

14 [Estos dos últimos ejemplos aparecen en *PVC*, págs. 89 y 72.]

psíquica o poseer sentido sólo en rarísimos casos, y el autor reservarse el derecho de infundirle un sentido, mediante la presentación tipográfica, para sus propios fines. Pero no nos asombraría que el poeta nos enseñara sobre el trastrabarse más que el filólogo y el psiquiatra.

Un ejemplo de esta índole se encuentra en *Wallenstein* [de Schiller] (*Piccolomini*, acto I, escena 5). En la escena precedente, Max Piccolomini ha abrazado con la pasión más ardiente el partido del duque [de Wallenstein], y ha echado a volar la imaginación sobre las bendiciones de la paz que se le revelaron en su viaje, mientras acompañaba al campo a la hija de Wallenstein. Deja a su padre [Octavio] y al enviado de la corte, Questenberg, sumidos en la consternación. Y ahora prosigue la quinta escena:

«*Questenberg:* ¡Ay de nosotros! ¿Así son las cosas? ¿Lo dejaremos, amigo mío, en ese delirio? ¿No lo llamamos ya mismo para abrirle los ojos?

Octavio (recobrándose después de una ensimismada meditación): El me los ha abierto ahora, y mi mirada penetra más lejos de lo que quisiera.

Questenberg: ¿De qué habla?

Octavio: ¡Maldito sea ese viaje!

Questenberg: ¿Pero por qué? ¿Qué ocurre?

Octavio: Venga usted. Debo seguir al punto la desdichada pista, verlo con mis propios ojos. Venga usted. *(Quiere llevarlo consigo.)*

Questenberg: ¿Por qué? ¿Adónde?

Octavio (urgido): Hacia ella.

Questenberg: Hacia...

Octavio (corrigiéndose): Hacia el duque, vamos».

Octavio quiso decir «hacia él» {*zu ihm*}, hacia el duque, pero se trastraba y al decir «hacia ella» {*zu ihr*} nos deja traslucir al menos que ha reconocido muy bien la influencia que hizo soñar con la paz al joven guerrero.[15]

Un ejemplo todavía más notable ha sido descubierto por O. Rank [1910*c*] en Shakespeare. Se encuentra en *El mercader de Venecia*, en la famosa escena en que el pretendiente preferido debe elegir entre los tres cofrecillos, y quizá no puedo hacer nada mejor que leerles aquí la breve exposición de Rank:

«En *El mercader de Venecia* de Shakespeare (acto III, escena 2) encontramos un *desliz en el habla* motivado con ex-

[15] [Este ejemplo y el siguiente aparecen en *PVC*, págs. 97-9.]

trema fineza dramática, brillante como recurso técnico, que nos deja ver, como el que Freud señaló en el *Wallenstein*, que los poetas conocen muy bien el mecanismo y el sentido de esta operación fallida, y presuponen que también los lectores habrán de comprenderlos. Porcia, compelida por la voluntad de su padre a elegir un esposo echándolo a suertes, por obra del azar se ha librado hasta ahora de todos los pretendientes que le desagradaban. Por fin, en Basanio ha encontrado al candidato por quien se siente atraída, y no puede menos que temer que también a él la suerte le sea esquiva. En su corazón querría decirle que puede estar seguro de su amor aun si ello sucede, pero su voto se lo impide. En este conflicto interior, el poeta le hace decirle al festejante bienvenido:

"No os apresuréis, os lo suplico; esperad un día o dos
antes de consultar la suerte, ya que si escogéis mal
vuestra compañía perderé; aguardad, pues, un poco:
algo me dice (*¡pero no es el amor!*)
que perderos no quisiera. [. . .]
. . . Podría enseñaros
el medio de escoger bien, pero sería perjura,
y no lo seré jamás; podéis perderme, entonces,
y si eso ocurre, me haréis desear pecar
convirtiéndome en perjura. ¡Mal haya vuestros ojos!,
me han embrujado y partido en dos mitades;
Una mitad es vuestra, la otra es vuestra. . .,
mía, quiero decir; pero si mía, es vuestra,
y así soy toda vuestra".

»Justamente eso que ella quería insinuarle apenas, porque en verdad a toda costa debía callarlo —que aun antes de la elección era *toda* de él y lo amaba—, es lo que el dramaturgo, con una sutil y asombrosa penetración psicológica, deja traslucir en el trastrabarse; mediante ese artificio sabe calmar la insoportable incertidumbre del amante, así como la tensión que el espectador, compenetrado con él, siente frente al resultado de la elección».

Noten ustedes, además, la finura con que Porcia concilia al final las dos expresiones contenidas en su trastrabarse, el modo en que resuelve la contradicción contenida en ellas y, sin embargo, da en definitiva la razón al desliz:

«. . . pero si mía, es vuestra,
y así soy toda vuestra».

Un pensador alejado de la medicina ha descubierto también de pasada, con una observación, el sentido de una operación fallida, ahorrándonos por anticipado el trabajo de explicarla. Todos ustedes conocen al autor satírico Lichtenberg (1742-1799), dotado de un espíritu sagaz, de quien Goethe ha dicho: «Donde él hace una broma es que hay un problema oculto». Y aun a veces a través de la broma aflora también la solución del problema. En sus *Witzige und satirische Einfälle* {Ocurrencias satíricas y chistosas} [1853], Lichtenberg registra esta frase: «Tanto había leído a Homero que donde decía "*angenommen*" {supuesto} él veía siempre "*Agamemnon*"». Es realmente la teoría del desliz en la lectura.[16]

La próxima vez examinaremos si podemos seguir a los creadores literarios en su concepción de las operaciones fallidas.

[16] [Lichtenberg era uno de los autores favoritos de Freud, quien cita muchos de sus epigramas en *El chiste y su relación con lo inconciente* (1905*c*). El dicho sobre Agamenón es vuelto a considerar *infra*, pág. 63, y se lo cita en el libro sobre el chiste (*AE*, **8**, pág. 88), así como en *PVC* (pág. 113), donde también aparece el comentario de Goethe (pág. 213).]

3ª conferencia. Los actos fallidos *(continuación)*

Señoras y señores: En la conferencia anterior se nos ocurrió que la operación fallida no había de considerarse en relación con la operación intentada que ella perturbó, sino en sí y por sí. Tuvimos la impresión de que en casos singulares parece dejar traslucir su sentido propio, y nos dijimos que si se corroborara en un ámbito más vasto que la operación fallida tiene un sentido, entonces este último se tornaría para nosotros más interesante que la investigación de las circunstancias en que aquella se produce.

Pongámonos de acuerdo otra vez sobre lo que entendemos por el «sentido» de un proceso psíquico. No es otra cosa que el propósito a que sirve, y su ubicación dentro de una serie psíquica. Para la mayor parte de nuestras investigaciones podemos sustituir «sentido» también por «propósito», «tendencia».* ¿No incurrimos entonces en una ilusión engañosa o en una exaltación poética de la operación fallida cuando creímos reconocer en ella un propósito?

Atengámonos a los ejemplos del trastrabarse y abarquemos con la mirada un número mayor de tales observaciones. Hallaremos entonces categorías enteras de casos en que el propósito, el sentido del trastrabarse aparece con claridad. Sobre todo aquellos en que se dice lo contrario de lo que se tenía el propósito de expresar. Dice el presidente en el discurso de apertura [pág. 30]: «Declaro *cerrada* la sesión». Y bien, eso es unívoco. Sentido y propósito de su dicho fallido {*Fehlrede*} es que él quiere cerrar la sesión. Nos gustaría recordar la cita «El mismo lo está diciendo»:[1] no necesitamos más que tomarle la palabra. Y no me vengan ustedes con la objeción de que eso no es posible, porque bien

* {«*Tendenz*», en alemán, como la palabra castellana «tendencia», abarca los dos sentidos: el subjetivo (orientación de la conducta) y el objetivo (orientación de un proceso), que en inglés se vertirían, respectivamente, por «*purpose*» y «*trend*». La traducción al castellano no es, pues, dudosa. En nuestra versión, «propósito» traduce «*Absicht*», «designio» traduce «*Vorsatz*» (a veces *purpose* en Strachey), y reservamos «intención» para «*Intention*».}

1 [«*Er sagt es ja selbst*», tomado de la traducción alemana corriente de *Las bodas de Fígaro*, en cuyo acto III esta frase se repite varias veces.]

sabemos que no quería cerrar la sesión sino abrirla, y él mismo, a quien acabamos de reconocer como la instancia decisoria, puede corroborarnos que quería abrirla. Con ello olvidarían que tenemos convenido considerar la operación fallida en sí y por sí; sobre su vínculo con la intención por ella perturbada deberemos hablar después. De lo contrario incurrirían ustedes en una falacia lógica, escamoteando lisa y llanamente el problema que ha de tratarse, lo que en inglés se llama *begging the question* {petición de principio}.

En otros casos en que uno no se ha trastrabado con lo contrario, es posible, no obstante, que a través del trastrabarse se exprese un sentido opuesto. «No estoy *geneigt* {inclinado} (por *geeignet* {calificado}) para apreciar los méritos de mi predecesor» [pág. 30]. Inclinado no es lo contrario de calificado, pero es una confesión paladina en nítida oposición a la situación en que el orador se propone hablar.

En otros casos todavía, el trastrabarse añade simplemente otro sentido al intentado. La frase suena como una síntesis, una abreviación, una condensación de varias frases. Así la dama enérgica: «El puede comer y beber lo que *yo* quiera» [pág. 32]. Es como si hubiera dicho: «El puede comer y beber lo que quiera; pero, ¿qué va a querer él? En su lugar quiero yo». El trastrabarse deja a menudo la impresión de una abreviación de esta índole. Por ejemplo, si un profesor de anatomía, después de su exposición sobre las cavidades nasales, pregunta a sus oyentes si entendieron, y frente a la unánime respuesta afirmativa replica: «Apenas puedo creerlo, pues las personas que entienden sobre las cavidades nasales pueden contarse, en una ciudad de millones de habitantes, con *un dedo*... perdón, con los dedos de una mano». El dicho abreviado tiene también su sentido: dice que hay un solo hombre que entiende sobre eso.[2]

A estos grupos de casos en que la propia operación fallida exhibe como en un escaparate su sentido, se contraponen otros en que el trastrabarse no ha ofrecido nada en sí provisto de sentido, y que por tanto contradicen enérgicamente nuestras expectativas. Si alguien, por un desliz, trabuca un nombre propio o reúne una serie insólita de sonidos, ya este solo hecho, harto habitual, parece decidir por la negativa nuestro interrogante, a saber, si todas las acciones fallidas rinden algo provisto de sentido. Sólo que una consideración más atenta de tales ejemplos revela que es posible llegar a comprender esas desfiguraciones, y aun que no es muy grande la diferencia entre estos casos más oscuros y los anteriores, más claros.

[2] [Reproducido de *PVC*, pág. 81.]

Un señor a quien preguntaron por el estado de su caballo respondió: «Y... *draut* [palabra inexistente]... *dauert* {durará} quizás un mes». Al indagársele qué quiso decir verdaderamente, manifestó que había pensado que era esa una historia «*traurige*» {triste}; el choque de «*dauert*» y «*traurige*» dio por resultado aquel «*draut*».[3]

Otro contaba acerca de algunos asuntos que él desaprobaba, y prosiguió: «Pero entonces ciertos hechos salieron a *Vorschwein* [palabra inexistente, en lugar de *Vorschein* {a la luz}]...». Preguntado, confirmó que había querido calificar de «*Schweinereien*» {porquerías} a esos asuntos. «*Vorschein*» y «*Schweinerei*», conjugados, engendraron ese extraño «*Vorschwein*».[4] Recuerden ustedes el caso del joven que quiso *begleitdigen* a la dama desconocida [pág. 29]. Nos habíamos tomado la libertad de descomponer esta formación léxica en *begleiten* {acompañar} y *beleidigen* {ultrajar}, y nos sentimos seguros de esa interpretación, sin pedir corroboración para ella. Por estos ejemplos ven ustedes que también estos casos más oscuros del trastrabarse admiten ser explicados por el encuentro, la *interferencia*, de dos propósitos diversos en el decir; las diferencias sólo surgen por el hecho de que en un caso un propósito sustituye enteramente a otro, como en el trastrabarse con lo contrario, mientras que otras veces debe conformarse con desfigurarlo o modificarlo, de suerte que se engendran formaciones mixtas que en sí resultan provistas de mayor o menor sentido.

Ahora creemos tener asido el secreto de un gran número de deslices del habla. Si nos afirmamos en esta intelección podremos comprender otros grupos, hasta ahora enigmáticos. En la desfiguración de nombres no podemos suponer, por ejemplo, que en todos los casos esté en juego la competencia entre dos nombres parecidos y no obstante diferentes; no es difícil, empero, colegir el segundo propósito. Es harto usual que se desfigure un nombre sin que medie desliz alguno; así, se procura hacerlo malsonante o que suene a algo despreciable, y esta clase de insulto es una conocida costumbre, o mala costumbre; a los hombres educados, muy temprano se les enseña a renunciar a ella, pero lo hacen de mala gana. Y aun siguen permitiéndosela como «chiste», de muy baja estofa, por lo demás. Para dar sólo un llamativo e irrespetuoso ejemplo de esa desfiguración de nombres: al de Poincaré, el presidente de la República Francesa, se lo han convertido en estos tiempos [los de la Primera Guerra Mundial] en «*Schweinskarré*».[5] Esto nos lleva a suponer

3 Meringer y Mayer [1895; cf. *PVC*, pág. 61].
4 *Ibid.* [cf. *PVC*, pág. 60].
5 [Término con que se designaba en Viena a una chuleta de cerdo.]

también en el trastrabarse un parecido propósito de insultar que se abre paso en la desfiguración del nombre. Esclarecimientos de tipo semejante se nos imponen cuando atendemos a ciertos casos de trastrabarse con un efecto cómico o absurdo. «*Ich fordere Sie* auf, auf *das Wohl unseres Chefs* auf*zustossen*» [pág. 29]. Aquí un humor festivo es perturbado inesperadamente por la irrupción de una palabra que despierta una representación chocante y, tomando como paradigma ciertos dichos insultantes u ofensivos, no podemos sino conjeturar que ahí pugna por expresarse una tendencia que contradice enérgicamente al homenaje que la ha suplantado; ella querría decir: «No se crea en eso, no lo digo en serio, ese tipo me importa un bledo», y cosas parecidas. Lo mismo es válido para aquellos deslices que trasforman unas palabras inofensivas en otras indecorosas y obscenas, como «*Apopos*» por *à propos* o «*Eischeissweibchen*» por *Eiweissscheibchen*.[6]

Conocemos muchos hombres con esta tendencia a desfigurar intencionadamente palabras inocentes haciéndolas obscenas a fin de obtener una cierta ganancia de placer; se las tiene por chistosas, y en realidad, cuando las oímos de alguien, tenemos que averiguar primero si las dijo intencionadamente como chiste o se le deslizaron como percance.

¡Y bien, habríamos resuelto entonces, y con un esfuerzo relativamente escaso, el enigma de las operaciones fallidas! No son contingencias sino actos anímicos serios; tienen su sentido y surgen por la acción conjugada —quizá mejor: la acción encontrada— de dos propósitos diversos. Pero ahora me está pareciendo que ustedes quieren bombardearme con un sinnúmero de dudas y de preguntas que deben ser respondidas y satisfechas antes de que podamos regocijarnos con este primer resultado de nuestro trabajo. Desde luego, no quiero urgirlos a que tomen decisiones apresuradas. Avengámonos a considerarlo todo en su secuencia, una cosa después de otra, sopesándolas fríamente.

¿Qué quieren ustedes decirme? ¿Si yo opino que este esclarecimiento vale para todos los casos de deslices en el habla, o sólo para cierto número de ellos? ¿Si es lícito extender la misma concepción también a las otras muchas variedades de

[6] Ambos ejemplos son de Meringer y Mayer. [Se los encontrará también en *PVC*, pág. 84. En el primero de estos ejemplos intraducibles, «*Apopos*» es una palabra inexistente, pero «*Popo*» es la forma en que los niños designan la «cola». En el segundo, la palabra sin sentido sería literalmente «mujer caga huevos», mientras que la que se quería pronunciar significa «trocitos de clara de huevo».]

operaciones fallidas, al desliz en la lectura, al desliz en la escritura, al olvido, al trastrocar las cosas confundido, al extravío, etc.? ¿Qué importancia siguen teniendo los factores de la fatiga, la excitación, la distracción, la perturbación de la atención, en vista de la naturaleza psíquica de las operaciones fallidas? Además, bien se ve que de las dos tendencias concurrentes de la operación fallida una es siempre manifiesta, la otra no siempre. ¿Cómo hacemos para discernir esta última y cuándo creemos haberla discernido? ¿Cómo demostramos que no es meramente probable, sino que es la única correcta? ¿Tienen ustedes todavía algo más que preguntar? Si no lo tienen, proseguiré. Les recuerdo que en verdad no nos importan mucho las operaciones fallidas, y que con su estudio sólo hemos querido aprender algo valioso para el psicoanálisis. Por eso formulo esta pregunta: ¿Qué clase de propósitos o tendencias son los que de ese modo pueden perturbar a los otros propósitos o tendencias, y qué relaciones existen entre las tendencias perturbadoras y las perturbadas? Así, tras la solución del problema, nuestro trabajo empieza de nuevo.

Comencemos, entonces. ¿Este esclarecimiento vale para todos los casos de deslices en el habla? Me siento muy inclinado a creerlo, puesto que cuantas veces se investiga un caso de trastrabarse se puede hallar una solución de esa índole. Pero es imposible demostrar que sin ese mecanismo no puede producirse el desliz. Tal vez pueda; para nosotros es teóricamente indiferente, pues las claves que queremos deducir para la introducción al psicoanálisis quedan en pie con que sólo una minoría de casos —lo cual por cierto no es así— de deslices responda a nuestra concepción. En cuanto a la pregunta que sigue, a saber, si nos es lícito extender a las otras variedades de operaciones fallidas lo que hemos aprendido respecto del trastrabarse, anticipadamente quiero responderla en forma afirmativa. Ustedes mismos se convencerán de ello cuando pasemos a considerar ejemplos de deslices en la escritura, de trastrocar las cosas confundido, etc. Pero por razones técnicas les propongo que pospongamos este trabajo hasta que hayamos tratado con mayor profundidad al trastrabarse mismo.

En cuanto a la importancia que pueda caber todavía a los factores privilegiados por los autores (la perturbación circulatoria, la fatiga, la excitación, la distracción, la teoría de la perturbación de la atención), si aceptamos el ya descrito mecanismo psíquico del trastrabarse, merece una respuesta más circunstanciada. Reparen bien en que no ponemos en entredicho esos factores. En general no es frecuente que el psicoanálisis ponga en entredicho algo que desde otros sec-

tores se ha afirmado; como regla, se limita a agregar algo nuevo, y ocasionalmente sin duda da en el blanco, pues eso que hasta entonces se descuidó y que se agrega es lo esencial. Es preciso admitir sin más en la producción del trastrabarse la influencia de las disposiciones fisiológicas constituidas por un ligero malestar físico, perturbaciones circulatorias o estados de agotamiento; la experiencia diaria y personal de ustedes los convencerá de ello. Pero, ¡cuán poco queda explicado así! Sobre todo, no son condiciones necesarias de la operación fallida. El trastrabarse es posible igualmente en alguien que goza de plena salud y se encuentra en un estado normal. Por tanto, esos factores corporales no tienen otro valor que el de facilitar y favorecer el peculiar mecanismo anímico del trastrabarse. En una oportunidad anterior utilicé un símil a fin de ejemplificar esa relación,[7] y ahora lo repetiré porque no se me ocurre otro mejor. Supongan ustedes que una noche oscura yo caminaba por un lugar solitario y fui asaltado por un ladrón que me arrebató reloj y cartera, y entonces, no habiendo visto con claridad el rostro del ladrón, presenté mi queja en la comisaría más próxima con estas palabras: «La soledad y la oscuridad me acaban de robar mis objetos de valor». El comisario puede decirme sobre eso: «Usted parece rendir tributo, equivocadamente, a una concepción demasiado mecanicista. Diga mejor: "Amparado por la oscuridad, favorecido por la soledad, un ladrón desconocido le arrebató sus objetos de valor". La tarea esencial en su caso es, me parece, que nosotros descubramos al ladrón. Quizá podamos después restituirle lo robado».

Los factores psicofisiológicos, como la emoción, la distracción, la atención perturbada, evidentemente nos sirven muy poco a los fines de la explicación. No son más que unos giros verbales, unos biombos tras los cuales no debemos abstenernos de atisbar. Más bien corresponde indagar aquello que en este caso ha sido el producto de la excitación, de la desviación particular de la atención. De nuevo hemos de admitir la importancia de las influencias acústicas, las semejanzas entre las palabras y las asociaciones {*Assoziation*} usuales que parten de estas. Ellas facilitan el trastrabarse mostrándole los caminos por los que puede transitar. Pero cuando yo tengo frente a mí un camino, ¿eso decide también, como si fuera obvio, que habré de avanzar por él? Hace falta todavía un motivo para que me decida a hacerlo, y además una fuerza que me empuje hacia adelante por ese camino. Estas relaciones acústicas y léxicas, lo mismo que las disposiciones corporales, no hacen sino favorecer el desliz y no pueden

[7] [En *PVC*, págs. 28-9.]

proporcionar su genuino esclarecimiento. Piensen ustedes que en una enorme mayoría de casos mi decir no es perturbado por la circunstancia de que las palabras que uso recuerden a otras por semejanza de sonido, ni por el hecho de que se conecten íntimamente con sus contrarias o de ellas partan asociaciones usuales. Quizá podría orientarnos lo que sostiene el filósofo Wundt, a saber, que el desliz en el habla se produce cuando a consecuencia de un estado de agotamiento físico las inclinaciones a asociar prevalecen sobre la intención que se tenía de decir algo. Esto sería muy atendible si la experiencia no lo contradijera; según su testimonio, en efecto, en una serie de casos de deslices en el habla no existen factores corporales que los favorezcan y, en otra, no existen los que podrían favorecerlos por asociación.

Ahora bien, reviste particular interés para mí la pregunta siguiente de ustedes, referida al modo en que pueden discernirse las dos tendencias que se interfieren entre sí. Quizá no sospechan ustedes toda la importancia de esta cuestión. Una de ellas, la tendencia perturbada, es siempre inequívoca, ¿no es verdad? La persona que comete la operación fallida la conoce y la declara. Sólo la otra, la perturbadora, puede dar ocasión a dudas y a cavilaciones. Pues bien, ya tenemos dicho, y con seguridad ustedes no lo han olvidado, que en una serie de casos esta otra tendencia es igualmente nítida. El efecto mismo del trastrabarse la indica, con que sólo osemos considerar ese efecto por sí mismo. El presidente que se trastraba en lo contrario... es claro, él quería abrir la sesión, pero también es claro que le gustaría cerrarla. Eso es tan nítido que no nos queda nada por interpretar. Pero en los otros casos, en que la tendencia perturbadora no hace más que desfigurar a la originaria sin expresarse para nada ella misma... ¿cómo averiguarla a partir de la desfiguración?

En toda una primera serie de casos, de manera muy simple y segura, a saber: de la misma manera en que se discierne la tendencia perturbada. Esta puede ser comunicada inmediatamente por el hablante; después del desliz, él restaura enseguida el texto originariamente intentado. «Y... *draut*, no; ...*dauert* {durará} quizás un mes» [pág. 38]. Ahora bien, la tendencia desfiguradora puede ser igualmente declarada por él. Le preguntan: «¿Por qué dijo usted primero "*draut*"?», y responde: «Quise decir "Es una *traurige* {triste} historia"». Y en el otro caso, en el del que se trastrabó con «*Vorschwein*» [pág. 38], él les corroboró también que primero quiso decir «Eso es una *Schweinerei* {porquería}», pero después se moderó y viró hacia otra frase. Por tanto, la tendencia desfiguradora se discierne aquí con igual seguridad que la desfigurada. No sin intención les

he traído ejemplos cuya comunicación y resolución no provienen de mí ni de alguno de mis partidarios. Y no obstante, en los dos casos fue necesaria una cierta intervención para resolverlos. Fue preciso preguntar al hablante por qué se había equivocado así, qué atinaba él a decir sobre su desliz. De lo contrario, quizás habría seguido de largo después de trastrabarse, sin querer esclarecerlo. Preguntado, empero, dio la explicación con la primera ocurrencia {*Einfall*} que le vino. Y ahora vean ustedes: esa pequeña intervención y su éxito, eso es ya un psicoanálisis y el paradigma de toda indagación psicoanalítica que habremos de emprender en lo que sigue.

¿Soy acaso demasiado desconfiado si conjeturo que en el mismo momento en que emerge frente a ustedes el psicoanálisis también asoma su cabeza la resistencia contra él? ¿No sienten ganas de objetarme que el informe de la persona preguntada, la que produjo el desliz, no es enteramente probatorio? Tiene desde luego el empeño, opinan ustedes, de obedecer a la exhortación de que explique su desliz, y entonces dice justamente lo primero que por azar se le ocurre, con tal que le parezca apropiado como explicación. Con ello no se ha probado que el trastrabarse realmente se produjo así. Podría ser así, pero también de otro modo. Podría habérsele ocurrido otra cosa que se adecuase igualmente bien o quizá mejor.

¡Es asombroso el poco respeto que en el fondo tienen ustedes por un hecho psíquico! Supongan que alguien ha emprendido el análisis químico de una cierta sustancia y para un componente de ella ha hallado un cierto peso, de tantos miligramos. De la cuantía de este peso pueden extraerse determinadas conclusiones. ¿Acaso creen que a un químico alguna vez se le hubiera ocurrido criticar esas conclusiones con el motivo de que la sustancia aislada habría podido tener también otro peso? Todo el mundo se inclina ante el hecho de que era precisamente ese peso y no otro, y sobre él construye, confiado, sus inferencias subsiguientes. En cambio, ¡cuando se presenta el hecho psíquico de que al preguntado le viene una determinada ocurrencia, ustedes no lo admiten y dicen que también habría podido ocurrírsele otra cosa! Es que abrigan en su interior la ilusión de una libertad psíquica y no quieren renunciar a ella. Lamento encontrarme en este punto en la más tajante oposición con ustedes.

Ahora cederán ustedes, pero sólo para reanudar la resistencia en otro lugar. Prosiguen: «Entendemos que la técnica particular del psicoanálisis consiste en hacerle decir al analizado mismo la solución de su problema. [Cf. pág. 92.] Tomemos otro ejemplo, el del orador del banquete, quien, al

proponer el brindis, exhorta a la concurrencia a "eructar" por la salud de su jefe [pág. 29]. Dijo usted [pág. 39] que la intención perturbadora es en este caso el insulto: es ella la que contradice a la expresión del homenaje. Pero esto es mera interpretación de parte suya, apoyada en observaciones *exteriores* al desliz. Si en este caso usted inquiriera al que lo produjo, no corroboraría que se propusiera insultar; más bien lo pondría enérgicamente en entredicho. ¿Por qué no resigna usted su indemostrable interpretación, en vista de esta tajante negativa?».

Sí; esta vez han sacado a relucir algo fuerte. Me imagino al desconocido orador de ese banquete; es con probabilidad un asistente del jefe de departamento festejado, quizá ya profesor auxiliar, un hombre joven con excelentes posibilidades en su vida. Yo quiero apremiarlo para que me diga si no sintió algo que pudo contradecir a su brindis de honor... ¡así me va! El se pone impaciente y de pronto me espeta: «A ver usted, termine de una buena vez con sus preguntitas; de lo contrario me enfadaré. Usted me arruina toda mi carrera con sus sospechas. He dicho "auf*stossen*" {eructar} en lugar de "*anstossen*" {brindar} simplemente porque en la misma frase ya por dos veces había proferido un "*auf*". Es lo que Meringer llama posposición del sonido, y ahí no caben sutilezas. ¿Me entiende usted? ¡Basta!». ¡Hum! Es una sorprendente reacción, una desautorización realmente enérgica. Veo que nada puede conseguirse con este joven, pero pienso entre mí que deja traslucir un fuerte interés personal en que su operación fallida no tenga sentido. Quizá también ustedes piensen que no tiene razón en enojarse tanto a causa de una indagación puramente teórica, pero en definitiva opinarán que él debe saber con exactitud lo que quiso decir y lo que no.

¿Debe saberlo? Quizá sea esa la cuestión.

Ahora creen ustedes tenerme atrapado. «Conque esa es su técnica», les oigo decir. «Cuando la persona que ha producido un desliz dice sobre él algo que a usted le conviene, entonces lo declara autoridad inapelable. "El mismo lo está diciendo" [pág. 36]. Pero cuando lo que él dice no le viene bien, asevera usted que eso no vale nada, que no hay que creerle».[8]

De acuerdo. Pero puedo presentarles un caso parecido en que se procede de manera igualmente monstruosa. Cuando un acusado confiesa su delito ante el juez, este cree en la confesión; pero cuando niega, el juez no le cree. De otro

[8] [Se hallará un detenido examen de esta dificultad en uno de los últimos trabajos de Freud, titulado «Construcciones en el análisis» (1937*d*).]

modo no habría ninguna administración de justicia, y, a pesar de ocasionales errores, tienen ustedes que admitir ese sistema.

«¡Oh! ¿Es usted entonces el juez, y el que cometió el desliz, un acusado ante usted? ¿Conque trastrabarse es un delito?».[9]

Quizá ni siquiera necesitemos rechazar esta comparación. Pero vean cuán profundas son las diferencias que han surgido entre nosotros tras ahondar apenas en los problemas, en apariencia tan inofensivos, de las operaciones fallidas. Y diferencias que por el momento no atinamos a zanjar. Les ofrezco un compromiso provisional sobre la base del símil del juez y del acusado. Deben concederme que el sentido de una operación fallida no deja lugar a dudas cuando es el mismo analizado quien lo confiesa. Y a cambio de ello yo les admitiré que no puede obtenerse una prueba directa del sentido conjeturado cuando aquel rehúsa comunicarlo, y desde luego tampoco cuando no está a mano para darnos ese informe. Aquí, como en el caso de la administración de justicia, nos vemos remitidos a indicios que nos permiten adoptar una decisión con mayor o menor grado de probabilidad. En un tribunal, por razones prácticas, es preciso pronunciar la culpabilidad aun por pruebas indiciarias. Nosotros no nos vemos compelidos a ello; pero tampoco estamos obligados a renunciar al empleo de tales indicios. Sería un error creer que una ciencia consta íntegramente de doctrinas probadas con rigor, y sería injusto exigirlo. Una exigencia así sólo puede plantearla alguien ansioso de autoridad, alguien que necesite sustituir su catecismo religioso por otro, aunque sea científico. La ciencia tiene en su catecismo sólo muy pocos artículos apodícticos; el resto son aseveraciones que ella ha llevado hasta cierto grado de probabilidad. Es justamente signo de que se tiene un modo de pensar científico el darse por contento con esas aproximaciones a la certeza, y poder continuar el trabajo constructivo a pesar de la ausencia de confirmaciones últimas.

Pero, ¿de dónde tomamos los puntos de apoyo para nuestras interpretaciones, los indicios para nuestra prueba, cuando lo dicho por el analizado no esclarece por sí el sentido de la operación fallida? De diversas partes. En primer lugar, de la analogía con fenómenos externos a las operaciones fallidas; por ejemplo, cuando sostenemos que el desfigurar nombres por trastrabarse tiene el mismo sentido insultante que el deformarlos intencionadamente. Además, de la situa-

9 [Juego de palabras entre *Versprechen*, desliz en el habla, y *Vergehen*, delito, falta.]

ción psíquica en que acontece la operación fallida, de nuestro conocimiento sobre el carácter de la persona que la comete y de las impresiones que la han afectado antes, y frente a las cuales posiblemente reacciona de ese modo. Como regla, la interpretación de la operación fallida se realiza siguiendo ciertos principios generales; primero no es sino una conjetura, un esbozo de interpretación, y después el estudio de la situación psíquica nos permite corroborarla. Y aun muchas veces debemos esperar acontecimientos venideros, que se anunciaron, por así decir, a través de la operación fallida, para confirmar nuestra conjetura.

No me resulta fácil ofrecerles las ilustraciones de esto si es que debo circunscribirme al ámbito del trastrabarse, aunque también aquí se obtienen algunos buenos ejemplos. El joven que quería *begleitdigen* [pág. 29] a una dama es sin duda un tímido; la dama cuyo marido puede comer y beber lo que *ella* quiera [pág. 32] me es conocida como una de esas mujeres enérgicas que llevan los pantalones en su casa. O tomen ustedes el siguiente caso: En una asamblea general de la «Concordia»,[10] un joven afiliado pronunció un vigoroso discurso de oposición en el curso del cual se dirigió a la presidencia de la asamblea como los señores «*Vorschuss*mitglieder» {miembros del préstamo}, que parece compuesto de *Vor*stand y Aus*schuss* {presidencia y consejo}. Conjeturaremos que en él se despertó una tendencia perturbadora contra su oposición, que pudo apoyarse en algo que tenía que ver con un préstamo. Y de hecho nuestro informante nos dice que el orador sufría continuas penurias de dinero y en ese momento acababa de presentar una solicitud de crédito. Como intención perturbadora podemos entonces sustituir realmente este pensamiento: «Modérate en tu oposición; son las mismas personas que deben aprobarte el préstamo».

Ahora bien, cuando pase al ámbito de las otras operaciones fallidas, podré presentarles un rico florilegio de tales pruebas indiciarias.

Si alguien olvida un nombre propio que no obstante le es familiar, o, a pesar de sus esfuerzos, sólo con dificultad puede retenerlo, sospechamos que tiene algo contra el que lleva ese nombre, de suerte que prefiere no pensar en él; consideren ustedes las revelaciones acerca de la situación psíquica en que sobrevino la operación fallida en los siguientes casos.

«Un señor Y se enamora de una dama pero no tiene éxito con esta, la que poco después se casó con un señor X. Aho-

10 [La Asociación de Periodistas de Viena. Se hallará esta anécdota en *PVC*, págs. 89-90; fue relatada originalmente por Max Graf.]

ra bien, a pesar de que el señor Y conoce al señor X desde hace ya mucho tiempo, y hasta mantiene con él relaciones de negocios, olvida una y otra vez el nombre de este último, de modo tal que en varias ocasiones debió preguntarlo a otras personas cuando quiso comunicarse por carta con él». Es evidente que el señor Y no quiere saber nada de su dichoso rival. «En él no deberá ni pensarse».[11]

O: Una dama pregunta a su médico por una conocida de ambos, pero la menciona por su nombre de soltera. Es que ha olvidado su nombre de casada. Confiesa que le disgustó mucho ese casamiento y no podía soportar al marido de su amiga.[12]

Acerca del olvido de nombres tendremos todavía mucho que decir en otros contextos [págs. 66-7]; ahora nos interesa fundamentalmente la situación psíquica en que el olvido acontece.

El olvido de designios puede reconducirse en general a una corriente opositora que no quiere ejecutar el designio. Pero no lo creemos así sólo en el psicoanálisis, sino que es la concepción general de los hombres, que refrendan en la vida todo aquello que desmienten únicamente en la teoría. El protector que se disculpa ante su protegido por haber olvidado una petición que este le hiciera, en modo alguno se justifica a sus ojos. El protegido piensa enseguida: «A él no le importa nada; sin duda que prometió, pero en realidad no quiere hacer nada». [Cf. págs. 64-5.] Por eso también en la vida está prohibido olvidarse en ciertas situaciones, y parece borrada la diferencia entre la concepción popular y la psicoanalítica de esta operación fallida. Imagínense ustedes a un ama de casa que recibe al huésped con estas palabras: «¡Qué! ¿Hoy viene usted? Había olvidado por completo que lo invité para hoy». O el joven que debe confesar a su amada que había olvidado concurrir a la última cita convenida; seguro que no lo confesará; más bien inventará improvisando los más inverosímiles obstáculos que en ese momento le impidieron acudir y después dar aviso de ello. Que en asuntos militares de nada vale y no salva del castigo la disculpa de haber olvidado algo, es cosa que todos sabemos y tenemos que hallarla justificada. Aquí hay acuerdo unánime acerca de que una determinada operación fallida posee sentido, y aun acerca del sentido que tiene. ¿Por qué no se es lo bastante consecuente para extender esta intelec-

[11] Tomado de Jung [1907, pág. 52; aparece en *PVC*, pág. 32. La cita del final constituye el primer verso y el refrán de un poema de Heine, «Aus der Matratzengruft», perteneciente a su *Nachlese* {Antología}, nº IV.]

[12] Tomado de Brill [1912, pág. 191; también en *PVC*, pág. 218].

ción a las otras operaciones fallidas y para confesarla cabalmente respecto de ellas? Desde luego, también para esto hay una respuesta.

Si el sentido de este olvido de designios es tan poco dudoso *incluso para los legos, tanto menos sorprenderá a ustedes* hallar que los creadores literarios emplean esta operación fallida en idéntico sentido. Aquel de vosotros que haya visto o leído *César y Cleopatra*, de Bernard Shaw, recordará que en la última escena, César, que se va de Egipto, es asediado por la idea de que se había propuesto hacer algo que no obstante ahora se le olvida. Al fin se acuerda: era despedirse de Cleopatra. Este pequeño artificio del autor quiere atribuir al gran César una superioridad que él no poseyó y a la que no aspiraba. Pueden enterarse ustedes, por las fuentes históricas, de que César hizo que Cleopatra lo siguiera a Roma, y de que ella vivía allí con su pequeño Cesarión cuando César fue asesinado, tras lo cual huyó de la ciudad.[13]

Los casos de olvido de designios son en general tan claros que nos resultan poco útiles para nuestro propósito, que es derivar de la situación psíquica indicios sobre el sentido de la operación fallida. Volvámonos por eso a una acción fallida particularmente multívoca e impenetrable, el perder y extraviar. Que en el caso del perder, una contingencia que a menudo se siente como tan dolorosa, participemos nosotros mismos con un propósito, he ahí algo que ustedes sin duda no hallarán creíble. Pero existen abundantes observaciones como esta: Un joven pierde su lápiz de mina, que le había sido muy querido. El día anterior había recibido una carta de su cuñado, que terminaba con estas palabras: «Por ahora no tengo ganas ni tiempo de solventar tu frivolidad y tu pereza». Ahora bien, el lápiz de mina era precisamente un obsequio de este cuñado. Sin esta coincidencia no podríamos haber afirmado, desde luego, que en esa pérdida participó el propósito de desprenderse de la cosa.[14] Casos parecidos son muy frecuentes. Perdemos objetos cuando nos hemos enemistado con el dador y no queremos acordarnos más de él, o también cuando han dejado de gustarnos y queremos crearnos un pretexto para sustituirlos por otros mejores. A ese mismo propósito en relación con un objeto sirven también, por supuesto, el dejar caer, el romper, el destrozar. ¿Puede juzgarse contingente que un escolar, inmediatamente antes de su cumpleaños, pierda, arruine, rompa los objetos que usa, por ejemplo su portafolios o su reloj?

13 [También se menciona este pasaje de Bernard Shaw en *PVC*, pág. 152, *n*. 36.]

14 Tomado de Dattner. [*PVC*, pág. 203.]

Quien haya vivido suficientemente el suplicio de no poder encontrar algo que él mismo guardó, tampoco querrá creer en la existencia de un propósito en el extraviar. Y no obstante, no son raros los ejemplos en que las circunstancias concomitantes del extraviar indican una tendencia a desechar el objeto temporaria o permanentemente. Quizás el ejemplo más bello de este tipo es el siguiente. Un hombre joven me cuenta: «Hace algunos años había desinteligencias en mi matrimonio; yo encontraba a mi mujer demasiado fría y, aunque admitía de buen grado sus sobresalientes cualidades, vivíamos sin ternura uno junto al otro. Cierto día, al volver de un paseo, ella me trajo un libro que había comprado porque podría interesarme. Le agradecí esa muestra de "atención", prometí leer el libro, lo guardé con ese fin y nunca más lo encontré. Así pasaron meses en que de tiempo en tiempo me acordaba de ese libro trasconejado, y era en vano querer hallarlo. Como medio año después enfermó mi querida madre, que vivía en otra casa. Mi mujer abandonó la nuestra para cuidar a su suegra. El estado de la enferma empeoró y dio a mi mujer ocasión de mostrar sus mejores cualidades. Al atardecer de cierto día vuelvo a casa entusiasmado por la devoción de mi mujer y rebosante de agradecimiento hacia ella. Me encamino a mi escritorio, abro un determinado cajón sin propósito deliberado, pero con la seguridad de un sonámbulo, y ahí, encima de todo, encuentro el libro que por tanto tiempo había echado de menos, el libro extraviado».[15] Al desaparecer el motivo tocó a su fin también el extravío del objeto.

Señoras y señores: Podría multiplicar al infinito esta colección de ejemplos. Pero no quiero hacerlo aquí. En mi *Psicopatología de la vida cotidiana* (la primera edición es de 1901) encontrarán ustedes, en todo caso, una rica casuística para el estudio de las operaciones fallidas.[16] Todos esos ejemplos producen siempre el mismo resultado: tornan verosímil que las operaciones fallidas tienen un sentido, y muestran el modo en que ese sentido se averigua o se corrobora a partir de circunstancias concomitantes. Hoy abrevio porque nos hemos ceñido al propósito de extraer algún beneficio del estudio de estos fenómenos para una preparación al psicoanálisis. Sólo dos grupos de observaciones tengo que considerar todavía aquí, las operaciones fallidas acumuladas

[15] [*PVC*, págs. 139-40.]
[16] Véanse, asimismo, las recopilaciones similares de Maeder [1906, 1908*b*] (en francés), Brill [1912] (en inglés), Jones [1911*b*] (en inglés) y J. Stärcke [1916] (en holandés), etc.

y combinadas, y la corroboración de nuestras interpretaciones mediante acontecimientos que sobrevienen después.

Las operaciones fallidas acumuladas y combinadas son por cierto las flores más preciadas de su género. Si aquí sólo nos interesara demostrar que las operaciones fallidas tienen un sentido, desde el comienzo nos habríamos circunscrito a ellas, pues su sentido es inequívoco aun para una inteligencia obtusa y sabe salir airoso del juicio crítico más exigente. La acumulación de manifestaciones trasluce una obstinación que casi nunca se debe al mero azar, sino que concuerda bien con un designio. Por último, la permutación recíproca de las diversas variedades de operación fallida nos muestra lo importante, lo esencial en esta última: no la forma ni los medios de que se vale, sino el propósito a que sirve y que debe ser alcanzado por los caminos más diferentes. Quiero presentarles, entonces, un caso de olvido repetido: Ernest Jones [1911*b*, pág. 483] cuenta que en una ocasión, por motivos que él ignoraba, había dejado estar una carta varios días sobre su escritorio. Al fin se decidió a enviarla, pero le fue devuelta por la «*Dead Letter Office*»,[17] pues había olvidado ponerle la dirección. Hizo esto último, la llevó al correo, pero esta vez sin sello postal. Y entonces tuvo que confesarse por fin su aversión a despachar la carta.

En otro caso se combinan un trastrocar las cosas confundido y un extravío. Una dama viaja con su cuñado, un artista famoso, a Roma. El visitante es muy agasajado por los alemanes que viven en Roma, quienes le obsequian, entre otras cosas, una medalla de oro antigua. A la dama le mortifica que su cuñado no sepa apreciar suficientemente esa bella pieza. Llegada a su casa tras ser relevada por su hermana, al desempacar descubre que se ha traído consigo —no sabe cómo— la medalla. Enseguida se lo comunica por carta a su cuñado y le anuncia que al día siguiente reexpedirá a Roma lo sustraído. Pero al día siguiente la medalla se ha extraviado tan habilidosamente que no se la puede encontrar ni enviar, y entonces se le trasluce a la dama el significado de su «distracción», a saber, que quería quedarse con la pieza.[18]

Ya les mencioné un ejemplo de combinación entre un olvido y un error: alguien olvida la primera vez una cita y la segunda vez, con el firme propósito de no olvidarla, se aparece a una hora diversa de la convenida [pág. 27]. Un caso enteramente análogo es el que me ha contado un amigo, vivido por él mismo; este amigo, además de intereses cien-

17 [En inglés en el original. Este ejemplo y los dos siguientes aparecen en *PVC*, págs. 224-5.]

18 Comunicado por R. Reitler.

tíficos, los tiene literarios. Dice: «Hace algunos años acepté ser elegido para integrar el comité directivo de una sociedad literaria porque suponía que esto podría ayudarme a conseguir que se representara mi pieza dramática, y participé regularmente, aunque sin mucho interés, en las sesiones que se realizaban todos los viernes. Ahora bien, hace algunos meses recibí seguridades de que mi pieza se representaría en el teatro de F., y desde entonces me ocurrió *olvidar* habitualmente las reuniones de esa sociedad. Cuando leí el libro de usted sobre estas cosas, me avergoncé de mi olvido, y me reproché que era una bajeza faltar ahora, cuando ya no podía servirme de esa gente; y tomé la resolución de no olvidar por nada del mundo la reunión del viernes siguiente. Mantuve continuamente en la memoria este designio hasta que lo cumplí y me encontré ante la puerta de la sala de sesiones. Para mi asombro, estaba cerrada. La reunión ya se había realizado; yo había errado el día: ¡Ya era sábado!».

Sería bastante atractivo reunir observaciones parecidas, pero sigo adelante; quiero que ustedes entrevean los casos en que nuestra interpretación tiene que aguardar a que el futuro la corrobore.

La condición principal de estos casos es, según se comprende, que ignoremos la situación psíquica presente o no podamos averiguarla. Entonces nuestra interpretación sólo tiene el valor de una conjetura a la que nosotros mismos no queremos atribuirle demasiado peso. Pero más tarde acontece algo que nos muestra cuán justificada era ya entonces esa interpretación nuestra. Una vez era yo huésped en casa de una pareja de recién casados, y escuché a la joven señora contar riendo su última vivencia: el día siguiente a su regreso del viaje de bodas fue a visitar a su hermana soltera a fin de salir de compras con ella, como en los viejos tiempos, mientras el marido acudía a sus ocupaciones. De pronto advirtió la presencia de un señor en el otro extremo de la calle y exclamó, codeando a su hermana: «¡Mira, ahí va el señor L.!». Había olvidado que ese señor desde hacía algunas semanas era su marido. Me quedé helado con ese relato, pero no me atreví a extraer la inferencia. Esta pequeña historia sólo fue revivida por mí años más tarde, después que ese matrimonio tuvo el desenlace más desdichado.[19]

A. Maeder cuenta de una dama que el día anterior a su boda había olvidado probarse el vestido de novia y, para desesperación de la modista, sólo se acordó de hacerlo casi al anochecer. Y a propósito de este olvido Maeder dice que

[19] [Este ejemplo y los dos siguientes aparecen en *PVC*, págs. 199-200.]

poco después se divorció de su marido. Conozco a una dama, hoy divorciada, que en los actos de administración de sus bienes a menudo firmaba documentos con su nombre de soltera, muchos años antes de que recuperase este. Sé de otras señoras que durante el viaje de bodas perdieron su anillo matrimonial, y sé también que el curso del matrimonio otorgó sentido a esta contingencia. Agregaré un brillante ejemplo que tuvo mejor desenlace. De un famoso químico alemán se cuenta que su matrimonio no se produjo porque él había olvidado la hora de la boda y en lugar de presentarse en la iglesia se había ido al laboratorio. Fue lo bastante prudente para conformarse con su intento, y murió soltero a edad avanzada.

Quizá se les haya ocurrido a ustedes que en estos ejemplos las acciones fallidas hacen las veces de los augurios o presagios de los antiguos. Y en verdad, una parte de los augurios no eran otra cosa que las operaciones fallidas, por ejemplo, cuando alguien tropezaba o caía. Otra parte, es cierto, presentaba los caracteres del acaecer objetivo, no del obrar subjetivo. Pero ustedes no imaginan cuán difícil es muchas veces, con ocasión de un suceso determinado, decidir si pertenece a uno u otro de esos dos grupos. El obrar se las arregla con harta frecuencia para enmascararse como un vivenciar pasivo.

Aquel de nosotros que tenga tras de sí una experiencia más larga de la vida y pueda reflexionar sobre ella se dirá, probablemente, que se habría ahorrado muchos desengaños y muchas sorpresas dolorosas si hubiera reunido el coraje y la decisión para interpretar como presagios las pequeñas acciones fallidas que sobrevienen en el trato de los hombres, y para valorarlas como indicios de sus intenciones todavía secretas. La mayoría de las veces no nos atrevemos a hacerlo; podría parecer que por el rodeo de la ciencia nos estamos volviendo de nuevo supersticiosos. Pero no todos los presagios aciertan, y ustedes comprenderán, por nuestras teorías, que no hace falta que todos acierten.

4ª conferencia. Los actos fallidos (*conclusión*)

Señoras y señores: Que las operaciones fallidas tienen un sentido es algo que, como resultado de nuestros anteriores empeños, tenemos derecho a admitir y a tomar como base de nuestras indagaciones ulteriores. Destaquemos otra vez que no afirmamos —y no necesitamos hacerlo para nuestros fines— que todas las operaciones fallidas poseen sentido, por más que yo lo juzgo verosímil. Nos basta con demostrar que ese sentido aparece con relativa frecuencia en sus diversas formas. Por lo demás, estas diversas formas se comportan diferentemente en este aspecto. En el trastrabarse, en el desliz en la escritura, etc., pueden darse casos de base puramente fisiológica. En las variedades que dependen del olvido (olvido de nombres, de designios, extravíos, etc.) no puedo creer en eso. En cuanto a las pérdidas, es probable que algunas deban reconocerse como no intencionadas. Y es cierto que los errores que se cometen en la vida sólo en cierta proporción pueden ser considerados desde nuestros puntos de vista. Deben tener presentes estas restricciones cuando en lo que sigue supongamos que las operaciones fallidas son actos psíquicos y nacen por la interferencia de dos propósitos.

Este es el primer resultado del psicoanálisis. Hasta ahora la psicología nada ha sabido de la producción de tales interferencias ni de la posibilidad de que ellas tengan como consecuencia fenómenos de ese tipo. Hemos ampliado en un fragmento muy considerable el mundo de los fenómenos psíquicos, conquistando para la psicología algunos que antes no se le adjudicaban.

Detengámonos todavía un momento en la aseveración según la cual las operaciones fallidas son «actos psíquicos». ¿Es más amplio su contenido que el de nuestro anterior enunciado, a saber, que tienen un sentido? No creo; más bien es más indeterminado y equívoco. Todo lo que podemos observar en la vida anímica lo caracterizaremos llegado el caso como fenómeno anímico. Enseguida nos interesará averiguar si cierta exteriorización anímica ha surgido directamente de influencias corporales, orgánicas, materiales, en cuyo caso su investigación no corresponde a la psicología,

o si primero deriva de otros procesos anímicos tras los cuales después, en alguna parte, empieza la serie de las influencias orgánicas. Tenemos en vista este último estado de cosas cuando caracterizamos a un fenómeno como proceso anímico, y por eso es más conveniente revestir nuestro enunciado en esta forma: El fenómeno posee un sentido. Por «sentido» entendemos significado, propósito, tendencia y ubicación dentro de una serie de nexos psíquicos. [Cf. pág. 36.]

Existe una cantidad de otros fenómenos que se aproximan mucho a las operaciones fallidas, pero a los cuales ya no conviene darles ese nombre. Los llamamos *acciones casuales* y *acciones sintomáticas*. Tienen también el carácter de lo inmotivado, de lo inaparente, de lo irrelevante, y más acusadamente el de lo superfluo. Se distinguen de las acciones fallidas porque no hay otra intención con la que choquen y que sea perturbada por ellos. Por otra parte, se confunden, sin que haya una línea demarcatoria, con los gestos y movimientos que consideramos como expresión de los movimientos del ánimo. A estas acciones casuales pertenecen todos los manejos que se ejecutan como jugando, en apariencia sin fin alguno, con nuestra ropa, con partes de nuestro cuerpo, con objetos que están a nuestro alcance, así como las omisiones de aquellos manejos y, también, las melodías que tarareamos para nosotros. Afirmo que todos estos fenómenos poseen sentido y son interpretables de la misma manera que las acciones fallidas; son pequeños indicios de otros procesos psíquicos, son actos psíquicos de pleno derecho. Pero no pienso detenerme en esta nueva ampliación del ámbito de los fenómenos anímicos, sino regresar a las operaciones fallidas, en las que pueden obtenerse, con nitidez mucho mayor, comprobaciones importantes para el psicoanálisis.[1]

Las cuestiones más interesantes que hemos planteado con relación a las operaciones fallidas y a las que no hemos respondido todavía son sin duda las siguientes: Hemos dicho que son resultado de la interferencia de dos intenciones diversas, de las que una puede llamarse la perturbada, y la otra, la perturbadora. Las intenciones perturbadas no dan motivo a preguntas ulteriores, pero de las otras queremos saber, primero, qué clase de intenciones son esas que emergen como perturbadoras de otras y, segundo, cómo se comportan las perturbadoras respecto de las perturbadas.

Permítanme ustedes que tome de nuevo al desliz en el

1 [Las acciones sintomáticas y casuales son el tema del capítulo IX de *PVC*.]

habla como representante de todo el género y que responda la segunda pregunta antes que la primera.

La intención perturbadora en el trastrabarse puede mantener un vínculo de contenido con la perturbada, y entonces incluye su contradicción a ella, su rectificación o su complemento. O bien, y es el caso más oscuro y el más interesante, la intención perturbadora nada tiene que ver en su contenido con la perturbada.

Ilustraciones del primero de esos dos vínculos podemos hallar sin dificultad en los ejemplos que ya conocemos y en otros parecidos. En casi todos los casos de trastrabarse en lo contrario, la intención perturbadora expresa el opuesto de la perturbada; la operación fallida es la figuración del conflicto entre dos aspiraciones incompatibles. «Yo declaro abierta la sesión, pero preferiría haberla cerrado ya», he ahí el sentido del desliz del presidente [pág. 30]. Una revista política que ha sido acusada de corruptela se defiende en un artículo que debe culminar con estas palabras: «Ponemos a nuestros lectores por testigos de que siempre hemos campeado *desinteresadamente* por el bien de la comunidad». Pero el redactor a quien se confió la defensa escribe: «*interesadamente*». Vale decir, piensa: «Eso es lo que yo me veo obligado a escribir, pero sé que las cosas son de otro modo». Un diputado [del parlamento alemán] que exhortaba a decir al emperador la verdad *rückhaltlos* {sin reservas} ha de haber escuchado en su interior una voz que le metía miedo por su osadía, y mediante un trastrabarse mudó el «*rückhaltlos*» en «*rückgratlos*» {sin espina dorsal}.[2]

En los ejemplos por ustedes conocidos que dan la impresión de contracciones o abreviaciones, se trata de rectificaciones, añadidos o continuaciones con las que una segunda tendencia se hace valer junto a la primera. Ciertas cosas salieron a *Vorschein* {a la luz}, pero él preferiría decir que eran *Schweinereien* {porquerías}; por tanto: «Ciertos hechos salieron a *Vorschwein*» [pág. 38]. Las personas que pueden entenderlo *se cuentan con los dedos de la mano*; pero no, en verdad no hay sino uno que las entienda; por tanto: «Se cuentan con *un dedo*» [pág. 37]. O mi marido puede comer y beber lo que quiera, pero ustedes saben que *yo* por nada del mundo tolero que quiera algo; por tanto: «Puede comer y beber lo que *yo* quiera» [pág. 32]. En todos estos casos, pues, el trastrabarse proviene del contenido de la intención perturbada misma o se anuda a ella.

2 Esto sucedió en el Reichstag alemán en noviembre de 1908. [Se hallará una descripción más completa en *PVC*, págs. 96-7; el desliz a que se hace referencia anteriormente aparece en *PVC*, págs. 120-1.]

El otro modo del vínculo entre las dos intenciones que se interfieren opera de manera sorprendente. Si la intención perturbadora nada tiene que ver con el contenido de la perturbada, ¿de dónde viene entonces y a qué se debe que se haga notable como perturbación precisamente en ese punto? La observación, única que puede dar aquí una respuesta, permite reconocer que la perturbación proviene de una ilación de pensamientos que había ocupado poco antes a la persona en cuestión y ahora repercute de esa manera, sin que importe que ya haya encontrado o no expresión en el decir. Por tanto, debe caracterizársela en verdad como posposición del sonido, pero no necesariamente como posposición del sonido de palabras dichas. Tampoco en este caso falta un nexo asociativo entre lo perturbante y lo perturbado, pero no está dado en el contenido sino artificiosamente, y a menudo se establece por vías de conexión muy forzadas.

Escuchen ustedes un ejemplo simple, que yo mismo he observado. Cierta vez, en nuestros hermosos Dolomitas, me encontré con dos damas vienesas que iban vestidas como turistas. Las acompaño un trecho, y hablamos de los goces pero también de los esfuerzos de la vida del turista. Una de las damas conviene en que ese modo de pasar el día trae muchas incomodidades. «Es verdad», dice, «que no es agradable marchar bajo el sol todo el día y trasudarse blusa y camisa». Al decir esta frase tuvo que vencer una pequeña vacilación. Después siguió: «Pero cuando se regresa *nach Hose* y una puede mudarse de ropa...». No hemos analizado este trastrabarse, pero espero que podrán comprenderlo fácilmente. La dama había tenido el propósito de hacer una enumeración más completa y decir «blusa, camisa y *Hose* {calzón}». Por motivos de decoro se suprimió la mención del *Hose*, pero en la frase siguiente, por completo independiente de la primera en cuanto al contenido, la palabra no pronunciada salió a la luz como deformación de «*nach Hause*» {a casa}, de sonido parecido.[3]

Ahora podemos volver a la pregunta principal que venimos posponiendo desde hace tiempo: ¿Qué clase de intenciones son las que de manera desacostumbrada se expresan como perturbaciones de otras? Ellas son, claro está, de índole muy diversa; queremos hallar lo que tienen en común. Si para ello estudiamos una serie de ejemplos, ense-

[3] [Freud incluyó más tarde esta anécdota en la edición de 1917 de *PVC*, pág. 67.]

guida se nos separarán en tres grupos. Al primer grupo pertenecen los casos en que la tendencia perturbadora le es notoria al hablante, y además la notó antes de trastrabarse. Así, al decir erróneamente «*Vorschwein*» [pág. 38], el hablante no sólo admite que se había formado el juicio «*Schweinereien*» {porquerías} sobre los procesos en cuestión, sino también que había tenido el propósito, del que después desistió, de expresarlo. Un segundo grupo lo constituyen otros casos en que la tendencia perturbadora es de igual modo reconocida por el hablante como suya, pero no sabe que estuvo activa en él justamente antes del desliz. Acepta entonces nuestra interpretación, pero en cierta medida le produce asombro. Ejemplos de esta conducta pueden darse con mayor facilidad tal vez para otras operaciones fallidas que para el trastrabarse. En un tercer grupo, el hablante desautoriza enérgicamente la interpretación de la intención perturbadora; no sólo impugna que se hubiera despertado en él antes del trastrabarse, sino que pretende aseverar que le es absolutamente extraña. Recuerden el ejemplo del «eructar» [pág. 44] y el rechazo francamente descortés de que me hizo objeto ese hablante por mi descubrimiento de la intención perturbadora. Ya saben ustedes que en cuanto a la concepción de estos casos aún no hemos alcanzado un acuerdo. Yo no me dejaría conmover por la contradicción del que dijo el brindis y me atendría impertérrito a mi interpretación, mientras que ustedes, según creo, están todavía bajo la impresión de su renitencia y consideran si no habría que renunciar a la interpretación de esas operaciones fallidas, tomándolas nomás como actos puramente fisiológicos en el sentido preanalítico. Puedo darme cuenta de lo que los asusta. Mi interpretación incluye el supuesto de que en el hablante pueden exteriorizarse intenciones de las que él mismo nada sabe, pero que yo puedo discernir por indicios. Ante un supuesto tan novedoso y de tan graves consecuencias, ustedes se detienen. Yo lo comprendo, y hasta ahí les concedo razón. Pero dejemos sentado esto solo: Si quieren aplicar de manera consecuente la concepción de las operaciones fallidas que tantos ejemplos vienen a confirmar, tendrán que decidirse por adoptar ese extraño supuesto que hemos mencionado. Si no pueden hacerlo, deberán renunciar entonces a esta recién adquirida comprensión de las operaciones fallidas.

Detengámonos todavía en lo que une a los tres grupos, en lo común a los tres mecanismos del trastrabarse. Por suerte, eso es inequívoco. En los dos primeros grupos la tendencia perturbadora es confesada por el hablante; y en el primero, por añadidura, se ha anunciado inmediatamente antes del

desliz. Pero en los dos casos es *refrenada {Zurückdrängung}*. *El hablante se ha decidido a no trasponerla en un dicho, y entonces le ocurre el desliz, vale decir, la tendencia refrenada se traspone contra su voluntad en una exteriorización, ya sea alterando la expresión de la intención que él había admitido, entreverándose con ella o bien directamente sustituyéndola.* En esto consiste, pues, el mecanismo del trastrabarse.

Y desde mi punto de vista, también al proceso que ocurre en nuestro tercer grupo puedo hacerlo armonizar perfectamente con el mecanismo aquí descrito. Me basta suponer que estos tres grupos se diferencian por el alcance mayor o menor en que fue refrenada la intención. En el primero, la intención está presente y se le hace notoria al hablante antes de su proferencia; sólo después experimenta el rechazo *{Zurückweisen}* del cual se desquita en el trastrabarse. En el segundo grupo, el rechazo tiene un alcance mayor; la intención ya no es notoria antes de la proferencia. ¡Qué extraño que ello en modo alguno le impida participar en la causación del trastrabarse! Ahora bien, esta conducta nos facilita la explicación del proceso que ocurre en el tercer grupo. Tendré suficiente osadía para suponer que en la operación fallida puede exteriorizarse aun una tendencia que desde hace mucho tiempo, quizá desde hace muchísimo tiempo, ha sido refrenada, que no es notada y por eso el hablante puede desmentirla directamente. No obstante, dejen ustedes de lado el problema del tercer grupo; por las observaciones hechas en los otros casos tienen que extraer esta inferencia: *La sofocación {Unterdrückung} del propósito ya presente de decir algo es la condición indispensable para que se produzca un desliz en el habla.*

Ahora estamos autorizados a aseverar que hemos hecho progresos en la comprensión de las operaciones fallidas. No sólo sabemos que son actos anímicos en los que puede reconocerse un sentido y un propósito; no sólo que surgen por la interferencia entre dos diversas intenciones, sino que, además, la ejecución de una de estas intenciones tiene que haber sufrido cierto refrenamiento para que pueda exteriorizarse mediante la perturbación de la otra. Ella misma tiene que haber sido perturbada antes que pueda devenir perturbadora. Con ello, desde luego, no hemos ganado todavía una explicación completa de los fenómenos que llamamos operaciones fallidas. Enseguida vemos emerger otras cuestiones, y tenemos la sospecha de que habrá más ocasiones para que aparezcan otras y otras nuevas a medida que avancemos en la comprensión. Podemos preguntar, por ejemplo, por que las cosas no son mucho más simples. Si el propósito con-

siste en refrenar cierta tendencia en lugar de ejecutarla, ese refrenamiento podría tener éxito, de tal modo que nada de ella llegara a expresarse, o también podría fracasar, de suerte que la tendencia refrenada alcanzase plena expresión. Pero las operaciones fallidas son resultado de compromisos, conllevan un éxito a medias y un fracaso a medias respecto de cada uno de los dos propósitos; la intención amenazada no se sofoca del todo ni (prescindiendo de casos singulares) se impone incólume. Podemos imaginarnos que tienen que existir condiciones particulares para el advenimiento de tales resultados de interferencia o de compromiso, pero no vislumbramos siquiera la índole de esas condiciones. Y tampoco creo que esas circunstancias desconocidas para nosotros puedan descubrirse mediante una mayor profundización en el estudio de las operaciones fallidas. Más bien será necesario explorar antes otros ámbitos de la vida anímica, todavía oscuros; sólo las analogías que ahí nos salen al paso pueden darnos el coraje para establecer los supuestos requeridos para un esclarecimiento más profundo de las operaciones fallidas. ¡Y algo más todavía! También el trabajar con pequeños indicios, tal como de continuo lo hacemos en este ámbito, conlleva sus peligros. Existe una enfermedad mental, la paranoia combinatoria, en la cual el aprovechamiento de estos pequeños indicios se practica sin restricción alguna, y desde luego no he de sostener que las conclusiones edificadas sobre esa base son invariablemente correctas. De tales peligros sólo pueden precavernos la extensa base de nuestras obsrvaciones, la repetición de impresiones semejantes tomadas de los más diversos ámbitos de la vida anímica.

Dejaremos aquí, por consiguiente, el análisis de las operaciones fallidas; conserven ustedes en la memoria, como paradigmático, el modo en que hemos tratado esos fenómenos. Por este ejemplo pueden colegir los propósitos de nuestra psicología. No queremos meramente describir y clasificar los fenómenos, sino concebirlos como indicios de un juego de fuerzas que ocurre dentro del alma, como exteriorización de tendencias que aspiran a alcanzar una meta y que trabajan conjugadas o enfrentadas. Nos esforzamos por alcanzar una *concepción dinámica* de los fenómenos anímicos. Para el psicoanálisis, los fenómenos percibidos tienen que ceder el paso a tendencias sólo supuestas.

No profundizaremos más, entonces, en las operaciones fallidas, pero podemos todavía emprender una excursión por ese vasto ámbito, en la que reencontraremos lo ya conocido y espigaremos algo nuevo. Me atendré para ello a la división

en tres grupos ya establecida al comienzo:[4] el desliz en el habla, con las formas emparentadas del desliz en la escritura, el desliz en la lectura, el desliz auditivo; el olvido, con sus subdivisiones según cuáles sean los objetos olvidados (nombres propios, palabras extranjeras, designios, impresiones), y el trastrocar las cosas confundido, el extraviar y el perder. Los errores, en la medida en que entran para nosotros en la cuenta, corresponden en parte al olvidar y en parte al trastrocar las cosas confundido.

Del *desliz en el habla* ya hemos tratado con mucho detalle; no obstante, nos resta agregar algo. A él se anudan fenómenos afectivos de menor importancia que no carecen totalmente de interés. A nadie le gusta trastrabarse; a menudo comete un desliz auditivo respecto del trastrabarse propio, nunca respecto del de otro. El trastrabarse es también en cierto sentido contagioso; no es fácil hablar del trastrabarse sin incurrir uno mismo en un desliz de este tipo. Las formas más triviales del trastrabarse, precisamente las que no pueden dar esclarecimientos particulares sobre procesos anímicos ocultos, dejan ver con facilidad su motivación. Si alguien, por ejemplo, ha pronunciado como breve una vocal larga a consecuencia de una perturbación debida a motivos cualesquiera y sobrevenida a raíz de esa palabra, alargará a cambio de ello una vocal breve que aparezca enseguida, cometiendo un nuevo desliz a modo de compensación del anterior. Y lo mismo si pronunció de manera impropia y descuidada un diptongo, por ejemplo, «*eu*», «*oi*» o «*ei*»; buscará compensarlo alterando un «*ei*» que le sigue en «*eu*» o en «*oi*». Ahí parece cumplir un papel decisivo la consideración por el oyente, no vaya a creer este que al que habla le resulta indiferente el modo en que trata la lengua materna. La segunda desfiguración compensadora tiene directamente el propósito de llamar la atención al oyente sobre la primera y asegurarle que tampoco al que habla se le escapó. Los casos más frecuentes, más simples y triviales de trastrabarse consisten en contracciones y anticipaciones del sonido [cf. pág. 29], que se exteriorizan en partes insignificantes de la oración. En una oración larga, por ejemplo, es posible trastrabarse anticipando la última palabra de lo que se tenía la intención de decir. Esto deja la impresión de una cierta impaciencia por terminar con la oración, y en general

[4] [Al principio de la 2ª conferencia (págs. 22-3). No deben confundirse estos «tres grupos» con los establecidos en págs. 56-8, que se refieren a una cuestión totalmente distinta: la actitud adoptada hacia los deslices en el habla por quienes los cometen.]

atestigua cierta renuencia a comunicar esa oración o aun a hablar. Así llegamos a casos fronterizos en que las diferencias entre la concepción psicoanalítica y la concepción fisiológica corriente del trastrabarse se confunden. Suponemos que en estos casos está presente una tendencia que perturba a la intención del habla; ahora bien, ella puede indicar sólo su presencia, no lo que ella misma intenta. La perturbación que provoca sigue luego ciertas influencias fonéticas o atracciones asociativas y puede concebirse como desviación de la atención respecto de la intención del habla. Pero ni esta perturbación de la atención ni las inclinaciones asociativas que se han vuelto operantes aciertan con la esencia del proceso. Esta sigue siendo, a pesar de todo, la referencia a la existencia de una intención perturbadora del propósito del habla, sólo que esta vez su naturaleza no puede discernirse a partir de sus efectos, como en cambio es posible hacerlo en todos los casos de deslices en el habla más claramente delineados.

El *desliz en la escritura*, a cuyo tratamiento paso ahora, coincide a punto tal con el trastrabarse que no cabe esperar que amplíe nuestros puntos de vista. Quizá podamos espigar un poco más. Los pequeños deslices en la escritura, contracciones y anticipaciones de palabras que vienen después, en particular de las últimas,* fenómenos tan difundidos, apuntan una vez más a un desgano general para escribir y a la impaciencia por acabar con ello; efectos mejor perfilados del desliz en la escritura permiten reconocer la naturaleza y el propósito de la tendencia perturbadora. En general, cuando en una carta se encuentra un desliz, se sabe que no todo estaba en orden en quien la escribía; en cuanto a lo que lo inquietaba, no siempre es posible determinarlo. Las más de las veces, el que comete el desliz en la escritura no lo nota, tal como ocurre con el desliz en el habla. Sorprendente, además, es esta observación: Hay hombres que tienen la costumbre de releer las cartas que escriben antes de enviarlas. Otros no suelen hacerlo; pero cuando por excepción lo hacen, siempre tienen ocasión de descubrir y de corregir un llamativo desliz. ¿Cómo se explica esto? Parece como si esas personas supieran que han cometido un desliz en la redacción. ¿Debemos creerlo realmente?

Con la importancia práctica del desliz en la escritura se anuda un interesante problema. Quizá recuerden ustedes el caso de un asesino, H., que supo procurarse, en institutos científicos, cultivos de agentes patógenos en extremo peli-

* {Quizás este fenómeno es más frecuente en la lengua alemana, por la «espera» que la caracteriza: en las subordinadas, el verbo aparece al final y sólo ahí adquiere sentido toda la oración.}

grosos; para ello se presentaba como bacteriólogo, pero usaba esos cultivos para eliminar por ese medio, el más moderno, a personas de su entorno. Cierta vez este hombre se quejó a la dirección de uno de esos institutos por la ineficacia de los cultivos que le habían enviado, pero cometió un desliz al escribirle, y en lugar de las palabras «en mis experimentos con ratas {*Mäusen*} o cobayos {*Meerschweinchen*}» se leía nítidamente «en mis experimentos con hombres {*Menschen*}». Este desliz llamó la atención de los médicos del instituto; pero, por lo que yo sé, no extrajeron ninguna consecuencia de él. Ahora bien, ¿qué opinan ustedes? ¿No habrían debido los médicos tomar ese desliz como una confesión e iniciar una investigación que impidiera a tiempo los manejos del asesino? El desconocimiento de nuestra concepción sobre las operaciones fallidas, ¿no habrá sido en este caso la causa de una omisión grave por sus consecuencias prácticas? Yo creo que un desliz así me habría parecido altamente sospechoso, pero hay algo muy importante que impide darle el valor de una confesión. La cosa no es tan simple. El desliz en la escritura es con seguridad un indicio, pero por sí solo no habría bastado para iniciar una investigación. El desliz de ese individuo nos dice, sin duda, que rumia el pensamiento de infectar a otros hombres, pero no permite decidir si ese pensamiento tiene el valor de un claro designio de hacer daño o el de una fantasía sin consecuencias prácticas. Hasta es posible que el hombre que cometió el desliz desmienta esa fantasía con la mejor justificación subjetiva, rechazándola de sí por algo enteramente ajeno a él. Más adelante, cuando consideremos el distingo entre realidad psíquica y realidad material, podrán ustedes comprender todavía mejor estas posibilidades.[5] De cualquier modo, es este otro caso en que la operación fallida cobra con posterioridad una importancia insospechada. [Cf. págs. 51-2.]

En el *desliz en la lectura* encontramos una situación psíquica que se diferencia nítidamente de los deslices en el habla y en la escritura. Una de las dos tendencias que chocan entre sí está aquí sustituida por una incitación sensorial y quizá por eso es menos resistente. Lo que ha de leerse no es una producción de la vida anímica propia, como en cambio lo es aquello que se quiere poner por escrito. Por eso en una gran mayoría de los casos el desliz en la lectura consiste en una sustitución total. La palabra que debe leerse es sustituida por otra, sin que se requiera un vínculo de contenido entre el texto y el efecto del desliz, que por regla general se apuntala en el parecido entre las palabras. El

[5] [Este punto se examina en la 23ª conferencia, **16**, pág. 336.]

ejemplo de Lichtenberg: *Agamemnon* en lugar de *angenommen* [pág. 35], es el mejor de este grupo. Si se quiere descubrir la tendencia perturbadora que produjo el desliz, debe dejarse por completo de lado el texto equivocadamente leído, y puede iniciarse la investigación analítica con estas dos preguntas: ¿Cuál es la ocurrencia más inmediata que se obtiene frente al efecto del desliz? ¿En qué situación se produjo este último? En ocasiones, el conocimiento de dicha situación basta por sí solo para esclarecer el desliz. Por ejemplo, cuando alguien que experimenta una cierta urgencia deambula por una ciudad que le es extraña y en un gran cartel que pende de un primer piso lee la palabra *Klosetthaus* {baños}. Quizá todavía le quede tiempo para asombrarse por el hecho de que el cartel esté colocado tan alto, antes de descubrir que literalmente debe leerse ahí *Korsetthaus* {corsetería}.[6] En otros casos, precisamente este tipo de lectura errónea del texto que es independiente de su contenido requiere un análisis más profundo, que no puede realizarse sin tener práctica en la técnica psicoanalítica ni confianza en ella. Casi siempre, empero, no es tan difícil esclarecer un desliz en la lectura. La palabra sustituyente deja traslucir sin más, como en el ejemplo de *Agamemnon*, el círculo de pensamientos de que procede la perturbación. En estos tiempos de guerra es, por ejemplo, muy común que los nombres de las ciudades, de los generales y de las expresiones militares se lean dondequiera que una palabra parecida nos sale al paso. Lo que nos interesa y nos ocupa remplaza a lo que nos es ajeno y no nos interesa. Las posimágenes de los pensamientos [anteriores] perturban la nueva percepción.

Tampoco en el desliz en la lectura faltan casos de otro tipo, en que el propio texto leído despierta a la tendencia perturbadora, que después lo muda casi siempre en su contrario. Lo que debe leerse es algo no deseado, y por el análisis nos convencemos de que un deseo intenso de desautorizar lo leído fue el responsable de su modificación.

En los casos más frecuentes de deslices en la lectura, los que mencionamos en primer término, echamos de menos dos factores a que hemos atribuido un importante papel en el mecanismo de las operaciones fallidas: el conflicto entre dos tendencias y el refrenamiento de una de ellas, que se desquita mediante el efecto de la operación fallida. No es que en el desliz en la lectura descubramos lo contrario; pero la preeminencia del contenido de pensamiento que lleva al desliz es mucho más llamativa que el refrenamiento que este

[6] [Este ejemplo fue incluido en la edición de 1917 de *PVC*, pág. 114.]

pueda haber experimentado antes. Precisamente estos dos factores se nos presentan del modo más palpable en las diversas situaciones de operación fallida creadas por un olvido.

El *olvido de designios* es por completo unívoco; como vimos, ni los legos impugnan su interpretación [pág. 48]. La tendencia perturbadora del designio es siempre un propósito contrario, un no querer; y todo lo que nos resta averiguar de él es la razón por la cual no se expresó de otro modo, menos disfrazado. Pero la presencia de esa volición contraria es indudable.[7] Muchas veces se logra también entrever algo de los motivos que la obligaron a ocultarse; actuando subrepticiamente mediante la operación fallida siempre alcanza su propósito, mientras que con seguridad se la habría rechazado de haber emergido como contradicción franca. Si entre el designio y su ejecución ha sobrevenido un cambio importante en la situación psíquica, a consecuencia del cual la ejecución de aquel ya no sería pertinente, el olvido del designio cae fuera del marco de las operaciones fallidas: no provoca ya asombro, y se comprende que, como recordar ese designio habría sido superfluo, se lo borró temporaria o duraderamente. El olvido del designio sólo puede llamarse operación fallida si no podemos creer que este haya quedado suspendido de ese modo.

Los casos de olvido de designios son en general tan uniformes y trasparentes que justamente por eso no tienen interés para nuestra investigación. Pero en dos puntos, no obstante, podemos aprender algo nuevo del estudio de esta operación fallida. Hemos dicho que el olvido, vale decir, la no ejecución de un designio, apunta a una volición contraria que le es hostil. Esto muy bien puede quedar así, pero nuestras investigaciones nos dicen que la volición contraria puede ser de dos clases, directa o indirecta. Es mejor ilustrar con uno o dos ejemplos lo que se entiende por esta última. Cuando el protector olvida interceder ante una tercera persona en favor de su protegido, ello puede suceder porque en verdad no se interesa mucho por este último, a raíz de lo cual no tiene grandes deseos de hacerlo. En este sentido, al menos, interpretará el protegido el olvido de su protector [cf. pág. 47]. Pero las cosas pueden ser también más complicadas. La volición contraria a ejecutar el designio puede venirle al protector de otro lado y apuntar a algo por en-

7 [El concepto de «volición contraria» desempeñó un importante papel en algunos de los primerísimos trabajos psicopatológicos de Freud; por ejemplo, en «Un caso de curación por hipnosis» (1892-93). Aparece en repetidas oportunidades en *PVC*.]

tero diverso. No es forzoso que se dirija al protegido; puede dirigirse, por ejemplo, a la tercera persona ante la cual debe hacerse esa recomendación. Ven entonces ustedes los reparos que también aquí se oponen a la aplicación práctica de nuestras interpretaciones [cf. pág. 62]. A pesar de su recta interpretación del olvido, el protegido corre el riesgo de caer en un exceso de recelo y de hacer objeto de grave injusticia a su protector. Otro ejemplo: Cuando alguien olvida la cita que convino con otro y a la que él mismo se propuso acudir, la razón más frecuente ha de ser sin duda la desgana directa de encontrarse con esa persona; pero el análisis podría aquí aportar la prueba de que la tendencia perturbadora no atañe a esa persona, sino al lugar en que debe realizarse la cita y que es evitado a consecuencia de un recuerdo penoso conectado a él. Otro ejemplo: Cuando alguien olvida despachar una carta, la tendencia contraria puede apoyarse en el contenido mismo de aquella; pero en modo alguno está excluido que la carta en sí sea inofensiva y que la tendencia contraria la afecte únicamente porque algo en ella trae a la memoria otra carta, escrita en una ocasión anterior, que ofreció a la volición contraria un asidero directo; puede decirse entonces que la volición contraria se trasfirió desde aquella carta anterior, donde estaba justificada, a la carta presente, en que nada tiene que hacer. Ven ustedes que en la aplicación de nuestras interpretaciones, por justificadas que sean, tenemos que andarnos con tiento y precaución; lo que psicológicamente tiene el mismo valor puede ser multívoco en la práctica.

Fenómenos como estos les parecerán insólitos. Quizá tiendan a suponer que la volición contraria «indirecta» caracteriza ya el proceso como patológico. Pero puedo asegurarles que se produce también en el marco de lo normal y de lo sano. Y no me entiendan ustedes mal. En manera alguna quiero admitir la falta de confiabilidad de nuestras interpretaciones analíticas. Esa multivocidad del olvido de designios, mencionada antes, sólo subsiste mientras no hemos emprendido ningún análisis del caso y nos limitamos a interpretar sobre la base de nuestras premisas generales. Si ejecutamos el análisis con la persona en cuestión, en todos los casos averiguaremos con suficiente certidumbre si se trata de una volición contraria directa, o de qué otro lugar proviene.

Un segundo punto [cf. pág. 64] es el siguiente: Si en una gran mayoría de casos confirmamos que el olvido de un designio se remite a una volición contraria, nos atrevemos a extender esta solución también a otra serie de casos en que la persona analizada no corrobora la volición contraria discernida por nosotros, sino que la desmiente. Tomen ustedes

como ejemplos de ello sucesos tan corrientes como el olvido de devolver libros que se tomaron prestados, de pagar cuentas o deudas. Nos atreveremos a enrostrarle a la persona en cuestión que tiene el propósito de guardarse los libros y de no saldar las deudas, mientras que ella desmentirá ese propósito, pero no estará en condiciones de darnos otra explicación de su conducta. Sobre esto proseguimos diciendo que ella tiene ese propósito, sólo que nada sabe de él; pero nos basta que el propósito se le trasluzca a través del efecto del olvido. Puede repetirnos que no fue sino un olvido. Ahora reconocen ustedes la situación como la misma en que ya nos encontramos una vez [pág. 57]. Si queremos proseguir consecuentemente nuestra interpretación de las operaciones fallidas, que se ha demostrado justificada tantas veces, nos veremos obligados a suponer que en el hombre hay tendencias que pueden ser eficaces sin que él sepa nada de ellas. Pero con esto nos ponemos en contradicción con todas las opiniones predominantes en la vida ordinaria y en la psicología.

El *olvido de nombres propios y de nombres extranjeros*, así como de palabras extranjeras en general, puede reconducirse de igual modo a un propósito contrario que se dirige directa o indirectamente contra los nombres en cuestión. Ya les he presentado varios ejemplos de una aversión directa de esa índole [págs. 46-7]. Empero, la causación indirecta es aquí particularmente frecuente y suele requerir cuidadosos análisis para establecerla. Así, en este tiempo de guerra que nos ha forzado a resignar tantas de nuestras inclinaciones anteriores, también nuestra capacidad de recordar nombres propios ha sufrido a consecuencia de las más extrañas conexiones. Hace poco me sucedió que no podía reproducir el nombre de la ciudad morava de *Bisenz*, y el análisis mostró que no era culpable de ello ninguna hostilidad directa, sino la asonancia con el nombre del Palazzo *Bisenzi*, de Orvieto, que en repetidas ocasiones yo había visitado con gusto.[8] Como motivo de la tendencia dirigida contra el recuerdo de este nombre nos topamos aquí, por primera vez, con un principio que más adelante nos revelará su enorme importancia para la causación de síntomas neuróticos: la aversión de la memoria a recordar algo que estuvo conectado con sensaciones de displacer y cuya reproducción renovaría ese displacer. En este propósito de evitar el displacer que provocarían el recuerdo u otros actos psíquicos, en esta huida psíquica frente al displacer, podemos reconocer el motivo último que opera no sólo en el olvido de nombres, sino en muchas otras operaciones fallidas, como omisiones, errores, etc.

8 [Este ejemplo fue agregado en 1917 a *PVC*, pág. 40.]

Empero, el olvido de nombres parece estar particularmente facilitado por factores psicofisiológicos, y por eso ocurre también en casos en que no puede corroborarse la interferencia de un motivo de displacer. Si alguien en una circunstancia tiende a olvidar nombres, mediante una investigación analítica podrán comprobar ustedes que no sólo se le escapan esos nombres porque no le gustan o le recuerdan algo desagradable, sino también porque en su caso el mismo nombre pertenece a otro círculo asociativo con el cual mantiene relaciones más íntimas. El nombre se mantiene, por así decir, anclado ahí, y se rehúsa a las otras asociaciones momentáneamente activadas. Si ustedes recuerdan los artificios de la mnemotecnia, comprobarán con algún asombro que pueden olvidarse nombres a raíz de los mismos nexos que se establecen deliberadamente para precaverse del olvido. El ejemplo más llamativo lo proporcionan los nombres propios de personas, que, como bien se comprende, han de tener para diferentes individuos una valencia psíquica enteramente diversa. Tomen ustedes, verbigracia, un nombre como Teodoro. Para algunos de ustedes no significará nada particular; para otros, será el nombre de su padre, de su hermano, de su amigo o su propio nombre. La experiencia analítica les mostrará después que los primeros no corren el peligro de olvidar que una cierta persona extraña lleva ese nombre, mientras que los otros se inclinarán de continuo a escatimar al extraño un nombre que les parece reservado para relaciones íntimas. Ahora adopten la hipótesis de que esta inhibición asociativa puede coincidir con la acción del principio de displacer [9] y además con un mecanismo indirecto, y estarán en condiciones de formarse una idea acertada sobre la compleja causación del olvido temporario de nombres. Pues bien, un análisis concreto les develará todas estas complicaciones, sin excepción.

El *olvido de impresiones y de vivencias* muestra, todavía con mayor nitidez y exclusividad que el olvido de nombres, la acción de la tendencia a mantener alejado del recuerdo lo desagradable. No todo su ámbito, desde luego, pertenece a las operaciones fallidas, sino sólo aquellos casos que, medidos con el patrón de nuestra experiencia ordinaria, nos parecen llamativos e injustificados; así, cuando el olvido recae sobre vivencias demasiado frescas o demasiado importantes, o tales que su falta abre una laguna en una trama que en lo demás se recuerda bien. Un problema por entero diverso es

[9] [Freud lo denominó así en *La interpretación de los sueños* (1900*a*); véase, p. ej., *AE*, **5**, pág. 590; desde entonces había aludido a él casi invariablemente como «principio de placer»; bajo este nombre se lo examina en la 22ª conferencia, **16**, págs. 324-5.]

este: ¿Por qué y de qué modo podemos olvidar, entre otras, vivencias que sin duda nos han dejado la más profunda impresión, tales como los sucesos de nuestros primeros años de infancia? En relación con esto, la defensa contra mociones de displacer cumple cierto papel, pero está lejos de explicarlo todo.[10] Las impresiones desagradables pueden olvidarse con facilidad; es un hecho indubitable. Diversos psicólogos lo han notado, y al gran Darwin le produjo una impresión tan fuerte que se creó la «regla de oro» de anotar con particular cuidado observaciones que parecían desfavorables para su teoría, pues se había convencido de que precisamente estas no querían quedarse en su memoria.[11]

Quien oiga hablar por primera vez de este principio, según el cual el olvido es un medio para defenderse del displacer que provocaría un recuerdo, rara vez dejará de objetar que su experiencia le indica, más bien, que lo penoso es justamente lo difícil de olvidar. En efecto, siempre retorna, contra la voluntad de la persona, para torturarla; así, el recuerdo de injurias y humillaciones. También este hecho es correcto, pero la objeción no es justa. Es importante empezar a tomar oportunamente en cuenta que la vida anímica es una liza donde libran combate tendencias encontradas o, para expresarlo en términos no dinámicos, consiste en contradicciones y en pares de opuestos. La demostración de una tendencia determinada no implica que deba excluirse su opuesta; hay lugar para ambas. Sólo interesa el comportamiento recíproco de los opuestos, averiguar los efectos que parten de uno y los que parten del otro.

La *pérdida y el extravío* nos interesan particularmente por su multivocidad, vale decir, el hecho de que estas operaciones fallidas pueden entrar al servicio de múltiples tendencias. Común a todos los casos es que se quiso perder algo; pero son variables el motivo por el cual se lo perdió y el fin para el cual se lo hizo. Perdemos una cosa cuando se ha averiado, cuando tenemos el propósito de sustituirla por una mejor, cuando ha dejado de gustarnos, cuando proviene de una persona con quien nuestras relaciones se han deteriorado o cuando fue adquirida en circunstancias de que ya no queremos acordarnos [cf. pág. 48]. Al mismo fin pueden servir también el dejar caer la cosa, el estropearla o el hacerla

10 [La amnesia infantil es examinada en la 13ª conferencia, págs. 182-3. Para una discusión de los olvidos en general, véase la larga nota agregada en 1907 a *PVC*, pág. 266.]

11 [En *PVC*, pág. 147, se cita en su totalidad el pasaje tomado de la autobiografía de Darwin (1958, pág. 123).]

añicos. La experiencia de la vida en sociedad, se dice, indica que los niños indeseados e ilegítimos están mucho más expuestos a accidentes que los concebidos regularmente. Para alcanzar este resultado no hace falta la grosera técnica de las llamadas «hacedoras de ángeles»;* basta y sobra con un cierto descuido en la vigilancia de los niños. Con la preservación de las cosas podría suceder lo mismo que con los niños.

Pero, también, ciertas cosas pueden estar condenadas a perderse sin que su valor haya desmerecido nada; por ejemplo, cuando existe el propósito de ofrendar algo al destino para defenderse contra otra pérdida temida. Según nos dice el análisis, tales exorcismos del destino son todavía muy frecuentes entre nosotros; por eso muchas veces nuestra pérdida es un sacrificio voluntario. También la pérdida puede ponerse al servicio del desafío o del autocastigo; en suma: las motivaciones más remotas de la tendencia a deshacerse de una cosa perdiéndola son inabarcables.

El *trastrocar las cosas confundido*, lo mismo que otros errores, se usa con frecuencia para cumplir deseos que uno debe denegarse. Para ello el propósito se enmascara como feliz contingencia. Así, cuando, según le sucedió a un amigo mío, debemos hacer una visita —obviamente contra nuestra voluntad— a un lugar próximo a la ciudad; tomamos el tren y en la estación de trasbordo subimos por error al que nos conduce de nuevo a la ciudad. O si, estando de viaje, a toda costa querríamos hacer una estadía más larga en una estación intermedia, pero no debemos permitírnoslo a causa de determinadas obligaciones, y entonces olvidamos cierto empalme o llegamos tarde a él y así nos vemos forzados a la deseada interrupción. O como le ocurrió a uno de mis pacientes a quien yo había prohibido llamar por teléfono a su amada: «Por error», «distraído», dio un número equivocado cuando quiso comunicarse conmigo por teléfono, y de pronto quedó conectado con su amada.[12] Un bonito ejemplo, que tuvo también consecuencias prácticas, de un yerro {*Fehlgreifen*} directo nos lo da la observación de un ingeniero acerca de la prehistoria de un daño material:

«Desde hacía algún tiempo yo trabajaba con varios colegas en el laboratorio de la escuela técnica en una serie de complejos experimentos sobre elasticidad; habíamos emprendido

* {*Engelmacherinnen*; que matan niños, se entiende.}

[12] [Los tres últimos ejemplos se describen con más lujo de detalles en *PVC*, págs. 217 y 220-1.]

este trabajo voluntariamente, pero ya empezaba a demandarnos más tiempo del que esperábamos. Yendo un día al laboratorio con mi colega F., él manifestó cuán desagradable le resultaba precisamente ese día perder tanto tiempo, pues tenía muchas cosas que hacer en su casa; no pude sino convenir en ello, y además manifesté medio en broma, aludiendo a un suceso de la semana anterior: "¡Espero que la máquina tenga otro desperfecto, así podemos interrumpir el trabajo y volvernos más temprano!".

»Dentro de la división del trabajo establecida, acertó a suceder que mi colega F. debía regular la válvula de la prensa, es decir, abriéndola con precaución, tenía que dejar que el fluido sometido a presión pasara poco a poco del acumulador al cilindro de la prensa hidráulica. El director del experimento atendía al manómetro y exclamó en alta voz, cuando se hubo alcanzado la presión justa: "¡Paren!". Al oír esta orden, F. tomó la válvula y la hizo girar con toda su fuerza... hacia la izquierda (¡todas las válvulas, sin excepción, se cierran haciéndolas girar hacia la derecha!). Tan pronto como lo hizo, toda la presión del acumulador accionó dentro de la prensa; el tubo-guía no estaba preparado para ello. En el acto estalló una junta del tubo, un desperfecto totalmente inofensivo para la máquina, pero que nos forzó a interrumpir ese día el trabajo y regresar a casa.

»Cosa curiosa: algún tiempo después, conversando sobre este suceso, mi amigo F. no quiso acordarse de mis palabras, que yo recordaba con certeza».[13]

Esto puede hacerles sospechar que no siempre es la casualidad inofensiva la que hace de las manos del personal doméstico de ustedes unos enemigos tan peligrosos de sus pertenencias hogareñas. Y pueden preguntarse también si siempre es debido a la casualidad el que uno se dañe a sí mismo y ponga en peligro su integridad. Sugerencias estas cuyo valor, llegado el caso, podrán examinar con el auxilio del análisis de observaciones.

Mi estimado auditorio: Ni con mucho es esto todo lo que podría decirse sobre las operaciones fallidas. Mucho queda todavía por investigar y por discutir. Pero me doy por satisfecho si por obra de nuestras elucidaciones sobre el asunto ustedes han dudado algo de sus opiniones anteriores y han ganado cierta disposición a aceptar otras nuevas. En cuanto a lo demás, me conformo con dejar a la considera-

13 [Reproducido de *PVC*, págs. 171-2.]

ción de ustedes un problema no aclarado. El estudio de las operaciones fallidas no nos permite demostrar todos los puntos de nuestra doctrina, ni estamos obligados a proporcionar una demostración sobre la base exclusiva de ese material. El gran valor que las operaciones fallidas tienen para nuestros fines reside en que son fenómenos muy frecuentes, fáciles de observar también en uno mismo, y cuya producción no tiene en manera alguna por premisa el estar enfermo. Y para concluir, querría mencionar sólo una de las preguntas no respondidas que ustedes me dirigen: Si, según vimos en muchos ejemplos, los hombres se encuentran tan próximos a la comprensión de las operaciones fallidas y a menudo se comportan como si penetraran enteramente su sentido, ¿cómo es posible que con tanta unanimidad declaren que esos mismos fenómenos son contingentes, faltos de sentido y de significado, y se opongan con tanta energía a su esclarecimiento psicoanalítico?

Tienen razón, eso es llamativo y requiere explicación. Pero no se las daré, sino que poco a poco los internaré por los nexos que les harán patente esa explicación sin mi ayuda.

Parte II. El sueño
(1916 [1915-16])

5ª conferencia. Dificultades y primeras aproximaciones

Señoras y señores: Un día se hizo el descubrimiento de que los síntomas patológicos de ciertos neuróticos poseen un sentido.[1] Sobre ello se fundó el procedimiento de la cura psicoanalítica. En este tratamiento aconteció que los enfermos, en vez de sus síntomas, presentaron también sueños. Así nació la sospecha de que también esos sueños poseen un sentido.[2]

Pero no seguiremos este camino histórico, sino que emprenderemos el inverso. Mostraremos el sentido de los sueños como preparación para el estudio de las neurosis. Esta inversión está justificada, pues el estudio del sueño no es sólo la mejor preparación para el de las neurosis, sino que el sueño mismo es también un síntoma neurótico y, por cierto, de tal índole que posee para nosotros la inapreciable ventaja de presentarse en todas las personas sanas.[3] Y aun si todos los hombres fueran sanos, con que sólo soñaran, de sus sueños podríamos obtener casi todas las intelecciones que nos ha procurado la indagación de las neurosis.

Así pues, el sueño pasa a ser objeto de la investigación psicoanalítica. Se trata, de nuevo, de un fenómeno habitual, menospreciado, en apariencia de tan nulo valor práctico como las operaciones fallidas, con las que tiene en común el hecho de presentarse en las personas sanas. Pero, en cambio, ofrece para nuestro trabajo condiciones mucho más desfavorables. Las operaciones fallidas habían sido descuidadas por la cien-

1 Lo hizo Josef Breuer en los años 1880-82. Véanse las conferencias que pronuncié en Estados Unidos en 1909 (*Cinco conferencias sobre psicoanálisis* [1910*a*]) y mi «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico» [1914*d*].

2 [La principal obra de Freud sobre el tema de los sueños fue, naturalmente, *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **4** y **5**, pero apenas hay algún escrito suyo en que no aparezca el tema; una lista de los principales trabajos en que es tratado se da en el Apéndice B a dicha obra (*ibid.*, **5**, pág. 669.) En la presente serie de conferencias, se encontrará gran número de referencias a esa obra entre mis comentarios a pie de página. {A fin de ahorrar espacio, se ha utilizado la abreviatura «*IS*», que en todos los casos remite a los vols. 4 y 5 de la presente edición.}]

3 [Se hallarán consideraciones más detalladas sobre este punto en la 28ª conferencia, **16**, págs. 415-6.]

cia, poco caso se había hecho de ellas, eso era todo; en definitiva, no era escandaloso considerarlas. Se argumentaba que existían por cierto cosas más importantes, pero quizás algo pudiera obtenerse de ellas. En cambio, el ocuparse del sueño no es sólo poco práctico y superfluo, sino directamente desdoroso; atrae la acusación de falta de cientificidad y despierta la sospecha de una inclinación personal al misticismo. ¡Que un médico se dedique al sueño cuando aun en la neuropatología y en la psiquiatría hay tantas cosas más serias, tumores que alcanzan el tamaño de una manzana y comprimen el órgano de la vida anímica, hemorragias, inflamaciones crónicas, fenómenos todos en que las alteraciones de los tejidos pueden demostrarse al microscopio! No; el sueño es un objeto demasiado desdeñable e indigno para la investigación.

Más todavía: su naturaleza misma desafía todas las exigencias de una investigación exacta. Es que en la investigación del sueño no estamos ciertos ni siquiera del objeto. Una idea delirante, por ejemplo, se nos aparece como algo que posee contornos claros y nítidos. «Yo soy el emperador de China», dice el enfermo directamente. Pero, ¿y el sueño? Las más de las veces ni siquiera es posible contarlo. Cuando alguien cuenta un sueño, ¿tiene la garantía de que lo contó rectamente? ¿No lo habrá alterado, más bien, en el acto de contarlo? ¿No le habrá inventado algo, forzado a ello por la imprecisión de su recuerdo? La mayoría de los sueños no pueden siquiera recordarse, se los ha olvidado hasta en sus pequeños fragmentos. ¿Y en la interpretación de este material se fundaría una psicología científica o un método para el tratamiento de enfermos?

Cuando en el enjuiciamiento se incurre en cierto exceso, cabe desconfiar. Las objeciones dirigidas al sueño en cuanto objeto de investigación van evidentemente demasiado lejos. De la nimiedad ya nos ocupamos con relación a las operaciones fallidas [págs. 23-4]. Dijimos entonces que grandes cosas pueden exteriorizarse también en pequeños indicios. Por lo que toca a la imprecisión del sueño, ese es un rasgo como cualquier otro; no es posible prescribir a las cosas su carácter. Además, hay también sueños claros y precisos. Hay otros objetos de la investigación psiquiátrica que adolecen de ese mismo carácter impreciso; por ejemplo, en muchos casos, las representaciones obsesivas, de que se han ocupado empero psiquiatras respetables y prestigiosos.[4] Quiero traer

[4] [La tendencia de los neuróticos obsesivos a la imprecisión y vaguedad ya había sido examinada por Freud en «A propósito de un caso de neurosis obsesiva» (1909*d*), *AE*, **10**, págs. 181-2. Véase,

a cuento aquí el último caso con que me topé en mi actividad médica. La enferma se me presentó con estas palabras: «Tengo un cierto sentimiento como si yo hubiera dañado o hubiera querido dañar a un ser vivo. ¿Un niño? Pero no, más bien un perro; quizá lo quise tirar abajo desde un puente... o alguna otra cosa». Al daño del recuerdo incierto en el sueño * podemos remediarlo si establecemos que lo que ha de considerarse el sueño del soñante es exactamente lo que este cuenta, sin atender a todo cuanto él pueda haber olvidado o alterado en el recuerdo. Por último, ni siquiera puede aseverarse en términos tan generales que el sueño es algo nimio. Sabemos por experiencia propia que el talante con que despertamos de un sueño puede proseguir durante todo el día; los médicos han observado casos en que una enfermedad mental empieza con un sueño y retiene una idea delirante proveniente de ese sueño; de personajes históricos se nos informa que recibieron en sueños la incitación a emprender importantes hazañas. Por eso nos preguntaremos: ¿De dónde proviene, en verdad, el desprecio que los círculos científicos muestran por el sueño?

Opino que es la reacción frente a la sobrestimación de que fue objeto en épocas anteriores. La reconstrucción del pasado, según se sabe, no es fácil, pero —y permítanme ustedes la broma— hay algo que podemos suponer con certeza: ya nuestros antepasados, hace 3.000 y más años, soñaban como lo hacemos nosotros. Por lo que sabemos, todos los pueblos antiguos concedieron gran importancia a los sueños y los juzgaron susceptibles de aplicación práctica. Extrajeron de ellos indicios para el porvenir, y los examinaron en busca de presagios. Para los griegos y otros pueblos orientales, una campaña militar sin intérpretes de sueños pudo haber sido a veces tan imposible como lo sería hoy sin expertos en reconocimiento aéreo. Cuando Alejandro Magno emprendió su campaña de conquista, en su séquito se contaban los más famosos intérpretes de sueños. La ciudad de Tiro, por ese tiempo emplazada todavía sobre una isla, ofreció tan encarnizada resistencia que el rey consideró la posibilidad de levantar el sitio; soñó entonces una noche con un sátiro que danzaba como en triunfo, y cuando expuso este sueño a sus intérpretes le respondieron que le había sido anunciada la victoria sobre la ciudad. Ordenó el ataque y capturó Tiro.[5] Entre los etruscos y romanos se usaban

asimismo, la descripción de ese tipo de enfermedad en la 17ª conferencia, **16**, págs. 236 y sigs.]

* {Juego semántico: el daño incierto inferido a alguien en el sueño se corresponde con la incertidumbre del recuerdo, él mismo dañado.}

[5] [Este sueño se explica en la 15ª conferencia, pág. 216.]

otros métodos para la averiguación del porvenir, pero la interpretación de los sueños fue habitual y muy estimada en toda la época helenístico-romana. De la bibliografía que se ocupaba de este tema se ha conservado al menos la obra principal, el libro de Artemidoro Daldiano, que puede datarse en el reinado del emperador Adriano.[6] Yo no sabría decir por qué razones el arte de la interpretación de los sueños declinó y el sueño cayó en descrédito. La difusión de las luces no puede haber tenido mucha parte en ello, pues la oscura Edad Media preservó fielmente cosas mucho más absurdas que la antigua interpretación de los sueños. El hecho es que el interés por el sueño poco a poco se degradó a superstición y sólo pudo persistir en las personas incultas. El último abuso de la interpretación de los sueños, todavía en nuestros días, procura averiguar de ellos los números que están predestinados a extraerse en el juego de la lotería. En cambio, la ciencia exacta contemporánea se ha ocupado repetidamente del sueño, pero siempre con el exclusivo propósito de aplicarle sus teorías fisiológicas. Los médicos juzgan al sueño, desde luego, como un acto no psíquico, como la exteriorización de estímulos somáticos en la vida anímica. Binz (1878 [pág. 35]) declara al sueño «un proceso corporal en todos los casos inútil y, en muchos, directamente patológico, sobre el cual el alma universal y la inmortalidad se elevan tan majestuosamente como el éter azul sobre un arenal cubierto de malezas en una depresión profundísima». Maury [1878, pág. 50] lo compara con las convulsiones desordenadas del baile de San Vito, por contraste a los movimientos coordinados del hombre normal; una antigua comparación establece el paralelo entre el contenido del sueño y los sonidos que producirían «los diez dedos de un hombre ignaro en música al recorrer las teclas del piano» [Strümpell, 1877, pág. 84].

Interpretar significa hallar un sentido oculto; ni hablar de ello, desde luego, si adoptamos la mencionada manera de concebir la operación onírica. Revean ustedes la descripción que hacen del sueño Wundt [1874], Jodl [1896] y otros filósofos más recientes; peyorativamente, se limitan a enumerar las desviaciones que la vida onírica presenta respecto del pensamiento de vigilia: destacan la destrucción de las asociaciones, la supresión de la crítica, la cesación de todo saber y otros signos de una operación disminuida. La única contribución valiosa al conocimiento del sueño que debemos a la ciencia exacta se refiere a la influencia ejercida sobre el contenido del sueño por ciertos estímulos corporales sobre-

[6] [En *IS*, **4**, págs. 31 y 120*n*., se hacen algunos comentarios sobre este libro.]

venidos mientras se duerme. De un autor noruego fallecido hace poco, J. Mourly Vold, poseemos dos gruesos volúmenes de investigaciones experimentales sobre el sueño (edición alemana, 1910 y 1912), que se ocupan casi exclusivamente de las consecuencias de los cambios de posición de las extremidades. Nos son recomendados como el paradigma de la investigación exacta sobre el sueño. Ahora, ¿imaginan ustedes lo que diría la ciencia exacta si se enterara de que nosotros nos proponemos descubrir el *sentido* de los sueños? Quizá ya lo haya dicho. Pero no nos dejemos atemorizar. Si las operaciones fallidas pudieron tener un sentido, tal vez ocurra lo mismo con el sueño; y aquellas poseen en muchísimos casos un sentido que ha escapado a la investigación exacta. Adhiramos simplemente al prejuicio de los antiguos y del pueblo, y sigamos las huellas de los antiguos intérpretes de sueños.

En primer lugar, habremos de buscar orientación sobre la tarea que tenemos por delante, pasar revista al ámbito de los sueños. ¿Qué es, pues, un sueño? Difícil resulta decirlo en un solo enunciado. Pero no ensayaremos definición alguna donde basta con referirse a un material conocido por todos.[7] Deberíamos poner de resalto lo esencial del sueño. ¿Dónde hallarlo? Es enorme la diversidad que encontramos dentro del marco que circunscribe nuestro ámbito, diversidad en todas las direcciones. Lo esencial será, acaso, lo que podamos descubrir como común a todos los sueños.

Y así, el primer rasgo común a todos los sueños sería que soñamos mientras dormimos. El soñar es, evidentemente, la vida que es propia del alma mientras duerme; presenta ciertas semejanzas con la que le es característica en la vigilia, y también grandes diferencias la separan de ella. Esta era ya la definición de Aristóteles.[8] Quizás entre soñar y dormir haya todavía relaciones más estrechas. Es posible ser despertado por un sueño, con mucha frecuencia tenemos un sueño cuando despertamos espontáneamente o somos arrancados del dormir con violencia. El sueño parece ser entonces un estado intermedio entre el dormir y la vigilia. Así nos vemos remitidos al dormir. Ahora bien, ¿qué es el dormir?

Es este un problema fisiológico o biológico sobre el cual todavía hay mucho en discusión. Nada podemos decidir al respecto, pero opino que estamos autorizados a buscar una

[7] [Véanse, empero, algunas observaciones sobre esto en la 14ª conferencia, pág. 204.]
[8] [Cf. *IS*, **4**, pág. 30.]

característica psicológica del dormir. Este es un estado en que yo no quiero saber nada del mundo exterior, en que le he quitado mi interés. Me pongo a dormir cuando me retiro del mundo y mantengo lejos de mí sus estímulos. Me duermo, también, cuando estoy cansado por él. Al adormecerme digo entonces al mundo exterior: «Déjame en paz, pues quiero dormir». El niño dice, a la inversa: «Todavía no voy a dormir, no estoy cansado, quiero quedarme un rato más». La tendencia biológica del dormir parece entonces la reparación de fuerzas, y su carácter psicológico, la suspensión del interés por el mundo. Nuestra relación con el mundo, al que hemos venido tan sin quererlo, parece ser tal que no la resistimos ininterrumpidamente. Por eso de tiempo en tiempo nos retiramos al estado premundano, o sea, a la existencia en el vientre materno. Al menos nos procuramos una situación en todo semejante a la que entonces existía: calor, oscuridad y ausencia de estímulos. Algunos de nosotros nos enroscamos como un apretado paquete y adoptamos para dormir una postura corporal parecida a la que tuvimos en el vientre materno. Parece como si los adultos no hubiéramos venido al mundo sino en las dos terceras partes; en un tercio no hemos nacido todavía. Despertar por la mañana es entonces como renacer. Y aun aludimos a nuestro estado después de dormir con estas palabras: «Me siento como un chico recién nacido», con lo cual probablemente nos formamos un presupuesto muy falso sobre el sentimiento general del recién nacido. Cabe suponer que este se siente, más bien, muy incómodo. También decimos que nacer es «ver la luz del mundo».

Si eso es el dormir, entonces el sueño en modo alguno está en sus planes, parece más bien un intruso inoportuno. Opinamos, asimismo, que el dormir sin soñar es el mejor, el único correcto. Mientras se duerme no debe haber actividad anímica ninguna; si ella se remueve, es porque no hemos logrado producir el estado fetal de reposo: no hemos podido evitar todo resto de actividad anímica. Esos restos, eso sería el soñar. Pero entonces parece que realmente el sueño no necesita tener sentido alguno. En las operaciones fallidas la situación era diversa; eran sin duda actividades de la vigilia. Pero si yo duermo, si la actividad anímica cesa por completo y sólo no he podido sofocar ciertos restos de ella, no es necesario en absoluto que esos restos posean un sentido. Y ni siquiera puedo usar ese sentido, puesto que el resto de mi vida anímica duerme. En realidad, no puede tratarse sino de reacciones del tipo de las contracciones espasmódicas: de fenómenos anímicos que son resultado directo de una estimulación somática. Los sueños serían entonces los

restos de la actividad anímica de vigilia, perturbadores del dormir, y deberíamos decidirnos de una buena vez a abandonar este tema, inapropiado para el psicoanálisis.

Pero, por más que el sueño sea superfluo, no obstante existe; y podemos intentar dar razón de su existencia. ¿Por qué la vida del alma no se duerme? Con probabilidad, porque algo no permite al alma reposo alguno. Actúan sobre ella estímulos frente a los cuales tiene que reaccionar. Detectamos aquí una vía de acceso a la comprensión del sueño. Ahora podemos rebuscar en diversos sueños los estímulos que quieren perturbar al dormir y frente a los cuales se reacciona con sueños. Así habríamos puesto de relieve el primer rasgo común a todos los sueños.

¿Existe algún otro rasgo común? Sí, es un rasgo inequívoco, pero mucho más difícil de aprehender y de describir. Los procesos anímicos que se producen mientras se duerme tienen un carácter totalmente diverso de los de la vigilia. En el sueño se vivencian muchas cosas y se cree vivenciarlas, cuando en verdad nada se vivencia, salvo, quizás, el estímulo que perturba al soñante. Se vivencia predominantemente en imágenes visuales; ahí pueden entreverarse también sentimientos, e incluso pensamientos; además, los otros sentidos pueden vivenciar algo. Pero fundamentalmente se trata de imágenes.

Parte de la dificultad con que tropezamos para contar el sueño proviene de la necesidad de traducir estas imágenes en palabras. «Podría dibujarlo —nos dice a menudo el soñante— pero no sé cómo decirlo». Ahora bien, en verdad no hay aquí una actividad anímica disminuida, como sería la del idiota en comparación con el genio; es algo cualitativamente diverso, pero resulta difícil decir dónde reside la diferencia. G. T. Fechner [1889] expresó una vez la conjetura de que el escenario en que se desarrollan los sueños (dentro del alma) sería distinto del que corresponde al representar como actividad de vigilia.[9] No comprendemos por cierto eso, no sabemos qué pensar de ello, pero en verdad reproduce la impresión de ajenidad que nos trasmiten la mayoría de los sueños. También fracasa aquí la comparación de la actividad onírica con los productos {pianísticos} de una mano inexperta en música [pág. 78]. Es que si se recorren al azar sus teclas, el piano no responderá, es cierto,

[9] [El psicofísico Fechner (1801-1887) ejerció gran influencia sobre las teorías de Freud (cf. su *Presentación autobiográfica* (1925*d*), *AE*, **20**, pág. 55). La conjetura a que se refiere el texto es analizada en *IS*, **4**, págs. 72-3, y **5**, pág. 529.]

con melodías; pero las notas de su registro son siempre las mismas. Pondremos cuidado en tener presente este segundo rasgo común a todos los sueños, por más que pueda haber quedado incomprendido.

¿Existen todavía otros rasgos comunes? No hallo ninguno; veo por doquier sólo diferencias, y por cierto en todos los respectos. Tanto por lo que toca a la duración aparente cuanto a la nitidez, a la participación de los afectos, a la permanencia, etc. Nada de esto es realmente lo que cabría esperar de una defensa forzada y elemental, como sería la de una contracción muscular frente a un estímulo. Por lo que atañe a la dimensión de los sueños, los hay muy breves, que contienen una sola imagen o unas pocas, un pensamiento, o aun una sola palabra; y otros que tienen enorme riqueza de contenido, escenifican novelas enteras y parecen durar largo tiempo. Hay sueños que son tan nítidos como la vivencia [de vigilia], tan nítidos que después de despertar, durante un rato, todavía no los reconocemos como sueños; otros que son indeciblemente débiles, son como sombras y borrosos; y aun dentro de un mismo sueño pueden alternarse las partes hiperintensas y las desdibujadas y apenas aprehensibles. Algunos sueños pueden poseer sentido pleno o al menos ser coherentes, y aun ingeniosos, fantásticamente bellos; otros, en cambio, son confusos, como de un idiota, absurdos y muchas veces directamente locos. Existen sueños que nos dejan totalmente fríos, y otros en que todos los afectos se expresan distintamente, un dolor que llega a las lágrimas, una angustia que culmina en el despertar, maravilla, arrobamiento, etc. Los sueños se olvidan las más de las veces enseguida después de despertar, o se conservan a lo largo del día de tal suerte que hacia el atardecer se los recuerda cada vez más pálidos y llenos de lagunas; otros se mantienen tan bien —p. ej., ciertos sueños de la infancia— que treinta años después están frente a la memoria como una vivencia fresca. Pueden, como los individuos, aparecer una sola vez, y no retornar nunca; o repetirse en la misma persona de manera idéntica o con pequeñas variantes. En suma, este pedacito de actividad anímica nocturna dispone de un repertorio gigantesco; en verdad, puede seguir creando todo lo que el alma crea durante el día, pero nunca es lo mismo.

Podría intentarse dar razón de estas diversidades del sueño suponiendo que corresponden a diferentes estadios intermedios entre el dormir y la vigilia, a diferentes grados del dormir incompleto. Muy bien; pero en tal caso al aumentar el valor, contenido y nitidez de la operación onírica debería aumentar también el conocimiento de que se trata

de un sueño, puesto que en esa clase de sueños el alma se estaría acercando al despertar; y no podría suceder que a un pequeño fragmento de sueño nítido y racional sucediese otro absurdo o desdibujado, tras lo cual siguiera todavía otro buen trabajo. El alma no podría variar de manera tan brusca la profundidad con que duerme. Esta explicación no vale entonces de nada; lisa y llanamente, no sirve.

Renunciemos provisionalmente al «sentido» de los sueños e intentemos, en cambio, abrirnos paso hacia una mejor comprensión de ellos partiendo de sus rasgos comunes. Del vínculo del sueño con el estado del dormir hemos inferido que el sueño es la reacción frente a un estímulo que perturba a aquel. Como ya vimos, es este también el único punto en que puede venir en nuestro auxilio la psicología experimental exacta; ella prueba que estímulos administrados mientras se duerme aparecen en el sueño. Han sido muchas las investigaciones realizadas hasta llegar a la ya citada [pág. 79] de Mourly Vold; y creo que cualquiera de nosotros, por alguna observación personal que eventualmente haya hecho, está en condiciones de corroborar este resultado. Elijo comunicar algunos experimentos más antiguos. Maury [1878] los realizó en su propia persona. Se le dio a oler agua de Colonia mientras dormía; soñó que se encontraba en El Cairo, en la tienda de Johann Maria Farina, y después seguían locas aventuras. Se le pellizcó ligeramente en la nuca; soñó que le habían colocado una cataplasma y con un médico que lo trató en su infancia. Le vertieron unas gotas de agua sobre la frente; estaba entonces en Italia, sudaba copiosamente y bebía el vino blanco de Orvieto.[10]

Lo que nos resulta llamativo en estos sueños producidos experimentalmente podremos asirlo quizá con mayor nitidez todavía en otra serie de sueños de estímulo. Se trata de tres sueños comunicados por un agudo observador, Hildebrandt [1875], todos los cuales son reacciones frente a la campanilla de un reloj despertador:

«Salgo entonces de paseo una mañana de primavera y vago por los campos enverdecidos hasta llegar a una aldea vecina; ahí veo a sus moradores vestidos de fiesta, el misal bajo el brazo, que en gran número se encaminan a la iglesia. ¡Justo! Hoy es domingo y pronto se iniciará la misa matinal. Decido participar de ella, pero antes, porque estoy un poco acalorado, voy a refrescarme a la quinta del camposanto que rodea a la iglesia. Mientras leo ahí diversos epitafios, oigo al sacristán que trepa al campanario y ahora veo

10 [Sobre este y otros experimentos de Maury, cf. *IS*, **4**, pág. 51.]

en su cima a la campanita de aldea que dará la senal para el comienzo del oficio religioso. Durante un buen rato todavía pende ella ahí, inmóvil, después empieza a oscilar... y de pronto resuenan sus repiques intensos y penetrantes, tan intensos y penetrantes que ponen fin a mi dormir. Pero las campanadas venían del despertador.

»Una segunda combinación. Es un diáfano día de invierno; las calles están cubiertas por un espeso manto de nieve. He comprometido mi participación en un viaje en trineo, pero debo esperar largo rato hasta que se me avisa que el trineo está a la puerta. Ahora hago los preparativos para subir a él; me pongo el abrigo de pieles, busco la manta para los pies... y por fin tomo asiento en mi lugar. Pero todavía se demora la partida, hasta que las riendas trasmiten la señal a los caballos expectantes; ahora ellos se ponen en marcha; los cascabeles, sacudidos con violencia, inician su bien conocida música con una fuerza tal que al instante desgarra la telaraña del sueño. Otra vez, no es sino el estridente sonar del despertador.

»Todavía un tercer ejemplo. Veo a una mucama que avanza a lo largo del pasillo, en dirección al comedor, llevando unas docenas de platos apilados. Me parece que la pila de porcelanas que lleva en sus brazos amenaza perder el equilibrio. "Ten cuidado —le advierto—; toda esa carga se irá al suelo". Desde luego, la réplica de rigor no se hace esperar: ella está acostumbrada a tales cosas, etc.; mientras, yo sigo sus pasos con mirada inquieta. Y justo en el umbral de la puerta da un tropezón... La frágil vajilla cae con estrépito, se hace añicos y se esparce en cien pedazos por el piso. Pero el estrépito, que prosigue sin término, no es, como pronto observo, el de una vajilla sino en verdad el sonar de un timbre; y con ese sonar, como ahora lo advierte el que ya se despertó, el despertador cumplía su tarea».[11]

Estos sueños son muy bonitos, provistos en un todo de sentido, en modo alguno tan incoherentes como suelen serlo los sueños. No me propongo oponerles reparos en cuanto a eso. Lo común a ellos es que la situación en cada caso desemboca en un ruido que, tras despertar, se individualiza como el del despertador. Entonces, aquí vemos producirse un sueño, pero averiguamos algo más. El sueño no reconoce al despertador —y tampoco este aparece en el sueño—, sino que sustituye el ruido del despertador por otro; interpreta el estímulo que pone fin al dormir, pero en cada caso lo interpreta de manera diversa. ¿Por qué así? No hav res-

[11] [Citado también en *IS*, **4**, pág. 154.]

puesta, parece ser arbitrario. Pero comprender el sueño equivaldría a poder indicar la razón por la cual ha escogido precisamente este ruido y no otro para interpretar el estímulo que ofició de despertador. Parecida objeción podría hacerse a los experimentos de Maury: bien se ve que el estímulo suministrado emerge en el sueño, pero no se advierte la razón por la cual lo hace precisamente en esa forma, que no parece consecuencia de la naturaleza del estímulo perturbador del dormir. Además, en los experimentos de Maury al resultado directo del estímulo se anuda casi siempre una buena cantidad de material onírico diverso —p. ej., las locas aventuras en el sueño del agua de Colonia—, para el cual no se atina a dar razón alguna.

Y aun tengan ustedes en cuenta que los sueños de despertar {*Wecktraum*} son los que ofrecen las mejores posibilidades de comprobar la influencia de estímulos externos perturbadores del dormir. En la mayoría de los otros casos eso será más difícil. No todos los sueños provocan el despertar, y si por la mañana se recuerda un sueño habido a la noche, ¿cómo descubrir un estímulo perturbador que quizás ha tenido efecto de noche? Una vez me fue dado comprobar con posterioridad un estímulo sonoro de esa índole, claro que sólo por obra de circunstancias particulares. Cierta mañana desperté, estando en un lugar de las montañas del Tirol, con la certeza de haber soñado que el papa había muerto. No pude explicarme ese sueño, pero horas más tarde me preguntó mi mujer: «¿Has oído hoy por la mañana el espantoso atronar de las campanas echadas a vuelo en todas las iglesias y capillas?». No; nada había oído, mi dormir es más resistente que eso, pero gracias a esa comunicación pude comprender mi sueño.[12] ¿Con cuánta frecuencia estimulaciones así incitan al durmiente a soñar, sin que con posterioridad tenga noticia de ellas? Quizá muy a menudo, quizá no. Puesto que el estímulo ya no es más comprobable, no puede obtenerse certidumbre alguna. Pero aun sin considerar eso, desistimos de ponderar los estímulos externos perturbadores del dormir, puesto que sabemos que pueden explicarnos sólo un pequeño fragmento del sueño y no la reacción onírica entera.

Mas no por eso hemos de desechar por completo esa teoría. Es susceptible de un desarrollo ulterior. No importa, evidentemente, qué sea lo que perturbe el dormir e incite al alma a soñar. Si no en todos los casos puede estar en juego un estímulo que venga del exterior, quizá lo remplace uno de los llamados estímulos corporales, provenientes de

12 [Relatado más ampliamente en *IS*, **4**, pág. 244.]

los órganos internos. Esta conjetura es muy sugerente, y además responde a la opinión más popular sobre la génesis de los sueños. Los sueños vienen del estómago, se nos dice. Por desdicha, cabe suponer que también aquí es frecuente el caso de un estímulo corporal que influyó durante la noche pero tras el despertar ya no puede detectarse más y, por tanto, se ha vuelto indemostrable. Pero, no queremos desconocerlo, la tesis de que los sueños derivan de un estímulo corporal es apoyada por un número considerable de buenas experiencias. Es en general indudable que el estado de los órganos internos puede influir sobre el sueño. El vínculo entre el contenido de muchos sueños y la repleción de la vejiga o un estado de excitación de los órganos sexuales es nítido e inequívoco. De estos casos trasparentes se pasa a otros en que el contenido de los sueños permite, al menos, conjeturar con fundamento la influencia de estímulos corporales de esa índole, puesto que incluye algo que puede concebirse como procesamiento, figuración o interpretación de esos estímulos. Scherner (1861), estudioso de los sueños, ha sostenido con particular vigor que el sueño deriva de estímulos de órgano, aduciendo en favor de su tesis algunos bellos ejemplos. Cuando él, verbigracia, ve en un sueño «dos hileras de hermosos muchachos de blonda cabellera y pálido rostro que se enfrentan con ánimo de pelea, se separan, después se precipitan unos sobre otros y vuelven a separarse de nuevo para tomar otra vez la posición que tenían antes y repetir enseguida todo el proceso», la interpretación de estas hileras de muchachos como los dientes habla por sí misma, y parece hallar su validación plena cuando tras esa escena el soñante «se extrae de la mandíbula un largo diente».[13] También parece concluyente la interpretación de «pasadizos largos, estrechos y tortuosos» como de estímulo intestinal, y ello corrobora la tesis de Scherner según la cual el sueño busca sobre todo figurar el órgano que envía el estímulo mediante objetos que se le parecen.

Consiguientemente, tenemos que estar dispuestos a admitir que estímulos internos pueden desempeñar para el sueño el mismo papel que los externos. Por desdicha, su ponderación tropieza con las mismas objeciones. En un gran número de casos la interpretación sobre la base de un estímulo corporal sigue siendo incierta o indemostrable; no todos los sueños, sino sólo algunos, despiertan la sospecha de que estímulos de órgano han colaborado en su génesis; y, en definitiva, el estímulo corporal interno es tan incapaz como el

13 [*IS*, **4**, pág. 239.] {Hay diferencias entre ambos textos en el original.}

estímulo sensorial externo de explicar del sueño algo más que lo relativo a la reacción directa frente al estímulo. ¿De dónde proviene el resto del sueño? He ahí algo que permanece en las sombras.

Reparemos, empero, en una peculiaridad de la vida onírica, que sale a la luz a raíz del estudio de estos efectos de estímulo. El sueño no devuelve simplemente el estímulo, sino que lo procesa, alude a él, lo inserta dentro de una concatenación, lo sustituye por algo diverso. Es un aspecto del trabajo del sueño [14] que ha de interesarnos, porque quizá nos acerque más a la esencia del sueño: Cuando un individuo hace algo movido por una incitación, esta última no agotará forzosamente la obra de aquel. Por ejemplo, *Macbeth*, de Shakespeare, es una pieza de ocasión, compuesta para celebrar el acceso al trono del rey que por primera vez ceñía en su cabeza las coronas de los tres reinos. Pero, ¿agota esta ocasión histórica el contenido del drama, nos explica su grandeza y sus enigmas? Quizá también los estímulos internos y externos que afectan al durmiente no sean sino los incitadores del sueño, de cuya esencia no nos delatan nada.

El otro rasgo común de los sueños, su particularidad psíquica [pág. 81], es por una parte difícil de aprehender y, por la otra, no ofrece asideros para una ulterior pesquisa. La mayoría de las veces, en el sueño vivenciamos algo en formas visuales. ¿Pueden los estímulos dar algún esclarecimiento sobre esto? ¿Es en realidad el estímulo lo que vivenciamos? ¿Por qué, entonces, la vivencia es visual cuando los casos de sueños por estimulación ocular son los más raros? ¿O puede demostrarse, cuando soñamos con dichos, que mientras dormíamos impresionó nuestro oído una conversación o algún ruido parecido? Me atrevo a rechazar terminantemente esta posibilidad.

Si los rasgos comunes de los sueños no nos permiten avanzar, hagamos el ensayo con sus diferencias. Es cierto que a menudo los sueños carecen de sentido, son confusos, absurdos; pero los hay plenos de sentido, sobrios, racionales. Examinemos estos últimos, los provistos de sentido, para ver si pueden aclararnos algo sobre los disparatados. Les comunicaré el último sueño racional que me fue contado, el sueño de un joven: «Estoy de paseo por la Kärntnerstrasse,[15] y allí me encontré con el señor X, a quien acompañé un

[14] [El proceso que trasforma los pensamientos oníricos latentes en el contenido manifiesto del sueño, tema de la 11ª conferencia.]

[15] [La principal calle comercial de Viena.]

rato; después, fui al restaurante. Dos damas y un señor se sentaron a mi mesa. Primero me fastidió y no quise ni mirarlos. Después los miré y hallé que eran amabilísimos». El soñante observa que la tarde anterior al sueño efectivamente pasó por la Kärntnerstrasse, que es su camino habitual, y se encontró allí con el señor X. La otra parte del sueño no es una reminiscencia directa, sino que sólo tiene cierto parecido con una vivencia muy anterior. Ahora otro sueño sobrio, de una dama: «Su marido pregunta: "¿No debemos hacer afinar el piano?". Ella: "No vale la pena, de todos modos hay que forrarle de nuevo los macillos"».[16] Este sueño repite un diálogo que en términos casi idénticos se desarrolló entre su marido y ella el día anterior al sueño. ¿Qué nos enseñan estos dos sueños sobrios? Unicamente que hallamos en ellos repeticiones de la vida diurna o anudamientos {*Anknüpfung*} con ella. Ya sería algo, si se lo pudiera afirmar de los sueños en general. Pero ni hablar de ello: también esto es válido únicamente para una minoría; en los más de los sueños no hallamos anudamiento alguno a la víspera,[17] y a partir de esto no echamos ninguna luz sobre los sueños disparatados y absurdos. Sólo sabemos que nos hemos topado con una nueva tarea. No solamente queremos saber lo que un sueño dice, sino que, cuando lo dice de manera nítida (como sucede en nuestros ejemplos), también queremos saber por qué y para qué se repite en el sueño eso conocido, vivenciado poco tiempo antes.

Creo que estarán ustedes fatigados, como lo estoy yo, de emprender ensayos como los que hemos venido haciendo. Bien vemos que todo el interés por un problema no basta si no se conoce un camino practicable que lleve a la solución. Hasta ahora no tenemos ese camino. La psicología experimental no nos ha aportado más que algunas indicaciones, muy estimables, sobre la importancia de los estímulos como incitadores del sueño. De la filosofía nada tenemos que esperar: de nuevo nos pondrá por delante, desdeñosamente, la inferioridad intelectual de nuestro objeto; y de las ciencias ocultas no queremos tomar nada. La historia y la opinión popular nos dicen que el sueño posee sentido y significado, que escruta el porvenir; pero es algo difícil de aceptar y, por cierto, indemostrable. Así nuestro primer empeño nos deja en un desconcierto total.

16 [*IS*, **4**, pág. 201.]
17 [Poco más adelante (pág. 96), Freud hará algunas salvedades sobre esta afirmación.]

Inesperadamente nos llega un indicio de un lado al que hasta ahora no habíamos atendido. El uso lingüístico, que nada tiene de contingente, sino que es la sedimentación de una vieja sabiduría, aunque no pueda emplearsela sin precaución; nuestro lenguaje, entonces, conoce algo que extrañamente llama «sueños diurnos» {*Tagtraum*}. Los sueños diurnos son fantasías {*Phantasie*} (producciones de la fantasía); son fenómenos muy difundidos, que también se observan tanto en los sanos como en los enfermos, y se prestan con facilidad para ser estudiados en la persona propia. Lo más llamativo en estas formaciones fantásticas es que hayan recibido el nombre de «sueños diurnos», pues nada tienen de los rasgos comunes a los sueños [págs. 79 y sigs.]. Su vínculo con el estado del dormir ya es contradicho por su nombre, y por lo que toca al segundo rasgo, en ellos no se vivencia ni se alucina nada, sino que es representado algo; se sabe que se está fantaseando, no se ve, sino que se piensa. Estos sueños diurnos emergen en la prepubertad, a menudo ya al final de la niñez, persisten hasta que se llega a la madurez y entonces se los abandona o se los conserva hasta la edad provecta. El contenido de estas fantasías está presidido por una motivación muy trasparente. Son escenas o circunstancias en que encuentran satisfacción los afanes de ambición o de poder, o los deseos eróticos de la persona. En los hombres jóvenes prevalecen casi siempre las fantasías de ambición, y en las mujeres, que han puesto su ambición en el éxito amoroso, las eróticas. Pero con harta frecuencia también en los hombres la necesidad erótica se insinúa en el trasfondo; todas las hazañas heroicas y los triunfos están exclusivamente destinados a pasmar a las mujeres y a granjearse su favor. Por lo demás, estos sueños diurnos son muy variados y sufren cambiantes destinos. Con cualquiera de ellos puede ocurrir que se lo abandone tras un breve lapso y se lo sustituya por otro, o que se lo conserve y se lo urda en largas historias y se lo vaya adecuando a los cambios de las circunstancias vitales. Marchan, por así decir, junto con la época, y de ella reciben un «sello fechador» que atestigua la influencia de la situación nueva. Son la materia prima de la producción literaria, pues el artista, tras ciertos arreglos, disfraces y omisiones deliberadas, crea a partir de sus sueños diurnos las situaciones que introduce en sus novelas o sus piezas teatrales. Pero el héroe del sueño diurno es siempre la persona propia, ya directamente o por trasparente identificación con otra.[18]

[18] [El examen más importante que hizo Freud del tema de las fantasías y su relación con la creación artística se hallará en dos tra-

Quizá los sueños diurnos lleven este nombre a causa de una idéntica relación con la realidad: para indicar que su contenido ha de juzgarse tan poco real como el de los sueños. Pero podría ser que esta comunidad de nombre descansase en un carácter psíquico del sueño, todavía desconocido para nosotros, y tal vez uno de los que buscamos. También es posible que nos equivoquemos queriendo asignar un significado a esta identidad de designación. Sólo más adelante podrá aclararse esto.

bajos anteriores: «El creador literario y el fantaseo» (1908*e*) y «Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad» (1908*a*). Retoma este tema en la 23ª conferencia, **16**, págs. 338 y sigs.]

6ª conferencia. Premisas y técnica de la interpretación

Señoras y señores: Necesitamos entonces un nuevo camino, un método, si queremos avanzar en la exploración del sueño. Ahora he de hacerles una sencillísima propuesta. Supongamos, como premisa para todo lo que sigue, que *el sueño no es un fenómeno somático, sino psíquico.* Lo que esto quiere decir, ya lo saben ustedes. Pero, ¿qué justificación tenemos para hacer este supuesto? Ninguna, aunque tampoco hay nada que nos impida hacerlo. La cosa es así: Si el sueño es un fenómeno somático, nada nos importa de él; sólo puede interesarnos bajo la premisa de que es un fenómeno anímico. Por tanto, trabajamos bajo la premisa de que lo es realmente, a fin de ver qué sale de ahí. El resultado de nuestro trabajo decidirá si hemos de conservar ese supuesto y si podremos entonces defenderlo, a su vez, como un resultado. ¿Qué queremos alcanzar en verdad, para qué trabajamos? Queremos aquello a que se aspira en general en la ciencia: una comprensión de los fenómenos, el establecimiento de una concatenación entre ellos y, como objetivo último, en los casos en que sea posible, ampliar nuestro poder sobre ellos.

Proseguimos entonces la tarea bajo el supuesto de que el sueño es un fenómeno psíquico. Por tanto, es una operación y una manifestación del soñante, pero de tal índole que no nos dice nada y no la comprendemos. Ahora bien, ¿qué hacen ustedes si yo les digo algo que les resulta incomprensible? Me preguntan qué quise decir, ¿no es cierto? ¿Por qué no podríamos hacer lo mismo, *inquirir al soñante por el significado de su sueño*?

Recuerden ustedes; ya una vez nos encontramos en esta situación. Fue en la indagación de ciertas operaciones fallidas, de un caso de desliz en el habla. Alguien había dicho [pág. 38]: «Pero entonces ciertos hechos salieron a *Vorschwein*», tras lo cual le preguntamos... no, por suerte no fuimos nosotros, sino otros, por completo ajenos al psicoanálisis; le preguntaron qué quiso significar con ese dicho incomprensible. Respondió enseguida que había tenido el propósito de afirmar: «Eran *Schweinereien* {porquerías}», pero refrenó este propósito en favor de otro, más moderado:

«Ciertos hechos salieron a *Vorschein* {a la luz}». Ya en ese momento les declaré [pág. 43] que esa averiguación era el paradigma de toda indagación psicoanalítica; ahora ustedes comprenden que el psicoanálisis sigue la técnica de hacerse decir por los mismos a quienes estudia, si ello cabe, la solución de sus enigmas [pág. 43]. Por tanto, el propio soñante debe decirnos lo que su sueño significa.

Pero, es notorio, las cosas no son tan simples en el caso del sueño. En las operaciones fallidas, eso funciona en cierto número de casos; después dimos con uno en que el preguntado no quería decir nada, y aun rechazó con enojo la respuesta que le sugerimos. En el sueño nos faltan por completo los casos del primer tipo; el soñante dice siempre que nada sabe. En cuanto a rechazar nuestra interpretación, no puede hacerlo, pues no tenemos ninguna para presentarle. Entonces, ¿debemos abandonar nuestro intento? Puesto que él nada sabe y nosotros nada sabemos y un tercero menos todavía puede saber algo, no existe perspectiva alguna de llegar a averiguarlo. Y bien; si ustedes quieren, abandonen el intento; pero si lo quieren de otro modo, pueden proseguir camino conmigo. Yo les digo, en efecto, que es muy posible, y aun muy probable, que el soñante a pesar de todo sepa lo que su sueño significa, *sólo que no sabe que lo sabe y por eso cree que no lo sabe.*

Me harán notar ustedes que de nuevo he introducido un supuesto y va ya el segundo dentro de esta breve argumentación; así he rebajado enormemente la pretensión de credibilidad de mi procedimiento. «Bajo la premisa de que el sueño es un fenómeno psíquico, y además bajo la premisa de que en el hombre hay cosas anímicas que él sabe sin saber que las sabe, y. . .», etc. Entonces, no hace falta sino tener presente la improbabilidad interna de cada una de estas premisas para que apartemos tranquilamente nuestro interés de las conclusiones basadas en ellas.

Y bien, señoras y señores; no los he reunido aquí para tenerlos engañados o disimularles algo. Sin duda he anunciado unas «Conferencias elementales de introducción al psicoanálisis»,[1] pero con ello no me propuse una exposición *in usum delphini*,[2] destinada a presentarles una argumentación tersa que ocultara cuidadosamente todas las dificultades, llenara las lagunas, retocara las dudas para que uste-

1 [Al publicarse las conferencias se eliminó del título la palabra «elementales».]

2 [«Para uso del delfín»: se refiere a la edición expurgada de los clásicos que Luis XIV hizo preparar para su hijo.]

des pudieran creer, con ánimo tranquilo, que habían aprendido algo nuevo. No, justamente porque son ustedes principiantes quise mostrarles nuestra ciencia tal como es, con sus escabrosidades y asperezas, con sus requerimientos y reparos. Yo sé, en efecto, que en ninguna ciencia las cosas son de otro modo, y particularmente en sus comienzos no pueden ser de otro modo. También sé que la enseñanza suele empeñarse en ocultar al principio a los alumnos estas dificultades e imperfecciones. Pero eso no sirve en el psicoanálisis. Por consiguiente, yo adopté de hecho dos premisas, una dentro de la otra, y aquel a quien el todo le parezca demasiado trabajoso e incierto, o esté habituado a certidumbres mayores y deducciones más elegantes, no necesita seguir acompañándonos. Aunque opino que deberá dejar en paz en general los problemas psicológicos, pues temo que no encuentre transitables aquí esos caminos exactos y seguros que está dispuesto a recorrer. Además, es ocioso que una ciencia que tiene algo para ofrecer ande requiriendo audiencia y partidarios. Son sus resultados los que tienen que hacerla acreedora al beneplácito, y puede aguardar hasta que ellos impongan atención.

Pero a aquellos que quieran perseverar en la cosa debo advertirles que mis dos supuestos no son de igual valor. El primero, que el sueño es un fenómeno anímico, es la premisa que queremos demostrar con el resultado de nuestro trabajo. El otro fue demostrado ya en otro ámbito, y aquí sólo me tomo la libertad de trasferirlo a nuestro problema.

¿Dónde, en qué ámbito, hubo de aportarse la prueba de que existe un saber del que empero el hombre nada sabe, como hemos querido suponerlo respecto del soñante? Sería ese, qué duda cabe, un hecho asombroso, sorprendente, que trastornaría nuestra concepción de la vida anímica, y que no se podría haber ocultado. Y además un hecho que se anula a sí mismo en su propio enunciado y no obstante pretende ser algo real: una *contradictio in adjecto*. Ahora bien, ese hecho no se oculta en modo alguno. No es asunto de él si nada se sabe al respecto o si no se le ha prestado suficiente atención. Tampoco es culpa nuestra que todos estos problemas psicológicos pasen por cosa juzgada debido a personas que permanecieron ajenas a todas las observaciones y experiencias decisivas en este punto.

La prueba ha sido aportada en el ámbito de los fenómenos hipnóticos. Cuando yo presencié en 1889 las extraordinariamente impresionantes demostraciones de Liébeault y Bernheim en Nancy,[3] fui también testigo del siguiente ex-

[3] [Cf. **16**, pág. 254.]

perimento: Si un hombre era puesto en estado de sonambulismo, y después de hacerle vivenciar alucinatoriamente toda clase de cosas se lo despertaba, parecía al principio no saber nada de los procesos ocurridos durante su sueño hipnótico. Bernheim lo exhortaba entonces directamente a contar lo que había sucedido durante la hipnosis. El sujeto sostenía que no atinaba a recordar nada. Pero Bernheim insistía, lo urgía, le aseguraba que lo sabía, que tenía que recordarlo, y hete aquí que el hombre entraba a vacilar, empezaba a recobrarlo, recordaba primero como entre brumas una vivencia que le había sido sugerida, después otro fragmento, el recuerdo se hacía cada vez más nítido, más completo, y finalmente afloraba sin lagunas. Ahora bien, puesto que al final sabía y entretanto no había averiguado nada de otro lado, está justificado inferir que también antes tenía el saber de esos recuerdos. Sólo que le eran inaccesibles, él no sabía que los sabía, creía que no los sabía. El mismo caso, pues, que hemos conjeturado en el soñante.

Supongo que ustedes se sorprenderán ante la comprobación de este hecho y me preguntarán: «¿Por qué no invocó usted ya antes esta prueba, en el caso de las operaciones fallidas, cuando dimos en atribuir al hombre que se había trastrabado propósitos de decir cosas de las que nada sabía y las que él desmentía?». Si alguien cree no saber nada de ciertas vivencias cuyo recuerdo, no obstante, lleva en el interior de sí, ya no es tan improbable que tampoco sepa nada de otros procesos anímicos que ocurren en su interior. Este argumento sin duda habría causado impresión y nos habría hecho avanzar en la comprensión de las operaciones fallidas. Es cierto que ya entonces podría haberlo invocado, pero lo reservaba para otro lugar, donde parece más necesario. Las operaciones fallidas en parte se esclarecían a sí mismas, y en parte nos advertían que, en beneficio de la concatenación de los fenómenos, debía suponerse la existencia de procesos anímicos así, de los que nada se sabe. En el sueño nos vemos forzados a aportar explicaciones de otro lado, y además cuento con que ustedes habrán de admitir con facilidad que trasfiera las obtenidas para la hipnosis. El estado en que realizamos una operación fallida tiene que aparecerles como el normal, no presenta semejanza alguna con el hipnótico. En cambio, existe un nítido parentesco entre el estado hipnótico y el estado del dormir, que es la condición del soñar. La hipnosis ordena sin duda un dormir artificial; decimos a la persona que hipnotizamos: «Duérmase usted»; y las sugestiones que le hacemos son comparables a los sueños del dormir natural. Las situaciones psíquicas son realmente análogas en los dos casos. En el dormir natural, retiramos nuestro inte-

rés de todo el mundo exterior; en el hipnótico también, pero con excepción de una persona, la que nos ha hipnotizado, con la cual permanecemos en *rapport*. Por lo demás, el llamado sueño de la nodriza, en que ella permanece en *rapport* con el niño y sólo es despertada por este, es un correspondiente del dormir hipnótico en la vida normal. Por tanto, la trasferencia de una situación de la hipnosis al dormir natural no parece empresa tan aventurada. La suposición de que también en el soñante está presente un saber acerca de su sueño, sólo que no le es accesible, de suerte que no cree tenerlo, no es un puro invento. Reparemos, además, en que en este lugar se abre una tercera vía de acceso para el estudio del sueño: desde los estímulos que perturban el dormir, desde los sueños diurnos, y ahora, además, desde los sueños sugeridos del estado hipnótico.

Volvamos ahora, quizá con mayor confianza, a nuestra tarea. Es entonces muy probable que el soñante tenga un saber sobre su sueño; se trata únicamente de posibilitarle que descubra su saber y nos lo comunique. No le pedimos que nos diga enseguida el sentido de su sueño, pero el origen de este, el círculo de pensamientos y de intereses de que proviene, podrá descubrirlo. En el caso de la operación fallida, recuerden ustedes, se le preguntó [al individuo en cuestión; cf. pág. 38] por el modo en que había llegado a la palabra fallida «*Vorschwein*», y su ocurrencia inmediata nos dio la explicación. Ahora bien, nuestra técnica para el sueño es muy simple, calcada de este ejemplo. Le preguntaremos también por el modo en que ha llegado al sueño, y lo que él inmediatamente enuncie deberá considerarse como esclarecimiento. Por tanto, pasamos por alto la diferencia entre que crea saber algo o no lo crea, y tratamos ambos casos como uno solo.

Esta técnica es por cierto muy simple, pero me temo que despertará en ustedes la oposición más decidida. Dirán: «¡Un nuevo supuesto, el tercero! ¡Y el más inverosímil de todos! Cuando pregunte al soñante lo que se le ocurre sobre el sueño, ¿acaso su ocurrencia inmediata aportará precisamente el esclarecimiento deseado? Puede no ocurrírsele nada, o puede ocurrírsele Dios sabe qué cosa. No acertamos a discernir el asidero de semejante expectativa. Esto revela en verdad demasiada confianza en Dios en un punto en que convendría un poco más de crítica. Por otra parte, un sueño no es una única palabra fallida, sino que consta de muchos elementos. ¿En qué ocurrencia habrá que detenerse?».

Tienen ustedes razón en todas las puntualizaciones latera-

les. Un sueño se diferencia de un desliz en el habla también por la multiplicidad de sus elementos. La técnica debe dar razón de ello. Les propongo entonces que descompongamos el sueño en sus elementos y abordemos la indagación para cada uno de ellos por separado; así quedará restablecida la analogía con el trastrabarse. También aciertan ustedes en que aquel a quien se pregunta por los elementos oníricos singulares puede responder que no se le ocurre nada. Hay casos en que daremos por buena esta respuesta; después sabrán cuáles son [cf. pág. 136]. Cosa notable: se trata de los casos en que nosotros mismos {los intérpretes} podemos tener determinadas ocurrencias. Pero en general contradiremos al soñante si asevera no tener ocurrencia ninguna; lo urgiremos, le aseguraremos que tiene que tener una ocurrencia... y la obtendremos. El ofrecerá una ocurrencia, cualquier ocurrencia, no nos importa cuál. Ciertas informaciones, que podemos llamar históricas, las comunicará con particular facilidad. Dirá: «Es algo que ocurrió ayer» (como en los dos «sueños sobrios» ya mencionados [págs. 87-8]). O dirá: «Esto me recuerda algo que aconteció hace poco». Y de esta manera notaremos que los anudamientos de los sueños a impresiones de los últimos días son mucho más frecuentes de lo que habíamos creído al principio [*ibid.*]. Por fin, a partir del sueño él se acordará de acontecimientos lejanos, y eventualmente incluso de un pasado muy remoto.

Pero en lo esencial no tienen ustedes razón. Cometen un gran error cuando opinan que es arbitrario suponer que la ocurrencia inmediata del soñante por fuerza ofrece lo buscado o lleva a ello, pues podría ser enteramente caprichosa y descolgada, y que si yo espero que las cosas sean de otro modo no sería más que una manifestación de mi confianza en Dios. Ya en una ocasión anterior [pág. 43] me permití reprocharles que existía profundamente arraigada en ustedes una creencia en la libertad y la arbitrariedad psíquicas, creencia en un todo acientífica y que debe ceder ante el reclamo de un determinismo que gobierne también la vida anímica. Si al preguntado se le ocurre esto y no otra cosa, les ruego que lo respeten como a un hecho. Pero no estoy contraponiendo una creencia a otra. Puede demostrarse que la ocurrencia que el preguntado produce no es arbitraria ni indeterminada, no está desconectada de lo que nosotros buscamos. Y aun he llegado a saber no hace mucho —sin atribuir a esto, por lo demás, excesivo valor— que también la psicología experimental ha brindado tales demostraciones.[4]

[4] [En 1919 Freud agregó una nota sobre este punto a *IS*, **4**, pág. 197, *n*. 20.]

En vista de la importancia del asunto, les ruego que presten particular atención. Cuando exhorto a alguien a decir lo que se le ocurre sobre un elemento determinado del sueño, le estoy pidiendo que se abandone a la asociación libre *reteniendo una representación de partida.* Esto exige una actitud particular de la atención, por entero diversa de la requerida en el caso de la reflexión, y que exclüye a esta. Muchos adoptan con facilidad una actitud así; otros muestran en el intento una increíble falta de habilidad. Ahora bien, existe un grado mayor de libertad de la asociación, a saber, cuando abandono incluso esta representación de partida y establezco solamente, por ejemplo, el género y la especie de la ocurrencia: estipulo que la ocurrencia libre debe consistir en un nombre propio o en un número. Esta ocurrencia tendría que ser aún más arbitraria, más incalculable que la utilizada en nuestra técnica. No obstante, puede demostrarse que en todos los casos está estrictamente determinada por importantes actitudes interiores; ellas no nos son conocidas en el momento en que producen sus efectos, como tampoco lo son las tendencias perturbadoras de las operaciones fallidas ni las que provocan las acciones casuales [pág. 54].

Yo, y después de mí muchos otros, hemos hecho repetidamente esos experimentos con nombres y cifras en que se dejan surgir ocurrencias [al azar] sin tomar ningún punto de apoyo; y hasta se han publicado algunos de esos experimentos.[5] Se procede en ellos del siguiente modo: se evocan asociaciones urdidas con el nombre que emergió; ellas ya no son del todo libres, sino que, como en el caso de las ocurrencias sobre los elementos oníricos, quedan desde ese momento ligadas. Y esto se prosigue hasta que se agota la impulsión que lleva a producirlas. Pero en ese punto ya se ha esclarecido la motivación y el significado de la libre ocurrencia del nombre. Los experimentos siempre llegan a ese resultado; su comunicación abarca a menudo un rico material y hace necesarias detalladas explicaciones. Las asociaciones sobre cifras emergidas libremente son quizá las más probatorias; discurren con tanta rapidez y van disparadas con una seguridad tan inconcebible hacia una meta oculta, que nos dejan en verdad estupefactos. Quiero darles un solo ejemplo de uno de estos análisis de nombres, porque felizmente se lo puede exponer con poco material.

En el curso del tratamiento de un hombre joven doy en hablar sobre este tema y menciono esa tesis, a saber, que a pesar del aparente libre albedrío no puede surgir como ocu-

[5] [Se dan varios ejemplos en *PVC*, págs. 234 y sigs., donde se examina en detalle todo este tema.]

rrencia ningún nombre que no resulte estrictamente condicionado por las circunstancias inmediatas, las peculiaridades de la persona que se somete al experimento y su situación del momento. Puesto que él duda, le propongo que hagamos sin dilación uno de esos experimentos. Yo sé que él mantiene vínculos particularmente numerosos, de todo tipo, con señoras y muchachas, y por eso opino que dispondrá de una selección muy abundante si deja que se le ocurra un nombre de mujer. Presta su acuerdo a ello. Para mi asombro, o quizá para el de él, en modo alguno me suelta ahora un torrente de nombres de mujer, sino que permanece un rato callado y después confiesa que sólo le viene a la mente un único nombre y ningún otro: *Albine.* «Muy extraño, pero, ¿qué se asocia para usted con ese nombre? ¿Cuántas Albine conoce usted?». Curiosamente, no conocía a ninguna Albine, y tampoco se le ocurría nada respecto de este nombre. Podía suponerse, entonces, que el análisis había fracasado; pero no, ya estaba terminado, no requería de ninguna ocurrencia ulterior. Nuestro hombre tenía la tez inusualmente clara, y en los diálogos de la cura yo lo había llamado repetidas veces, en broma, *albino*; acabábamos de ocuparnos de establecer el componente femenino de su constitución. El mismo era entonces esa Albine, la mujer más interesante por el momento.

De igual modo, ciertas melodías que se nos ocurren de improviso resultan condicionadas por un itinerario de pensamiento al que pertenecen y que tiene una razón para ocuparnos sin que nosotros sepamos nada de esa actividad. Es fácil mostrar, entonces, que el vínculo con la melodía se anuda a su texto o a su origen; no obstante, tengo que tener el cuidado de no extender esta aseveración a personas realmente musicales, con quienes no me ha sido dado hacer ninguna experiencia. En estas, el contenido musical de la melodía quizá sea decisivo para su emergencia. Más frecuente, sin duda, es el primer caso. Así, yo sé de un hombre joven a quien durante un tiempo directamente persiguió la melodía, por otra parte encantadora, de la canción de Paris en *La belle Hélène* [de Offenbach], hasta que el análisis le hizo fijar la atención en la competencia que en su interés mantenían por entonces una «Ida» y una «Helena».[6]

Por tanto, si las ocurrencias que emergen de manera enteramente libre están condicionadas de ese modo y se insertan dentro de un contexto determinado, con derecho inferiremos que ocurrencias con una ligazón única, a saber, la

[6] [Paris, quien raptó a Helena, había sido pastor en el monte Ida, donde dirimió la contienda entre las tres diosas rivales {Hera, Palas Atenea y Afrodita}.]

ligazón con una representación de partida, no pueden estar menos condicionadas. La indagación muestra, en efecto, que además de la ligazón que les procuramos mediante la representación de partida puede reconocerse una segunda dependencia: respecto de círculos de pensamiento y de interés de alto contenido afectivo, vale decir, de *complejos*, cuya participación no es conocida en el momento y es, por ende, inconciente.

Ocurrencias con una ligazón de esa índole han sido objeto de estudios experimentales muy instructivos, que han desempeñado un notable papel en la historia del psicoanálisis. La escuela de Wundt había definido el llamado experimento de la asociación, en el cual se ordena al sujeto responder con una *reacción* cualquiera, y con la mayor rapidez posible, a una *palabra-estímulo* que se le profiere. Puede entonces estudiarse el intervalo que trascurre entre estímulo y reacción, la naturaleza de la respuesta dada como reacción, los eventuales errores en una posterior repetición del mismo experimento, etc. La escuela de Zurich, bajo la dirección de Bleuler y Jung, ha aportado la explicación de las reacciones obtenidas en el experimento de la asociación. Para ello exhortaban al sujeto a que elucidara sus reacciones mediante asociaciones hechas con posterioridad, cuando había en ellas algo llamativo. Resultó entonces que estas reacciones llamativas estaban determinadas de la manera más tajante por los complejos del sujeto. Bleuler y Jung, con esto, habían echado el primer puente desde la psicología experimental hacia el psicoanálisis.

Instruidos de esta manera, podrán decir ustedes: «Ahora admitimos que las ocurrencias libres están determinadas y no son arbitrarias como habíamos creído. Lo aceptamos también respecto de las ocurrencias sobre los elementos del sueño. Pero no es esto lo que nos interesa. Usted afirma que la ocurrencia sobre el elemento onírico estará determinada por el trasfondo psíquico de ese mismo elemento, el cual no nos es conocido. No nos parece demostrado. Estaríamos dispuestos a esperar que la ocurrencia sobre el elemento onírico resultara determinada por uno de los complejos del soñante, pero, ¿de qué nos vale eso? No nos lleva a la comprensión del sueño, sino, como el experimento de la asociación, al conocimiento de estos llamados complejos. ¿Y qué tienen que ver estos con el sueño?».

Tienen ustedes razón, pero descuidan un factor. Aquel, precisamente, por cuya causa yo no escogí el experimento de la asociación como punto de partida de esta exposición.

En ese experimento, uno de los determinantes de la reacción, a saber, la palabra-estímulo, es escogido por nosotros arbitrariamente. La reacción es entonces una mediación entre esta palabra-estímulo y el complejo del sujeto, así despertado. En el sueño, la palabra-estímulo es sustituida por algo que a su vez proviene de la vida anímica del soñante, de fuentes para él desconocidas, y por tanto muy fácilmente podría ser «retoño de un complejo». Por eso no es fantástica la expectativa de que también las ocurrencias que siguen anudándose a los elementos del sueño estén a su vez determinadas por el mismo complejo que el elemento y, además, hayan de llevar al descubrimiento de este.

Permítanme ustedes mostrar respecto de otro caso que las cosas son, de hecho, como lo esperamos para el nuestro. El olvido de nombres propios es en verdad un notable modelo para el caso del análisis de sueños; sólo que en él se reúne en una sola persona lo que en la interpretación de los sueños se distribuye en dos. Cuando he olvidado temporariamente un nombre propio, tengo empero en mi interior la certeza de que sé ese nombre; una certeza que en el caso del soñante sólo pudimos alcanzar por el desvío del experimento de Bernheim [pág. 94]. El nombre olvidado y, no obstante, sabido me es empero inaccesible. La reflexión, aun la más empeñosa, de nada me vale: he ahí lo que enseguida me dice la experiencia. Pero en todos los casos, en lugar del nombre olvidado puedo hacer que se me ocurran uno o varios nombres sustitutivos. Sólo después que se me ha ocurrido espontáneamente uno de estos se hace evidente la concordancia de tal situación con el análisis de sueños. Es que el elemento onírico tampoco es el justo: no es más que un sustituto de otro, el genuino, que yo no conozco y debo descubrir mediante el análisis del sueño. Y otra vez, la diferencia no reside sino en que, en el olvido de nombres, sin vacilar reconozco al sustituto como el no genuino, mientras que en el caso del elemento onírico sólo trabajosamente obtenemos esta concepción. Ahora bien, también en el olvido de nombres hay un camino que lleva del sustituto al elemento genuino que es inconciente, al nombre olvidado. Si dirijo mi atención a estos nombres sustitutivos y hago que acudan ulteriores ocurrencias sobre ellos, tras desvíos más breves o más largos llego al nombre olvidado y descubro que los nombres sustitutivos espontáneos, así como los evocados por mí, mantenían un vínculo con el olvidado, estaban determinados por él.

Quiero presentarles aquí un análisis de este tipo: Cierto

día advierto que ya no poseo el nombre de ese pequeño país de la Riviera cuya capital es Montecarlo. Es bien enfadoso, pero es así. Me sumerjo en todo lo que sé sobre ese país, pienso en el príncipe Alberto de la casa de Lusignan, en sus matrimonios, en su predilección por investigar las profundidades marinas y en todo cuanto puedo reunir, pero de nada me vale. Abandono entonces la reflexión y dejo que se me ocurran nombres sustitutivos en lugar del perdido. Acuden con rapidez. *Montecarlo* mismo, después *Piamonte*, *Albania*, *Montevideo*, *Colico*. Albania es el primero que me resulta llamativo en esta serie; enseguida se sustituye por *Montenegro*, al parecer siguiendo la oposición entre lo blanco y lo negro.* Después veo que cuatro de estos nombres sustitutivos contienen la misma sílaba *mon*; capturo de repente el nombre olvidado y exclamo en voz alta: *¡Mónaco!* Por consiguiente, los nombres sustitutivos han partido en efecto del olvidado; los cuatro primeros, de la primera sílaba; el último reproduce la división silábica y toda la sílaba final. Además, con facilidad hallo lo que me ha escamoteado ese nombre por un tiempo. Mónaco tiene relación también con *Munich*, es su nombre en italiano; esta ciudad ha ejercido la influencia inhibidora.[7]

Es un bello ejemplo, por cierto, pero demasiado simple. En otros casos nos veríamos forzados a tomar una serie mayor de ocurrencias sobre los primeros nombres sustitutivos, y entonces la analogía con el análisis de sueños sería más nítida. He hecho también tales experiencias. En cierta ocasión en que un extranjero me invitó a beber con él vino italiano, le sucedió en el restaurante olvidar el nombre de un vino que quería pedir porque lo tenía en el mejor de los conceptos. Tras una multitud de ocurrencias sustitutivas que le acudieron en remplazo del nombre olvidado, yo pude inferir que el miramiento por alguna Hedwig le había escamoteado el nombre del vino. En efecto, él confirmó que lo había probado por primera vez en compañía de una Hedwig; más aún: por este descubrimiento reencontró el nombre del vino. En ese tiempo llevaba una vida conyugal dichosa, y aquella Hedwig pertenecía a épocas anteriores, que no le era grato recordar.

Lo que es posible en el caso del olvido de nombres tiene que poder lograrse también en la interpretación de los sueños, a saber: volver accesible lo genuino retenido, mediante asociaciones anudadas a partir de un sustituto. Siguiendo el

* {Blanco es *albus* en latín; la palabra «negro» debe de haberla conocido Freud a través del español o el portugués.}

[7] [Este episodio se describe más sintéticamente en *PVC*, pág. 59.]

ejemplo del olvido de nombres, podemos suponer que las asociaciones sobre el elemento onírico estarán determinadas tanto por este último cuanto por lo genuino inconciente que le corresponde. Así habríamos aportado algo en justificación de nuestra técnica.

7ª conferencia. Contenido manifiesto del sueño y pensamientos oníricos latentes

Señoras y señores: Como ustedes ven, nuestro estudio de las operaciones fallidas no ha sido vano. Gracias a estos empeños hemos adquirido —¡bajo las premisas que ustedes conocen! [cf. págs. 91-2]— dos cosas: una concepción sobre el elemento onírico y una técnica para la interpretación de sueños. He aquí la concepción del elemento onírico: es algo no genuino [pág. 100], un sustituto de otra cosa, de algo desconocido para el soñante, como lo era la tendencia de la operación fallida; es un sustituto de algo cuyo saber está presente en el soñante, pero le es inaccesible. Esperamos poder extender esta misma concepción a todo el sueño, que consiste en tales elementos. Nuestra técnica radica en hacer que emerjan, por asociación libre sobre estos elementos, otras formaciones sustitutivas desde las que podamos colegir lo oculto.

Ahora les propongo introducir en nuestra nomenclatura un cambio que nos facilitará los movimientos. En vez de «oculto», «inaccesible», «no genuino»,[1] digamos, dándole la descripción justa, «inaccesible a la conciencia del soñante» o «*inconciente*».[2] No entendemos por ello sino lo que puede evocar en ustedes la referencia a la palabra olvidada o a la tendencia perturbadora de la operación fallida, a saber, *inconciente por el momento*. Desde luego, por oposición a ello llamaremos «*concientes*» a los elementos oníricos mismos y a las representaciones sustitutivas adquiridas por asociación a partir de ellos. Con este bautismo no se enlaza todavía ninguna construcción teórica. El uso de la palabra «inconciente», en cuanto descripción conveniente y fácilmente comprensible, es inobjetable.

Si trasferimos nuestra concepción del elemento singular a todo el sueño, tenemos entonces que el sueño como un todo es el sustituto desfigurado de algo diverso, de algo inconciente, y la tarea de la interpretación del sueño consiste en hallar eso inconciente. Ahora bien, de aquí se siguen en-

1 [«*Uneigentlich*» en todas las ediciones alemanas, aunque por el sentido debería ser aparentemente «*eigentlich*» (genuino).]

2 [Véase la 1ª conferencia, pág. 19; el examen de este tema se retoma en la 13ª conferencia, pág. 194.]

seguida tres importantes reglas que debemos observar en el curso del trabajo de interpretación del sueño: 1) No hay que hacer caso de lo que el sueño parece querer decir, sea comprensible o absurdo, claro o confuso, pues nunca será eso lo inconciente que buscamos (más adelante [pág. 115] habrá de imponérsenos una restricción evidente de esta regla). 2) Hay que limitar el trabajo a evocar, para cada elemento, las representaciones sustitutivas sin reflexionar sobre ellas, sin examinarlas para averiguar si contienen algo pertinente, sin hacer caso de cuán lejos nos lleven del elemento onírico. 3) Hay que esperar hasta que lo inconciente oculto, buscado, se instale por sí solo, tal como ocurrió con la palabra trascordada «Mónaco» en el experimento descrito [pág. 101].

Ahora comprendemos también todo lo indiferente que es cuánto o cuán poco recordemos del sueño, pero sobre todo con cuánta fidelidad o incerteza lo recordemos. En efecto, el sueño recordado no es lo genuino, sino su sustituto desfigurado; nos ayudará, por evocación de otras formaciones sustitutivas, a acercarnos a lo genuino, a hacer conciente lo inconciente del sueño. Por tanto, si nuestro recuerdo es infiel, simplemente ha introducido en ese sustituto una desfiguración más, que, por otra parte, tampoco puede ser inmotivada.

Es posible realizar el trabajo de interpretación sobre los sueños propios o sobre los ajenos. Y aun sobre los propios uno aprende más, el proceso resulta más probatorio. Veamos: si se lo intenta, uno nota que algo opone dificultades al trabajo. Uno obtiene por cierto ocurrencias, pero no todo se tolera. Se hacen valer influencias selectivas y de examen. Frente a una ocurrencia, uno se dice: «No, esto no viene al caso, no corresponde aquí». Frente a otra: «Es demasiado disparatada». Y frente a una tercera: «Es algo sin importancia alguna». Y puede observarse, además, el modo en que uno con esas objeciones ahoga y por último destierra las ocurrencias, aun antes de que se hayan aclarado del todo. Así, por una parte se depende demasiado de la representación de partida, del elemento onírico; por la otra, se perturba mediante una selección el resultado de la asociación libre. Si en la interpretación del sueño uno no está solo, si uno hace interpretar su sueño por otro, entonces advertirá con mayor nitidez todavía otro motivo que juega en favor de esta selección no permitida. Es que uno se dice en ocasiones: «No, esta ocurrencia es demasiado desagradable, no quiero o no puedo comunicarla».

Es evidente que estas objeciones amenazan el éxito de nuestro trabajo. Es preciso resguardarse, y esto en la per-

sona propia se hace mediante el firme designio de no ceder a ellas; y cuando se interpreta el sueño de otro, indicándole como regla inquebrantable que no le es lícito excluir de la comunicación ocurrencia alguna por más que contra ella se eleve una de las cuatro objeciones, a saber, que es demasiado trivial, demasiado disparatada, que no viene al caso o es demasiado penosa para comunicarla.[3] El promete obedecer a esta regla, y tal vez nos enfademos después por lo mal que mantiene esta promesa en ciertas circunstancias. Al principio nos lo explicaremos diciendo que él, a pesar de nuestro aseguramiento autoritativo, no se ha compenetrado de lo justificado de la asociación libre, y quizá procuremos conquistarlo primero en el plano teórico, dándole a leer ciertas obras o enviándolo a oír conferencias, en virtud de las cuales pueda convertirse en partidario de nuestras opiniones sobre la asociación libre. Pero nos abstendremos de cometer tales desaciertos si observamos que en nuestra propia persona, de cuyo convencimiento estamos bien seguros, emergen las mismas objeciones críticas contra ciertas ocurrencias, objeciones que sólo con posterioridad —en segunda instancia, por así decir— son eliminadas.

En lugar de enfadarnos por la desobediencia del soñante, podemos aprovechar estas experiencias a fin de aprender de ellas algo nuevo, algo que es tanto más importante cuanto menos estábamos preparados a encontrarlo. Comprendemos que el trabajo de la interpretación del sueño se cumple en contra de una *resistencia* que le es contrapuesta y cuyas exteriorizaciones son aquellas objeciones críticas.[4] Esta resistencia es independiente de la convicción teórica del soñante. Y aun se aprende algo más: se hace la experiencia de que tales objeciones críticas nunca tienen razón. Al contrario; las ocurrencias que así querrían sofocarse se revelan *sin excepción* como las más importantes, las decisivas para descubrir lo inconciente. Es directamente una marca distintiva el que una ocurrencia se acompañe de una objeción de esa índole.

Esta resistencia es algo enteramente nuevo, un fenómeno que hemos descubierto sobre la base de nuestras premisas [págs. 91-2] sin que estuviera contenido en ellas. El hecho de que este nuevo factor se introduzca en nuestros cálculos no constituye, por cierto, una agradable sorpresa. Desde ya vislumbramos que no ha de facilitar nuestro trabajo. Podría inducirnos a resignar todo empeño en el estudio del sueño.

3 [Freud vuelve a esta «regla técnica fundamental del análisis» en la 19ª conferencia, **16**, pág. 263, donde proporciono mayores referencias en una nota.]

4 [La 19ª conferencia, **16**, págs. 262 y sigs., se ocupa detenidamente del tema de la «resistencia».]

¡Algo tan nimio como el sueño y encima semejantes dificultades en vez de una técnica tersa! Pero, por otra parte, estas mismas dificultades podrían estimularnos y hacernos conjeturar que el trabajo bien merece la pena. Por regla general, tropezamos con resistencias cuando desde ese sustituto que constituye el elemento onírico queremos avanzar hasta su inconciente oculto. Tendríamos derecho a pensar entonces que tras el sustituto tiene que haber algo significativo. ¿De dónde, si no, esas dificultades que se empeñan en mantener el ocultamiento? Cuando un niño no quiere abrir su puño cerrado para enseñar lo que encierra, sin duda tiene en él algo malo, algo que no debería tener.

En el instante en que introducimos la noción dinámica de una resistencia en nuestra apreciación de las cosas, nos vemos llevados a pensar que este factor es algo cuantitativamente variable. Puede haber resistencias mayores y menores, y estamos preparados para que también estas diferencias salgan a la luz en el curso de nuestro trabajo. Quizá conjuguemos con esto otra experiencia que hacemos en el trabajo de la interpretación de sueños: muchas veces se necesita una única ocurrencia o unas pocas para llevarnos desde el elemento onírico hasta su inconciente, mientras que otras veces se requieren para ello largas cadenas de asociaciones y el vencimiento de muchas objeciones críticas.

Nos diremos que estas diferencias dependen de las magnitudes cambiantes de la resistencia, y probablemente tendremos razón.[5] Cuando la resistencia es escasa, el sustituto no está muy alejado de lo inconciente; pero una resistencia mayor conlleva mayores desfiguraciones de lo inconciente y, por tanto, una distancia mayor desde el sustituto hasta lo inconciente.

Ahora sería quizá tiempo de tomar un sueño y ensayar en él nuestra técnica, a fin de averiguar si se corroboran las expectativas que depositamos en esta. Muy bien; pero, ¿qué sueño escogeríamos para eso? No saben ustedes cuán difícil me resulta esta decisión, y tampoco puedo indicarles de una manera que les resulte comprensible dónde residen las dificultades. Es evidente que tiene que haber sueños que, en total, hayan sufrido escasa desfiguración y lo mejor sería empezar por ellos. Pero, ¿cuáles son los sueños menos desfigurados? ¿Los comprensibles y no confusos, de los que ya

5 [Freud examinó los efectos de una mayor o menor presión de la resistencia sobre la interpretación de los sueños en la sección II de sus «Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños» (1923*c*), *AE*, **19**, págs. 112-3.]

presenté dos ejemplos [págs. 87-8]? Andaríamos muy errados si tal creyéramos. La indagación muestra que estos sueños han experimentado un grado extraordinario de desfiguración. Pero si, renunciando a toda condición particular, escojo un sueño al azar, es probable que ustedes se desilusionen mucho. Puede ocurrir que debamos señalar o registrar una multitud tan grande de ocurrencias sobre los elementos oníricos singulares que el trabajo se vuelva totalmente inabarcable. Si ponemos por escrito el sueño y acometemos la redacción de todas las ocurrencias que nos acuden sobre él, estas últimas pueden ocupar una extensión varias veces mayor que el texto del sueño. Lo más conveniente parecería, entonces, buscar para el análisis varios sueños breves, cada uno de los cuales pueda al menos decirnos o corroborarnos algo. Es la decisión que adoptaremos, a menos que la experiencia nos indique dónde podemos hallar realmente los sueños menos desfigurados.[6]

Pero conozco otro modo aun de facilitar las cosas, que, además, coincide con nuestro camino. En lugar de abordar la interpretación de sueños enteros, limitémonos a elementos oníricos singulares y estudiemos, en una serie de ejemplos, el modo en que aquellos son esclarecidos por aplicación de nuestra técnica.

a. Una dama cuenta que de niña soñó con mucha frecuencia que *el buen Dios tiene un bonete de papel puntiagudo sobre la cabeza.*

¿Cómo quieren ustedes comprenderlo sin la ayuda de la soñante? Suena totalmente disparatado. Deja de serlo cuando la dama nos informa que siendo niña le solían poner un bonete así estando a la mesa porque no podía dejar de atisbar los platos de sus hermanos para ver si les daban más que a ella. El bonete estaba destinado entonces a hacer las veces de anteojeras. Por lo demás, esta es una información histórica [pág. 96], dada sin dificultad alguna. La interpretación de ese elemento y, con él, de todo el breve sueño se obtiene fácilmente con ayuda de una ulterior ocurrencia de la soñante. «Como había oído decir que el buen Dios era omnisapiente y lo veía todo —dice—, el sueño sólo puede significar que yo lo sé todo y todo lo veo como el buen Dios, aunque quieran impedírmelo». Este ejemplo es quizá demasiado sencillo.[7]

6 [Véase la conferencia siguiente.]
7 [Se informa sobre este sueño en *IS*, **5**, pág. 415.] {Hay diferencias entre ambos textos en el original.}

b. Una paciente escéptica tiene un sueño más largo, en que sucede que ciertas personas le cuentan algo sobre mi libro consagrado al «chiste» [1905*c*] y lo alaban mucho. Entonces se menciona algo acerca de un *«canal», quizás otro libro en que aparece el canal, o si no algo con canal... ella no sabe... es totalmente oscuro.*

Sin duda, ustedes se inclinarán a creer que el elemento «canal» se quiere sustraer de la interpretación, puesto que es tan impreciso. Aciertan al conjeturar esa dificultad, pero el elemento no es difícil porque sea desdibujado, sino que es desdibujado por otra razón, la misma que nos dificulta la interpretación. A la soñante no se le ocurre nada sobre «canal»; yo, desde luego, tampoco sé decir nada. Tiempo después, en verdad al día siguiente, cuenta que se le ha ocurrido aquello a lo cual *quizá* corresponda, a saber, un chiste que ha oído contar. En un barco que navega entre Dover y Calais conversa un conocido escritor con un inglés, quien en cierto contexto cita el dicho *«Du sublime au ridicule il n'y a qu'un pas»* {«De lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso»}. Y el escritor responde: *«Oui, le Pas de Calais»* {«Sí, el Paso de Calais»}, con lo que quiere decir que encuentra a Francia sublime y a Inglaterra ridícula. Ahora bien, el *Pas de Calais* es justamente un canal, el Canal de la Mancha. [En realidad, el Paso de Calais está en un extremo del Canal de la Mancha.] ¿Si yo creo que esta ocurrencia tiene algo que ver con el sueño? Por cierto que sí; opino que da realmente la solución del elemento onírico enigmático. ¿O dudan ustedes de que este chiste preexistía al sueño como lo inconciente del elemento «canal»? ¿Acaso pueden suponer que fue agregado con posterioridad? La ocurrencia, en efecto, atestigua el escepticismo que se oculta en la enferma tras sus insistentes y cargosas manifestaciones de asombro,* y la resistencia es en verdad el fundamento común de ambas cosas, tanto de su demora en producir la ocurrencia cuanto de que el elemento onírico correspondiente resulte tan impreciso.

Miren ustedes aquí por la relación del elemento onírico con su inconciente. Es como un pequeño fragmento de eso inconciente, como una alusión a eso; por su aislamiento se volvió enteramente incomprensible.[8]

c. Un paciente sueña dentro de un contexto más extenso: *Alrededor de una mesa de forma particular están sentados*

* {El asombro de la paciente ante las interpretaciones del analista.}

8 [El ejemplo *b* fue incorporado en su totalidad por Freud a *IS* como una nota al pie, en 1919 (**5**, págs. 512-3).]

varios miembros de su familia, etc. Acerca de esta mesa, se le ocurre que ha visto un mueble así durante una visita a determinada familia. Después prosiguen sus pensamientos: en esa familia había una relación particular entre padre e hijo; y enseguida agrega que, en verdad, lo mismo sucede entre él y su padre. Por tanto, la mesa ha sido recogida en el sueño para designar este paralelo.

Este soñante estaba familiarizado desde hacía mucho con los requerimientos de la interpretación de sueños. A otro quizá le habría chocado que un detalle tan ínfimo como la forma de una mesa se tomara como objeto de la pesquisa. Nosotros, en realidad, no declaramos contingente ni indiferente nada de lo incluido en el sueño y esperamos obtener información justamente del esclarecimiento de un detalle inmotivado tan ínfimo. Quizás ustedes se asombren todavía de que el trabajo del sueño exprese el pensamiento «en casa ocurre exactamente lo mismo que en casa de ellos» mediante la elección de la mesa. Pero también se lo explicarán cuando se enteren de que la familia en cuestión lleva el apellido *Tischler* {carpintero}. El soñante, haciendo que sus allegados tomen ubicación alrededor de esa *Tisch* {mesa}, dice que ellos también son *Tischler*. Observen ustedes, de pasada, cuán indiscretos debemos ser por fuerza en la comunicación de tales interpretaciones de sueños. Esto les deja ver una de las dificultades que les mencioné para la selección de ejemplos. No me hubiera sido difícil remplazar este ejemplo por otro, pero probablemente habría evitado esta indiscreción sólo al precio de cometer otra en su lugar.

Me parece llegado el momento de introducir dos términos que habríamos podido usar desde hace mucho. Llamaremos *contenido manifiesto del sueño* a lo que el sueño cuenta, y *pensamientos latentes del sueño* a aquello oculto a lo cual debemos llegar persiguiendo las ocurrencias. Atendamos un poco a las relaciones entre contenido manifiesto y pensamientos latentes del sueño, tal como se muestran en estos ejemplos. Esas relaciones pueden ser muy diversas. En los ejemplos *a* y *b*, el elemento manifiesto es también un ingrediente de los pensamientos latentes, pero sólo un pequeño fragmento de ellos. De un producto psíquico vasto y complicado, incluido en los pensamientos oníricos inconcientes, un pequeño trozo ha llegado hasta el sueño manifiesto, como un fragmento de aquel o, en otros casos, como una alusión a él, como un lema o una abreviación en estilo telegráfico. El trabajo de interpretación tiene que completar, hasta formar un todo, esos jirones o esa indicación, tal cual se logró de manera particularmente limpia en el

ejemplo *b*. Un modo de la desfiguración en que consiste el trabajo del sueño es, pues, la sustitución por un fragmento o una alusión. En *c* puede reconocerse, además, otro nexo que veremos expresado con mayor pureza y nitidez en los ejemplos que siguen.

d. El soñante *saca al descubierto a una mujer* (una mujer determinada, conocida de él) *por detrás de la cama*. El mismo advierte, por la primera ocurrencia, el sentido de este elemento onírico. Quiere decir: da a esa mujer la *preferencia*.[9]

e. Otro sueña que *su hermano está en una caja*. La primera ocurrencia sustituye caja por «armario» {*Schrank*}, y la segunda le da la interpretación: el hermano *se restringe* {*schränkt sich ein*}.[10]

f. El soñante *escala un monte desde el que tiene un panorama extraordinario, amplio*. Esto suena totalmente racional, quizá no haya nada que interpretar ahí, sino sólo averiguar la reminiscencia de que procede el sueño y el motivo por el cual se evocó en ese momento. Pero se equivocan ustedes; se demuestra que este sueño estaba tan necesitado de interpretación como cualquier sueño confuso. En efecto, al soñante no se le ocurre nada sobre escaladas de montes que él hubiera hecho, sino que piensa en la circunstancia de que un conocido de él dirige una «*Rundschau*» {revista; literalmente: panorama, mirar en torno} que se ocupa de nuestras relaciones con los lugares más remotos de la Tierra. Por consiguiente, el pensamiento onírico latente es en este caso una identificación del soñante con el «*Rundschauer*» {el que mira en torno}.

Descubren ustedes aquí un nuevo tipo de relación entre elemento onírico manifiesto y latente. El primero no es tanto una desfiguración del segundo cuanto una figuración de él, su expresión en imágenes plásticas, concretas, que toman como punto de partida la literalidad de ciertas palabras. Pero precisamente por eso es de nuevo una desfiguración, pues en la palabra hemos olvidado hace mucho la imagen concreta de que surgió, y ya no la reconocemos en su sustitución por la imagen. Si reparan en que el sueño manifiesto consta prevalecientemente de imágenes visuales, y más raras veces de pensamientos y palabras, sospecharán que esta modalidad de

9 [Este ejemplo, como el siguiente, gira en torno de una analogía verbal: en este caso, la que hay entre *hervorziehen* (sacar al descubierto) y *vorziehen* (preferir). Tomado de *IS*, **5**, pág. 410.]
10 [Este ejemplo y el siguiente proceden de *IS*, **5**, pág. 409.]

la relación cobra particular importancia para la formación del sueño. Ven, además, que por este camino se vuelve posible crear en el sueño manifiesto imágenes sustitutivas para toda una serie de pensamientos abstractos, imágenes que sirven al propósito del ocultamiento. Es la técnica de nuestros acertijos en imágenes. ¿De dónde les viene a tales figuraciones su apariencia de algo chistoso? He ahí un interrogante especial que no nos hace falta abordar aquí.[11]

Hay un cuarto modo de la relación entre elemento manifiesto y latente que por ahora debo callárselos, hasta que su lema se nos presente en la técnica. [Cf. pág. 137.] Tampoco entonces les habré dado una enumeración completa, pero bastará para nuestros fines.

¿Ahora se atreven ustedes a intentar la interpretación de un sueño íntegro? Ensayémoslo para ver si estamos suficientemente armados para esta tarea. Desde luego, no escogeré uno de los más oscuros, pero sí uno que muestra bien destacadas las propiedades de un sueño.[12]

Muy bien; una mujer joven, pero casada desde hace muchos años, sueña: *Está sentada con su marido en el teatro, un sector de la platea está totalmente desocupado. Su marido le cuenta que Elise L. y su prometido también habían querido ir, pero sólo consiguieron malas localidades, 3 por 1 florín y 50 kreuzer, y no pudieron tomarlas. Ella piensa que eso no habría sido una calamidad.*

Lo primero que nos informa la soñante es que la ocasión del sueño es rozada en su contenido manifiesto. Su marido le había contado realmente que Elise L., una conocida que tenía más o menos su misma edad, acababa de celebrar su compromiso matrimonial. El sueño es la reacción frente a esa comunicación. Ya sabemos [pág. 96] que con respecto a muchos sueños es fácil rastrear una ocasión así de la víspera, y que estas derivaciones suelen ser indicadas por el soñante sin dificultad alguna. Informaciones de igual índole pone a nuestra disposición la soñante, asimismo, respecto de otros elementos del sueño manifiesto. ¿De dónde proviene el detalle de que un sector de la platea está desocupado? Es una alusión a un acontecimiento real de la semana anterior. A

11 [Este tema es discutido en el capítulo VI del libro de Freud sobre el chiste (1905*c*), *AE*, **8**, págs. 165-6; véase también *infra*, págs. 215-6.]

12 [El sueño que sigue ya había sido examinado, aunque de manera mucho menos minuciosa, en *IS*, **5**, págs. 416-7, como también en los capítulos VII y VIII del breve trabajo *Sobre el sueño* (1901*a*), *AE*, **5**, págs. 651-2 y 655. Freud vuelve sobre él en varios lugares a lo largo de estas conferencias; véanse págs. 128, 162, 201-2 y 206.]

ella se le había puesto en la cabeza asistir a cierta función teatral, y para eso tomó entradas muy *tempranamente*, tanto que debió pagar un adicional por reservación. Cuando llegaron al teatro se demostró lo superflua que había sido su precaución, pues *un sector de la platea estaba casi vacío.* Habría bastado con adquirir las entradas el mismo día de la función. Además, su marido no dejó de burlarse de ella por este *apresuramiento.* ¿De dónde viene la cifra de 1 florín y 50 kreuzer? De un contexto por entero diverso, que nada tiene que ver con lo anterior pero igualmente alude a una noticia del día previo. Su cuñada había recibido como obsequio de su marido la suma de 150 florines, y no había tenido nada más urgente que hacer, esa pavota, que correr al joyero y trocar el dinero por una alhaja. ¿De dónde viene el 3? Sobre eso ella no sabe nada, a menos que quiera considerarse la ocurrencia de que la novia, Elise L., es sólo 3 meses más joven que ella, mujer casada ya desde hace casi diez años. ¿Y el disparate de que se tomen tres entradas cuando sólo eran dos? Sobre eso nada dice, nos rehúsa toda ocurrencia e información ulteriores.

Pero ella, en sus pocas ocurrencias, nos ha aportado material suficiente para que sea posible a partir de él colegir los pensamientos oníricos latentes. Tiene que llamar la atención que en sus comunicaciones sobre el sueño aparezcan, en varios pasajes, unas precisiones temporales que fundamentan la existencia de una relación de comunidad entre diversas partes del material. Ella se procuró *demasiado temprano* las entradas al teatro, las tomó *apresuradamente*, y tuvo que pagarlas más; la cuñada se *apresuró* de manera parecida a llevar su dinero al joyero para comprarse una alhaja, como si fuera a *perderlo.* Sumemos a esas expresiones tan destacadas, «demasiado temprano» y «apresuradamente», la ocasión del sueño, la noticia de que la amiga, 3 meses *más joven* que ella, había conseguido no obstante un hombre de altas cualidades, y la crítica expresada en el regaño a la cuñada: «Es un *disparate* apurarse tanto». Si tal hacemos, nos surge de manera casi espontánea la siguiente construcción de los pensamientos oníricos latentes, de los cuales el sueño manifiesto es un sustituto harto desfigurado:

«¡Fue sin duda un *disparate* de mi parte apurarme así con el casamiento! Por el ejemplo de Elise veo que aun más tarde habría conseguido marido». (El apresuramiento es figurado por su conducta hacia la compra de las entradas y la de su cuñada hacia la compra de la alhaja. El ingresar en el teatro aparece como sustituto del casarse.) Ese sería el pensamiento principal; quizá podemos proseguir, aunque

con menor certeza, puesto que el análisis no habría debido prescindir en estos puntos de los comentarios de la soñante: «¡Y habría conseguido uno 100 veces mejor a cambio del dinero!» (150 florines es cien veces más que 1 florín y 50 kreuzer). Si nos fuera lícito sustituir el dinero por la dote, eso querría decir que es posible comprarse marido con la dote; tanto las malas localidades como la joya remplazarían al marido. Aún más satisfactorio sería si precisamente el elemento «3 localidades» tuviera algo que ver con un marido. [Cf. pág. 201.] Pero nuestra comprensión todavía no alcanza hasta ahí. Sólo hemos llegado a discernir que el sueño expresa el *menosprecio* por su propio marido y el lamentarse por haberse *casado tan temprano.*

Me parece que el resultado de esta primera interpretación de un sueño nos dejará más sorprendidos y confusos que satisfechos. Es demasiado lo que se ha puesto a nuestra consideración de un golpe, más de lo que por ahora somos capaces de dominar. Ya vamos viendo que no agotaremos las enseñanzas de esta interpretación de un sueño. Apresurémonos a poner de relieve lo que reconocemos como nueva intelección ya asegurada.

En primer lugar: Cosa asombrosa, en los pensamientos latentes el acento principal recae sobre el elemento del apresuramiento; en el sueño manifiesto no hallamos nada de eso. Sin el análisis no habríamos obtenido vislumbre alguna de que este factor desempeña un papel. Parece entonces posible que precisamente lo principal, lo central de los pensamientos inconcientes falte en el sueño manifiesto. Eso no puede menos que modificar radicalmente la impresión que produce el sueño todo. En segundo lugar: En el sueño se encuentra un agrupamiento disparatado, 3 por 1 florín y 50 kreuzer; en los pensamientos oníricos colegimos la sentencia: «Fue un disparate (casarse tan temprano)». ¿Cabe poner en duda que este pensamiento, «Eso fue un disparate», es figurado precisamente recogiendo en el sueño manifiesto un elemento absurdo? En tercer lugar: Una ojeada comparativa muestra que la relación entre elementos manifiestos y latentes no es simple, no responde en absoluto al tipo en que un elemento manifiesto sustituiría siempre a uno latente. Más bien tiene que ser una relación de masas entre ambos campos, dentro de la cual un elemento manifiesto pueda subrogar a varios latentes, o uno latente pueda estar sustituido por varios manifiestos. [Cf. pág. 158.]

En cuanto al sentido del sueño y a la conducta de la soñante hacia él, muchas cosas sorprendentes habría que decir también. Ella admite por cierto la interpretación, pero

se asombra de ella. No sabía que despreciara tanto a su marido; tampoco sabe por qué habría de despreciarlo así. Hay, entonces, muchas cosas aún no comprendidas. Creo realmente que todavía no estamos armados para interpretar un sueño, y que primero tenemos que instruirnos y prepararnos más.

8ª conferencia. Sueños de niños

Señoras y señores: Tenemos la impresión de haber avanzado demasiado rápido. Retrocedamos un trecho. Antes de que hiciéramos ese intento último de dominar la dificultad de la desfiguración onírica por medio de nuestra técnica, nos habíamos dicho [pág. 106] que lo mejor sería sortearla deteniéndonos en sueños en que estuviera ausente esa desfiguración o ella fuera mínima, si los había. Con esto nos apartamos de nuevo de la génesis de nuestro conocimiento [cf. pág. 75], pues en realidad sólo tras una aplicación consecuente de la técnica interpretativa, y tras un análisis completo de los sueños desfigurados se fijó la atención en la existencia de los sueños no desfigurados.

Los sueños que buscamos se encuentran en niños.[1] Son breves, claros, coherentes, de fácil comprensión, unívocos y, con todo, indubitables. Pero no crean ustedes que todos los sueños de niños son de esta índole. También la desfiguración onírica se instala muy temprano en la infancia, y se han registrado sueños de niños de cinco a ocho años que ya presentaban todos los caracteres de los posteriores. Pero si ustedes se circunscriben a la edad en que comienza la actividad anímica observable, hasta el cuarto o el quinto año de vida, recogerán una serie de sueños que poseen un carácter que ha de llamarse infantil, y después podrán hallar algunos de este tipo en años más tardíos de la infancia. Y aun en personas adultas ocurren, en ciertas condiciones, sueños en un todo equiparables a los típicamente infantiles.

En estos sueños de niños podemos conseguir, con mayor facilidad y certeza, informaciones sobre la esencia del sueño; confiamos en que habrán de revelarse decisivas y universalmente válidas.

1. Para la comprensión de estos sueños no se requiere de ningún análisis, de ninguna aplicación de una técnica. No hace falta preguntarle nada al niño que cuenta su sueño. No

[1] [No existe un capítulo especial sobre sueños de niños en *IS*, pero se habla de ellos en el capítulo III (*AE*, **4**, págs. 146 y sigs.), donde se encontrarán los ejemplos mencionados en la presente conferencia.]

obstante, es preciso relatar algo de su vida. En todos los casos hay una vivencia del día anterior que nos explica el sueño. El sueño es la reacción de la vida anímica, durante el dormir, frente a esta vivencia del día.

Consideremos algunos ejemplos para apuntalar en ellos nuestras ulteriores inferencias.

a. Un varoncito de 22 meses debe obsequiar una cesta con cerezas para un cumpleaños. Es evidente que lo hace de muy mala gana, aunque le han prometido que le darán algunas. A la mañana siguiente cuenta lo que ha soñado: «*He(r)mann alle Kirschen aufgessen!*».*

b. Una niñita de 3 años y tres meses ha navegado por primera vez por el lago. Ya en el desembarcadero, no quiere abandonar la embarcación y llora amargamente. Le parecía que el tiempo del viaje por el lago había pasado demasiado rápido. A la mañana siguiente: «*Esta noche he viajado por el lago*». Sin duda este viaje duró más, bien podemos agregar nosotros.

c. Un chiquillo de 5 años y tres meses participó en una excursión a Echerntal, en Hallstatt.[2] Había oído decir que Hallstatt estaba al pie del monte Dachstein, y mostró mucho interés por este cerro. Desde la casa donde habitaba en Aussee, el Dachstein se veía hermoso, y con el anteojo podía distinguirse en la cumbre la cabaña de Simony. El niño se había esforzado repetidas veces por discernirla con el anteojo; no se supo el resultado. La expedición comenzó con talante alegre y esperanzado. Cada vez que se veía un nuevo cerro, preguntaba el muchacho: «¿Es el Dachstein?». Fue enmudeciendo cada vez más a medida que se le contestaba negativamente, después se quedó mudo del todo y no quiso participar de una pequeña escalada hasta una caída de agua. Se pensó que estaría fatigado, pero a la mañana siguiente contó, dichoso: «Esta noche he soñado que *estábamos en la cabaña de Simony*». Con esa esperanza había participado entonces en la excursión. En cuanto a detalles, sólo dio lo que él había oído antes: Se sube durante seis horas por escalones.

Bastarán esos tres sueños para todas las informaciones que deseábamos.

2. Vemos que estos sueños de niños no carecen de sentido; son *actos anímicos de pleno derecho, comprensibles.*

* {En la media lengua infantil: «¡Gemán comió todas cedezas!».}
[2] [En la región de Salzkammergut, Alta Austria.]

Recuerden ustedes lo que yo les presenté como el juicio médico sobre el sueño, el símil de los dedos de una persona ignara en música al recorrer las teclas del piano [pág. 78]. No se les escapará a ustedes cuán tajantemente contradicen estos sueños de niños aquella concepción. Y sería bastante extraño que el niño mientras duerme llevara a cabo operaciones anímicas plenas y que el adulto, en idéntico caso, se conformara con reaccionar mediante contracciones espasmódicas. Además, tenemos pleno fundamento para atribuir al niño un dormir mejor y más profundo.

3. Estos sueños están desprovistos de desfiguración; por eso no necesitan de ningún trabajo interpretativo. Sueño manifiesto y sueño latente coinciden aquí. *Por lo tanto, la desfiguración onírica no pertenece a la esencia del sueño.* Puedo suponer que esto les quita a ustedes un peso del corazón. Pero tras una reflexión más atenta reconoceremos también en estos sueños un poquito de desfiguración onírica, una cierta diferencia entre el contenido manifiesto del sueño y los pensamientos oníricos latentes.

4. El sueño de un niño es la reacción a una vivencia del día, que ha dejado tras sí un lamento, una añoranza, un deseo incumplido. *El sueño brinda el cumplimiento directo, no disfrazado, de ese deseo.* Ahora piensen ustedes en nuestras elucidaciones sobre el papel de los estímulos corporales externos o internos como perturbadores del dormir e incitadores de los sueños [págs. 83 y sigs.]. Nos familiarizamos entonces con hechos totalmente ciertos, pero pudimos explicar de ese modo sólo un pequeño número de sueños. En estos sueños de niños nada indica la acción de tales estímulos somáticos; no podemos engañarnos sobre esto, pues los sueños son plenamente comprensibles y se captan con facilidad. Mas no por ello necesitamos abandonar la etiología del sueño por el estímulo; sólo cabe preguntarse lo siguiente: ¿Por qué hemos olvidado desde el comienzo que, además de los corporales, hay estímulos anímicos perturbadores del dormir? Y, no obstante, sabemos que casi siempre son estas las excitaciones responsables de la perturbación del dormir en el adulto, pues le impiden establecer la condición anímica que se requiere para dormirse, la retracción del interés por el mundo. En vez de suspender la vida, preferiría continuar el trabajo en las cosas que le ocupan, y por eso no duerme. Un estímulo anímico así, perturbador del dormir, es por tanto en el caso del niño ese deseo no tramitado frente al cual reacciona con el sueño.

5. Esto nos brinda, por el camino más corto, información sobre la función del sueño. El sueño en cuanto reacción frente al estímulo psíquico tiene que tener el valor de una tramitación de este, tal que lo elimine y se pueda seguir durmiendo. En cuanto al modo en que esta tramitación por el sueño es posibilitada dinámicamente, no lo sabemos todavía. Pero desde ahora observamos que *el sueño no es el perturbador del dormir*, según la acusación que se le hace, *sino el guardián del dormir, el que elimina las perturbaciones de este*. Nos parece que habríamos dormido mejor si no hubiera existido el sueño, pero nos equivocamos; en realidad, sin la ayuda del sueño no habríamos dormido. Es mérito de él que hayamos dormido tan bien. No pudo evitar perturbarnos en algo, así como el guardián nocturno muchas veces no puede menos que hacer algún ruido mientras da caza a los perturbadores del descanso que quieren despertarnos con su barullo.

6. Puesto que el excitador del sueño es un deseo, y su cumplimiento es el contenido del sueño, esto constituye uno de los caracteres principales del sueño. El otro, también constante, es que el sueño no expresa simplemente un pensamiento, sino que figura ese deseo como cumplido en cuanto vivencia alucinatoria.[3] *Yo querría viajar por el lago*, dice el deseo que incita al sueño; el sueño mismo tiene por contenido: *Yo viajo por el lago*. Por consiguiente, aun en estos sueños simples de niños subsiste una diferencia entre sueño latente y sueño manifiesto, una desfiguración del pensamiento onírico latente: *la trasposición del pensamiento en vivencia*. En la interpretación del sueño es preciso ante todo revertir esta cuota de alteración. Si este resultare un carácter universal del sueño, entonces el fragmento de sueño antes comunicado [pág. 110], «*Yo veo a mi hermano dentro de una caja*», no ha de traducirse «Mi hermano se restringe», sino «Yo querría que mi hermano se restringiese, *mi hermano debe restringirse*». De los dos caracteres generales del sueño aquí mencionados, es evidente que el segundo tiene mejores perspectivas que el primero de ser aceptado sin contradicción. Sólo mediante extensas indagaciones podremos certificar que el excitador del sueño tiene que ser siempre un deseo y no puede consistir en una preocupación, un designio o un reproche, pero ello no afecta al otro carácter, a saber, que el sueño no reproduce simplemente ese estímulo,

3 [Se observará que estos dos «caracteres principales» o «generales» de los sueños, que a continuación se examinan, no coinciden con los dos «rasgos comunes a todos los sueños» mencionados en la 5ª conferencia, págs. 79 y sigs.]

sino que lo cancela, lo elimina, lo tramita mediante una suerte de vivencia.

7. Anudada con estos caracteres del sueño, podemos retomar también la comparación del sueño con la operación fallida. En esta última distinguimos una tendencia perturbadora y una perturbada [págs. 54 y sigs.], y la operación fallida era un compromiso entre ambas. En ese mismo esquema calza también el sueño. En él, la tendencia perturbada no puede ser otra que la de dormir. A la perturbadora la sustituimos por el estímulo psíquico; digamos, mejor, por el deseo que urge ser tramitado, puesto que hasta ahora no hemos llegado a conocer ningún otro estímulo anímico perturbador del dormir. El sueño es, también, el resultado de un compromiso. Dormimos, y no obstante vivenciamos la cancelación de un deseo; satisfacemos un deseo, pero seguimos durmiendo. Ambas cosas se realizan en parte y en parte se resignan.

8. Recuerden ustedes que en su momento [pág. 89] esperábamos obtener un acceso a la comprensión de los problemas del sueño por el hecho de que ciertas formaciones de la fantasía, muy trasparentes para nosotros, se llamen *«sueños diurnos»*. Ahora bien, estos sueños diurnos son realmente cumplimientos de deseo, cumplimientos de deseos eróticos o de ambición, que nos son bien conocidos; pero, aunque se los representa vívidamente, son pensados, y nunca vivenciados de manera alucinatoria. De los dos caracteres principales del sueño, por tanto, corroboramos aquí el menos certificado, mientras que el otro, por depender del estado del dormir y no ser realizable en la vida de vigilia, falta por completo. Por consiguiente, en el uso lingüístico hay una vislumbre de que el cumplimiento de deseo es un carácter principal del sueño. De pasada: si el vivenciar en el sueño es sólo un representar trasmudado, posibilitado por las condiciones del estado del dormir, vale decir, un «sueño diurno nocturno», desde ahora comprendemos que el proceso de la formación del sueño puede cancelar al estímulo nocturno y procurar satisfacción, pues también el soñar diurno es una actividad ligada con una satisfacción y sólo a causa de esto, por cierto, se la cultiva.

Pero no solo este: también otro uso lingüístico se manifiesta en el mismo sentido. Conocidos refranes dicen: El chancho sueña con bellotas, el ganso con maíz; o preguntan: ¿Con qué sueña la gallina? Con mijo.[4] Esos refranes se

[4] [El primero es un proverbio húngaro y el segundo un proverbio judío. Cf. *IS*, **4**, pág. 151 y *n*. 12.]

remontan entonces todavía más lejos que nosotros, desde el niño hasta el animal, y aseveran que el contenido del sueño es la satisfacción de una necesidad. Otros tantos giros idiomáticos parecen apuntar a lo mismo, como «hermoso como un sueño», «eso no se me ocurriría ni en sueños», «no lo habría imaginado ni en mi sueño más atrevido». El uso lingüístico nos muestra ahí una evidente toma de partido; en efecto, también hay sueños de angustia y sueños de contenido penoso o indiferente, pero no han conmovido al uso lingüístico. Este conoce, por cierto, sueños «malos», pero decididamente el sueño es para él sólo el dulce cumplimiento de un deseo. Ningún refrán nos asegura que el chancho o el ganso sueñan con que son sacrificados.

Sería inconcebible, desde luego, que ese carácter, el del cumplimiento de deseo, no hubiera sido observado por los autores que se ocuparon del sueño. Al contrario; lo hicieron con harta frecuencia, pero a ninguno se le ocurrió admitirlo como universal ni tomarlo como punto axial para la interpretación del sueño. Imaginamos perfectamente lo que pudo hacerles abstenerse de ello, y después lo consideraremos.

Ahora bien, vean ustedes la multitud de esclarecimientos que hemos ganado con la consideración de los sueños de niños, ¡y casi sin trabajo!: la función del sueño como guardián del dormir; su génesis a partir de dos tendencias concurrentes, una de las cuales, el afán de dormir, permanece constante, y la otra aspira a satisfacer un estímulo psíquico; la prueba de que el sueño es un acto psíquico provisto de sentido; sus dos caracteres principales: cumplimiento de deseo y vivenciar alucinatorio. Y dilucidándolos pudimos olvidarnos casi de que estudiábamos psicoanálisis. Además de su anudamiento con las operaciones fallidas, nuestro trabajo no tuvo ningún cuño particular. Cualquier psicólogo que nada supiera de las premisas del psicoanálisis habría podido esclarecer estas cosas sobre los sueños infantiles. ¿Por qué ninguno lo ha hecho?

Si no hubiera otros sueños que los infantiles, el problema estaría resuelto, nuestra tarea terminada, y por cierto sin indagar al soñante, sin sacar a luz lo inconciente y sin recurrir a la asociación libre. Ahora bien, en este punto se sitúa evidentemente la continuación de nuestra tarea. Ya hemos hecho repetidas veces la experiencia de que caracteres que se habían presentado como universalmente válidos se corroboraron después sólo para cierto tipo de sueños y para cierto número de ellos. Por eso tenemos por delante averiguar si los caracteres universales que inferimos de los sueños



El sueño del prisionero, de Moritz von Schwind.

de niños son más sostenibles, si valen también para aquellos sueños que no son trasparentes y cuyo contenido manifiesto no permite reconocer vínculo alguno con un deseo diurno pendiente. Nos hemos formado la idea de que estos otros sueños han experimentado una vasta desfiguración y por eso es imposible juzgarlos de primera intención. Sospechamos también que para esclarecer esa desfiguración necesitaremos de la técnica psicoanalítica, que pudimos omitir en nuestra recién adquirida comprensión de los sueños de niños.

De todos modos, queda todavía una clase de sueños que no están desfigurados y, lo mismo que los sueños de niños, se dejan reconocer fácilmente como cumplimientos de deseo. Son los provocados durante toda la vida por las necesidades corporales imperativas, el hambre, la sed, la satisfacción sexual; son, pues, cumplimientos de deseo como reacciones frente a estímulos corporales interiores. Así, de una niña de 19 meses he registrado un sueño que consistía en un menú al que iba agregado su nombre (*«Anna F. . ., Er(d)beer, Hochbeer, Eier(s)peis, Papp»*) * como reacción frente a un día de ayuno que le impusieron a causa de un trastorno digestivo, el cual se había atribuido, precisamente, al fruto que aparece dos veces en el sueño. Al mismo tiempo, la abuela, cuya edad sumada a la de la nietecita era de setenta años, debió ayunar un día entero debido a las molestias de un riñón flotante, y esa misma noche soñó que la invitaban (a un convite) y le ofrecían los más exquisitos bocados. Observaciones hechas en prisioneros que padecieron hambre, y en personas que debieron soportar privaciones en viajes o expediciones, enseñan que en tales condiciones se sueña, por regla general, con la satisfacción de estas necesidades. Así, Otto Nordenskjöld, en su libro *Antarctic*, dice lo siguiente acerca del destacamento que debió invernar con él (1904, **1**, págs. 336-7): «Muy característicos de la orientación de nuestros pensamientos más íntimos eran nuestros sueños, nunca tan vivos ni tan numerosos como entonces. Aun aquellos de nuestros camaradas que sólo por excepción soñaban, ahora tenían por la mañana, cuando intercambiábamos nuestras últimas experiencias de este mundo de la fantasía, largas historias que contar. Todas versaban sobre aquel mundo exterior, tan lejano ahora de nosotros, pero a menudo se adecuaban a nuestra situación actual. (. . .) Comer y beber eran, por lo demás, los puntos nodales en torno de los cuales giraban casi siempre nuestros sueños. Uno de nosotros, que descollaba por su participación en grandes al-

* {La niña era Anna Freud, y luego de su nombre decía más o menos esto, en su media lengua: «fesas, fesas silvestes, evos, papía» (o sea, en lenguaje adulto: «fresas, fresas silvestres, huevos, papilla»).}

muerzos nocturnos, era dichoso cuando por la mañana podía informar "que había asistido a una comida de tres platos"; otro soñaba con tabaco, con montañas enteras de tabaco; otro, con el barco que a toda vela se acercaba por el mar abierto. Aun otro sueño merece ser mencionado: El cartero llega con la correspondencia y da una larga explicación sobre los motivos por los cuales se hizo esperar tanto; la había entregado equivocado y sólo tras mucho trabajo logró recuperarla. Desde luego, mientras dormíamos nos ocupábamos de cosas más imposibles aún, pero era en extremo llamativa la falta de fantasía en casi todos los sueños que yo mismo soñé o escuché contar. Sería de gran interés psicológico, ciertamente, que todos esos sueños pudieran registrarse. Y fácil es comprender cuánto anhelábamos dormir, pues así se nos ofrecía todo lo que cada cual apetecía fervientemente». Citaré todavía, siguiendo a Du Prel [1885, pág. 231]: «Mungo Park, próximo a morir de consunción durante un viaje por el Africa, soñaba sin cesar con los valles y las vegas de su patria, de abundantes aguas. De igual modo, el barón Trenck, atormentado por hambre en la fortaleza de Magdeburgo, se veía rodeado por opíparos manjares, y George Back, que participó en la primera expedición de Franklin, cuando a consecuencia de terribles privaciones estuvo próximo a morir de hambre, soñaba de continuo y monótonamente con abundantes comidas».[5]

Si alguien experimenta sed a la noche por haber disfrutado en la cena de platos muy sazonados, es fácil que sueñe que bebe.[6] Es imposible, desde luego, tramitar mediante el sueño una necesidad más intensa de comer o beber; de tales sueños despertamos sedientos y entonces tenemos que beber agua real. El rendimiento del sueño es en este caso de ínfimo valor práctico, pero no es menos claro que se recurrió a él con el fin de preservar el dormir contra el estímulo que urge a despertar y a actuar. A menudo, siendo menor la intensidad de estas necesidades, los sueños de satisfacción resultan suficientes.

De igual modo, el sueño crea satisfacciones bajo la influencia de los estímulos sexuales, pero ellas exhiben particularidades dignas de nota. Como la pulsión sexual tiene la propiedad de ser en cierto grado menos dependiente de su objeto que el hambre y la sed, la satisfacción dentro de un sueño de polución puede ser real; y a consecuencia de ciertas dificultades (después las mencionaremos) en el vínculo con

5 [Estas dos citas aparecen en *IS*, **4**, pág. 150, *n*. 11.]
6 [Un análisis detallado de un sueño de este tipo se ofrece en *IS*, **4**, págs. 143-4.]

el objeto, ocurre con particular frecuencia que la satisfacción real se conecte empero con un contenido onírico oscuro o desfigurado. Esta peculiaridad de los sueños de polución los convierte, como ha observado O. Rank [1912*b*], en objetos propicios para el estudio de la desfiguración onírica.[7] Por lo demás, todos los sueños de necesidad de adultos suelen contener, además de la satisfacción, otra cosa proveniente de fuentes de estímulo puramente psíquicas y que, para ser comprendida, requiere de la interpretación.

Por otra parte, no pretendemos aseverar que en los adultos los sueños de cumplimiento de deseo, formados según el tipo infantil, ocurren sólo como reacciones frente a las llamadas necesidades imperativas. Conocemos igualmente sueños breves y claros de este tipo bajo la influencia de ciertas situaciones dominantes que proceden, sin duda alguna, de fuentes psíquicas de estímulo. Así, por ejemplo, los sueños de impaciencia, cuando alguien ha hecho los preparativos para un viaje, para una representación teatral importante para él, para una conferencia o una visita, y ahora sueña el cumplimiento anticipado de su expectativa, vale decir, la noche anterior a ese suceso se ve a sí mismo llegado a su meta, en el teatro o en plática con el visitado. O los llamados con acierto sueños de comodidad, cuando alguien, que de buena gana querría seguir durmiendo, sueña que ya está levantado, se lava o se encuentra en la escuela, mientras que en realidad sigue durmiendo, vale decir que prefiere levantarse en el sueño y no en la realidad.[8] El deseo de dormir, cuya regular participación en la formación del sueño hemos reconocido, se expresa desembozadamente en estos sueños y se muestra como su esencial formador. La necesidad de dormir se alinea con buen derecho junto a las otras grandes necesidades corporales.

He aquí la reproducción de un cuadro de Schwind, de la galería Schack, de Munich; vean ustedes cuán acertadamente captó el pintor la génesis de un sueño a partir de una situación dominante. Se trata de *El sueño del prisionero*, y no puede tener otro contenido que su liberación. Es muy lindo que la liberación haya de cumplirse a través de la ventana, pues por allí penetra el estímulo luminoso que pone fin al dormir del prisionero. Los gnomos subidos unos sobre otros representan sin duda las posiciones sucesivas que él habría debido adoptar en su escalada hasta la ventana, y no me equivoco, no, ni supongo excesiva intención en el artista: el gnomo que está en lo alto, el que corta las rejas, y por tanto

7 [Esto se examina más cabalmente en *IS*, **5**, pág. 404.]
8 [Se informa sobre un sueño de este tipo en *IS*, **4**, pág. 145.]

hace lo que el propio prisionero querría, tiene los mismos rasgos que él.

En todos los sueños, exceptuados los sueños de niños y los de tipo infantil, nos sale al paso y nos estorba, según dijimos, la desfiguración onírica. A primera vista no podemos decir si también ellos son cumplimientos de deseo, según conjeturamos; su contenido manifiesto no nos deja adivinar el estímulo psíquico a que deben su origen, y no podemos demostrar que también ellos se empeñan en apartar o tramitar ese estímulo. Sin duda tienen que ser interpretados, o sea, traducidos; es preciso hacer revertir su desfiguración y sustituir su contenido manifiesto por el latente, antes de que podamos pronunciar un juicio sobre si lo que hemos descubierto en los sueños infantiles puede exigir validez para todos los sueños.

9ª conferencia. La censura onírica

Señoras y señores: Merced al estudio de los sueños de niños hemos llegado a conocer la génesis, la esencia y la función del sueño. *Los sueños son eliminaciones de estímulos (psíquicos) perturbadores del dormir, por la vía de la satisfacción alucinada.* En cuanto a los sueños de adultos, sólo hemos podido esclarecer un grupo, el que designamos como sueños de tipo infantil. No sabemos aún qué ocurre con los otros, y tampoco los comprendemos. Provisionalmente llegamos a un resultado cuya importancia no queremos menospreciar. Toda vez que un sueño nos resulta plenamente comprensible, revela ser el cumplimiento alucinado de un deseo. Esta coincidencia no puede ser contingente ni indiferente.

Respecto de los sueños de otro tipo, supusimos [págs. 103-4], basados en diversas consideraciones y por analogía con la concepción de las operaciones fallidas, que eran sustitutos desfigurados de un contenido desconocido y tenían que reconducirse primero a este. La indagación, la comprensión de esta *desfiguración onírica*, es ahora nuestra tarea inmediata.

La desfiguración onírica es aquello que nos hace aparecer ajeno e incomprensible el sueño. Queremos saber varias cosas de ella: en primer lugar, de dónde proviene, su dinamismo; en segundo lugar, lo que hace, y por último, cómo lo hace. Podemos decir también que la desfiguración onírica es la obra del trabajo del sueño. Queremos describir el trabajo del sueño y reconducirlo a las fuerzas que en él operan.[1]

Escuchen ustedes, entonces, este sueño. Fue registrado por una dama de nuestro círculo,[2] y según nos informa proviene de una señora mayor, muy estimada, muy fina y culta. No se emprendió ningún análisis de este sueño. Nuestra informante señala que para un psicoanalista no requeriría de interpretación. La soñante misma tampoco lo interpretó, pero lo ha juzgado y condenado como si supiera interpretarlo. En efecto, dijo sobre él: «¡Y chismes tan abominables y tan

[1] [La 11ª conferencia está dedicada al trabajo del sueño.]
[2] La doctora Von Hug-Hellmuth [1915].

estúpidos sueña una mujer de 50 años, que de día y de noche no piensa en otra cosa que en su hijo!».[3]

Y ahora el sueño de los «servicios de amor».[4] *Ella va al hospital militar nº 1 y dice en la guardia de la entrada que le es preciso hablar con el médico jefe... (menciona un nombre desconocido para ella) porque quiere prestar servicio en el hospital. Al decirlo acentúa la palabra «servicio» de tal modo que el suboficial cae enseguida en la cuenta de que se trata de un «servicio de amor». Como es una mujer de edad, tras alguna vacilación la deja pasar. Pero en vez de llegar hasta el médico jefe, se ve dentro de una sala espaciosa y sombría en que muchos oficiales y médicos militares están de pie o sentados a una larga mesa. Se dirige con su propuesta a un capitán médico, quien, tras pocas palabras, ya comprende. El texto de su dicho en el sueño es: «Yo y muchas otras mujeres y muchachas jóvenes de Viena estamos dispuestas a ...», aquí sigue en el sueño un murmullo, «... los soldados, tropa y oficiales sin distinción». Que eso mismo fue comprendido rectamente por todos los presentes, se lo muestran los gestos en parte turbados y en parte maliciosos de los oficiales. La dama prosigue: «Yo sé que nuestra decisión suena sorprendente, pero es de lo más seria. Nadie pregunta al soldado en el campo de batalla si quiere o no morir». Sigue un penoso silencio de varios minutos. El capitán médico le rodea la cintura con su brazo y dice: «Noble señora, suponga usted el caso, de hecho se llegaría a ...» (murmullo). Ella se desprende de su brazo pensando: Es igual que los otros, y replica: «Mi Dios, yo soy una mujer anciana y quizá nunca he de llegar a esa situación. Además, tendría que respetarse una condición: considerar la edad; no sea que una mujer mayor... (murmullo) con un mozo jovencito; sería terrible». El capitán médico: «Comprendo perfectamente». Algunos oficiales, entre ellos uno que en años mozos la había cortejado, estallan en carcajadas, y la dama desea ser llevada ante el médico jefe, conocido de ella, para que todo se ponga en claro. En eso se da cuenta, para su máxima consternación, de que no conoce el nombre de él. No obstante, el capitán médico, muy cortés y respetuosamente, le indica que se dirija al segundo piso por una escalera de caracol, de hierro, estrechísima, que la lleva directamente desde la sala hasta el piso superior. Mientras asciende oye decir a un oficial: «Es una decisión colosal, no importa que*

[3] [Esto sucedía durante la guerra de 1914-18, en la cual uno de sus hijos estaba en servicio activo.]

[4] [«*Liebesdienste*» tiene como primer significado «servicios realizados por amor», «servicios no remunerados»; pero también puede tener otro significado, menos respetable.]

sea una joven o una vieja; ¡mis respetos!». Con el sentimiento de cumplir simplemente su deber, ella trepa por una escalera interminable.

Este sueño se repitió dos veces en el lapso de unas pocas semanas, con variantes —según observa la dama— «mínimas que no alteraban su sentido».[5]

El sueño concuerda, por su discurrir continuado, con una fantasía diurna; presenta sólo unas pocas rupturas, y muchas particularidades de su contenido habrían podido aclararse por averiguación, lo cual, como dijimos, no se hizo. Pero lo llamativo e interesante para nosotros es que el sueño muestra varias lagunas, no del recuerdo, sino del contenido. En tres lugares el contenido está como borrado; los dichos en que se insertan estas lagunas son interrumpidos por un murmullo. Puesto que no hemos emprendido ningún análisis, en rigor no tenemos derecho a manifestar nada sobre el sentido del sueño. Sólo que se dan indicaciones de las que algo puede inferirse, por ejemplo, en la expresión «servicios de amor»; y sobre todo, los fragmentos de dichos que preceden inmediatamente al murmullo compelen a completamientos que no pueden menos que saltar a la vista como unívocos. Si los remplazamos en esos lugares, obtenemos una fantasía del siguiente contenido: la soñante está dispuesta, en cumplimiento de un deber patriótico, a ofrecer su persona para la satisfacción de las necesidades de amor del personal militar, tanto de los oficiales como de la tropa. Esto es, por cierto, en extremo chocante, un modelo de desvergonzada fantasía libidinosa, pero... ni siquiera en el sueño ocurre. Precisamente ahí donde la trama exigiría esta confesión, en el sueño manifiesto hallamos un murmullo no nítido, algo se ha perdido o fue sofocado.

Espero que reconozcan ustedes como evidente que fue el carácter chocante de estos pasajes el motivo de su sofocación. Ahora bien, ¿dónde encuentran un paralelo con este suceso? En nuestros días no hace falta que busquen mucho. Tomen cualquier periódico político y hallarán que en ciertos lugares el texto ha sido suprimido y en su remplazo resplandece la blancura del papel. Ustedes saben que es obra de la censura de prensa. En esos lugares que quedaron vacíos había algo desagradable para el alto comité de censura, y por eso se lo extirpó. Ustedes opinan que es una lástima, habrá sido sin duda lo más interesante, era «el mejor pasaje».

Otras veces la censura no opera sobre las frases ya listas.

5 [En 1919 este sueño fue agregado como nota en *IS*, **4**, págs. 161-2.]

El autor ha previsto los pasajes en que cabía esperar la objeción de la censura y por eso preventivamente atemperó, modificó apenas o se conformó con aproximaciones y alusiones a lo que genuinamente querría escribir. En tal caso la hoja no presenta lugares vacíos, pero por ciertos circunloquios y oscuridades de la expresión puede colegirse que de antemano se tuvo en cuenta a la censura.

Bien; nos atendremos a ese paralelo. Decimos que también los dichos oníricos omitidos, encubiertos por un murmullo, se sacrificaron a una censura. Hablamos directamente de una *censura onírica*, a la que ha de atribuirse una cuota de participación en la desfiguración onírica. Dondequiera que haya lagunas dentro del sueño manifiesto, la censura onírica es la culpable. Tendríamos que dar un paso más y reconocer una manifestación de la censura toda vez que un elemento onírico es recordado de manera particularmente débil, imprecisa y dudosa, entre otros perfilados con mayor nitidez. Pero sólo en raras oportunidades se manifiesta la censura tan desembozada, tan ingenua podría decirse, como en el ejemplo del sueño de los «servicios de amor». Con frecuencia mucho mayor la censura alcanza su cometido siguiendo el segundo tipo: la producción de atenuaciones, aproximaciones, alusiones, en lugar de lo genuino.

Respecto de un tercer modo de operación de la censura onírica, no conozco paralelo alguno en el ejercicio de la censura de prensa; no obstante, puedo exhibirlo justamente en el único ejemplo de sueño analizado hasta ahora. Recuerdan ustedes el sueño de las «tres malas localidades de teatro por 1 florín y 50 kreuzer» [pág. 111]. En los pensamientos latentes de este sueño estaba en el primer plano el elemento «apresuradamente, demasiado temprano». Quería decir: Fue un disparate casarse tan *temprano* —también fue un disparate procurarse tan *temprano* entradas para el teatro—, y fue ridículo que la cuñada se *apurase* tanto a deshacerse de su dinero para comprarse una joya a cambio. De este elemento central de los pensamientos oníricos nada se ha traspasado al sueño manifiesto; aquí se han puesto en el centro el ir al teatro y el conseguir entrada. Por medio de este desplazamiento del acento, de este reagrupamiento de los elementos del contenido, el sueño manifiesto se vuelve tan desemejante a los pensamientos oníricos latentes que nadie adivinaría a estos detrás de aquel. Este desplazamiento del acento es uno de los recursos principales de la desfiguración onírica y presta al sueño aquella ajenidad en virtud de la cual el soñante mismo no querría reconocerlo como algo producido por él.

Omisión, modificación, reagrupamiento del material son,

por tanto, los efectos de la censura onírica y los medios de la desfiguración del sueño. La censura onírica misma es la causante o uno de los causantes de la desfiguración del sueño, cuyo estudio nos ocupa ahora. A la modificación y el reordenamiento solemos también reunirlos bajo el título de «*desplazamiento*».

Tras estas observaciones sobre los efectos de la censura onírica, nos volvemos ahora a su dinamismo. Espero que no tomen ustedes la expresión de manera demasiado antropomórfica y no se representen el censor del sueño como un hombrecillo riguroso o un espíritu que moraría en una celda del cerebro y desplegaría allí su oficio; pero tampoco de manera demasiado localizadora, de suerte que pensaran en un «centro cerebral» del que partiría una influencia censuradora de esa índole, que cesaría con el deterioro o la ablación de ese centro. Provisionalmente, no es más que un término cómodo para designar una relación dinámica. Esta advertencia no nos impide preguntar por las tendencias que ejercen esa influencia, y por aquellas sobre las cuales lo hacen; tampoco nos sorprenderá enterarnos de que ya antes, en una ocasión, tropezamos con la censura onírica, quizá sin reconocerla.

En efecto, ello ocurrió realmente. Recuerden que hicimos una sorprendente experiencia cuando empezamos a emplear nuestra técnica de la asociación libre. Hubimos de sentir que nuestros esfuerzos por alcanzar desde el elemento onírico el elemento inconciente, cuyo sustituto es aquel, chocaban con una *resistencia* [pág. 105]. Esta resistencia, dijimos, puede ser de diversa cuantía, unas veces enorme, y otras directamente desdeñable. En el último caso nos hacía falta recorrer sólo unos pocos eslabones intermedios en nuestro trabajo interpretativo; pero cuando ella es grande, tenemos que seguir paso a paso largas cadenas de asociación a partir del elemento, somos llevados muy lejos de él y a lo largo de ese camino nos es forzoso vencer todas las dificultades que se presentan como objeciones críticas contra la ocurrencia. A eso que en el trabajo de interpretación nos sale al paso como resistencia, tenemos que apuntarlo ahora dentro del trabajo del sueño como censura onírica. La resistencia a la interpretación es sólo la objetivación [6] de la

[6] [«*Objektivierung*»: literalmente, «volver objetivo». El término es empleado varias veces en un trabajo anterior de Freud sobre el tratamiento hipnótico (1892-93) y en *Estudios sobre la histeria* (1895*d*), *AE*, **2**, pág. 111. Freud parece utilizar como sinónimo «*Realisierung*» (realización); véase (1897*b*), *AE*, **3**, pág. 236.]

censura onírica. Nos prueba también que la fuerza de la censura no quedó agotada cuando produjo la desfiguración del sueño, disipándose a partir de ese momento, sino que esta censura sigue persistiendo como institución permanente con el propósito de mantener la desfiguración. Además, así como es variable la intensidad de la resistencia frente a la interpretación de cada elemento, también resulta de cuantía diversa la desfiguración provocada por la censura en cada uno de los elementos de un mismo sueño. Si comparamos sueño manifiesto y sueño latente, vemos que algunos elementos han sido eliminados por completo, otros se recogieron en el contenido del sueño manifiesto modificados en mayor o menor medida, y otros entraron en él inalterados y quizá reforzados.

Pero queríamos indagar qué tendencias ejercen la censura, y contra cuáles se ejercen. Ahora bien, esta pregunta, fundamental para comprender el sueño, y aun quizá para comprender la vida humana, es de fácil respuesta si abarcamos con la mirada la serie de los sueños que se ha conseguido interpretar. Las tendencias que ejercen la censura son las que el soñante admite despierto en su actividad judicativa y con las cuales se siente consustanciado. Si ustedes deciden rechazar la interpretación correctamente realizada de un sueño propio, tengan la seguridad de que lo hacen por los mismos motivos por los cuales se ejerció la censura onírica, se produjo la desfiguración del sueño y se hizo necesaria la interpretación. Piensen en el sueño de nuestra dama de 50 años. Sin haber interpretado su sueño, lo encuentra abominable, y se habría indignado aún más si la doctora Von Hug-Hellmuth le hubiera comunicado algo de la obligada interpretación. Por causa de esta condena {*Verurteilung*}, justamente, los pasajes más chocantes se sustituyeron en su sueño por un murmullo.

En cuanto a las tendencias *contra* las cuales se dirige la censura onírica, es preciso describirlas primero desde el punto de vista de esta instancia misma. Entonces sólo puede decirse que son de naturaleza enteramente repudiable, chocantes en el aspecto ético, estético o social, cosas en las que ni siquiera se osa pensar o en que se piensa con repugnancia. Sobre todo, estos deseos censurados y que en el sueño han alcanzado una expresión desfigurada son exteriorizaciones de un egoísmo sin límites ni miramientos. Y, en verdad, el yo propio aparece en todo sueño, y en todo sueño desempeña el papel principal, aunque sepa ocultarse muy bien en lo que hace al contenido manifiesto. Este «*sacro*

egoísmo» del sueño no deja por cierto de relacionarse con la actitud que se adopta para dormir, que consiste en el retiro del interés respecto de todo el mundo exterior.[7]

Ese yo desembarazado de todo freno ético sabe también avenirse a todos los requerimientos del anhelo sexual, aquellos que mucho tiempo ha merecieron el juicio adverso {*verurteilen*} de nuestra educación estética, y aquellos que contradicen todas las restricciones éticas. El ansia de placer —la libido, como nosotros decimos— escoge sus objetos sin inhibición, y por cierto da preferencia a los prohibidos. No sólo la mujer del prójimo, sino sobre todo objetos incestuosos, sacralizados por la convención: la madre y la hermana en el hombre, el padre y el hermano en la mujer. (También el sueño de nuestra dama de 50 años es incestuoso: inequívocamente su libido está dirigida al hijo. [Cf. pág. 126 y *n*. 3.]) Apetitos que creemos lejos de la naturaleza humana demuestran fuerza suficiente para excitar sueños. También el odio se incuba sin frenos. Deseos de venganza y de muerte contra personas allegadas, las más amadas en la vida, los padres, hermanos, el cónyuge, los propios hijos, no son nada inhabitual. Estos deseos censurados parecen subir de un verdadero infierno; tras la interpretación, en la vigilia, ninguna censura nos parece suficientemente dura contra ellos.

Pero no hagan ustedes reproche alguno al sueño por este contenido malo. No olviden que él tiene la función inofensiva, y aun útil, de preservar de perturbación al dormir. Esa perversidad no reside en la esencia del sueño. Saben ustedes, además, que ciertos sueños pueden reconocerse como satisfacción de deseos legítimos y de urgentes necesidades corporales. Estos no tienen, es verdad, ninguna desfiguración onírica; tampoco la necesitan, pues pueden desempeñar su función sin ofender las tendencias éticas y estéticas del yo. Tengan presente también que la desfiguración onírica es proporcional a dos factores. Por una parte, se vuelve tanto mayor cuanto peores sean los deseos que han de censurarse, pero, por la otra, cuanto mayor sea la rigidez con que se presenten las exigencias de la censura en ese momento. Una muchacha joven, educada con severidad y melindrosa, desfigurará con inflexible censura mociones oníricas que, por ejemplo, nosotros los médicos nos veríamos obligados a admitir como unos deseos permitidos, inofensivamente libidinosos, y que la propia soñante, un decenio después, juzgará también así.

[7] [En una nota agregada en 1925 a *IS* (**4**, pág. 279, *n*. 33), Freud introdujo algunas limitaciones a su afirmación de que los sueños son totalmente egoístas.]

Por lo demás, no hemos avanzado lo suficiente como para que nos sea lícito indignarnos por este resultado de nuestro trabajo interpretativo. Creo que todavía no lo comprendemos rectamente; pero, sobre todo, nos aguarda la tarea de asegurarlo contra ciertas impugnaciones. No es difícil, en modo alguno, hallarle contras. Nuestras interpretaciones de sueños se han efectuado bajo las premisas que antes declaramos [págs. 91-2], a saber, que el sueño en general tiene un sentido, que es lícito trasferir del estado hipnótico al normal la existencia de procesos anímicos inconcientes por el momento, y que todas las ocurrencias están sujetas a un determinismo. Si sobre la base de esas premisas hubiéramos obtenido resultados verosímiles en la interpretación del sueño, con derecho habríamos inferido que ellas eran correctas. Pero, ¿qué ocurre si esos resultados tienen el aspecto que acabo de pintar? Entonces parece más indicado decir: Son resultados imposibles, disparatados, o al menos muy improbables, y por tanto había algo falso en las premisas. O bien el sueño no es un fenómeno psíquico, o bien no hay nada inconciente en el estado normal, o bien nuestra técnica hace agua por algún lado. ¿No es más simple y satisfactorio suponer esto, en vez de todas las atrocidades que presuntamente hemos descubierto sobre la base de nuestras premisas?

¡Las dos cosas! Es más simple y es más satisfactorio, pero no por ello necesariamente más correcto. Tomémonos tiempo, la cosa todavía no está madura para un veredicto final. Ante todo, podemos reforzar más aún la crítica a nuestras interpretaciones de sueños. Quizá no pese tanto en la balanza que sus resultados sean tan poco agradables y atractivos; un argumento más fuerte es que los soñantes a quienes, por la interpretación de sus sueños, imputamos tales tendencias de deseo las rechazan de sí de la manera más enérgica y con buenas razones. «¿Qué? —dice uno—. ¿Quiere usted demostrarme por el sueño que me afligen las sumas que he gastado en la dote de mi hermana y en la educación de mi hermano? Pero eso no puede ser; trabajo exclusivamente para mis hermanos, no tengo otro interés en la vida que cumplir mis deberes para con ellos, tal cual lo prometí, como hermano mayor, a nuestra difunta madre». O dice una soñante: «¿Que yo deseo la muerte a mi marido? ¡Es un disparate indignante! No sólo vivimos el más dichoso matrimonio —eso usted probablemente no lo creerá—, sino que con su muerte terminaría para mí todo lo que tengo en el mundo». O bien, otro nos replicará: «¿Acaso tengo deseos sensuales hacia mi hermana? Es ridículo; ella no me importa un ardite; estamos en malas relaciones y hace años que no cruzamos una palabra». Quizá para nosotros sería más fácil

si estos soñantes no corroboraran ni desmintieran las tendencias que se les imputan; podríamos decir que son justamente cosas que ellos no saben de sí mismos. Pero en definitiva tiene que dejarnos perplejos que sientan dentro de sí exactamente lo contrario del deseo que se les apuntó, y puedan demostrar por su conducta en la vida el predominio de eso contrario. ¿No sería ya tiempo de arrojar a un lado todo el trabajo de la interpretación de sueños como algo que es llevado *ad absurdum* por sus resultados?

No; todavía no. También este argumento más fuerte sucumbe si lo abordamos críticamente. Suponiendo que dentro de la vida anímica existan tendencias inconcientes, carece de fuerza probatoria demostrar que en la vida conciente gobiernan sus opuestas. Quizá dentro de la vida del alma hay lugar también para tendencias opuestas, para contradicciones que subsisten unas al lado de las otras; y aun posiblemente el predominio de una de las mociones sea condición para que su opuesta permanezca inconciente. No obstante, de las objeciones planteadas en primer término, quedan en pie estas: los resultados de la interpretación del sueño no son simples, y son desagradables. A lo primero cabe replicar que ustedes, con todo ese fanatismo por lo simple, no podrían solucionar ni uno solo de los problemas del sueño; tienen que avenirse entonces a suponer condiciones más complejas. Y a lo segundo, que evidentemente no tienen derecho a usar el agrado o la repugnancia que puedan sentir como motivo para formular un juicio científico. ¿Conque los resultados de la interpretación del sueño les parecen desagradables, y aun humillantes y asquerosos? «*Ça n'empêche pas d'exister*», oí decir en un caso parecido, siendo yo un joven médico, a mi maestro Charcot.[8] Hay que ser humilde y dejar de lado buenamente las propias simpatías y antipatías cuando se pretende averiguar lo que en este mundo es real. Si un físico pudiera demostrarles que la vida orgánica de este planeta tiene que sufrir a corto plazo una parálisis total, ¿se atreverían ustedes a oponerle: «Eso no puede ser; esa perspectiva es demasiado desagradable»? Yo creo que ustedes callarán hasta que venga otro físico y le demuestre al primero que cometió una falla en sus premisas o en sus cálculos. Si ustedes arrojan de sí lo que les resulta desagradable, más bien repiten el mecanismo de la formación del sueño, en vez de comprenderlo y vencerlo.

[8] [La frase completa de Charcot rezaba así: «*La théorie, c'est bon, mais ça n'empêche pas d'exister*» {«La teoría es buena, pero eso no impide que las cosas sean como son»}. Era esta una cita favorita de Freud; véase su homenaje póstumo a Charcot (*1893f*), *AE*, **3**, pág. 15, donde describe las circunstancias en que aquel la pronunció.]

Ahora ustedes acaso prometan prescindir del carácter chocante de los deseos oníricos censurados, y se retiren a este otro argumento: de todos modos es improbable que deba concederse al mal un espacio tan grande en la constitución del hombre. Pero, ¿las propias experiencias de ustedes los autorizan a decir eso? No quiero hablar del modo en que les gustaría verse a sí mismos, pero, ¿han hallado tanta benevolencia entre sus jefes y competidores, una conducta tan caballeresca en sus enemigos y tan poca envidia en quienes los rodean, que deban sentirse comprometidos a salir de fiadores de que no hay en la naturaleza humana una parte de maldad egoísta? ¿No saben bien, acaso, cuán desenfrenados y turbulentos son, en promedio, los hombres en todos los asuntos de la vida sexual? ¿O ignoran que todos esos atentados y trasgresiones con que soñamos por las noches son cometidos realmente todos los días por hombres despiertos, como crímenes? ¿Qué hace aquí el psicoanálisis sino corroborar el viejo dicho de Platón, que los buenos son los que se conforman con soñar aquello que los otros, los malos, hacen realmente? [9]

Y ahora aparten la mirada de lo individual y contemplen la gran guerra que sigue asolando a Europa, piensen en la brutalidad, la crueldad y la mendacidad de que es pasto el mundo civilizado. ¿Creen realmente que un puñado de ambiciosos y farsantes inmorales habrían logrado desencadenar todos esos malos espíritus si los millones de seguidores no fueran sus cómplices? ¿Osan en estas circunstancias romper lanzas para sustentar la ausencia de maldad en la constitución anímica del hombre? [10]

Me reprocharán que yo juzgo unilateralmente la guerra; ella ha sacado a la luz también lo más hermoso y lo más noble del hombre, su espíritu heroico, su autosacrificio, su sentimiento social. Sin duda; pero no incurran también ustedes en la injusticia que tan a menudo se comete contra el psicoanálisis cuando se le reprocha descreer de lo uno porque asevera lo otro. No es nuestro propósito poner en entredicho las aspiraciones nobles de la naturaleza humana, ni hemos hecho nada para despreciar su valor. Al contrario; no sólo les muestro los deseos oníricos malos, censurados, sino también la censura que los sofoca y los hace irreconocibles. Nos detenemos con mayor insistencia en la maldad del hombre sólo porque los otros pretenden desmentirla, con lo cual la vida anímica del hombre no se vuelve mejor, sino

[9] [Citado en *IS*, **4**, pág. 90.]

[10] [Freud hizo su más fuerte alegato contra el aspecto destructivo de la naturaleza humana en los capítulos V y VI de *El malestar en la cultura* (1930*a*), *AE*, **21**, págs. 107-12 y 113-8.]

incomprensible. Por lo tanto, si abandonamos la valoración ética unilateral, podremos hallar sin duda la fórmula más correcta en cuanto a la proporción del mal y el bien en la naturaleza humana.

Así pues, eso queda en pie. No nos hace falta renunciar a los resultados de nuestro trabajo en la interpretación del sueño, aunque no podamos menos que hallarlos sorprendentes. Quizá más adelante, por otros caminos, nos aproximemos a su comprensión. Provisionalmente establezcamos: La desfiguración onírica es una consecuencia de la censura ejercida por tendencias admitidas del yo en contra de mociones de deseo cualesquiera, chocantes, que se agitan en nosotros por las noches, mientras dormimos. En cuanto a por qué precisamente por las noches, y a la proveniencia de estos deseos reprobables, mucho queda ahí todavía por preguntar y por investigar.

Pero haríamos mal si omitiéramos destacar ahora debidamente otro resultado de estas indagaciones. Los deseos oníricos que quieren perturbarnos mientras dormimos nos son desconocidos, únicamente por la interpretación del sueño nos enteramos de ellos; es preciso definirlos, por tanto, como inconcientes por el momento, en el sentido ya dicho. Pero tenemos que decirnos que son inconcientes más que por el momento. El soñante desmiente su realidad, según lo hemos experimentado tantas veces, después de haber llegado a conocerlos por la interpretación del sueño. Así se repite el caso con que tropezamos por primera vez, en la interpretación del trastrabarse «eructar» [pág. 44], cuando el que hizo el discurso del brindis aseguraba, indignado, que ni entonces ni antes de entonces había tenido conciencia de un conato irreverente hacia su jefe. Ya en esa ocasión habíamos puesto en duda el valor de un aseguramiento así, y lo habíamos sustituido por el supuesto de que el orador permanentemente no sabe nada de esta moción presente en él. Lo mismo se repite ahora a raíz de la interpretación de todo sueño fuertemente desfigurado, y cobra entonces importancia para nuestra concepción. Ahora estamos preparados para suponer que en la vida anímica existen procesos, tendencias, de los que uno no sabe absolutamente nada, no sabe nada desde hace mucho tiempo y aun quizá nunca ha sabido nada. Así lo inconciente adquiere para nosotros un nuevo sentido; el «por el momento» o «temporariamente» se esfuma de su esencia: puede significar *permanentemente* inconciente, y no sólo «latente por el momento». Desde luego, tendremos que hablar de nuevo sobre esto.

10ª conferencia. El simbolismo en el sueño [1]

Señoras y señores: Hemos hallado que la desfiguración onírica que nos estorba la comprensión del sueño es consecuencia de una actividad censuradora dirigida contra las mociones de deseo inconcientes, desagradables. Pero, desde luego, no hemos aseverado que la censura sea el único factor responsable de la desfiguración onírica, y en verdad, por el posterior estudio del sueño, podremos descubrir que en este efecto participan otros factores. Esto equivale a decir que ni siquiera si se eliminase la censura onírica estaríamos todavía en condiciones de comprender los sueños, el sueño manifiesto no sería aún idéntico a los pensamientos oníricos latentes.

A este otro factor que hace impenetrable al sueño, a esta nueva contribución a la desfiguración onírica, la descubrimos si prestamos atención a una laguna de nuestra técnica. Ya les he concedido [pág. 96] que a veces al analizado no se le ocurre realmente nada sobre elementos singulares del sueño. Es verdad que ello no sucede tan a menudo como él lo asevera; en muchos casos la ocurrencia puede arrancarse perseverando. No obstante, restan casos en que la asociación fracasa o, si se la arranca, no brinda lo que esperábamos de ella. Si esto sucede durante un tratamiento psicoanalítico, posee un significado particular que no nos interesa aquí.[2] Pero también se presenta en la interpretación de sueños con

[1] [Como reconoció el propio Freud (*IS*, **5**, pág. 356), sólo en una época relativamente tardía advirtió la cabal importancia del simbolismo onírico, en gran medida por la influencia de Wilhelm Stekel (1911*a*). Recién en la cuarta edición de *IS*, de 1914, dedicó al tema una sección especial (la sección E del capítulo VI), donde se encuentra su principal análisis del simbolismo fuera de la presente conferencia. Este tema reaparece, por supuesto, en muchos otros lugares, tanto en *IS* como en las restantes obras que escribió Freud a lo largo de su vida; más adelante ofrecemos referencias al respecto. La presente conferencia tiene derecho a ser considerada, empero, como el más importante de todos los escritos de Freud acerca del simbolismo.]

[2] [Se alude aquí al bloqueo de las asociaciones libres a causa de las agitaciones inconcientes provocadas por la trasferencia. Cf. «Sobre la dinámica de la trasferencia» (1912*b*), *AE*, **12**, págs. 101 y sigs., y también la 27ª conferencia, **16**, págs. 392 y sigs.]

personas normales o en la interpretación de sueños propios. Si uno se convence de que en tales casos de nada vale presionar, termina por descubrir que esa contingencia no deseada se presenta a raíz de determinados elementos oníricos, y empieza a reconocer una nueva legalidad allí donde al comienzo se creía experimentar sólo un excepcional fracaso de la técnica.

De tal manera, uno tiene la tentación de interpretar por sí mismo esos elementos oníricos «mudos», de emprender por sus propios medios una traducción de ellos. Y se le impone con evidencia que toda vez que arriesga esa sustitución obtiene un sentido satisfactorio, mientras que el sueño permanece falto de sentido y su trama interrumpida hasta que uno no se resuelve a esa intervención. La acumulación de muchos casos enteramente parecidos se encarga después de proporcionar la certeza requerida a nuestro experimento, al comienzo tímido.

Expongo todo esto de una manera un poquito esquemática, pero con fines de instrucción eso está permitido, y además, no falseo sino que meramente simplifico.

De este modo se obtienen para una serie de elementos oníricos traducciones constantes, y por ende completamente similares a las que hallamos para todas las cosas soñadas en nuestros libros populares sobre los sueños. No olviden que en nuestra técnica de la asociación nunca aparecen sustituciones constantes de los elementos oníricos.

Enseguida dirán ustedes que esta vía de interpretación les parece aún más incierta y cuestionable que la anterior, que hacía uso de las libres ocurrencias. Pero hay algo más. En efecto, cuando por la experiencia se ha reunido un número suficiente de esas sustituciones constantes, uno llega a decirse que su propio conocimiento le habría permitido obtener de hecho estos fragmentos de la interpretación del sueño; realmente podían comprenderse sin las ocurrencias del soñante. ¿De dónde conoceríamos su significado? Lo averiguaremos en la segunda mitad de nuestra elucidación.

Llamamos *simbólica* a una relación constante de esa índole entre un elemento onírico y su traducción, y al elemento onírico mismo, un *símbolo* del pensamiento onírico inconciente. Recuerdan ustedes que antes, a raíz de la indagación de las relaciones entre elementos oníricos y lo genuino de ellos, yo distinguí tres de tales relaciones: la de la parte al todo, la de la alusión y la de la ilustración en imágenes. En ese momento les anuncié una cuarta, pero no la nombré [pág. 111]. Esa cuarta es la que aquí introduzco, la simbólica. Con ella se ligan discusiones muy interesantes, que consideraremos antes de exponer nuestras observaciones

especiales sobre el simbolismo. El simbolismo es quizás el capítulo más asombroso de la doctrina del sueño.

Ante todo: En la medida en que los símbolos son traducciones fijas, realizan en cierto grado el ideal tanto antiguo cuanto popular de la interpretación del sueño, del cual nos habíamos alejado mucho por nuestra técnica. En ciertas circunstancias nos permiten interpretar un sueño sin indagar al soñante, quien, por lo demás, nada sabe decir sobre el símbolo. Si uno conoce los símbolos oníricos usuales y, además, la persona del soñante, las circunstancias en que vive y las impresiones tras las cuales sobrevino el sueño, a menudo está habilitado para interpretar sin más un sueño, para traducirlo, digamos, de primera intención. Un virtuosismo así lisonjea al intérprete del sueño e impresiona al soñante; contrasta agradablemente con el laborioso trabajo de indagación del soñante. Pero no se dejen ustedes seducir por eso. No es nuestra tarea crear virtuosismos. La interpretación basada en el conocimiento de los símbolos no es una técnica que pueda sustituir a la asociativa o medirse con ella. Es su complemento, y únicamente insertada dentro de ella brinda resultados utilizables. Y por lo que atañe al conocimiento de la situación psíquica del soñante, tengan en cuenta que no sólo se les ofrecerán para interpretar sueños de personas bien conocidas; que por lo general no conocerán los acontecimientos diurnos excitadores del sueño, y que las ocurrencias del analizado les aportarán precisamente el conocimiento de aquello que se llama situación psíquica.

Por otra parte, es desde todo punto de vista asombroso, aun considerando unos nexos que después mencionaremos [cf. pág. 154], que también se hayan expresado las resistencias más enconadas contra la existencia de la referencia simbólica entre sueño e inconciente. Aun personas juiciosas y de prestigio, que habían acompañado al psicoanálisis durante un buen trecho de su camino, se han negado a seguirlo aquí. Ahora bien, esta conducta es tanto más asombrosa cuanto que, en primer lugar, el simbolismo no pertenece con exclusividad al sueño ni es característico de él y, en segundo lugar, el simbolismo dentro del sueño ni siquiera fue descubierto por el psicoanálisis, aunque en otros terrenos este no ha sido pobre en descubrimientos sorprendentes. Como descubridor del simbolismo en el sueño ha de mencionarse, si es que a toda costa se quiere asignarle un comienzo en los tiempos modernos, al filósofo K. A. Scherner (1861). El psicoanálisis ha corroborado el descubrimiento de Scherner, modificándolo de una manera a todas luces radical.

Ahora querrán ustedes oír algo sobre la esencia del simbolismo onírico, y ejemplos de él. De buena gana les comunicaré lo que sé, pero les confieso que nuestro conocimiento no llega a tanto como nos gustaría.

La esencia de la referencia simbólica es una comparación, pero no una cualquiera. Uno sospecha que esta comparación está sujeta a un condicionamiento particular, pero no puede decir en qué consiste. No todo lo que podemos comparar con un objeto o con un proceso emerge también en el sueño en calidad de símbolo de estos. Por otra parte, el sueño tampoco lo simboliza todo, sin importar qué, sino sólo determinados elementos de los pensamientos oníricos latentes. Por tanto, hay aquí restricciones en ambas direcciones. Debe admitirse también que el concepto de símbolo no está por ahora deslindado con nitidez, se confunde con la sustitución, la figuración, etc., y aun se aproxima a la alusión. En una serie de símbolos, la comparación subyacente es bien notoria. Junto a ellos hay otros símbolos respecto de los cuales tenemos que preguntarnos dónde, pues, ha de buscarse lo común, el *tertium comparationis* de esta comparación presunta. Quizá lo descubramos después mediante una reflexión más detenida, o quizá se nos oculte realmente. Además, si el símbolo es una comparación, es extraño que esta última no se deje despejar por medio de la asociación, y que, no conociéndola, el soñante se sirva de ella sin saberlo. Y aún más: que el soñante no tenga ninguna gana de reconocer esta comparación una vez que le ha sido presentada. Ven ustedes, entonces, que una referencia simbólica es una comparación de tipo muy particular, cuyo fundamento no hemos aprehendido todavía claramente. Tal vez más adelante podamos hallar referencias a eso desconocido.

La gama de cosas que encuentran figuración simbólica en el sueño no es grande: el cuerpo humano como un todo, los padres, hijos, hermanos, el nacimiento, la muerte, la desnudez... y algunas otras. La única figuración típica, o sea, regular, de la persona humana como un todo es la de la *casa*, según lo ha reconocido Scherner, quien hasta querría conferirle a este símbolo una importancia sobresaliente, que no le corresponde. En sueños sucede que uno, ora placenteramente, ora con angustia, se descuelga por fachadas de casas. Las que tienen paredes enteramente lisas son hombres; las provistas de salientes y balcones en los que uno puede sostenerse son mujeres [cf. pág. 145]. Los padres aparecen en el sueño como *emperador* y *emperatriz*, *rey* y *reina* [*loc. cit.*], o como otras personas encumbradas; el sueño es aquí,

pues, muy piadoso. De manera menos tierna procede hacia hijos y hermanos; estos son simbolizados como *animales pequeños, sabandijas.* Casi por regla general, el nacimiento encuentra figuración mediante una relación con el *agua*; o bien uno se precipita en el agua o sale de esta, rescata a una persona del agua o es rescatado por ella, esto es, tiene con ella una relación como la de la madre y el hijo [cf. pág. 146]. El morir es sustituido en el sueño por el *partir*, el *viajar en ferrocarril* [cf. pág. 147], y el estar muerto, por diversas alusiones oscuras y, por así decir, vacilantes; la desnudez, mediante *vestidos* y *uniformes.* Como ven ustedes, aquí se borran las fronteras entre figuración simbólica y figuración alusiva.

Por comparación con la pobreza de esta enumeración, tiene que resultar llamativo que objetos y contenidos de otro círculo sean figurados mediante un simbolismo extraordinariamente rico. Es el círculo de la vida sexual, de los genitales, de los procesos sexuales, del comercio sexual. La inmensa mayoría de los símbolos del sueño son símbolos sexuales. Esto pone de resalto una asombrosa desproporción. Los contenidos designados son sólo unos pocos, los símbolos para ellos inconmensurablemente muchos, de suerte que cada una de estas cosas puede ser expresada por numerosos símbolos, de valor casi idéntico. El resultado, cuando se los interpreta, excita universal repugnancia. Las interpretaciones de símbolos son, a diferencia de la multiplicidad de las figuraciones oníricas, harto monótonas. Provocan desagrado en todas las personas que toman conocimiento de ellas; pero, ¿qué hacer en contra de eso?

Como es la primera vez que en esta conferencia se habla de contenidos de la vida sexual, les debo una explicación sobre la manera en que pienso tratar este tema. El psicoanálisis no halla motivo alguno para ocultamientos y alusiones; no juzga necesario avergonzarse por ocuparse de este importante tema; opina que es correcto y decoroso llamar a todo por su nombre verdadero y espera que ese ha de ser el mejor modo de alejar segundos pensamientos perturbadores. Y la circunstancia de hablar frente a un público mixto, formado por personas de ambos sexos, en nada puede modificar esto. Así como no hay ninguna ciencia *in usum delphini* [cf. pág. 92, *n.* 2], tampoco la hay para colegialas, y las damas que veo entre ustedes, al presentarse en esta sala de conferencias, han dado a entender que quieren ser tratadas en un pie de igualdad con los hombres.

Para los genitales masculinos, entonces, el sueño cuenta con un número de figuraciones que han de llamarse simbólicas, en que lo común de la comparación es las más de las veces muy claro. Primero, para los genitales masculinos en total tiene significación simbólica el número sagrado 3 [cf. págs. 149-50]. Su componente más llamativo, e interesante para ambos sexos, el miembro masculino, halla sustituto simbólico en primer lugar mediante cosas que se le parecen en la forma, y por tanto son alargadas y enhiestas, como *bastones*, *paraguas*, *varas*, *árboles*, etc. Además, mediante objetos que tienen en común con lo designado la propiedad de penetrar-en-el-cuerpo y de herir: *armas* aguzadas de cualquier clase, *cuchillos*, *dagas*, *lanzas*, *sables*; pero también mediante armas de fuego: *fusiles*, *pistolas*, y el *revólver*, tan idóneo para ello por su forma. En los sueños de angustia de las muchachas, la persecución por un hombre con un cuchillo o un arma de fuego desempeña un gran papel. Es quizás este el caso más frecuente del simbolismo onírico, que ahora ustedes pueden traducir con facilidad. Comprensible sin más es también la sustitución del miembro masculino por objetos de los que fluye agua: *grifos*, *regaderas*, *surtidores*, y por otros objetos que son susceptibles de alargarse, como *lámparas colgantes*, *portaminas extensibles*, etc. Que *portaminas*, *estilográficas*, *limas de uñas*, *martillos* y otros *instrumentos* sean indudables símbolos sexuales masculinos se relaciona con una concepción del órgano no demasiado remota.

La asombrosa propiedad del miembro de poder enderezarse en contra de la fuerza de la gravedad, uno de los fenómenos parciales de la erección, lleva a su figuración simbólica mediante *aeróstatos*, *máquinas voladoras*, y, según un dato recentísimo, por el *dirigible Zeppelin*. Pero el sueño conoce todavía otro modo, más expresivo, de simbolizar la erección. Convierte al miembro sexual en lo esencial de la persona toda, y hace *volar* a esta última. No se apenen ustedes por el hecho de que los sueños de vuelo, a menudo tan hermosos, que todos conocemos, tengan que ser interpretados como sueños de excitación sexual general, como sueños de erección. Entre los investigadores del psicoanálisis, P. Federn [1914] ha certificado esta interpretación fuera de toda duda; pero también el tan alabado por su sobriedad Mourly Vold [1910-12, 2, pág. 791], que realizó aquellos experimentos con posiciones artificiales de brazos y piernas a los que ya aludí [pág. 79], y que estaba realmente bien lejos del psicoanálisis y quizá nada sabía de él, ha llegado por sus investigaciones a una conclusión idéntica. Y no esgriman ustedes como objeción el hecho de que también las mujeres pueden tener estos mismos sueños de vuelo. Mejor

acuérdense de que nuestros sueños quieren ser cumplimientos de deseo, y que el deseo de ser un hombre se encuentra en la mujer con harta frecuencia, conciente o inconcientemente. Y que la mujer puede realizar este deseo mediante las mismas sensaciones que el hombre, he ahí algo que no desconcertará a nadie que conozca anatomía. La mujer posee en sus genitales también un pequeño miembro semejante al masculino, y este pequeño miembro, el clítoris, desempeña aun en la infancia y en la edad previa al comercio sexual el mismo papel que el miembro grande del hombre.[3]

Entre los símbolos sexuales masculinos menos comprensibles se cuentan ciertos *reptiles* y *peces*, sobre todo el famoso símbolo de la *serpiente.* ¿Por qué el *sombrero* y el *manto* han hallado el mismo empleo? Sin duda no es fácil colegirlo, pero su significado simbólico es desde todo punto de vista indubitable [cf. pág. 144]. Por último, cabe preguntarse todavía si la sustitución del miembro masculino por otro miembro, el pie o la mano, puede caracterizarse como simbólica. Creo que nos vemos precisados a hacerlo por el contexto y por sus contrapartidas femeninas.

Los genitales femeninos son figurados simbólicamente por medio de todos aquellos objetos que comparten su propiedad de incluir un espacio cóncavo que puede recoger algo dentro de él. Así, por *pozos*, *cuevas* y *cavidades*, por *vasijas* y *frascos*, por *cajas*, *tabaqueras*, *baúles*, *cofres*, *cestas*, *bolsos*, etc. También el *barco* pertenece a esta serie. Muchos símbolos se relacionan más con el vientre materno que con los genitales de la mujer, como *armarios*, *hornos* y, sobre todo, la *habitación.* El simbolismo de la habitación linda aquí con el simbolismo de la casa; *puertas* y *portales* pasan a ser, a su vez, símbolos de la abertura genital. Pero también ciertos materiales son símbolos de la mujer [cf. pág. 146]: la *madera*, el *papel*, y objetos hechos de estos materiales, como la *mesa* y el *libro.* Entre los animales, por lo menos el *caracol* y los *moluscos valvados* han de mencionarse como indubitables símbolos femeninos; entre las partes del cuerpo, la *boca* como subrogación de la abertura genital y, entre los edificios, las *iglesias* y *capillas.* Como vemos, no todos los símbolos se comprenden igualmente bien.

Entre los genitales tienen que contarse los pechos, que, al igual que los hemisferios mayores del cuerpo femenino, encuentran su figuración en *manzanas*, *melocotones* y *frutos* en general. Al vello pubiano de ambos sexos, el sueño lo describe como *bosque* y *matorral.* La complicada topografía de las partes sexuales femeninas explica que con harta fre-

3 [Se vuelve sobre esto en la 20ª conferencia, **16**, pág. 290.]

cuencia se las figure como *paisaje* con roca, bosque y agua,[4] mientras que el imponente mecanismo del aparato sexual masculino lleva a que pasen a ser símbolos de él toda clase de máquinas complejas y difíciles de describir.

Otro símbolo de los genitales femeninos digno de mención es el *alhajero*;[5] también en el sueño, *alhaja* y *tesoro* son designaciones de la persona amada; los *dulces*, una frecuente figuración del goce sexual. La satisfacción con los genitales propios es aludida mediante todo tipo de *juego* {*Spielen*}, incluyendo el *tocar el piano* {*Klavierspiel*}. Refinadas figuraciones simbólicas del onanismo son el *deslizarse* y el *resbalar*, así como el *arrancar una rama* [cf. pág. 150]. Un símbolo onírico particularmente notable es la *caída de un diente* o la *extracción de un diente*. Significa primordialmente, a no dudarlo, la castración como castigo por el onanismo [*loc. cit.*]. Figuraciones particulares del comercio sexual se encuentran en el sueño en menor número de lo que pudiera esperarse por lo comunicado hasta aquí. Deben mencionarse actividades rítmicas como *danzar*, *cabalgar* y *trepar*, y también vivencias violentas como el *ser aplastado*. Además, ciertas *actividades artesanales* y, desde luego, la *amenaza con armas*.

No crean ustedes que el uso y la traducción de estos símbolos son sumamente simples. Se presentan en ellos toda clase de cosas que contradicen nuestra expectativa. Por ejemplo, apenas parece creíble, pero en estas figuraciones simbólicas las diferencias entre los sexos a menudo no se mantienen bien deslindadas. Muchos símbolos significan un genital en general, sin que importe que sea masculino o femenino, por ejemplo, un niño *pequeño*, hijo *pequeño* o hija *pequeña*.[6] Otras veces, un símbolo predominantemente masculino puede usarse para un genital femenino, o a la inversa. Esto no se comprende si antes no se obtiene un mejor entendimiento sobre el desarrollo de las representaciones sexuales en los seres humanos. En muchos casos esta ambigüedad de los símbolos puede ser sólo aparente; los símbolos más patentes, como *armas*, *bolsos*, *cestas*, están por cierto excluidos de este uso bisexual.

Ahora no quiero partir de lo figurado, sino del símbolo. Daré un panorama de los ámbitos de donde se toman la mayoría de las veces los símbolos sexuales, y agregaré alguna

[4] [En la pág. 176 se relata un sueño con abundante simbolismo vinculado al paisaje.]

[5] [Prominente papel tuvo este símbolo en el análisis del primer sueño del caso «Dora» (1905*e*), *AE*, 7, págs. 57 y sigs.]

[6] [Vale decir, cualquiera de ellos puede ser utilizado en un sueño como símbolo ya sea de los genitales masculinos o femeninos.]

acotación con particular referencia a los símbolos en los que no se advierte el elemento común que les sirvió de base. Un símbolo oscuro de esa índole es el *sombrero*, y quizás en general todo lo que cubra la cabeza; habitualmente tiene significado masculino, pero también es susceptible del femenino.[7] De igual modo, el *manto* significa un hombre, quizá no siempre con referencia genital. Dejo librado a ustedes el inquirir por qué.[8] La *corbata* que pende, y que la mujer no lleva, es un símbolo nítidamente masculino. *Ropa interior* y *ropa blanca*, en general, son femeninos; *vestidos*, *uniformes*, son, como ya vimos, sustitutos de desnudez, formas del cuerpo; *zapatos*, *pantuflas*, son genitales femeninos; *mesa* y *madera* ya se mencionaron como símbolos enigmáticos, pero ciertamente femeninos. Las *escalas de cuerda*, las *escaleras de mano* o las *escaleras interiores* de las casas, así como el subir por ellas, son símbolos seguros del comercio sexual. Ante una reflexión más detenida, el carácter rítmico de esta subida nos saltará a la vista como el término común; quizá también el aumento de la excitación, el jadeo a medida que se trepa [cf. pág. 150].

Al *paisaje* aludimos ya como figuración de los genitales femeninos. *Monte* y *roca* son símbolos del miembro masculino; el *jardín*, un símbolo habitual de los genitales femeninos. El *fruto* no hace las veces del hijo, sino de los pechos. *Animales salvajes* significan personas sensualmente excitadas, y además, pulsiones malas, pasiones. *Florescencia* y *flores* designan los genitales de la mujer o, en especial, la virginidad. No olviden ustedes que las flores son realmente los genitales de las plantas.[9]

A la *habitación* ya la conocemos como símbolo. La figuración puede proseguirse aquí, cobrando las ventanas y las entradas y salidas de la habitación el significado de las aberturas del cuerpo. También el *estar abierta* o *cerrada* la habitación condice con este simbolismo, y la *llave*, que la abre, es un seguro símbolo masculino.

Sería ese, pues, un material para el simbolismo onírico. No está completo y se lo podría aumentar tanto en profun-

[7] [El simbolismo del sombrero fue examinado por Freud en su breve trabajo «Una relación entre un símbolo y un síntoma» (1916*c*), *AE*, **14**, págs. 346-7.]

[8] [En *IS*, **5**, pág. 361, Freud sugiere que la explicación podría residir en la semejanza verbal entre *Mann* (hombre) y *Mantel* (manto). Este símbolo se examina mejor en la 29ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933*a*), *AE*, **22**, págs. 22-3.]

[9] [En *IS*, **4**, págs. 324-5, y **5**, págs. 353-4, se informa sobre un sueño con gran cantidad de flores simbólicas.]

didad cuanto en extensión. Pero creo que habrá de parecerles más que suficiente, y quizá se hayan exasperado ustedes. Preguntarán: «¿Vivo yo acaso, realmente, en medio de símbolos sexuales? ¿Son todos los objetos que me rodean, todos los vestidos que me pongo, todas las cosas que tomo en la mano, siempre y repetidamente símbolos sexuales y ninguna otra cosa?». Hay en verdad sobrada ocasión para asombrados interrogantes, y el primero de ellos diría: ¿Cómo habríamos de conocer con propiedad el significado de estos símbolos oníricos para los cuales el soñante mismo no nos da información o nos la da sólo insuficientemente?

Yo respondo: partiendo de fuentes muy diversas, de los cuentos tradicionales y mitos, de los chascarrillos y chistes, del folklore (vale decir: el saber sobre las costumbres, usos, refranes y canciones de los pueblos), del lenguaje poético y del lenguaje usual. Este mismo simbolismo se presenta por doquier, y en muchos de estos lugares lo comprendemos sin más instrucción. Si estudiamos con detalle estas fuentes, encontraremos tantos paralelos con el simbolismo onírico que nos veremos llevados a dar por ciertas nuestras interpretaciones.

El cuerpo humano, dijimos [pág. 139], encuentra a menudo en el sueño, según Scherner, una figuración por el símbolo de la casa. Continuando esta figuración, vienen después las ventanas, puertas y portales, los ingresos en las cavidades del cuerpo; las fachadas lisas o provistas con balcones y saledizos para sostenerse. Ahora bien, este simbolismo se encuentra en nuestro lenguaje usual, cuando saludamos familiarmente a un viejo conocido como «*altes Haus*» {casa vieja}, cuando hablamos de darle a uno «*eins aufs Dachl*» {una reprimenda; literalmente, «una sobre el tejado»}, o aseveramos de otro que «anda mal de la *azotea*». En la anatomía, las aberturas del cuerpo se llaman directamente *Leibespforten* {portales del cuerpo}.

Que encontremos en el sueño a los padres como pareja de emperadores y reyes es a primera vista sorprendente, pero esto tiene su paralelo en los cuentos. ¿No empezamos a sospechar que los muchos cuentos que empiezan «Había una vez *un rey y una reina*» no quieren decir sino «Había una vez un padre y una madre»? En familia llamamos a los niños, en broma, príncipes, pero al mayor, príncipe heredero. El rey mismo se llama *padre del país* {*Landesvater*}. A los niños pequeños los llamamos bromeando *gusanos* {*Würmer*} y decimos, compasivamente: «*Pobre gusano*» {*das arme Wurm*}.

Volvamos al simbolismo de la casa. Cuando en el sueño aprovechamos para sostenernos los saledizos de las casas, ¿no

trae esto a la memoria el conocido dicho popular sobre un busto muy desarrollado: «Ella tiene de dónde *sostenerse*»? En un caso así, el pueblo se expresa todavía de otro modo; dice: «Ella tiene mucha *madera* en el frente de la casa», como si quisiera venir en auxilio de nuestra interpretación de que la madera es un símbolo femenino, materno.

Algo más sobre la madera. No comprendemos cómo este material ha llegado a ser subrogación de lo materno, de lo femenino. Quizá nos ayude la filología comparada. Nuestra palabra alemana «*Holz*» {madera} parece venir del mismo origen que la griega ὕλη, que significa material, materia prima. Estaríamos frente al caso, no raro, de un nombre genérico para «material» que en definitiva quedó reservado para un material particular. Ahora bien, hay en el océano una isla que lleva el nombre de *Madeira*. Es el que le dieron los portugueses cuando el descubrimiento, porque en esa época estaba toda cubierta por bosques. En efecto, *madeira* significa, en la lengua de los portugueses, madera. Pero ustedes saben que *madeira* no es otra cosa que la palabra latina, poco alterada, *materia*, que a su vez significa material en general. Ahora bien, *materia* deriva de *mater*, madre. El material en que algo consiste es, por así decir, su parte materna. En el uso simbólico de madera por mujer, madre, sobrevive, por tanto, esta antigua concepción.

El nacimiento es expresado en el sueño, por lo general, mediante una relación con el agua; uno se zambulle en el agua o sale de ella, vale decir, pare o es parido. Ahora bien, no olvidemos que este símbolo puede apelar por partida doble a una verdad de la historia evolutiva. No sólo todos los mamíferos terrícolas, incluidos los predecesores del hombre, han surgido de animales acuáticos —este sería el hecho más remoto—; también cada mamífero singular, cada hombre, ha pasado la primera fase de su existencia en el agua, a saber, ha vivido como embrión dentro del vientre de su madre en el líquido amniótico, y con el nacimiento ha salido del agua. No pretendo aseverar que el soñante lo sepa; al contrario, sostengo que no le hace falta saberlo. Es probable que sepa otra cosa distinta, la que le dijeron en su infancia; también con relación a esto aseveraré que ese saber nada le aportó para la formación del símbolo. Los encargados de su crianza le dijeron que es la cigüeña la que trae los niños, pero, ¿de dónde los toma? Del estanque, de la fuente, y entonces de nuevo del agua. Uno de mis pacientes, en ese tiempo un pequeño condesito, tras recibir esa información desapareció toda una tarde. Por último se lo halló al borde del estanque del castillo, su carita inclinada sobre el espejo

de agua y espiando con ahínco para ver si podía divisar a los niñitos en el fondo.*

En los mitos del nacimiento del héroe, que Otto Rank [1909] ha sometido a una investigación comparativa —el más antiguo es el del rey Sargon de Agade, alrededor de 2800 a. C.—, la exposición en el agua y el rescate del agua desempeñan un sobresaliente papel. Rank los ha reconocido como figuraciones del nacimiento, análogas a las usuales en el sueño. Si alguien en el sueño rescata a una persona del agua, es que se convierte en su madre o, lisa y llanamente, en madre; en el mito, una persona que salva a un niño del agua se confiesa como la verdadera madre del niño. Hay un conocido chiste en que le preguntan a un inteligente muchacho judío: «¿Quién fue la madre de Moisés?», y él responde sin vacilar: «La princesa». «Pero no —se le recuerda—, ella solamente lo sacó del agua». «Eso dice *ella*», replica el muchacho, y así demuestra haber hallado la interpretación correcta del mito.[10]

El partir significa en el sueño morir. Es también usual en la crianza de los niños, cuando preguntan por el paradero de un muerto a quien echan de menos, decirles que *se fue de viaje*. De nuevo me opondría yo a la creencia de que el símbolo onírico proviene de este subterfugio a que se recurre con el niño. El dramaturgo[11] se sirve de esta misma relación simbólica cuando habla del más allá como de una tierra no descubierta, una comarca de la cual ningún *viajero* regresa. También en la vida cotidiana es totalmente habitual que hablemos del último viaje. Todo el que conozca los ritos antiguos sabe cuán en serio, por ejemplo en las creencias del antiguo Egipto, se tomaba la idea de un viaje al país de la muerte. Se han conservado hasta nuestros días muchos ejemplares del *Libro de los muertos*, que, como un Baedeker,** se le proporcionaba a la momia para ese viaje. Desde que los enterramientos se separaron de las viviendas, el último viaje del difunto se convirtió en realidad.

El simbolismo genital es menos atribuible todavía al sueño solo. Todos ustedes habrán sido alguna vez tan descorteses como para denominar a una mujer «*caja vieja*» {*alte Schachtel*}, quizá sin saber que se valían de un símbolo genital. El Nuevo Testamento dice: La mujer es una *vasija* frágil. Las Sagradas Escrituras de los judíos, en su estilo

* {Cf. **16**, pág. 290.}

10 [Freud tomó esta «interpretación correcta del mito» como base de su último libro, *Moisés y la religión monoteísta* (1939*a*).]

11 [Shakespeare en *Hamlet*, acto III, escena 1.]

** {Nombre de una serie de guías turísticas publicadas por primera vez en Alemania por Karl Baedeker.}

tan próximo al poético, rebosan de expresiones de simbolismo sexual que no siempre se han comprendido rectamente y cuya exégesis, por ejemplo en el Cantar de los Cantares,[12] ha llevado a numerosos malentendidos. En la literatura hebraica posterior, la figuración de la mujer como casa, donde las puertas subrogan a la abertura genital, está muy difundida. Por ejemplo, si halla que su mujer no es virgen, el hombre se queja de que ha encontrado *la puerta abierta*. También el símbolo mesa para mujer es conocido en esta literatura. La mujer dice de su marido: «Yo le tendí la mesa, *pero él la revolvió*». Niños tullidos nacerían cuando el hombre *revuelve la mesa*. Tomo estos documentos de un ensayo de L. Levy, de Brno [1914].

Que también los barcos del sueño significan mujeres nos lo hacen creíble los expertos en etimologías, quienes aseveran que barco {*Schiff*} fue en su origen el nombre de una vasija de arcilla, y es la misma palabra que *Schaff* {palabra dialectal que significa tina}. Que el horno indica la mujer y su vientre nos lo corrobora la saga griega de Periandro de Corinto y su mujer Melisa. Según relata Herodoto, el tirano idolatraba a su esposa, pero la había matado por celos; cuando conjuró a su sombra para que le diese algún indicio de ella, la muerta se identificó diciéndole que él, Periandro, *había introducido su pan en un horno frío*, dándole así a entender encubiertamente un hecho que de ninguna otra persona podía ser conocido. En la publicación periódica *Anthropophyteia*, dirigida por F. S. Krauss, fuente insustituible para todo lo que atañe a la vida sexual de los pueblos,[13] leemos que en cierta comarca de Alemania se dice, de una mujer que ha parido: «*El horno se le partió*». La preparación del fuego y todo lo relativo a este están penetrados hasta el tuétano por un simbolismo sexual. Siempre la llama es un genital masculino, y el lugar donde se enciende el fuego, el fogón, un vientre femenino.

Si les ha resultado asombrosa la frecuencia con que los paisajes se usan en el sueño para figurar los genitales femeninos, dejen ustedes que los mitólogos les enseñen el papel que la *Madre Tierra* ha desempeñado en las concepciones y cultos de la Antigüedad y el modo en que la concepción de la agricultura estuvo determinada por ese simbolismo. Que *Zimmer* {habitación} representa en el sueño *Frauenzimmer* {mujer}, se inclinarán ustedes a inferirlo de nuestro uso lingüístico, que remplaza *Frau* {mujer} por *Frauenzim-*

12 [Se ofrecen algunas ilustraciones en *IS*, **5**, pág. 352.]
13 [Véase la elogiosa carta que envió Freud a Krauss (1910*f*).]

mer,[14] vale decir, hace que la persona humana esté subrogada por el espacio destinado a ella. De manera parecida hablamos de la «Sublime Puerta»,[15] y con ello entendemos al Sultán y a su gobierno; también el título del señor del antiguo Egipto, *faraón*, no significaba otra cosa que «gran recinto». (En el antiguo Oriente, los recintos entre las puertas dobles de la ciudad eran lugares de reunión, como en el mundo clásico lo fueron las plazas del mercado.) No obstante, opino que esta derivación es demasiado superficial. Juzgo más verosímil que la habitación se haya convertido en símbolo de la mujer en cuanto es el espacio que circunda a los seres humanos. A la casa la conocemos ya en ese significado; por la mitología y por el estilo poético nos es lícito agregar *ciudad*, *ciudadela*, *castillo*, *fortaleza*, como otros tantos símbolos para la mujer. Fácil sería resolver este problema recurriendo a sueños de personas que no hablan alemán ni lo entienden. En los últimos años he tratado sobre todo a pacientes que hablan lenguas extranjeras, y creo recordar que en sus sueños la habitación significaba también mujer, aunque en sus idiomas no disponían de ningún uso análogo. Hay otros indicios de que la referencia simbólica puede rebasar los límites idiomáticos, cosa que por lo demás ya aseveró Schubert [1814], el viejo investigador de los sueños. Empero, ninguno de mis soñantes ignoraba por completo el alemán, de suerte que tengo que dejar ese discernimiento a aquellos psicoanalistas que en otros países puedan recoger experiencias en personas monolingües.

Entre las figuraciones simbólicas de los genitales masculinos, difícilmente haya una que no aparezca repetidamente en el uso lingüístico jocoso, vulgar, o en el poético, sobre todo en los dramaturgos de la Antigüedad clásica. Pero aquí no encontramos sólo los símbolos que emergen en el sueño, sino también otros nuevos, por ejemplo los instrumentos de diversos quehaceres, en primer lugar el arado. Por lo demás, con la figuración simbólica de lo masculino nos aproximamos a un ámbito muy extenso y discutido, del que nos mantendremos apartados por motivos de economía. Unicamente al símbolo del 3, que por así decir se sale de la serie, quiero consagrarle algunas observaciones. [Cf. pág. 201.] No entraremos a considerar si esta cifra no debe acaso su sacralidad a esa referencia simbólica. Empero, parece seguro que muchas cosas que en la naturaleza se presentan tripartitas

[14] [Literalmente, «cuarto de mujer», expresión levemente peyorativa muy usada en alemán.]

[15] [Antigua forma de designar la corte del Imperio Otomano en Constantinopla hasta 1923; la expresión, de origen turco, se introdujo en el alemán a través del francés.]

deben a ese significado simbólico su uso en escudos de armas y en emblemas; por ejemplo, el trébol. También la llamada flor de lis francesa, y los curiosos escudos de armas de dos islas tan apartadas entre sí como lo están Sicilia y la Isla de Man, el *trisquelión* (tres piernas semiflexionadas que arrancan de un centro), no parecen sino estilizaciones de un genital masculino. Efigies del miembro masculino eran consideradas en la Antigüedad como los más potentes medios de defensa (*Apotropaea*) contra los malos influjos, y en relación con ello está el hecho de que todos los amuletos de la suerte empleados en nuestros días se reconocen fácilmente como símbolos genitales o sexuales. Consideremos una colección de ellos, por ejemplo, la que se lleva en la forma de pequeños dijes de plata: un trébol de cuatro hojas, un chancho, un hongo, una herradura, una escalera, un deshollinador de chimeneas. El trébol de cuatro hojas está en lugar del trébol de tres hojas, el verdaderamente apto para símbolo; el chancho es un antiguo símbolo de la fecundidad; el hongo es un innegable símbolo fálico —hay hongos que a su inequívoca semejanza con el miembro masculino deben su nombre taxonómico (*Phallus impudicus*)—; la herradura repite el esbozo de la abertura genital femenina, y el deshollinador, que lleva la escalera, calza en esta relación de comunidad, porque practica una de esas maniobras con que vulgarmente es comparado el comercio sexual (véase *Anthropophyteia*).

De su escalera hemos tomado noticia en el sueño como símbolo sexual; el uso lingüístico del alemán viene aquí en nuestro auxilio, mostrándonos el modo en que la palabra «*steigen*» {montar, trepar} es usada en un sentido refinadamente sexual. Se dice: «*den Frauen nachsteigen*» {«rondar a las mujeres»; literalmente, montarlas}, y «*ein alter Steiger*» {«un viejo Don Juan»; literalmente, un viejo montador}. En francés, donde «escalón» se dice *marche*, hallamos de manera enteramente análoga esta expresión, para un viejo calavera: «*un vieux marcheur*». Probablemente no sea ajeno a esta conexión el hecho de que el comercio sexual de muchos grandes animales tiene por premisa un montar, un *montársele* a la hembra.[16]

El arrancar una rama como figuración simbólica del onanismo no sólo se corresponde con designaciones vulgares del acto onanista,[17] sino que tiene también extensos paralelos

16 [Aquí Freud repite en gran medida lo dicho por él en el trabajo que presentó ante el Congreso de Nuremberg (1910*d*), *AE*, **11**, pág. 135.]

17 [En inglés tiene también este doble sentido la expresión «*tossing off*».]

mitológicos. Particularmente asombrosa, empero, es la figuración del onanismo o, mejor, de su castigo, la castración, mediante la caída o extracción de un diente, porque en la etnología le encontramos una homología que poquísimos soñantes han de conocer. No me parece dudoso que la circuncisión, practicada por tantos pueblos, sea un equivalente y un relevo de la castración. Y ahora se nos informa que en Australia ciertas tribus primitivas ejecutan la circuncisión como rito de pubertad (en la celebración de la virilidad de los jóvenes), mientras que otras, que moran en la vecindad, han estatuido en lugar de este acto la extracción de un diente.

Con estos ejemplos, doy fin a mi exposición. Son sólo ejemplos; sabemos más sobre eso, y pueden ustedes figurarse cuánto más rica e interesante resultaría una colección así si fuera emprendida, no por diletantes como nosotros, sino por los verdaderos especialistas en la mitología, la antropología, la lingüística, el folklore.

Lo dicho nos impone algunas conclusiones que no pueden ser exhaustivas, pero nos darán mucho que pensar. En primer lugar, nos enfrentamos con el hecho de que el soñante dispone de modos de expresión simbólica que en la vigilia no conoce ni reconoce. Esto es tan asombroso como si ustedes descubrieran que la muchacha de servicio entendía el sánscrito, siendo que ustedes saben que nació en una aldea de Bohemia y nunca lo ha aprendido. No es fácil dar cuenta de este hecho con nuestras concepciones psicológicas. Sólo podemos decir que el conocimiento del simbolismo es inconciente para el soñante, pertenece a su vida mental inconciente. Pero tampoco con este supuesto nos alcanza. Hasta aquí sólo nos habíamos visto forzados a suponer aspiraciones inconcientes de tal índole que nada se sabe de ellas temporaria o permanentemente. Pero ahora se trata de algo más, precisamente de conocimientos inconcientes, de conexiones conceptuales, de comparaciones entre objetos diversos, que llevan a que pueda remplazarse de manera constante uno por el otro. Estas comparaciones no se establecen como algo nuevo cada vez, sino que ya están disponibles, están listas de una vez para siempre; es lo que resulta de su concordancia en diversas personas, concordancia esta que quizá se cumple a pesar de las diferencias de idiomas.

¿De dónde vendría el conocimiento de esas referencias simbólicas? El uso lingüístico abarca apenas una parte de ellas. Los múltiples paralelos provenientes de otros ámbitos son casi siempre desconocidos para el soñante; y aun nosotros debimos rebuscarlos con trabajo.

En segundo lugar, estas referencias simbólicas no son algo peculiar del soñante o del trabajo onírico por el cual llegan a expresarse. Sabemos ya que del mismo simbolismo se sirven los mitos y los cuentos tradicionales, el pueblo en sus proverbios y canciones, el uso lingüístico corriente y la fantasía poética. La esfera del simbolismo es enorme, el simbolismo onírico es sólo una pequeña parte de ella; y ni siquiera es conveniente abordar todo el problema partiendo del sueño. Muchos de los símbolos usuales en otros ámbitos no se presentan en el sueño o lo hacen muy raramente; muchos de los símbolos oníricos no se reencuentran en todos los otros ámbitos, sino, como hemos visto, sólo aquí o allí. Se recibe la impresión de estar frente a un modo de expresión antiguo, pero desaparecido, del que en diversos ámbitos se han conservado diferentes cosas: una sólo aquí, la otra sólo ahí, y una tercera, quizás en formas levemente alteradas, en varios de ellos. Tengo que mencionar aquí la fantasía de un interesante enfermo mental [psicótico], quien había imaginado un «*lenguaje fundamental*» del cual todas estas referencias simbólicas serían los relictos.[18]

En tercer lugar, tiene que saltarles a la vista que, en los otros ámbitos mencionados, el simbolismo en modo alguno es sólo un simbolismo sexual, mientras que en el sueño los símbolos se usan casi exclusivamente para expresar objetos y referencias sexuales. Tampoco esto se explica con facilidad. ¿Acaso símbolos de significado originariamente sexual recibieron después otro uso? ¿Tal vez guarda relación con eso el debilitamiento de la figuración simbólica en otros tipos de figuración? Estas preguntas, es evidente, no pueden responderse si uno no se ha ocupado más que del simbolismo onírico. Sólo es lícito atenerse a la conjetura de que existe un vínculo particularmente íntimo entre los verdaderos símbolos y lo sexual.

Un importante indicio nos fue dado en estos últimos años. Un investigador del lenguaje, Hans Sperber [1912], de Upsala, que trabaja independientemente del psicoanálisis, ha sentado la tesis de que necesidades sexuales han tenido la máxima participación en la génesis y ulterior formación del lenguaje. Los sonidos iniciales del lenguaje servían a la comunicación y llamaban al compañero sexual: el posterior desarrollo de las raíces lingüísticas se adhirió a las actividades de trabajo de los hombres primordiales {*Urmensch*}. Estos trabajos, sostiene Sperber, se hacían en común y se acompañaban de manifestaciones lingüísticas repetidas rítmi-

18 [Se refiere al *Senatspräsident* Schreber, analizado por Freud (1911*c*), *AE*, **12**, pág. 23.]

camente. Así se habría injertado en el trabajo un interés sexual. El hombre primordial habría convertido su trabajo en algo agradable, por así decir, tratándolo como equivalente y sustituto de la actividad sexual. La palabra proferida en el trabajo en común, prosigue Sperber, tuvo así dos significados: designó tanto el acto sexual cuanto la actividad de trabajo que se le equiparaba. Con el tiempo, la palabra se desprendió del significado sexual y se fijó a ese trabajo. Generaciones después, sufrió la misma suerte una palabra nueva que hasta entonces poseía significado sexual y fue aplicada a una nueva modalidad de trabajo. De tal manera se habría formado un número de raíces lingüísticas, todas de origen sexual, pero que perdieron ese significado. Si la tesis aquí esbozada acierta, se nos abre sin duda una posibilidad de comprender el simbolismo onírico. Entenderíamos la razón por la cual en el sueño, que conserva algo de estas condiciones antiquísimas, hay en número tan extraordinario símbolos para lo sexual y, en general, armas e instrumentos hacen siempre las veces de lo masculino, y los materiales y materias trabajadas, de lo femenino. La referencia simbólica sería el relicto de la vieja identidad léxica; cosas que una vez se llamaron de igual modo que los genitales podrían ahora remplazarlos en el sueño en calidad de símbolos.

Ahora bien, merced a nuestros paralelos con el simbolismo onírico pueden ustedes formarse una idea del carácter del psicoanálisis, que lo habilita para convertirse en objeto del interés general como ni la psicología ni la psiquiatría pudieron hacerlo. A raíz del trabajo psicoanalítico se urden lazos con muchas otras ciencias del espíritu, cuyo estudio promete los más valiosos frutos; tanto con la mitología como con la lingüística, con el folklore, con la psicología de los pueblos y con la doctrina de las religiones. Así les resultará comprensible que sobre el terreno psicoanalítico haya germinado una revista que se ha propuesto como tarea exclusiva el cultivo de esos lazos; me refiero a *Imago*, fundada en 1912 y dirigida por Hanns Sachs y Otto Rank.[19] En todas estas relaciones, el psicoanálisis es ante todo la parte que da, y pocas veces la que recibe. Obtiene, por cierto, la ventaja de que sus extraños resultados se nos hacen familiares reencontrándolos en otros ámbitos, pero en el conjunto es el psicoanálisis el que aporta los métodos técnicos y los puntos de vista cuya aplicación está destinada a probar su fecundidad en esos otros ámbitos. La vida anímica del indi-

19 [Esta revista dejó de publicarse en 1941. Otra de similar orientación, *The American Imago*, fue fundada por Hanns Sachs en Boston, en 1939.]

viduo humano nos proporciona, por su indagación psicoanalítica, los esclarecimientos con los cuales podemos solucionar muchos de los enigmas que plantea la vida de las masas de hombres o, al menos, ponerlos bajo una luz verdadera.

Además, todavía no les he dicho las circunstancias en las cuales podemos obtener la intelección más profunda de aquel supuesto «lenguaje fundamental», ni el ámbito en que ha sobrevivido la mayor parte de él. Hasta que ustedes no sepan esto, no podrán apreciar la cabal importancia del asunto. Este ámbito es el de las neurosis; su material, los síntomas y otras exteriorizaciones de los neuróticos, para cuyo esclarecimiento y tratamiento fue creado, en verdad, el psicoanálisis.

Ahora bien, mi cuarto punto de vista nos hace regresar al lugar de donde partimos y nos encamina por la vía que ya se nos perfiló. Dijimos [pág. 136]: aunque no existiera censura onírica alguna, el sueño no nos resultaría comprensible, pues entonces nos aguardaría la tarea de traducir el lenguaje simbólico del sueño al de nuestro pensamiento de vigilia. Por consiguiente, el simbolismo es, junto a la censura onírica, un segundo factor de la desfiguración del sueño, y un factor autónomo. Pero es fácil suponer que a la censura onírica le resulta cómodo servirse del simbolismo, puesto que le procura el mismo objetivo: la ajenidad y el carácter incomprensible del sueño.

Enseguida se verá si cuando avancemos en el estudio del sueño no hemos de toparnos con un nuevo factor que contribuye a la desfiguración onírica. Pero no querría abandonar el tema del simbolismo onírico sin volver a rozar [cf. pág. 138] el enigma de que haya podido tropezar con una resistencia tan encarnizada en las personas cultas, cuando es tan indubitable la difusión del simbolismo en el mito, la religión, el arte y el lenguaje. ¿No tendrá otra vez la culpa de ello su vínculo con la sexualidad?

11ª conferencia. El trabajo del sueño[1]

Señoras y señores: Dominadas la censura onírica y la figuración simbólica, todavía no habrán vencido ustedes del todo a la desfiguración onírica, es verdad; pero estarán en condiciones de comprender la mayoría de los sueños. Para eso se servirán de las dos técnicas que se complementan entre sí: harán evocar ocurrencias al soñante hasta que hayan penetrado desde el sustituto hasta lo genuino y, basados en el conocimiento que ustedes mismos tienen, sustituirán los símbolos por su significado. Más adelante trataremos de ciertas incertezas que de ello surgen.

Ahora podemos retomar un trabajo que en su momento intentamos con insuficientes recursos, a saber, cuando estudiamos las relaciones entre los elementos oníricos y lo genuino de ellos, y establecimos cuatro de tales relaciones principales [págs. 109-11 y 137]: de la parte al todo, la aproximación o alusión, la referencia simbólica y la figuración plástica de palabras. Eso mismo queremos emprender en mayor escala, comparando el contenido manifiesto del sueño, en su totalidad, con el sueño latente que hallamos mediante la interpretación.

Espero que ustedes ya no habrán de confundirlos en lo sucesivo. Si logran esto, con probabilidad habrán avanzado más en la comprensión del sueño que la mayoría de los lectores de mi libro *La interpretación de los sueños*. Permitan que se los vuelva a recordar: el trabajo que traspone el sueño latente en el manifiesto se llama *trabajo del sueño*. Y el trabajo que progresa en la dirección contraria, el que desde el sueño manifiesto quiere alcanzar el latente, es nuestro *trabajo de interpretación*. El trabajo de interpretación quiere cancelar el trabajo del sueño. Los sueños de tipo infantil, que reconocimos como evidentes cumplimientos de deseo, han sido sometidos, no obstante, a una partícula de trabajo del sueño, a saber, a la trasposición del modo desiderativo en el indicativo y, las más de las veces, también de los pensamientos en imágenes visuales. Aquí no hace falta inter-

[1] [Todo el capítulo VI de *IS* (casi una tercera parte del libro) está dedicado a este tema.]

pretación alguna, sino sólo deshacer estas dos trasposiciones. A lo que en los otros sueños viene a sumarse todavía en calidad de trabajo del sueño lo llamaremos *desfiguración onírica*, y esta es la que hemos de hacer desaparecer mediante nuestro trabajo interpretativo.

La comparación de varias interpretaciones de sueños me ha habilitado para presentarles, en exposición sintética, aquello que el trabajo del sueño hace con el material de los pensamientos oníricos latentes. Ahora bien, les ruego que no pretendan apurarse demasiado a entender esto. Es una buena pieza de descripción, que debe escucharse con atención sosegada.

La primera operación del trabajo onírico es la *condensación*.[2] Por tal entendemos el hecho de que el sueño manifiesto tiene menos contenido que el latente y es, entonces, una suerte de traducción compendiada de este. La condensación puede eventualmente faltar alguna vez; pero por regla general está presente, y con harta frecuencia es enorme. Nunca produce el efecto contrario, es decir, no sucede que el sueño manifiesto sea más rico en su extensión y en su contenido que el latente. La condensación se produce porque: 1) ciertos elementos latentes se omiten por completo; 2) de muchos complejos del sueño latente, sólo un jirón se traspasa al manifiesto, y 3) elementos latentes que tienen algo en común se aúnan en el sueño manifiesto, son fundidos en una unidad.

Si ustedes quieren, pueden reservar con exclusividad el nombre de «condensación» para este último proceso. Sus efectos son particularmente fáciles de demostrar. Por los propios sueños de ustedes recordarán sin esfuerzo la condensación de personas diferentes en una sola. Una persona mixta de esa índole tiene, por ejemplo, el aspecto de *A*, pero está vestida como *B*, realiza unas acciones que recordamos de *C* y, encima, tenemos cierto saber de que es la persona *D*. Por medio de esta formación mixta se pone particularmente de relieve, desde luego, algo común a las cuatro personas. Lo mismo que para personas, puede establecerse una formación mixta para objetos o para lugares, toda vez que se cumpla la condición de que los objetos y lugares singulares tengan en común algo que el sueño latente destaque. Eso es como una formación conceptual nueva y fugitiva, que tiene como núcleo eso común. Mediante la superposición de los indivi-

[2] [En la sección A del capítulo VI de *IS* (**4**, págs. 287 y sigs.) se estudia la condensación, con abundantes ejemplos.]

duos condensados unos con otros nace, por regla general, una imagen no nítida, borrosa, algo parecido a varias tomas que se hicieran sobre la misma placa.[3]

Al trabajo del sueño ha de importarle mucho la producción de tales formaciones mixtas; puede demostrarse que si al comienzo le faltan las relaciones de comunidad requeridas para formarlas, él las crea deliberadamente; por ejemplo, escogiendo la expresión literal para un pensamiento. Ya hemos tomado conocimiento de tales condensaciones y formaciones mixtas; cumplían un papel en la génesis de muchos casos de deslices en el habla. Acuérdense ustedes del joven que pretendía *begleitdigen* {acom-trajar} a una dama [pág. 29]. Además, hay chistes cuya técnica se basa en una condensación de esta índole.[4] Aparte de ello, empero, cabe aseverar que este proceso es del todo insólito y extraño. La formación de las personas mixtas del sueño halla sin duda homólogos en muchas creaciones de nuestra fantasía, que compone fácilmente en una unidad ingredientes que en la experiencia no se copertenecen, como, por ejemplo, en los centauros y animales fabulosos de la mitología antigua o en los cuadros de Böcklin. En verdad, la fantasía «creadora» no puede inventar cosa alguna, sino sólo componer partes ajenas entre sí. Pero lo notable en el proceder del trabajo onírico es lo siguiente: el material con que el trabajo del sueño se encuentra son pensamientos, y pensamientos de los que algunos pueden ser chocantes y desagradables, pero que están formados y expresados correctamente. Estos pensamientos son trasportados por el trabajo del sueño a otra forma, y es asombroso e incomprensible que en esta traducción, en esta como trasferencia a otra escritura o a otra lengua, hallen empleo los recursos de la fusión y la combinación. Lo propio de una traducción sería empeñarse en atender a las separaciones dadas en el texto y, en particular, en distinguir unas de otras las cosas semejantes. El trabajo del sueño se afana, todo lo contrario, por condensar dos pensamientos diversos buscándoles, a semejanza de lo que sucede en el chiste, una palabra multívoca en que ambos puedan coincidir. No pretendamos comprender esto enseguida; pero puede cobrar importancia para nuestra aprehensión del trabajo del sueño.

Aunque la condensación hace impenetrable al sueño, no se recibe la impresión de que sea un efecto de la censura

3 [Freud comparó en más de una oportunidad el resultado de la condensación con las «fotografías compuestas» de Francis Galton; véase, por ejemplo, *IS*, **4**, pág. 158.]

4 [En la sección I del capítulo II del libro sobre el chiste (1905*c*), *AE*, **8**, págs. 18 y sigs., se examina esta técnica, con numerosos ejemplos.]

onírica. Más bien se preferiría reconducirla a factores mecánicos o económicos; pero, de cualquier modo, la censura se beneficia de ella.

Las operaciones de la condensación pueden ser completamente extraordinarias. Con su auxilio, es posible a veces unificar en un sueño manifiesto dos ilaciones enteramente diversas de pensamientos latentes, de suerte que puede obtenerse una interpretación en apariencia suficiente de un sueño, cuando en verdad se omite una sobreinterpretación posible.[5]

En lo tocante a la relación entre el sueño latente y el manifiesto, la condensación trae también como consecuencia no dejar en pie ninguna relación simple entre los elementos de uno y de otro lado. Un elemento manifiesto corresponde simultáneamente a varios latentes y, a la inversa, un elemento latente puede participar en varios manifiestos, a la manera de un entrelazamiento [cf. pág. 113]. En la interpretación del sueño se muestra también que las ocurrencias sobre un elemento manifiesto singular no por fuerza acuden siguiendo la serie. A menudo es preciso aguardar hasta que todo el sueño esté interpretado.

El trabajo del sueño procura entonces una manera muy insólita de trascripción de los pensamientos oníricos; no una traducción palabra a palabra ni signo a signo, ni tampoco una selección según una determinada regla, como si se reprodujeran sólo las consonantes de una palabra y se omitieran las vocales, ni tampoco lo que podría llamarse una subrogación {*Vertretung*, «elección de diputados»}, a saber, que siempre se escogiera un elemento en remplazo de otros varios, sino que es algo diverso y más complicado.

La segunda operación del trabajo onírico es el *desplazamiento*.[6] Por suerte, ya hemos hecho una labor previa respecto de él, y sabemos que es, en un todo, obra de la censura onírica. Sus dos exteriorizaciones son: la primera, que un elemento latente no es sustituido por un componente propio, sino por algo más alejado, esto es, una alusión; y la segunda, que el acento psíquico se traspasa de un elemento importante a otro inimportante, de modo que el sueño aparece centrado diversamente y como algo extraño.

[5] [En *IS* hay diversos comentarios sobre esto (v. gr., **5**, pág. 517). Un ejemplo de una segunda interpretación de esa índole se hallará en *ibid.*, **4**, págs. 166-7.]

[6] [El tema del desplazamiento se trata en la sección B del capítulo VI de *IS*, **4**, págs. 311 y sigs., aunque también se presenta en muchos otros lugares del libro.]

La sustitución por una alusión nos es familiar también en nuestro pensamiento de vigilia, pero hay ahí una diferencia. En el pensamiento de vigilia la alusión tiene que ser fácilmente comprensible, y el sustituto tiene que mantener una relación de contenido con lo genuino cuyas veces hace. También el chiste se sirve a menudo de la alusión, no obedece a la condición de la asociación de contenido y la sustituye por asociaciones extrínsecas [7] insólitas, como son la homofonía y la multivocidad de las palabras, entre otras. Pero retiene la condición de la comprensibilidad; el chiste no haría efecto alguno si no pudiera desandarse sin trabajo el camino que va de la alusión a lo genuino.[8] Ahora bien, la alusión por desplazamiento empleada en el sueño se ha emancipado de ambas restricciones. Se entrama por medio de los lazos más extrínsecos y remotos con el elemento al que sustituye; por eso es incomprensible y, si se la deshace, su interpretación impresiona como un chiste malo [págs. 215-6] o bien como una explicitación forzada, violenta, traída de los cabellos. Y justamente, la censura onírica sólo ha alcanzado su meta cuando logró hacer inhallable el camino de regreso de la alusión a lo genuino.

El desplazamiento del acento es, como recurso para expresar pensamientos, inaudito. En el pensar de vigilia lo admitimos muchas veces para alcanzar un efecto cómico. Hace una impresión de desvarío, que tal vez pueda provocar en ustedes si les recuerdo cierta historia. En una aldea vivía un herrero que había cometido un crimen castigado con la pena de muerte. El tribunal resolvió que la culpa debía ser expiada, pero como era el único herrero de la aldea y le era indispensable a esta, y en cambio en ella había tres sastres, uno de estos fue ahorcado en su lugar.[9]

La tercera operación del trabajo onírico es la más interesante desde el punto de vista psicológico. Consiste en la trasposición de pensamientos en imágenes visuales.[10] Re-

[7] [Una asociación «extrínseca» es aquella que no se basa en el *significado* de dos palabras asociadas sino en nexos superficiales entre ellas (como la similitud fónica), o puramente accidentales.]

[8] [La técnica «alusiva» de los chistes, junto con cierto número de ejemplos, se describe en la sección II del capítulo II del libro sobre el chiste (1905*c*), *AE*, **8**, págs. 70 y sigs. La necesidad de que sean fácilmente inteligibles se discute en *ibid.*, pág. 143.]

[9] [Esta era una de las historias cómicas favoritas de Freud. La relató diez años antes en su libro sobre el chiste (1905*c*), *AE*, **8**, pág. 195, y volvió a hacerlo ocho años más tarde en *El yo y el ello* (1923*b*), *AE*, **19**, pág. 46.]

[10] [La principal discusión de este punto se encontrará en la sección C del capítulo VI de *IS*, **4**, págs. 316 y sigs.]

tengamos que no todo en los pensamientos oníricos experimenta esa trasposición; es mucho lo que conserva su forma y aparece también en el sueño manifiesto como pensamiento o como saber; tampoco las imágenes visuales son la única forma en que se trasponen los pensamientos. No obstante, son lo esencial en la formación del sueño; esta pieza del trabajo del sueño, según ya sabemos [pág. 118], es el segundo entre sus rasgos más constantes, y para elementos oníricos singulares ya hemos tomado conocimiento de la «figuración plástica de palabras» [pág. 110].

Es claro que esta operación no resulta fácil. Para hacerse una idea de sus dificultades, imagínense ustedes que hubieran acometido la empresa de sustituir el artículo de fondo de un periódico por una serie de ilustraciones. Así se verían retrotraídos de la escritura por signos alfabéticos a la escritura por imágenes. Lo que en ese artículo se mentara de personas y de objetos concretos, con facilidad y quizá con ventaja lo sustituirían ustedes por imágenes, pero se les presentarían dificultades en la figuración de todas las palabras abstractas y de todas las partes del discurso que señalan relaciones conceptuales, como las desinencias, conjunciones, etc. Para las palabras abstractas podrían ayudarse con toda clase de artificios. Por ejemplo, se esforzarían en trasponer el texto del artículo a otra redacción que quizá sonara insólita, pero que contuviera más componentes concretos y susceptibles de figuración. Recordarían entonces que la mayoría de las palabras abstractas son palabras concretas descoloridas, y por eso, toda vez que pudieran, volverían a echar mano de su significado concreto originario. Les causará contento, entonces, si pueden figurar el «poseer» un objeto por un real y físico «estar sentado encima».[11] Es lo que hace también el trabajo del sueño. En esas circunstancias, difícilmente puedan plantear ustedes grandes exigencias en cuanto a la exactitud de la figuración. Por eso disculparán al trabajo del sueño si, por ejemplo, a un elemento tan difícil de dominar figuralmente como es un adulterio {*Ehebruch*; literalmente, «fractura de matrimonio»} lo sustituye por otra fractura, la de una pierna.[12] De tal manera,

[11] [La palabra alemana *besitzen* («poseer») está más directamente ligada a «sentarse» (*sitzen*) que su equivalente inglesa {*to possess* - *to sit*}. Un ejemplo de «estar sentado encima» en un sueño con el significado de «poseer» aparece en la sección II del análisis del pequeño Hans (1909*b*), *AE*, **10**, págs. 32-4. {También en castellano, «poseer» deriva de *possidere* y esta de *sedere*, «sentar(se)».}

[12] El azar puso en mis manos, mientras corregía las pruebas de estas páginas, una noticia periodística que trascribo como inesperada elucidación de las tesis precedentes.

«El castigo de Dios. *Fractura de un brazo por un adulterio*: La

conseguirán ustedes compensar en algo las torpezas en que no puede menos que incurrir la escritura figural cuando sustituye a la alfabética.

Para la figuración de las partes del discurso que indican relaciones conceptuales, los «porque, por eso, pero», etc., no les valdrán esos recursos; así pues, estos componentes del texto se perderán al trasponerlo en imágenes. De igual modo, el trabajo del sueño resuelve el contenido de los pensamientos oníricos en su materia prima de objetos y de actividades. Tendrán que darse por contentos si se les presenta la posibilidad de indicar de alguna manera, con el modelamiento más fino de las imágenes, relaciones que en sí no son figurables. Es exactamente así como el trabajo del sueño logra expresar mucho del contenido de los pensamientos oníricos latentes: mediante propiedades formales del sueño manifiesto, mediante su claridad o su oscuridad, su partición en varios fragmentos, etc. El número de los sueños parciales en que un sueño se descompone guarda correspondencia, por regla general, con el número de los temas principales, de las series de pensamientos contenidos en el sueño latente;

señora Anna M., esposa de un reservista, querelló a la señora Klementine K. por *adulterio.* En la querella se afirma que la K. ha mantenido con Karl M. una relación ilícita mientras su propio marido se encontraba en el frente, desde donde incluso le enviaba setenta coronas por mes. Además, la K. ya ha recibido bastante dinero del marido de la querellante, mientras esta se ve obligada a pasar hambre y miseria junto con sus hijos. Camaradas de su marido le contaron que la K. visitaba tabernas con M., donde permanecían bebiendo hasta altas horas de la noche. En una ocasión, la querellada llegó a preguntar al marido de la querellante, en presencia de varios soldados, si no estaba ya dispuesto a divorciarse de su "vieja" para irse con ella. Además, la doméstica de la K. ha visto repetidas veces al marido de la querellante en la vivienda de la K. con ropas en extremo sucintas.

»La K. negó ayer ante el juez de la Leopoldstadt [distrito de Viena] conocer a M., por lo cual era imposible hablar de relaciones íntimas.

»No obstante, la testigo Albertine M. afirmó que la K. había besado al marido de la querellante, y ella los sorprendió.

»M., llamado a deponer como testigo ya en una primera audiencia, había negado mantener relaciones íntimas con la querellada. Pero ayer envió al juez una carta donde revoca las manifestaciones que hizo en la primera audiencia y admite que hasta junio pasado mantuvo una relación amorosa con la K. En la primera audiencia negó sus relaciones con la inculpada solamente porque ella se le había presentado antes, pidiéndole de rodillas que la salvara y no dijera nada. "Hoy —escribe el testigo— me siento forzado a confesarlo todo ante el tribunal, puesto que me he quebrado mi brazo izquierdo y esto me parece un castigo de Dios por mi delito".

»El juez determinó que la acción punible ya había prescrito, ante lo cual la querellante retiró su demanda y se dictó el descargo de la querellada».

un breve sueño-prólogo mantiene muchas veces con el sueño principal, circunstanciado, que le sigue, la relación de un introito o una motivación;[13] una proposición subordinada incluida en los pensamientos oníricos es sustituida por un cambio de escenas intercalado dentro del sueño manifiesto, etc. Por consiguiente, la forma de los sueños en modo alguno carece de importancia y por sí misma reclama interpretación. Múltiples sueños de una misma noche tienen a menudo idéntico significado y atestiguan el empeño por dominar cada vez mejor un estímulo de urgencia creciente.[14] Y hasta en algún sueño un elemento particularmente difícil puede hallar figuración por medio de «dobletes»,* múltiples símbolos.

Merced a sucesivas comparaciones de los pensamientos oníricos con los sueños manifiestos que los sustituyen nos enteramos de toda una serie de cosas para las cuales no estábamos preparados; por ejemplo, que también el disparate y la absurdidad de los sueños poseen significado. Y en este punto la oposición entre la concepción médica y la concepción psicoanalítica del sueño se exacerba hasta un grado no alcanzado en lo demás. Según la primera, el sueño es disparatado porque la actividad del alma soñante ha perdido toda facultad crítica; según la nuestra, en cambio, el sueño deviene disparatado cuando debe llevar a figuración una crítica contenida en los pensamientos oníricos: el juicio «eso es disparatado». El sueño de la asistencia al teatro (tres localidades por 1 florín y 50 kreuzer), que ustedes conocen [pág. 111], es un buen ejemplo de ello. El juicio así expresado rezaba: «Fue un *disparate* casarse tan temprano».[15]

De igual manera averiguamos, en el trabajo de interpretación, lo que corresponde a las dudas e incertezas, que tantas veces comunican los soñantes, sobre si cierto elemento apareció en el sueño, sobre si fue esto o acaso alguna otra cosa. A estas dudas e incertezas nada corresponde, por lo general, en los pensamientos oníricos latentes; provienen íntegramente de la acción de la censura onírica y equivalen a una expurgación intentada, no lograda del todo.[16]

[13] [Esto se examina con un ejemplo en *IS*, **4**, págs. 320-2.]

[14] [Cf. *ibid.*, págs. 338-9.]

* {En filología, dos palabras de distinto significado e igual etimología; por ejemplo, «colocar» y «colgar», derivadas ambas del latín *«collocare»*.}

[15] [La absurdidad de los sueños se examina en la sección G del capítulo VI de *IS*, **5**, págs. 426-44.]

[16] [Cf. *ibid.*, **5**, págs. 510-12. La duda como síntoma de la neurosis obsesiva se examina en la 17ª conferencia, **16**, pág. 237.]

Entre los descubrimientos más asombrosos se cuenta la manera en que el trabajo del sueño trata las oposiciones del sueño latente. Sabemos ya [pág. 156] que concordancias incluidas en el material latente son sustituidas por condensaciones dentro del sueño manifiesto. Ahora bien, las oposiciones son tratadas de igual modo que las concordancias, y expresadas con particular preferencia por idéntico elemento manifiesto. Por tanto, un elemento del sueño manifiesto susceptible de un opuesto puede significarse a sí mismo, significar a su opuesto, o a ambos al mismo tiempo; sólo el sentido puede decidir sobre la traducción que ha de escogerse. Con esto se relaciona el hecho de que en el sueño no hallamos una figuración del «no», al menos unívoca.

Una oportuna analogía con este extraño comportamiento del trabajo onírico nos la ofrece el desarrollo del lenguaje. Muchos lingüistas han formulado la tesis de que en las lenguas más antiguas opuestos como fuerte-débil, claro-oscuro, grande-pequeño se expresaban mediante la misma raíz («el sentido antitético de las palabras primordiales»). {Cf. la nota 17.} Así, en la lengua del Egipto antiguo *ken* quería decir, originariamente, fuerte y débil. Las desinteligencias a que podía dar lugar el uso de palabras tan ambivalentes se prevenían, en el habla, mediante la entonación y los gestos concomitantes, y en la escritura, mediante la adjunción de uno de los llamados «determinativos», vale decir, una imagen no destinada ella misma a ser proferida. *Ken*-fuerte se escribía, entonces, añadiendo tras los signos alfabéticos la imagen de un hombrecillo erguido; y cuando se aludía a *ken*-débil, seguía la imagen de un hombre acuclillado en actitud de abandono. Sólo más tarde, y mediante leves modificaciones de la palabra primordial homófona, se obtuvieron dos designaciones para los opuestos en ella contenidos. Así, de *ken* fuerte-débil nacieron un *ken*, fuerte, y un *kan*, débil. No sólo las lenguas más antiguas en sus desarrollos últimos, sino otras mucho más recientes, y aun lenguas que todavía hoy se hablan, habrían conservado abundantes relictos de este viejo sentido contrario. Quiero comunicarles ahora, siguiendo a K. Abel (1884), algunos testimonios de ello.[17]

En latín tenemos palabras de esa índole, que siguen siendo ambivalentes: *altus* (alto-profundo) y *sacer* (sagrado-maldito).

Como ejemplos de modificaciones de la misma raíz, menciono: *clamare*-clamar, *clam*-quedo, callado, secreto; *siccus*-

[17] [Freud escribió una larga reseña de la monografía de Abel (1910*e*), de la cual gran parte de lo que aquí dice es un resumen. Vuelve sobre el tema en la 15ª conferencia, pág. 210.]

seco, *succus*-jugo. A esto se suma el alemán *Stimme* {voz}, *stumm* {callado}.

Si se ponen en relación lenguas emparentadas se obtienen abundantes ejemplos. Inglés: *lock*, cerrar; alemán: *Loch* {agujero}, *Lücke* {hueco, laguna}. Inglés: *cleave*, escindir; alemán: *kleben* {pegar}.

El inglés *without*, en verdad *mit-ohne* {con-sin}, se usa hoy para significar *ohne* {sin}; *with*, además de su significado de sumación, tuvo uno de sustracción, como lo prueban las combinaciones *withdraw* {retirar}, *withhold* {retener}. Lo mismo el alemán *wieder* [«junto con», que se vincula a *wider*, «contra»].

Aun otra peculiaridad del trabajo del sueño halla su correspondiente en el desarrollo del lenguaje. En la lengua del Egipto antiguo ocurría, como en otras lenguas posteriores, que la secuencia fonética de las palabras se invertía conservándose el mismo sentido. Ejemplos de ello, entre el inglés y el alemán, son: *Topf*, *pot* {pote}; *boat*, *tub* {bote o barquichuelo}; *hurry* {prisa}, *Ruhe* {quietud}; *Balken* {viga}, *Kloben* {leño}, *club* {garrote}; *wait* {aguardar}, *täuwen* {tardar}. Entre el latín y el alemán: *capere*, *packen* {coger}; *ren*, *Niere* {riñón}.

Inversiones como estas, practicadas aquí respecto de una palabra sola, se producen de diversa manera por obra del trabajo del sueño. A la inversión del sentido, la sustitución por lo contrario, la conocemos ya [pág. 163]. Además, en sueños se hallan inversiones de la situación, de la relación entre dos personas, tal como en el «mundo al revés». En el sueño es con harta frecuencia la liebre la que dispara sobre el cazador. Por añadidura, hay inversión en la secuencia de los hechos, de suerte que en el sueño el que precede causalmente es pospuesto al que le sigue. Ocurre entonces como en la representación de una pieza en un teatrucho de mala muerte, donde primero cae el héroe y sólo después hacen desde bambalinas el disparo que lo mata. También hay sueños en que todo el orden de los elementos está invertido, de suerte que en la interpretación es preciso tomar el último como primero y el primero como último si es que ha de conseguirse un sentido. Recuerden ustedes, además, de nuestros estudios sobre el simbolismo onírico, que entrar o caer en el agua significa lo mismo que salir de ella, a saber, parir o ser parido [pág. 140], y que subir por una escalera o una escala es lo mismo que descender por ella [pág. 144]. Son notorias las ventajas que la desfiguración onírica puede extraer de esa libertad en la figuración.

A estos rasgos del trabajo del sueño se los puede llamar *arcaicos*. Se aplican por igual a los antiguos sistemas de

expresión, tanto lenguas como escrituras, y acarrean las mismas dificultades, a las que habremos de referirnos luego en un contexto crítico.[18]

Agreguemos algunos otros puntos de vista. En el trabajo del sueño es cuestión, evidentemente, de trasponer a imágenes sensibles, la mayoría de las veces de naturaleza visual, los pensamientos latentes vertidos en palabras. Ahora bien, nuestros pensamientos proceden de imágenes sensoriales de esa índole; su material primero y sus etapas previas fueron impresiones sensoriales, mejor dicho: las imágenes mnémicas de estas. Sólo más tarde se las conectó con palabras y estas, después, se ligaron en pensamientos. Por consiguiente, el trabajo del sueño aplica a los pensamientos un tratamiento *regresivo*,[19] les hace revertir su evolución, y en el curso de esta regresión tiene que dejarse de lado todo lo que se sobreañadió, como conquista nueva, en el desarrollo progresivo desde las imágenes mnémicas hasta los pensamientos.

Ese sería, pues, el trabajo del sueño. Vistos los procesos de que hemos tomado conocimiento en él, el interés por el sueño manifiesto tendría que disminuir mucho. Pero consagraré todavía algunas observaciones a este último, que por cierto es el único que conocemos directamente.

Como es natural, el sueño manifiesto pierde importancia para nosotros. No puede menos que parecernos indiferente que esté bien compuesto o se resuelva en una serie de imágenes aisladas, inconexas. Aun si tiene una exterioridad en apariencia provista de sentido, bien sabemos que ella puede haber nacido por obra de la desfiguración onírica y quizá mantenga con el contenido interior del sueño tan escasa relación orgánica como la fachada de una iglesia italiana con su estructura y sus cimientos. Otras veces, hasta esta fachada del sueño tiene su significado, por cuanto reproduce, poco o nada desfigurado, un importante ingrediente de los pensamientos oníricos latentes. Pero no podemos saberlo antes de someter el sueño a la interpretación y de formarnos, por esa vía, un juicio acerca del grado de desfiguración que ha tenido lugar. Una duda semejante vale para el caso en que dos elementos parecen puestos en el sueño en íntima relación. Ello puede contener la valiosa advertencia de que es lícito entramar también lo correspondiente a estos elementos en el sueño latente, pero otras veces es posible con-

18 [Véase la 13ª conferencia.]

19 [El tema de la «regresión» se examina detenidamente en la 22ª conferencia, **16**, págs. 309 y sigs.]

vencerse de que lo conjugado en los pensamientos ha sido desmembrado en el sueño.

En general, es preciso abstenerse de explicar una parte del sueño manifiesto a partir de otra, como si el sueño estuviese concebido coherentemente y fuese una exposición pragmática. Más bien, casi siempre es comparable a un trozo de mármol brecha, producido con diversos fragmentos unidos por medio de una sustancia aglutinante, de suerte que los dibujos que de ahí resultan no pertenecían a las piedras originarias incluidas. De hecho, existe una pieza del trabajo del sueño, la llamada *elaboración secundaria*,[20] a la que compete producir, a partir de los resultados más inmediatos del trabajo del sueño, algo como un todo más o menos entramado. Para ello el material es ordenado según un sentido que a menudo implica un malentendido total, y, donde parece necesario, se efectúan intercalaciones.

Por otra parte, no es lícito sobrestimar el trabajo del sueño, exagerar su poder. Con las operaciones que hemos enumerado se agota su actividad; no puede hacer más que condensar, desplazar, figurar plásticamente y someter después el todo a una elaboración secundaria.[21] Lo que el sueño incluye en materia de formulación de juicios, crítica, asombro, razonamiento, no son operaciones del trabajo del sueño, y sólo rara vez exteriorizaciones de la reflexión sobre el sueño: casi siempre son fragmentos de los pensamientos oníricos latentes, que, más o menos modificados y adaptados a la trama, han pasado al sueño manifiesto. El trabajo del sueño tampoco puede componer dichos. Salvo unas pocas excepciones que pueden indicarse, los dichos oníricos son reproducciones y combinaciones de dichos que el soñante oyó o pronunció el día del sueño y que se incluyeron en los pensamientos latentes como material o como incitador del sueño.[22] De igual modo, el trabajo del sueño no puede hacer cuentas; lo que hay dentro del sueño manifiesto son casi siempre combinaciones de cifras, seudocuentas, por completo disparatadas como cuentas y, de nuevo, meras copias de cuentas incluidas en los pensamientos latentes.[23] Dadas estas condiciones, no ha de maravillarnos que el interés volcado al trabajo del sueño pronto se desvíe de él y se dirija a los pensamientos oníricos latentes, que, más o menos desfigurados, se traslucen por el sueño manifiesto. No puede jus-

20 [Tema de la sección I del capítulo VI de *IS*, **5**, págs. 485 y sigs.]

21 [En otros sitios Freud excluyó la elaboración secundaria del trabajo del sueño; cf. «Un sueño como pieza probatoria» (1913*a*), *AE*, **12**, pág. 288 y *n*. 9.]

22 [Cf. *IS*, **5**, págs. 419 y sigs.]

23 [Cf. *IS*, **5**, págs. 415 y sigs.]

tificarse, empero, que en la consideración teórica ese traslado llegue tan lejos que se remplace totalmente el sueño por los pensamientos oníricos latentes, y se diga de aquel algo que sólo puede ser válido para estos. Es extraño que los resultados del psicoanálisis pudieran usarse impropiamente para un trastrueque así. «Sueño» no puede nombrar a ninguna otra cosa que al resultado del trabajo onírico, vale decir, la *forma* a la cual los pensamientos latentes han sido trasmudados por el trabajo onírico. [Cf. págs. 203 y sigs.]

El trabajo onírico es un proceso de índole sumamente singular, del que hasta ahora no se han llegado a conocer homólogos en la vida anímica. Tales condensaciones, desplazamientos, trasposiciones regresivas de pensamientos en imágenes, son novedades cuyo conocimiento ya recompensa con largueza los empeños psicoanalíticos. Por los paralelismos con el trabajo del sueño, ya toman nota ustedes de los nexos que se han descubierto entre los estudios psicoanalíticos y otros campos, en especial el desarrollo del lenguaje y el del pensamiento.[24] Vislumbrarán apenas el alcance más vasto de estas intelecciones si les digo que los mecanismos de la formación del sueño son paradigmáticos respecto del modo en que se generan los síntomas neuróticos.

También sé que no podemos abarcar todavía en su integridad la conquista que estos trabajos significan para la psicología. Sólo queremos apuntar que hemos obtenido nuevas pruebas en favor de la existencia de actos anímicos inconcientes —los pensamientos oníricos latentes son eso—, y que la interpretación del sueño nos promete un acceso insospechadamente amplio al conocimiento de la vida anímica inconciente.

Ahora bien, ya es tiempo de que les presente con detalle, a partir de pequeños y diversos ejemplos de sueños, aquello para lo cual los he preparado en líneas generales.

[24] [Véanse también algunas observaciones relativas a la construcción de los chistes en las págs. 215-6.]

12ª conferencia. Análisis de ejemplos de sueños

Señoras y señores: No se desilusionen ahora si les expongo de nuevo retazos de interpretaciones de sueños, en vez de invitarlos a participar en la interpretación de un buen sueño grande. Dirán ustedes que luego de tantos preparativos tendrían derecho a ello, y expresarán su convencimiento de que, tras la interpretación lograda de tantos miles de sueños, habría debido ser posible hace mucho reunir una colección de ejemplos destacados en que pudieran demostrarse todas nuestras aseveraciones sobre el trabajo del sueño y los pensamientos oníricos. Está bien; pero las dificultades que se oponen al cumplimiento del deseo de ustedes son demasiadas.

Ante todo, debo confesarles que no hay nadie que cultive la interpretación de sueños como su ocupación principal. Es que, *¿cuándo se llega a interpretar sueños?* Ocasionalmente uno puede ocuparse, sin un propósito particular, de los sueños de una persona amiga, o puede reelaborar durante un tiempo los sueños propios con miras a adiestrarse para el trabajo psicoanalítico; pero las más de las veces nos enfrentamos con los sueños de personas neuróticas que están en tratamiento analítico. Estos últimos sueños son un material excelente, y en modo alguno le van en zaga a los de personas sanas; empero, por la técnica del tratamiento nos vemos precisados a subordinar la interpretación de sueños a los propósitos terapéuticos, y a dejar estar toda una serie de sueños luego de haber sacado de ellos algo útil para el tratamiento.[1] Muchos sueños que emergen durante las terapias se sustraen enteramente a una interpretación completa. Puesto que nacieron del conglomerado de un material psíquico que todavía desconocemos, su comprensión será posible sólo después de concluido el tratamiento. Además, la comunicación de tales sueños haría preciso revelar todos los secretos de una neurosis; y ello no nos cuadra, entonces, ya que hemos abordado el sueño justamente como preparación para el estudio de las neurosis.

1 [Las razones de ello se describen en «El uso de la interpretación de los sueños en el psicoanálisis» (1911*e*), *AE*, **12**, págs. 87 y sigs.]

Y bien; ustedes renunciarían de buena gana a este material y preferirían escuchar la elucidación de sueños de hombres sanos o de sueños propios. Pero eso no se puede, a causa del contenido de tales sueños. No es posible desnudarse a uno mismo o desnudar a otro, que ha depositado en uno su confianza, tan inmisericordiosamente como lo requeriría la interpretación en profundidad de sus sueños, que, como ustedes ya saben, atañen a lo más íntimo de la personalidad. Aparte de esta dificultad para procurarse el material, hay otra relativa a la comunicación. Ya han visto ustedes que el sueño se le aparece al soñante mismo como algo ajeno, ni qué decir a otro que no conozca a la persona del soñante. Nuestra bibliografía no es pobre en buenos y detallados análisis de sueños; yo mismo he publicado algunos en el marco de historias clínicas;[2] quizás el más bello ejemplo de interpretación de un sueño es el comunicado por Otto Rank [1910*a*], sobre dos sueños entrelazados de una joven, que, impresos, ocupan unas dos páginas; pero su análisis abarca 76 páginas. Yo necesitaría tal vez un semestre íntegro para guiarlos a través de un trabajo así. Cuando se aborda un sueño comparativamente más largo y más desfigurado, es forzoso aportarle tantos esclarecimientos, aducir tanto material de ocurrencias y recuerdos, introducirse por tantos atajos, que una conferencia sobre él resultaría enteramente inabarcable e insatisfactoria. Debo rogarles, por eso, que se conformen con algo más accesible: la comunicación de pequeños fragmentos de sueños de personas neuróticas en que puede individualizarse, aisladamente, esto o aquello. Lo más fácil es ilustrar los símbolos oníricos y, además, ciertas peculiaridades de la figuración regresiva en los sueños. Respecto de cada uno de los que siguen les indicaré la razón por la cual los juzgué dignos de comunicarse.[3]

1. Un sueño consta sólo de dos breves imágenes: *Su tío fuma un cigarrillo, a pesar de que es sábado. Una mujer lo acaricia y lo mima* [al soñante] *como si fuera su hijo.*

Sobre la primera imagen, el soñante (es judío) observa que su tío es un hombre piadoso, nunca ha hecho ni haría algo pecaminoso de esa naturaleza. Sobre la mujer de la

[2] [Los principales ejemplos son los dos sueños incluidos en el caso «Dora» (1905*e*) y el sueño infantil del «Hombre de los Lobos» (1918*b*). Esta última historia de caso ya había sido escrita cuando se pronunció esta conferencia, aunque fue publicada en una fecha posterior.]

[3] [Solamente dos de los sueños aquí citados (los que aparecen en los apartados 6 y 7) se mencionan también en otros trabajos. Gran número de ejemplos de sueños, sobre todo del propio Freud, son relatados y analizados en *IS*.]

segunda imagen, no se le ocurre nada más que su madre. Estas dos imágenes o pensamientos, es evidente, han de ponerse en relación recíproca. Pero, ¿cómo? Puesto que él ha impugnado expresamente la realidad de la acción del tío, es sugerente introducir un «si». «*Si* mi tío, ese hombre santo, fumara un cigarrillo el sábado, entonces me sería lícito dejarme acariciar por mi madre». Esto significa, a todas luces, que el mimarse con la madre sería algo tan prohibido como el fumar en sábado para el piadoso judío. Como recuerdan ustedes, les dije [pág. 161] que en el trabajo del sueño se dejan de lado todas las relaciones entre los pensamientos oníricos; estas son resueltas en su materia prima, y es tarea de la interpretación el reintroducir los vínculos omitidos.

2. Por mis publicaciones sobre el sueño he pasado a ser en cierto sentido un consultor público en estos asuntos, y desde hace muchos años recibo, de los más diversos lugares, cartas donde se me comunican sueños o se los somete a mi juicio. Quedo agradecido, desde luego, a todos aquellos que agregan al sueño suficiente material para posibilitar una interpretación, o la dan ellos mismos. Ahora bien, a esta categoría pertenece el siguiente sueño de un estudiante de medicina de Munich, de 1910. Lo expongo porque puede mostrarles cuán inasequible a la comprensión es, en general, un sueño antes de que el soñante nos haya dado sus referencias sobre él. En el fondo, lo sospecho, ustedes consideran que la interpretación de sueños por remplazo del significado simbólico es la ideal, y querrían dejar de lado la técnica de la asociación; me propongo sacarlos de ese pernicioso error.

«13 de julio de 1910: Hacia la mañana, sueño: *Ando por las calles de Tubinga en bicicleta cuando un "dachshund" de pelaje pardo se me abalanza por detrás furioso y me muerde un talón. Un poco más allá desmonto, me subo a una grada y empiezo a descargar una lluvia de golpes sobre la bestia, que no quiere soltar.* (No tengo sentimientos desagradables por la mordedura ni por toda la escena.) *Enfrente, están sentadas un par de damas ancianas que me miran con sorna. Entonces despierto y, como ya me ha sucedido muchas veces en ese momento del tránsito a la vigilia, el sueño íntegro me es claro*».

En este caso, poco se consigue con símbolos. Pero el soñante nos informa: «En este último tiempo me he enamorado de una muchacha sólo de verla por la calle, pero no se me ha presentado la oportunidad de entablar relación con ella. La más grata para mí habría podido ser el *dachshund*, tanto más cuanto que soy gran amigo de los animales, y esta cualidad la he notado con simpatía también en la muchacha».

Agrega que repetidas veces, con gran habilidad y provocando a menudo el asombro de los espectadores, ha intervenido para separar perros trenzados en furiosa pelea. Nos enteramos también de que la muchacha que le gusta se dejaba ver siempre en compañía de ese perro en particular. Ahora bien, en el sueño manifiesto la muchacha fue omitida; sólo permaneció el perro, asociado con ella. Quizá las damas ancianas que lo miran con sorna ocupan el lugar de la muchacha. El resto de su comunicación no basta para esclarecer este punto. El hecho de que en el sueño ande en bicicleta es una repetición directa de la situación recordada. Siempre había encontrado a la muchacha del perro andando él en bicicleta.

3. Cuando alguien ha perdido a un deudo querido, hasta mucho tiempo después produce sueños de un tipo particular, en que el conocimiento de esa muerte y el ansia de revivir al muerto conciertan el más asombroso de los compromisos. Ora el difunto está muerto y no obstante sobrevive porque no sabe que está muerto y, si lo supiera, fenecería del todo; ora está medio muerto y medio vivo, y cada uno de estos estados tiene sus indicios particulares. Sería ilícito llamar a estos sueños simplemente disparatados; en efecto, el resucitar no es para el sueño más inadmisible que, por ejemplo, para el cuento tradicional, en el que aparece como una peripecia ordinaria. Hasta donde he podido analizarlos, los sueños de esta índole son susceptibles de una solución racional, pero el piadoso deseo de revivir al muerto se las ingenia para trabajar con los más extraños medios. Les presento un sueño de estos, que suena harto extraño y disparatado y cuyo análisis les ofrecerá mucho de aquello para lo cual se han ido preparando mediante nuestras puntualizaciones teóricas. He aquí el sueño de un hombre que hacía varios años había perdido a su padre:

El padre es finado, pero lo exhumaron y se le ve mal aspecto. Desde entonces sobrevive, y el soñante lo hace todo para que él no lo note. (Después el sueño pasa a otras cosas, en apariencia muy distantes.)

El padre es finado, eso lo sabemos. Que lo exhumaron, no corresponde a la realidad, que tampoco cuenta para todo lo demás. Pero el soñante refiere: Después que estuvo de regreso del sepelio de su padre, empezó a dolerle un diente. Quiso tratar a ese diente según el precepto de la doctrina judía: «Si tu diente te fastidia, arráncalo»; y se fue a casa del dentista. Pero este dijo: «Un diente no se arranca; uno debe tenerle paciencia. Le pondré algo para matarlo; pasados tres días vuelva usted, y entonces le extraeré eso».

Ese «extraer», dice el soñante de súbito, eso es el exhumar.

¿Tendrá razón el soñante? Eso no encaja del todo, sólo aproximadamente, pues el diente mismo no se extraerá, sino algo de él, lo muerto. Pero, según indican otras experiencias, hay que creerlo al trabajo del sueño capaz de tales inexactitudes. Entonces, el soñante habría condensado al *padre finado con el diente muerto* y, *no obstante, conservado*; los habría fusionado en una unidad. Y no cabe asombrarse de que después en el sueño manifiesto aparezca algo sin sentido, pues no puede convenir al padre todo lo que se dice del diente. Pero, en definitiva, ¿dónde estaría el *tertium comparationis* [pág. 139] entre diente y padre, que posibilita esa condensación?

Y tiene que ser así, sin embargo, pues el soñante prosigue diciendo que para él es muy claro: cuando uno sueña con la caída de un diente, eso significa que perderá a un miembro de la familia.

Sabemos que esta interpretación popular es errónea o, por lo menos, sólo es correcta en un sentido burlesco. [Cf. págs. 143 y 151.] Tanto más nos sorprenderá descubrir el tema así abordado tras los otros fragmentos del contenido del sueño.

Y bien, sin que medie otra exhortación, el soñante empieza a contar sobre la enfermedad y la muerte del padre, así como sobre su relación con él. El padre sufrió una larga enfermedad, el cuidado y el tratamiento del enfermo le costaron a él, el hijo, mucho dinero. Y, no obstante, nunca le molestó demasiado, nunca se impacientó, jamás tuvo el deseo de que ojalá terminara de una vez. Se gloria de una genuina piedad judía hacia el padre, de la observancia estricta de la ley judaica. ¿No nos salta a la vista ahí una contradicción dentro del pensamiento perteneciente al sueño? El había identificado diente y padre. Con el diente quería proceder de acuerdo con la ley judía, que conllevaba el veredicto de arrancarlo si deparaba dolor y fastidio. También con el padre pretendía haber procedido según el precepto de la ley, que aquí, empero, ordenaba no reparar en gastos ni en molestias, tomar sobre sí toda la carga y no dejar que emergiese ningún propósito hostil hacia el objeto que deparaba el dolor. ¿La concordancia no sería mucho más estricta si él realmente hubiera desarrollado hacia su padre enfermo sentimientos parecidos a los que tuvo hacia su diente enfermo, vale decir, hubiera deseado que una pronta muerte ojalá pusiera fin a su existencia superflua, dolorosa y costosa?

Yo no dudo de que esta fue, de hecho, su actitud hacia el padre durante la penosa enfermedad de este, y que los presuntuosos aseguramientos de su devota piedad están desti-

nados a desviarlo de estos recuerdos. En tales condiciones, el deseo de muerte contra el progenitor suele devenir activo y encubrirse con la máscara de una consideración caritativa, tal como: «No sería sino un alivio para él». Pero observen bien ustedes que aquí hemos superado una barrera dentro mismo de los pensamientos oníricos latentes. El primer sector de ellos fue sin duda inconciente sólo de manera temporaria, es decir, durante la formación del sueño; pero las mociones hostiles hacia el padre debieron de haber sido inconcientes permanentemente;[4] quizá provenían de épocas infantiles y, durante la enfermedad del padre, en ocasiones se colaron, tímidas y disfrazadas, en la conciencia. Con mayor certeza todavía podemos aseverar esto de otros pensamientos latentes que han prestado inequívocas contribuciones al contenido del sueño. Es que de las mociones hostiles hacia el padre nada se descubre en el sueño. Pero si pesquisamos en la vida infantil de un sujeto la raíz de esa hostilidad hacia el padre, recordamos que el miedo a él nace porque ya en años tempranos ha contrariado las prácticas sexuales del muchacho, como en general se ve forzado a hacerlo nuevamente, por motivos sociales, en el período que sigue al advenimiento de la pubertad. Esta relación con el padre se aplica también a nuestro soñante; en su amor hacia él iban mezcladas una buena cuota de respeto y de angustia, que emanaban de la fuente de la intimidación sexual temprana.

Ahora bien, por el complejo del onanismo se explican las otras frases del sueño manifiesto. *Se le ve mal aspecto* alude, ciertamente, a un dicho ulterior del dentista, a saber, que a uno se le ve mal aspecto cuando le falta un diente en ese lugar; pero al mismo tiempo remite a la mala apariencia por la cual, en la pubertad, el joven delata o teme delatar su desmedida actividad sexual. No sin verdadero alivio el soñante apartó de sí esa mala apariencia en el sueño manifiesto desplazándola sobre el padre, una de las inversiones del trabajo del sueño que ya ustedes conocen [pág. 164]. *Desde entonces sobrevive* coincide con el deseo de resurrección, así como con la promesa que le hizo el dentista de que el diente se conservaría. En extremo refinada, empero, es la frase «el soñante lo hace todo *para que él* (*el padre*) *no lo note*», enderezada a inducirnos a completarla: «que él es finado». Pero el único completamiento que posee sentido deriva, otra vez, del complejo del onanismo, donde es obvio que el joven lo hace todo para ocultar al padre su vida sexual. Recuerden, para concluir, que a los llamados sueños por es-

4 [Este punto se examina mejor al final de la 13ª conferencia, pág. 194.]

tímulo dentario debemos interpretarlos siempre por referencia al onanismo y a la punición que se teme a causa de él. [Cf. págs. 143 y 151.]

Ahora ven ustedes el modo en que se produjo este sueño incomprensible: mediante el establecimiento de una condensación extraña y despistante, mediante la omisión de todos los pensamientos que constituían el centro de la ilación de pensamiento latente, y mediante la creación de formaciones sustitutivas multívocas para los más profundos y los más alejados en el tiempo de estos pensamientos.[5]

4. Ya hemos intentado repetidas veces asir el secreto de esos sueños sobrios y triviales que no traen consigo nada disparatado o extraño, pero con respecto a los cuales se plantea esta pregunta: ¿Por qué se sueña con algo tan insignificante [cf. págs. 87-8 y 106-7]? Quiero presentarles por eso un nuevo ejemplo de este tipo: tres sueños interrelacionados, que una joven dama tuvo en una misma noche.

a. Ella cruza el vestíbulo de su casa y se golpea la cabeza contra la araña, que pende muy baja, provocándose una hemorragia.

Ninguna reminiscencia, nada que haya sucedido en la realidad. Su referencia sobre esto nos guía por caminos enteramente diversos. «Usted sabe cómo se me cae el cabello. "Hija —me dijo ayer mi madre—, si eso sigue así te quedará la cabeza como un trasero"». Por ende, la cabeza hace las veces aquí del otro remate del cuerpo. A la araña, sin auxilio alguno, podemos comprenderla simbólicamente: todos los objetos susceptibles de alargamiento son símbolos del miembro masculino [pág. 141]. Por tanto, se trata de una hemorragia en el remate inferior del cuerpo, nacida del choque con el pene. Y esto, todavía, podría ser multívoco; sus ulteriores ocurrencias muestran que está en juego la creencia de que la hemorragia menstrual nace del comercio sexual con el hombre —una parte de la teoría sexual que goza de mucho crédito entre las muchachas inmaduras—.

*b. Ve en la viña un profundo foso, del que sabe que nació * por el desarraigo de un árbol.* Sobre esto, su observa-

[5] [Un fragmento de un sueño muy similar a este, si no idéntico, se examina en *IS*, **5**, págs. 430-1, así como en «Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico» (1911*b*), *AE*, **12**, pág. 230.]

* {*Entstehen*: «nacer», en primera acepción. Lo mantenemos así las tres veces que aparece en los casos *a* y *b*, porque sugiere mejor la relación con «saber» del sueño *c*. El saber acerca de cómo nacen los niños es una inquietud de la investigación sexual infantil.}

ción de que el árbol *le falta ahí*. Arguye que en el sueño no ha visto al árbol, pero esa misma frase, en su literalidad, sirve para la expresión de otro pensamiento, que confirma enteramente a la interpretación simbólica. El sueño remite a otra parte de las teorías sexuales infantiles: la creencia de que las niñas tuvieron originariamente los mismos genitales que los varones, y que su conformación posterior ha nacido de la castración (desarraigo de un árbol).

c. Está frente al cajón de su escritorio, y se lo conoce tan a fondo que enseguida sabe si alguien anduvo ahí. El cajón del escritorio es, como todo cajón, cesta, caja, un genital femenino [pág. 142]. Ella sabe que los indicios del comercio sexual (y según cree, también del toqueteo) pueden reconocerse en los genitales, y durante largo tiempo ha temido por el cuerpo del delito. Creo que el acento, en todos estos tres sueños, está puesto en el *saber*. La soñante se acuerda del tiempo de su investigación sexual infantil, de cuyos resultados estaba orgullosísima entonces.[6]

5. De nuevo una muestrita de simbolismo. Pero esta vez tengo que anticipar, en un breve informe preliminar, la situación psíquica. Un señor que ha pasado una noche de amor con una mujer pinta a su compañera como una de aquellas naturalezas maternales en las que el deseo de tener un hijo impregna irresistiblemente el trato amatorio con el hombre. Las circunstancias de esa cita, empero, obligaron a una precaución en virtud de la cual la eyaculación fecundante no alcanzó el regazo femenino. Esa noche, al despertar, cuenta la mujer un sueño, que es este:

Un oficial con una capa roja la persigue por la calle. Huye de él, sube volando la escalera, y él siempre atrás. Sin aliento se mete en su casa y cierra tras sí las puertas con cerrojo. El se queda ahí fuera y, lo ve a través de la mirilla, se sienta sobre un banco y llora.

Bien reconocen ustedes, en la persecución por el oficial de la capa roja y en la subida sin aliento, la figuración del acto sexual [pág. 144]. La soñante se cuida del perseguidor: considérenlo un ejemplo de las inversiones que el sueño usa tan a menudo [pág. 164], pues en realidad fue el hombre el que evitó completar el acto de amor. De igual modo, ella desplaza su duelo sobre el compañero; él es quien llora en el sueño, con lo cual al mismo tiempo se alude a la eyaculación.

Sin duda habrán oído decir alguna vez que en el psicoaná-

6 [Las investigaciones y teorías sexuales de los niños se examinan en la 20ª conferencia, **16**, págs. 289-91.]

lisis se asevera que todos los sueños poseen significado sexual. Ahora ustedes mismos están en condiciones de formarse un juicio sobre la incorrección de este reproche. Han tomado conocimiento de los sueños de deseo, los que tratan de la satisfacción de necesidades evidentísimas, del hambre, de la sed, de la añoranza por la libertad; los sueños de comodidad y los de impaciencia, y también los de pura codicia y egoísmo. Pero que los sueños muy desfigurados expresan predominantemente —aunque no, digámoslo otra vez, de manera exclusiva— deseos sexuales, he ahí algo que pueden, empero, guardar en la memoria como resultado de la investigación psicoanalítica.

6. Tengo un motivo especial para acumular ejemplos del uso de símbolos en el sueño. En nuestra primera reunión [págs. 14 y sigs.] me lamenté de lo difícil que es hacer demostración pública del psicoanálisis y, por tanto, despertar convencimiento en su enseñanza. Desde entonces, ustedes habrán convenido conmigo en ello. Ahora bien, las diversas tesis del psicoanálisis forman una trama tan apretada que el convencimiento puede extenderse con facilidad desde un punto hasta una parte mayor del todo. Podría decirse del psicoanálisis que si se le da el dedo meñique, él se toma toda la mano. Quien halló obvio el esclarecimiento de las operaciones fallidas ya no puede, en buena lógica, restar fe a todo lo demás. Un segundo punto de abordaje, igualmente asequible, se nos ofrece en el simbolismo onírico. Les presentaré el sueño, ya publicado, de una mujer de pueblo cuyo marido es policía y que, claro está, no ha oído ni hablar de simbolismo onírico y psicoanálisis. Juzguen ustedes por sí mismos si su explicitación con el auxilio de símbolos sexuales puede llamarse arbitraria y forzada.

...Alguien entró con violencia en la casa y yo clamé angustiosamente por un policía. Pero este, en compañía de dos pícaros, se ha ido a una iglesia a la que se sube por varios escalones. Tras la iglesia había un monte y en lo alto un bosque espeso. El policía tenía casco, alzacuello y manto. Llevaba barba entera, oscura. Los dos pillastres que van amigados con el policía tenían delantales recogidos y anudados a la cintura, a modo de bolsas. De la iglesia sale un camino que lleva al monte. A los lados había pasto y había malezas que se iban espesando hasta hacerse en la cumbre del monte un bosque en serio.[7]

Los símbolos usados los reconocen ustedes sin dificultad.

7 [Este sueño, sobre el cual informó originalmente B. Dattner, aparece en *IS*, **5**, págs. 371-2, en una versión un poco distinta.]

Los genitales masculinos están figurados por una trinidad de personas; los femeninos, por un paisaje con iglesia, monte y bosque. De nuevo encuentran ustedes los escalones como símbolo del acto sexual. Lo que en el sueño es llamado «monte», también en anatomía se dice así, *mons veneris*, monte de Venus.

7. De nuevo un sueño que ha de solucionarse por remplazo de símbolos, y digno de nota y probatorio por el hecho de que el soñante mismo los ha traducido a todos, aunque en su bagaje no tenía ninguna clase de conocimientos teóricos previos para la interpretación de sueños. Esta conducta es bien insólita, y las condiciones a que responde no se conocen con precisión.[8]

Va de paseo con su padre por un lugar que seguramente es el Prater,[9] pues se ve la rotonda, y en su parte frontal un pequeño pórtico donde hay fijado un globo cautivo que, empero, parece bastante flojo. Su padre le pregunta para qué está allí todo eso; a él le asombra la pregunta, pero se lo explica. Después llegan a un patio donde hay tirada una gran plancha de hojalata. Su padre quiere sacarse un gran pedazo, pero avizora en torno para cerciorarse de que nadie lo ve. El le dice que no necesita sino decírselo al guardián, y después puede tomarse lo que quiera. Desde ese patio una escalera desciende hasta un pozo, cuyas paredes tienen un blando acolchado, como de un sillón de cuero. Al final de ese pozo hay una plataforma más extensa, y después empieza un nuevo pozo...

El propio soñante interpreta: «La rotonda son mis genitales; y el globo cautivo antepuesto es mi pene, cuya flojedad me da motivo de queja». Así, ahondando la traducción, estamos autorizados a decir que la rotonda es la cola —que el niño por regla general incluye en los genitales—, y el pequeño pórtico antepuesto, el escroto. En el sueño, el padre le pregunta qué es todo eso, vale decir, le inquiere por el fin y el funcionamiento de los genitales. Esto nos sugiere invertir la situación, de modo que sea él quien pregunta. Puesto que en la realidad nunca preguntó eso a su padre, debemos aprehender el pensamiento onírico como deseo o quizá tomarlo en sentido condicional: «Si yo hubiese pedido esclarecimiento sexual a mi padre...». Muy pronto encontraremos, en otro pasaje, la continuación de este pensamiento.

El patio donde está tirada la hojalata no debe entenderse

8 [Se hacen algunas observaciones al respecto en *IS*, **5**, pág. 357.]
9 [Célebre gran parque vienés, dentro del cual hay una feria de diversiones.]

en primera instancia simbólicamente, sino que proviene del local donde tiene el negocio su padre. Por discreción he remplazado por «hojalata» el verdadero material con que trafica su padre, pero sin modificar en ninguna otra cosa la literalidad del sueño. El soñante entró en el negocio de su padre y le repugnaron muchísimo las prácticas más bien deshonestas con que se granjea parte de la ganancia. Por eso la continuación del pensamiento consignado sería: «(Si yo le hubiera preguntado), me habría engañado, como engaña a sus clientes». Para el sacarse, que permite figurar la deslealtad comercial, el propio soñante proporciona la segunda explicación: significa el onanismo. Esto no sólo es claro para nosotros desde hace mucho [pág. 150], sino que también concuerda muy bien que el secreto del onanismo se exprese por lo contrario (se puede hacerlo en público). Y todo hacía esperar que la actividad onanista habría de atribuirse al padre, como lo fue la pregunta en la primera escena del sueño. Al pozo lo interpreta sin vacilar, teniendo en cuenta el blando acolchado de las paredes, como la vagina. Que el descender o el subir por escaleras quiere describir el coito dentro de la vagina, yo lo introduzco por mi propia cuenta [pág. 144].

En cuanto a los detalles de que al primer pozo le siga una plataforma más extensa y después un nuevo pozo, él mismo da una explicación biográfica. Copuló durante cierto período, luego dejó de hacerlo a consecuencia de ciertas inhibiciones, y ahora espera volver a hacerlo con ayuda del tratamiento.[10]

8. Los dos sueños que siguen, de un extranjero con gran disposición a la poligamia, se los comunico para documentar el aserto [pág. 130] de que el yo propio aparece en todos los sueños, aun en aquellos casos en que se lo ha ocultado para el contenido manifiesto. En estos sueños, los baúles son símbolos de mujer.

a. El parte de viaje, su equipaje es acomodado en un coche para llevarlo a la estación, muchos baúles amontonados, entre ellos, dos grandes y negros, como baúles de muestrario. Dice consoladoramente a alguien: «Bueno, estos viajan conmigo hasta la estación, nomás».

Y en realidad, él viaja con sobrado equipaje, pero también sobradas historias de mujeres aporta al tratamiento. Los dos baúles negros {*schwarz*} corresponden a dos mujeres de tez oscura {*schwarz*} que en la actualidad desempeñan el papel

10 [Este sueño y su interpretación se reproducen casi exactamente de *IS*, **5**, págs. 369-71.]

principal en su vida. Una de ellas quiso emprender viaje siguiéndolo a Viena; llevándose de mi consejo, él la hizo desistir por telegrama.

b. Una escena en la aduana: *Otro viajero abre su baúl en la aduana, y dice, pitando distraídamente un cigarrillo: «Ahí dentro no hay nada». El funcionario de aduana parece creerle, no obstante rebusca otra vez dentro y halla algo muy particularmente prohibido. El viajero dice entonces, resignado: «No hay nada que hacerle».*

El mismo es el viajero, y yo el funcionario de aduana. Pese a ser en lo demás muy sincero en sus confesiones, se había propuesto callarme una relación que él acababa de entablar con una dama, porque tenía razones para suponer que ella no me era desconocida. La situación penosa de serle pillado el cuerpo del delito la desplaza sobre una persona extraña, de suerte que él mismo parece no estar presente en este sueño.

9. Ahora un ejemplo de un símbolo que todavía no he mencionado:

El se topa con su hermana en compañía de dos amigas, que a su vez son hermanas. Le da a las dos la mano, pero a su hermana no.

Ningún anudamiento con un evento real. Sus pensamientos lo llevan más bien a una época en que le dio que pensar la observación de que el busto de las muchachas se desarrolle tan tarde. Las dos hermanas son entonces los pechos, que él de buena gana aprisionaría con la mano, siempre que no fuera su hermana.

10. Ahora un ejemplo del simbolismo de la muerte en el sueño:

Marcha con dos personas cuyos nombres sabe, pero que al despertar ha olvidado, por una pasarela de hierro, muy alta, empinada. De pronto esos dos desaparecen y él ve a un hombre fantasmal con capa y uniforme de lienzo. Le pregunta si es el mensajero del telégrafo... No. ¿Es el carretero? No. Sigue avanzando entonces, y todavía en sueños tiene gran angustia y, tras despertar, prosigue el sueño con la fantasía de que el puente de hierro de pronto se rompe y él se precipita al abismo.

Personas acerca de las cuales se insiste que son desconocidas o que uno ha olvidado sus nombres son la mayoría de las veces muy allegadas. El soñante tiene dos hermanos; si acaso les hubiera deseado a ambos la muerte, bien justificado estaría que le afligiera por ello la angustia de muer-

te. Sobre el mensajero del telégrafo observa que esos individuos siempre anuncian desgracias. Por el uniforme también podría haber sido un farolero, quien por cierto apaga los faroles, tal como el genio de la muerte extingue las antorchas. Con el carretero asocia el poema de Uhland sobre el viaje por mar del rey Karl, y le viene a la memoria un peligroso viaje por las aguas del lago con dos camaradas, en el cual cumplió el papel que hace el rey en el poema.[11] Sobre el puente de hierro, se le ocurre un accidente habido en los últimos tiempos, y el tonto giro idiomático: «La vida es un puente colgante».[12]

11. Como otro ejemplo de figuración de la muerte, valga el siguiente sueño:

Un señor desconocido entrega para él una tarjeta de visita festoneada de negro.

12. El siguiente sueño les interesará por múltiples aspectos, aunque tiene como una de sus premisas un estado neurótico [del soñante]:

El viaja por ferrocarril. El tren se detiene en descampado. El cree que está por producirse un accidente, hay que pensar en escaparse, va por todos los vagones del tren y mata a todos los que le salen al paso, al inspector, al maquinista, etc.

Sobre esto, el recuerdo del relato de un amigo. En una línea del ferrocarril, en Italia, se trasportaba a un demente en un compartimiento, pero, por descuido, se asignó lugar junto a él a un viajero. El loco mató al compañero de viaje. El se identifica entonces con este loco y funda su reclamo a ello con la representación obsesiva que de tiempo en tiempo lo tortura: ha de «eliminar a los testigos», a todos ellos. Pero después halla una motivación aun mejor, que lleva a la ocasión del sueño. Ayer en el teatro volvió a ver a la muchacha a quien quería desposar, pero de la que se ha apartado porque le daba motivo de celos. Por la intensidad con que lo asaltaban los celos, habría sido realmente loco querer desposarla. Esto es: la juzga tan infiel que se habría visto forzado a matar por celos a todos cuantos se le cruzaran en el camino. Del marchar por una serie de habitaciones, de

[11] [En el poema de J. L. Uhland, «König Karls Meerfahrt», el rey Karl y sus doce caballeros se ven envueltos en una tormenta mientras navegan hacia la Tierra Santa. Los caballeros le manifiestan su inquietud... pero el rey se pone al timón sin decir palabra y lleva la nave a buen puerto.]

[12] [Esto es citado como ejemplo de un chiste malo en una nota agregada por Freud en 1912 a su libro sobre el chiste (1905*c*), *AE*, **8**, pág. 133.]

vagones en este caso, ya hemos tomado conocimiento como símbolo del estar casado (opuesto a monogamia).[13]

Sobre la detención del tren en descampado y el temor a un accidente, cuenta: Cierta vez, cuando en un viaje por ferrocarril aconteció una repentina parada fuera de estación, una joven dama, compañera de viaje, declaró que quizás era inminente un choque y la precaución más atinada era ponerse con las piernas para arriba. Ahora bien, este «las piernas para arriba» había jugado también un papel en los muchos paseos y escapadas al campo que él había emprendido con aquella muchacha en el dichoso tiempo del amor primero. Nuevo argumento de que tendría que estar loco para desposarla ahora. Que en él había un deseo de estar loco, por mi conocimiento de la situación pude suponerlo con certeza.

13 [Este símbolo no había sido mencionado hasta ahora en las conferencias; en *IS*, **5**, pág. 360, se afirma que una serie de habitaciones puede representar un prostíbulo o un harén, o bien (por inversión) un matrimonio monógamo.]

13ª conferencia. Rasgos arcaicos e infantilismo del sueño

Señoras y señores: Déjenme ustedes retomar el hilo de nuestro resultado, a saber, que el trabajo del sueño trasporta los pensamientos latentes, bajo el influjo de la censura onírica, a otro modo de expresión. Los pensamientos latentes no son más que los pensamientos concientes, que bien conocemos, de nuestra vida de vigilia; el nuevo modo de expresión nos resulta incomprensible por muchos de sus rasgos. Tenemos dicho que él se remonta a estados de nuestro desarrollo intelectual superados ha mucho por nosotros, al lenguaje figural, a la referencia simbólica, quizás a condiciones que han existido antes de que se desarrollase nuestro lenguaje discursivo. Por eso llamamos *arcaico* o *regresivo* al modo de expresión del trabajo onírico [págs. 164-5].

De ahí pueden ustedes inferir que mediante un estudio más profundo del trabajo del sueño podrían conseguirse valiosas aclaraciones sobre los comienzos, no bien conocidos, de nuestro desarrollo intelectual. Espero que así sea, pero ese estudio no ha sido emprendido hasta hoy. La prehistoria a que el trabajo del sueño nos reconduce es doble: en primer lugar, la prehistoria individual, la infancia; y por otra parte, en la medida en que cada individuo repite abreviadamente en su infancia, de alguna manera, el desarrollo todo de la especie humana, también esta otra prehistoria, la filogenética. ¿Se logrará distinguir en los procesos anímicos latentes la parte que proviene del tiempo primordial del individuo de la que proviene del filogenético? No lo creo imposible. Así, me parece, la referencia simbólica, que el individuo en ningún caso aprendió, tiene justificado derecho a que se la considere una herencia filogenética.

No es este, empero, el único rasgo arcaico del sueño. Todos ustedes, por experiencia propia, tienen cabal noticia de la asombrosa amnesia de la infancia. Me refiero al hecho de que los primeros años de vida, hasta los cinco, seis u ocho años, no han dejado tras sí sus huellas en la memoria como lo que se vivenció después. Sin duda, uno se encuentra con hombres que pueden gloriarse de un recuerdo continuado desde el lejano principio hasta la fecha, pero el otro comportamiento el de las lagunas en la memoria, es incomparable-

mente más frecuente. Opino que este hecho no ha provocado el asombro que merece. El niño, a los dos años, puede hablar bien; pronto muestra que se desenvuelve en medio de complejas situaciones anímicas, y dice cosas que muchos años más tarde, cuando se le vuelven a contar, ha olvidado. Y eso que en años tempranos la memoria es mucho más rendidora, porque está menos sobrecargada. Claro que no hay motivo para tener a la función de la memoria como una operación anímica particularmente elevada o difícil; al contrario, podemos hallar una buena memoria aun en personas de nivel intelectual muy bajo.[1]

Pero tengo que citar un segundo hecho asombroso, que se añade al ya mencionado: de ese vacío del recuerdo que envuelve a los primeros años de la infancia, se destacan recuerdos aislados, bien conservados, de los que se tiene casi siempre una imagen plástica y cuya conservación no puede justificarse. Nuestra memoria, en efecto, practica una selección en el material de impresiones que nos llegan en nuestra vida posterior. Retiene lo importante en cualquier sentido, y desecha lo nimio. No ocurre así con los recuerdos conservados de la infancia. Estos no responden necesariamente a vivencias importantes de los años infantiles, ni siquiera a las que habrían debido parecer tales al niño desde su punto de vista. A menudo son tan triviales y en sí tan carentes de importancia, que nos asombra que precisamente ese detalle se sustrajera del olvido. Yo he intentado en su momento abordar, con la ayuda del análisis, el enigma de la amnesia infantil y de esos restos mnémicos que la interrumpen, y llegué a este resultado: en verdad, también en el niño ha pervivido en el recuerdo únicamente lo importante; sólo que por los procesos que ustedes ya conocen, el de la condensación y, muy particularmente, el del desplazamiento, lo importante está subrogado en el recuerdo por otra cosa que parece inimportante. Por eso he llamado a esos recuerdos de infancia «*recuerdos encubridores*»; por medio de un análisis a fondo puede desplegarse desde ellos todo lo olvidado.[2]

En los tratamientos psicoanalíticos se plantea con total regularidad la tarea de rellenar esas lagunas del recuerdo infantil. En la medida en que la cura obtiene algún éxito (y son la inmensa mayoría de los casos), conseguimos también

1 [Se hallará un examen más amplio de la amnesia infantil en el segundo de los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*), *AE*, **7**, págs. 158 y sigs.]

2 [Los «recuerdos encubridores» fueron analizados por Freud en el capítulo IV de la *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901*b*), *AE*, **6**, págs. 48 y sigs., así como en un trabajo anterior dedicado específicamente a ese tema (1899*a*).]

traer de nuevo a la luz el contenido de aquellos años de infancia cubiertos por el olvido. Esas impresiones nunca se han olvidado realmente; sólo eran inasequibles, latentes, han pertenecido al inconciente. Pero también puede ocurrir que emerjan espontáneamente del inconciente, y esto acontece por cierto a raíz de sueños. Así se evidencia que la vida onírica sabe hallar el acceso hasta esas vivencias infantiles, latentes. En la bibliografía se apuntan bellos ejemplos de esto, y yo mismo he podido hacer una contribución de esa clase. Cierta vez soñé, dentro de un cierto contexto, con una persona que debía de haberme prestado un servicio y que yo vi con nitidez frente a mí. Era un hombre tuerto, bajo, grueso, la cabeza profundamente hundida entre los hombros. Del contexto saqué que era un médico. Por suerte pude preguntar a mi madre, aún viva, por el aspecto físico del médico de mi lugar de nacimiento, que yo había abandonado cuando tenía tres años; y me enteré por ella de que era tuerto, de escasa estatura, grueso, la cabeza profundamente hundida entre los hombros; y también me contó mi madre del accidente, olvidado por mí, a raíz del cual él me había prestado asistencia.[3] Así pues, el tener a su disposición el material olvidado de los primeros años de la infancia es otro rasgo arcaico del sueño.[4]

Ahora bien, esta misma pista es aplicable a otro de los enigmas con que hemos tropezado. Recuerden el asombro que nos provocó dar con la intelección de que los excitadores de los sueños eran deseos sexuales malos y disolutos que hicieron necesarias una censura y una desfiguración oníricas [págs. 130 y sigs.]. Cuando interpretamos al soñante un sueño así y, en el caso más favorable, él no ataca la interpretación, de todos modos se pregunta, por lo regular, de dónde le vino un deseo tal, pues dice que lo siente ajeno y que en verdad es conciente de lo contrario. Mas no desesperemos de pesquisar su origen. Estas malignas mociones de deseo provienen del pasado, y muchas veces de un pasado no tan remoto. Puede demostrarse que una vez se tuvo conocimiento de ellas y fueron concientes, por más que hoy ya no lo sean. La mujer cuyo sueño significa que ella querría ver muerta frente a sí a su única hija, ahora de diecisiete años, descubre bajo nuestra guía que, en efecto, alimentó en

[3] [El sueño es relatado en *IS*, **4**, pág. 43, donde se encontrarán mayores referencias; el accidente se describe en *ibid.*, **5**, pág. 552.]
[4] [Este hecho ya había sido mencionado por Freud en su carta a Fliess del 10 de marzo de 1898 (1950*a*, Carta 84).]

un tiempo ese deseo de muerte.[5] Esa hija es el fruto de un matrimonio desdichado, que pronto se disolvió. Cuando todavía la llevaba en su seno, una vez, tras una violenta escena con su marido, en un ataque de furia se golpeó el vientre con los puños para matar al hijo que estaba ahí dentro. Cuántas madres que hoy aman tiernamente, y quizá con ternura excesiva, a sus hijos los recibieron empero a disgusto y desearon entonces que la vida no siguiera desarrollándose en ellos; y aun traspusieron ese deseo en acciones diversas, por suerte inocuas. El deseo de que muera la persona amada, tan enigmático después, proviene entonces del tiempo inicial del vínculo con ella.

El padre cuyo sueño permite interpretar que desea la muerte de su hijo mayor, su preferido, tiene que admitir igualmente el recuerdo de que una vez ese deseo no le fue ajeno. Cuando su hijo era todavía un lactante, muchas veces pensó ese hombre, insatisfecho con su elección matrimonial, que si ese pequeño ser, que nada le significaba, muriera, él quedaría de nuevo libre y haría de su libertad un mejor uso.[6] Puede demostrarse que gran número de parecidas mociones de odio tienen idéntico origen; son recuerdos de algo que perteneció al pasado, fue una vez conciente y cumplió su papel en la vida anímica. De ahí inferirán ustedes que tales deseos y tales sueños no se presentarán en los casos en que no han sobrevenido mudanzas de esa naturaleza en la relación con una persona, vale decir, en que la relación mantuvo desde el comienzo el mismo sentido. Estoy dispuesto a concederles esta inferencia, con tal que se percaten de que no estamos tomando en cuenta la literalidad del sueño, sino su sentido tras la interpretación. Puede suceder que el sueño manifiesto de la muerte de una persona querida no haga sino presentar una máscara espantable, mientras que en verdad significa algo por entero diverso, o que la persona querida esté destinada a ser el engañoso sustituto de otra.

Pero esta misma concepción de las cosas les sugerirá a ustedes otra pregunta, mucho más seria. Dirán: «Muy bien, supongamos que ese deseo de muerte existió una vez, y es corroborado por el recuerdo; pero esa no es todavía una

5 [Este sueño se describe con más detalle en *IS*, **4**, págs. 171-2, y vuelve a hacerse referencia a él en *ibid.*, pág. 259. En tres oportunidades, a la muchacha se le asigna en tales pasajes la edad de «quince» años (en letras); los «17» años (en números) que figuran en todas las ediciones alemanas del presente libro tal vez respondan a un error de imprenta.]

6 [Una historia que parece ser la misma que esta se narra con mucho más detalle, y no con relación a un sueño sino a un «trastrocar las cosas confundido», en *Psicopatología de la vida cotidiana*, *AE*, **6**, págs. 184-5.]

explicación: Fue vencido hace tiempo, y hoy apenas si puede persistir en el inconciente como un mero recuerdo vaciado de todo afecto, nunca como una moción potente. Nada habla en favor de esto último. ¿A raíz de qué, entonces, sería recordado por el sueño?». Esta pregunta tiene real justificación; el intento de darle respuesta nos llevaría demasiado lejos y nos forzaría a tomar partido en uno de los puntos más importantes de la doctrina del sueño. Pero me veo obligado a mantenerme dentro del marco de nuestras elucidaciones y a practicar la abstinencia. Avénganse ustedes a esta renuncia provisional.[7] Conformémonos con la prueba fáctica de que este deseo superado es rastreable como excitador del sueño, y prosigamos nuestra indagación para averiguar si también otros deseos malignos admiten esa misma derivación desde el pasado.

Sigamos considerando esos deseos de eliminación, que las más de las veces podemos reconducir al egoísmo irrestricto del soñante. Un deseo así es rastreable con harta frecuencia como formador del sueño. Tantas veces como en la vida alguien se nos interpone en el camino (y han de ser sobradas, en vista de la complejidad de las situaciones vitales), de inmediato está el sueño dispuesto a matarlo, se trate del padre, de la madre, de un hermano, un cónyuge, etc. Nos asombró muchísimo esta perversidad de la naturaleza humana, y por cierto no nos inclinábamos a aceptar sin más la exactitud de este resultado de la interpretación del sueño. Pero cuando advertimos que el origen de esos deseos debía buscarse en el pasado, enseguida descubrimos el período del pasado individual en que ese egoísmo y esas mociones de deseo, aun hacia los más allegados, nada tienen de sorprendente. Es el niño, precisamente en aquellos primeros años que después son tapados por la amnesia, el que muestra ese egoísmo; a menudo lo exhibe de un modo extremadamente acusado, pero en todo caso siempre deja ver sus nítidos esbozos o, mejor dicho, sus relictos. Es que el niño se ama primero a sí mismo y sólo después aprende a amar a otros, a sacrificar a otro algo de su yo. Aun a las personas a quienes parece amar desde el principio, las ama ante todo porque le hacen falta, no puede prescindir de ellas; por tanto, otra vez por motivos egoístas. Sólo más tarde la moción de amor se hace independiente del egoísmo. De hecho, *el niño ha aprendido a amar en el egoísmo.*

7 [Freud vuelve sobre este problema al final de la presente conferencia (pág. 194).]

En relación con esto, será instructivo comparar la actitud del niño hacia sus hermanos con la que tiene hacia sus padres. No necesariamente el niño pequeño ama a sus hermanos, y a menudo es evidente que no lo hace. Es indudable que los odia como a sus competidores, y sabemos bien que con frecuencia esta actitud se mantiene por largos años hasta la época de la madurez, y aun después puede proseguir sin interrupción. Muy comúnmente es relevada por una más tierna o, digámoslo mejor: esta se le sobreimpone, pero la actitud hostil parece ser, con mucha regularidad, la más temprana. Es posible observarla con suma facilidad en niños de dos años y medio hasta cuatro y cinco, cuando les nace un nuevo hermanito. Este es recibido casi siempre de manera muy poco amistosa. Manifestaciones como: «No me gusta; que la cigüeña se lo lleve de nuevo», son muy habituales. Después se aprovecha toda oportunidad de rebajar al recién venido, y no es nada raro que haya intentos de hacerle daño, atentados directos. Si la diferencia de edad es pequeña, el niño, en el momento en que despierta en él una actividad anímica más intensa, ya encuentra frente a sí al competidor y se las arregla para manejarse con él. Si la diferencia es algo mayor, el nuevo niño puede despertarle desde el comienzo ciertas simpatías, como un objeto interesante, como una suerte de muñeco vivo; y si la diferencia de edades es de ocho años o más, pueden ya, particularmente en las niñas, entrar en juego mociones protectoras, maternales. Pero digámoslo con sinceridad; si tras un sueño uno descubre el deseo de que muera el hermano, no hace falta hallarlo inusitado y enigmático; su modelo se rastrea sin dificultad en la primera infancia, y muchas veces aun en años posteriores de la convivencia.[8]

Probablemente no haya cuarto de niños sin violentos conflictos entre sus moradores. Motivos: la competencia por el amor de los padres, por el patrimonio común, por el espacio dentro de la vivienda. Las mociones hostiles se dirigen tanto hacia los hermanos mayores como hacia los menores. Fue Bernard Shaw, creo, quien acuñó esta frase: «Por lo general, sólo hay una persona a quien una muchacha inglesa odia más que a su madre: su hermana mayor».[9] En esta sentencia, empero, hay algo que nos extraña. Al odio y a la competencia entre hermanos, si nos apuran, los hallamos concebibles; pero, ¿cómo podrían penetrar sentimientos de odio en la relación entre hija y madre, entre padres e hijos?

8 [Las relaciones entre hermanos y hermanas se discuten con ejemplos en la sección D del capítulo V de *IS*, **4**, págs. 260-5.]
9 [Lo dice John Tanner en *Hombre y superhombre*, acto II.]

Esa relación es, sin duda, y aun desde el ángulo del niño, la más favorable. Además, es lo que nuestra expectativa reclama; hallamos más chocante que falte el amor entre padres e hijos, que no entre hermanos. En el primer caso, por así decir, hemos sacralizado algo que en el segundo abandonamos a lo profano. Y no obstante, la observación cotidiana puede mostrarnos que hartas veces los vínculos de afecto entre padres e hijos adultos van muy a la zaga del ideal establecido por la sociedad, y acecha ahí una hostilidad que se exteriorizaría si no la coartasen unos añadidos de piedad y de mociones tiernas. Los motivos para ello son de todos conocidos y muestran una tendencia a divorciar entre sí a los del mismo sexo, a la hija de la madre, al padre del hijo. La hija encuentra en la madre la autoridad que cercena su voluntad y la persona a quien se ha confiado la misión de imponerle esa renuncia a la libertad sexual que la sociedad exige; en ciertos casos, también la competidora que se resiste a ser suplantada {*Verdrängung*}. Esto mismo se repite, de manera todavía más llamativa, entre el hijo y el padre. Para el hijo, el padre encarna toda la coacción social, que soporta a disgusto; el padre le bloquea el acceso a la afirmación de la voluntad, al goce sexual temprano y, donde existen bienes de familia comunes, al goce de estos. La espera de la muerte del padre se acrecienta en el caso del heredero del trono hasta una altura que roza lo trágico. Menos amenazada parece la relación entre padre e hija, madre e hijo. Esta última da los ejemplos más puros de una ternura inalterable, no turbada por ninguna clase de reparo egoísta.[10]

¿Por qué hablo de estas cosas, que son bien triviales y conocidas por todos? Porque hay una inequívoca inclinación a desmentir su importancia en la vida, y a presentar como cumplido el ideal que la sociedad exige, con mucho mayor frecuencia de lo que en realidad ocurre. Pero es mejor que el psicólogo diga la verdad, y no que abandone esta tarea al cínico. Por otra parte, esta desmentida sólo alcanza a la vida real. El arte narrativo y dramático goza de la libertad de servirse de los motivos que ofrece el incumplimiento de ese ideal.

No debe asombrarnos, pues, que el sueño descubra en gran número de personas su deseo de eliminación de los padres,

10 [Este punto se examina con mayor amplitud en la 33ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933*a*), *AE*, **22**, pág. 124.]

en especial del de su mismo sexo. Tenemos derecho a suponer que preexistió también en la vida de vigilia, y aun muchas veces devino conciente, cuando ha sido capaz de enmascararse mediante algún otro motivo; así, en el caso de nuestro soñante del ejemplo 3 [pág. 172], lo hizo mediante la compasión por el inútil sufrimiento del padre. Es raro que la hostilidad reine sola en esa relación; más frecuentemente se retira tras mociones tiernas por las que es sofocada, y tiene que aguardar hasta que un sueño, por así decirlo, la aísle. Lo que el sueño, a consecuencia de ese aislamiento, nos muestra magnificado vuelve a achicarse cuando, tras la interpretación, es reinsertado por nosotros en la trama de la vida (Hanns Sachs).[11] Ahora bien, hallamos este deseo onírico también ahí donde en la vida no tiene asidero alguno y donde el adulto en la vigilia jamás podría verse forzado a confesárselo. Esto tiene su fundamento en que el motivo más profundo y regular para la enemistad, en particular entre las personas del mismo sexo, ya se ha hecho valer en la primera infancia.

Aludo a la competencia de amor con nítido resalto del carácter sexual. El hijo, ya de pequeño, empieza a desarrollar una particular ternura por la madre, a quien considera como su bien propio, y a sentir al padre como un rival que le disputa esa posesión exclusiva; y de igual modo, la hija pequeña ve en la madre a una persona que le estorba su vínculo de ternura con el padre y ocupa un lugar que ella muy bien podría llenar. Las observaciones nos fuerzan a aceptar cuán temprana es la edad a que se remontan tales actitudes, que llamamos *complejo de Edipo* porque esta saga realiza, apenas moderados, los dos deseos extremos que resultan de la situación del hijo varón: matar al padre y tomar por esposa a la madre. No pretendo sostener que el complejo de Edipo agote el vínculo de los hijos con los padres; este puede fácilmente ser mucho más intrincado. Además, el complejo de Edipo aparece perfilado con mayor o menor fuerza, hasta puede experimentar una inversión, pero es un factor regular y muy importante de la vida anímica infantil, y se corre más bien el peligro de menospreciar su influjo y el de los desarrollos que surgen de él, que no de sobrestimarlo. Por lo demás, los hijos reaccionan a menudo con la actitud del Edipo debido a una incitación de los padres, que con suma frecuencia se dejan guiar en su elección de amor por la diferencia sexual, de suerte que el padre prefiere a la hija, la madre al hijo o, en caso de enfriamiento

11 [Freud cita literalmente a Sachs (1912, pág. 569) en un párrafo que introdujo en 1914 casi al final de *IS* (**5**, págs. 607-8).]

en el matrimonio, lo toma por sustituto del objeto de amor desvalorizado.[12]

No puede aseverarse que el mundo haya agradecido mucho a la investigación psicoanalítica por el descubrimiento del complejo de Edipo. Al contrario, ha provocado la más violenta revuelta de los adultos, y personas que no se habían sumado al desconocimiento {*Ableugnung*} de este vínculo afectivo sobre el que recae la prohibición o el tabú, más tarde han reparado esa omisión restándole valor al complejo mediante unas reinterpretaciones.[13] Según mi convicción inalterada, aquí nada hay que desmentir {*verleugnen*} ni nada que embellecer. Reconciliémonos con ese hecho que es reconocido por la propia saga griega como un hado inevitable. Interesante es, de nuevo, que a ese complejo de Edipo expulsado de la vida se lo abandone a la creación literaria, se lo ceda a esta, por así decir, para que disponga libremente de él. Otto Rank [1912*c*] expuso en un minucioso estudio de qué modo precisamente el complejo de Edipo ofreció ricos motivos a la creación dramática, con infinitos retoques, atenuaciones y disfraces, vale decir, con desfiguraciones que hemos reconocido ya como la obra de una censura. Por tanto, nos es lícito atribuir este complejo de Edipo aun a aquellos soñantes tan dichosos como para sustraerse en su vida posterior de todo conflicto con sus padres, e íntimamente anudado a él hallamos lo que llamamos *complejo de castración*:[14] la reacción frente a la intimidación sexual o al cercenamiento de la práctica sexual de la primera infancia, que se atribuyen al padre.

Por las averiguaciones que hemos hecho hasta ahora en el estudio de la vida anímica infantil, podemos alimentar también la esperanza de que se nos esclarezca, de manera similar, el origen de la otra parte de los deseos oníricos prohibidos: las mociones sexuales excesivas. Ello nos estimula a estudiar también el desarrollo de la vida sexual infantil, y de varias fuentes averiguamos esto: Es, ante todo, un error insostenible negar que el niño tenga una vida sexual y suponer que la sexualidad sólo se instalaría en la época de la pubertad, con la maduración de los genitales. Por lo contrario, desde el comienzo mismo el niño tiene una rica vida

12 [El complejo de Edipo se examina mucho más detenidamente en la 21ª conferencia, **16**, págs. 300 y sigs.]

13 [Esta es, por supuesto, una alusión a la secesión de Adler y Jung. Cf. **16**, pág. 315*n*.]

14 [Examinado más ampliamente en la 20ª conferencia, **16**, pág. 290.]

sexual que se diferencia en muchos puntos de la que más tarde se juzga normal. Lo que en la vida de los adultos llamamos «perverso» diverge de lo normal en los siguientes puntos: en primer lugar, por el traspaso de la barrera entre las especies (el abismo entre el hombre y el animal); en segundo lugar, por la trasgresión de la barrera del asco; tercero, de la barrera del incesto (la prohibición de buscar satisfacción sexual en parientes cercanos consanguíneos); cuarto, de la identidad del sexo y, quinto, por la trasferencia del papel genital a otros órganos y partes del cuerpo. Todas estas barreras no existen desde el principio, sino que se erigen poco a poco en el curso del desarrollo y de la educación. El niño pequeño está libre de ellas. No conoce todavía ningún tajante abismo entre hombre y animal; sólo más tarde se desarrolla en él la arrogancia con que aquel se aparta de este.[15] Inicialmente no muestra asco alguno frente a lo excrementicio, sino que lo aprende poco a poco bajo el imperio de la educación; no atribuye un valor particular a la diferencia de los sexos, más bien les imputa a ambos la misma formación genital; dirige sus primeros apetitos sexuales y su curiosidad a los seres más allegados, y a quienes más ama por otras razones: padres, hermanos, personas encargadas de su crianza; por último, muestra lo que vuelve a irrumpir luego en la exaltación de un vínculo amoroso: no sólo espera placer de los órganos sexuales, sino que muchos otros lugares del cuerpo reclaman esa misma sensibilidad, procuran análogas sensaciones placenteras y, así, pueden desempeñar el papel de genitales. El niño puede ser llamado, entonces, «perverso polimorfo»; y si no advertimos más que rastros de la práctica de estas mociones en el niño, esto se debe, por una parte, a su menor intensidad por comparación a la que poseen en épocas más tardías de la vida, y, por la otra, a que la educación sofoca en el acto, con energía, todas las exteriorizaciones sexuales del niño. Esta sofocación continúa, por así decir, en la teoría, en cuanto los adultos se empeñan en no ver un sector de las exteriorizaciones sexuales infantiles y en disfrazar otro mediante una reinterpretación de su naturaleza sexual, hasta que a la postre pueden desconocer el todo. A menudo son estas mismas personas las que primero, en el cuarto de los niños, se enfurecen con todas sus malas costumbres sexuales, y luego, puestas a su mesa de escribir, son las campeonas de la pureza sexual de esos mismos niños. Cuando los niños son abandonados a su arbitrio o están bajo el influjo de la seduc-

15 [Freud se explayó sobre este punto en un trabajo de la misma época, «Una dificultad del psicoanálisis» (1917*a*), *AE*, **17**, pág. 132.]

ción, suelen dar muestras bien visibles de una práctica sexual perversa. Desde luego, los adultos tienen derecho a no tomar esto en serio, declarándolo «niñerías» o «jugueteos», pues el niño no puede ser juzgado ni ante el tribunal de las costumbres ni ante el de la ley como capaz y responsable, pero esas cosas existen sin duda alguna, tienen su importancia tanto como indicios de una constitución congénita cuanto como causas y acicates de desarrollos posteriores, y nos anotician sobre la vida sexual infantil y, así, sobre la vida sexual humana en general. Por tanto, si tras nuestros sueños desfigurados reencontramos todas estas perversas mociones de deseo, esto no significa sino que el sueño ha consumado también en este ámbito el retroceso al estado infantil.

Entre estos deseos prohibidos, merecen destacarse particularmente los incestuosos, es decir, los que apuntan al comercio sexual con progenitores y hermanos. Bien conocen ustedes el horror que en la comunidad humana se siente, o al menos se proclama, hacia un comercio semejante, y el énfasis que se pone en su prohibición. Se han hecho los más colosales esfuerzos para explicar este horror al incesto. Algunos han conjeturado que son unas precauciones de la naturaleza con miras a la reproducción las que se hacen representar {*repräsentieren*} en lo psíquico mediante esa prohibición, pues el apareamiento de consanguíneos haría degenerar los caracteres de la raza; pero otros han aseverado que la convivencia desde la primera infancia hace que el apetito sexual se desvíe de las personas que participan en ella. En cualquiera de los dos casos, en verdad, la evitación del incesto estaría asegurada automáticamente, y no se comprendería la necesidad de esa estricta prohibición, que más bien apunta a la preexistencia de un poderoso anhelo. Las indagaciones psicoanalíticas han llegado a la inequívoca conclusión de que la elección incestuosa de objeto amoroso es la primera y es la regular, y sólo más tarde adviene una resistencia a ella, que en modo alguno puede tener su origen en la psicología individual.[16]

Resumamos lo que esta profundización en la psicología infantil nos ha aportado para la comprensión del sueño. No sólo hallamos que el material de las vivencias infantiles olvidadas es asequible al sueño; vimos también que la vida anímica de los niños, con todas sus particularidades, su egoísmo, su elección incestuosa de objeto amoroso, etc., persiste

[16] [El tema de la sexualidad infantil es vuelto a tratar con mayor extensión en la 20ª y 21ª conferencias, **16**, págs. 277 y sigs.]

todavía para el sueño, vale decir en lo inconciente, y que todas las noches el sueño nos retrotrae a ese estadio infantil. Esto nos ratifica que *lo inconciente de la vida anímica es lo infantil.* La impresión de extrañeza que nos provoca tanta malignidad ínsita en el hombre empieza a ceder. Esta horrible malignidad es simplemente lo inicial, lo primitivo, lo infantil de la vida anímica que nosotros podemos hallar operante en el niño, pero que en parte no vemos en él a causa de sus pequeñas dimensiones, en parte no tomamos en serio porque no le exigimos ninguna elevación ética. Como el sueño regresa hasta ese estadio, parece como si hubiera sacado a la luz lo maligno en nosotros. Pero no es más que una ilusión engañosa por la que nos hemos dejado espantar. No somos tan malignos como supondríamos tras la interpretación de los sueños.

Si las mociones malignas de los sueños son sólo infantilismos, un regreso a los comienzos de nuestro desarrollo ético, siendo que el sueño no hace sino volvernos niños en el pensamiento y el sentimiento, no nos hace falta, racionalmente, avergonzarnos por estos sueños malignos.[17] Sólo que lo racional no es sino una parte de la vida anímica, y en el alma operan además muchas cosas que no son racionales; y así acontece que, en forma no racional, nos avergonzamos empero de tales sueños. Los sometemos a la censura onírica, nos avergonzamos y enfadamos cuando, por excepción, uno de estos deseos logra penetrar en la conciencia de manera tan poco desfigurada que no podemos menos que reconocerlo, y aun en ocasiones nos avergüenzan los sueños desfigurados como si en verdad los comprendiésemos. Baste recordar la indignación con que juzgó aquella digna anciana su sueño, no interpretado, de los «servicios de amor» [págs. 125-6]. El problema, por tanto, no está aún resuelto, y es posible que si seguimos ocupándonos de lo maligno en el sueño alcancemos un juicio diverso sobre la naturaleza humana y una diversa estimación de ella.[18]

Como resultado de toda la indagación tomemos dos intelecciones, que no significan, sin embargo, sino el comienzo de nuevos enigmas, de nuevas dudas. En primer lugar: La regresión del trabajo onírico no es sólo formal {*formal*}, sino también material {*materiell*}. No sólo traduce nuestros pensamientos a una forma primitiva de expresión, sino que también convoca a las peculiaridades de nuestra vida anímica primitiva, la vieja prepotencia del yo, las mociones ini-

[17] [La responsabilidad moral por el contenido de los sueños fue objeto de un examen especial de Freud (sección B de 1925*i*), *AE*, **19**, págs. 133 y sigs. Cf. también la 21ª conferencia, **16**, pág. 302.]
[18] [Cf. **16**, pág. 308.]

ciales de nuestra vida sexual y aun nuestro viejo patrimonio intelectual, si es que podemos concebir de ese modo a la referencia simbólica. Y en segundo lugar: Todo esto infantil viejo, que una vez dominó y lo hizo como único señor, tenemos hoy que atribuirlo a lo inconciente; y entonces nuestras representaciones sobre lo inconciente se modifican y amplían. Inconciente ya no es más un nombre para lo latente por el momento; el inconciente es un reino anímico particular, con sus mociones de deseo propias, sus propios modos de expresión y sus mecanismos anímicos peculiares, que en ningún otro lado están en vigor. Pero los pensamientos oníricos latentes, que hemos colegido por la interpretación del sueño, no pertenecen a ese reino; son más bien tal cual habríamos podido pensarlos en la vigilia. Son, no obstante, inconcientes; ¿cómo se resuelve entonces esta contradicción? Empezamos a entrever que aquí ha de trazarse un distingo. Algo que proviene de nuestra vida conciente y comparte los caracteres de ella —lo llamamos «los restos diurnos»— se junta, para la formación del sueño, con otra cosa que viene de aquel reino del inconciente. Entre estas dos piezas se realiza el trabajo del sueño. El que los restos diurnos sean influidos por lo inconciente que se les sobreagrega encierra, sin duda, la condición para la regresión. Esta es la intelección más profunda que sobre la esencia del sueño podemos alcanzar aquí, antes de haber explorado otros ámbitos del alma. Pero pronto llegará el momento de imponer al carácter inconciente de los pensamientos oníricos latentes un nombre distinto, para diferenciarlo de lo inconciente que proviene de aquel reino de lo infantil.[19]

Podemos también, desde luego, plantear esta pregunta: ¿Qué compele a la actividad psíquica a hacer esa regresión durante el dormir? ¿Por qué no tramita de otro modo los estímulos anímicos que perturban el dormir? Y si por motivos de la censura onírica tiene que servirse del disfraz de la vieja manera de expresión, ahora incomprensible, ¿de qué le vale la reanimación de las viejas mociones del alma, de los deseos y rasgos de carácter ahora superados? ¿De qué le vale, entonces, la regresión material, que se sobreañade a la formal? La única respuesta que nos resultaría satisfactoria sería que sólo de esa manera puede ser formado un sueño, que dinámicamente no es posible cancelar de otro modo el estímulo onírico. Pero por ahora no tenemos el derecho de dar semejante respuesta.

[19] [Esta cuestión es retomada al final de la 14ª conferencia, pág. 208.]

14ª conferencia. El cumplimiento de deseo

Señoras y señores: ¿Debo recordarles el camino que hemos dejado atrás? ¿Cómo en la aplicación de nuestra técnica tropezamos con la desfiguración onírica, acordamos soslayarla primero y recogimos en los sueños infantiles las referencias decisivas sobre la esencia del sueño? ¿Y cómo después, armados con los resultados de esta indagación, abordamos directamente la desfiguración onírica y —así lo espero— la vencimos paso a paso? Ahora bien, tenemos que confesarnos que lo hallado por un camino y lo hallado por el otro no coinciden del todo. Se nos plantea la tarea de componer esos dos hallazgos y ajustarlos uno al otro.

Desde ambos lados resultó que el trabajo del sueño consiste esencialmente en la trasposición de pensamientos a una vivencia alucinatoria. ¿Cómo puede acontecer eso? He ahí algo bastante enigmático, pero es un problema de la psicología general que no ha de ocuparnos aquí. Por los sueños infantiles averiguamos que el trabajo del sueño se propone eliminar, mediante un cumplimiento de deseo, un estímulo anímico perturbador del dormir. De los sueños desfigurados no pudimos enunciar nada parecido antes de que supiéramos interpretarlos. Pero desde el comienzo esperábamos poder introducir los sueños desfigurados dentro de la misma perspectiva que obtuvimos para los infantiles. La primera confirmación de esta expectativa fue la intelección de que en verdad todos los sueños... son sueños de niños, trabajan con el material infantil, con mociones anímicas y mecanismos infantiles. Ahora que consideramos haber vencido la desfiguración onírica, tenemos que emprender esta otra indagación: averiguar si la concepción de los sueños como cumplimiento de deseo tiene validez también para los desfigurados.

Poco antes sometimos a la interpretación toda una serie de sueños, pero omitimos por completo el cumplimiento de deseo. Estoy seguro de que muchas veces ustedes se vieron asediados por esta pregunta: ¿Dónde queda entonces el cumplimiento de deseo, que supuestamente es la meta del trabajo onírico? Esta pregunta es importante; en efecto, esto es lo que plantean nuestros críticos legos. Como ustedes saben, la humanidad tiene una tendencia instintiva a defen-

derse de las novedades intelectuales. Entre las exteriorizaciones de esa tendencia se cuenta la de reducir enseguida al mínimo el alcance de una novedad así, comprimiéndola si es posible en un lema. El cumplimiento de deseo es el lema escogido para la nueva doctrina del sueño. Los legos preguntan: ¿Dónde está el cumplimiento de deseo? Cuando escuchan que el sueño sería un cumplimiento de deseo, enseguida plantean esa pregunta y la responden por la negativa. Al punto se les ocurren incontables experiencias oníricas propias en que al soñar se anudó un displacer y aun una grave angustia; así la aseveración de la doctrina psicoanalítica del sueño se les hace bastante inverosímil. Fácil nos resulta responderles que el cumplimiento de deseo no puede ser evidente en los sueños desfigurados: hay que buscarlo primero. Por tanto, no es posible indicarlo antes de interpretar el sueño. Sabemos también que los deseos de estos sueños desfigurados son deseos prohibidos, rechazados por la censura; su presencia, justamente, fue la causa de la desfiguración onírica y el motivo para la intervención de la censura. Pero a los críticos legos es difícil hacerles admitir que antes de la interpretación del sueño no es lícito preguntar por el cumplimiento de deseo. Olvidan esto siempre, una y otra vez. Su actitud negativa frente a la teoría del cumplimiento de deseo no es en verdad otra cosa que una consecuencia de la censura onírica, un sustituto y una emanación de la negativa con que tropezaron estos deseos oníricos censurados.

Desde luego, tendremos necesidad de explicarnos la existencia de tantos sueños de contenido penoso y, en particular, de los sueños de angustia. Tropezamos aquí por vez primera con el problema de los afectos en el sueño, que merece por sí solo un estudio, pero del que desgraciadamente no podemos ocuparnos. Si el sueño es un cumplimiento de deseo, no podría incluir sensaciones penosas; en esto los críticos legos parecen tener razón. Pero es preciso tener en cuenta tres clases de complicaciones en que ellos no han reparado.

En primer lugar: puede ocurrir que el trabajo del sueño no logre plenamente crear un cumplimiento de deseo, de suerte que una parte del afecto penoso de los pensamientos oníricos quede pendiente y aflore en el sueño manifiesto. El análisis tendría que mostrar entonces que esos pensamientos oníricos eran todavía más penosos que el sueño conformado a partir de ellos. Y eso es lo que en todos los casos puede demostrarse. Convenimos, entonces, en que el trabajo del sueño no ha alcanzado su fin, tal como el sueño de beber, provocado por un estímulo de sed, no logra su pro-

pósito de extinguirla [pág. 122]. Uno sigue sediento y se ve forzado a despertarse para beber. No obstante, era un sueño cabal, no había resignado nada de su esencia. Tendríamos que decir: *Ut desint vires, tamen est laudanda voluntas.*[1] Al menos el propósito, que claramente se reconoce, sigue siendo digno de alabanza. Tales casos de fracaso no son nada raros. Contribuye a ello el hecho de que para el trabajo del sueño es mucho más difícil alterar el sentido de los afectos que el de los contenidos; los afectos suelen ser muy resistentes. Hay casos en que el trabajo del sueño ha logrado refundir el contenido penoso de los pensamientos oníricos en un cumplimiento de deseo, mientras que el afecto penoso se abre paso todavía inalterado. En tales sueños el afecto para nada condice con el contenido, y nuestros críticos pueden decir que a tal punto el sueño no es un cumplimiento de deseo, que en él un contenido inofensivo puede sentirse como penoso. A este despropósito objetaremos que la tendencia del trabajo del sueño al cumplimiento de deseo sale a la luz de la manera más nítida justamente en los sueños de esa índole, porque está aislada. El error proviene de que el que no conoce las neurosis imagina demasiado íntimo el enlace entre contenido y afecto, y por eso no puede concebir que un contenido se retoque sin que la exteriorización de afecto correspondiente se altere también.[2]

Un segundo factor, mucho más importante y que cala más hondo, descuidado igualmente por los legos, es el siguiente. Un cumplimiento de deseo tendría sin duda que brindar placer, pero también cabe preguntar: ¿a quién? Desde luego, a quien tiene el deseo. Ahora bien, sabemos que el soñante mantiene con sus deseos una relación sumamente particular. Los desestima {*verwerfen*}, los censura; en suma, no le gustan. Por tanto, un cumplimiento de ellos no puede brindarle placer alguno, sino lo contrario. La experiencia muestra entonces que eso contrario, que hemos de explicar todavía, entra en escena en la forma de la angustia. Por consiguiente, en su relación con sus deseos oníricos, el soñante sólo puede ser equiparado a una sumación de dos personas, que, empero, están ligadas por una fuerte comunidad. En lugar de toda una serie de ulteriores puntualizaciones, les ofrezco un conocido cuento en que reencontrarán idénticas

1 [«Aunque falta la fuerza, la voluntad merece la alabanza» (Ovidio, *Epistulae ex Ponto*, 3, 4, 79).]

2 [Freud insistió desde época muy temprana en el carácter laxo de la conexión entre las ideas y sus afectos concomitantes. Véase, por ejemplo, su trabajo sobre «Las neuropsicosis de defensa» (1894*a*), *AE*, **3**, págs. 53-4.]

relaciones. Un hada buena promete a una pareja pobre, marido y mujer, el cumplimiento de los tres primeros deseos que se les ocurran. Eso los llena de dicha y se proponen escoger con cuidado los tres deseos. Pero la mujer se deja seducir por el aroma de unas salchichas que cocinan en la choza vecina, y desea para sí un par de salchichas como esas. Y volando están ellas ahí; es el primer cumplimiento de deseo. Entonces el marido se enoja y en su ira desea que las salchichas le queden a su mujer colgadas de la nariz. También esto se consuma, y las salchichas no pueden removerse de su nuevo lugar; he ahí el segundo cumplimiento de deseo, pero el deseo fue del hombre: a la mujer no le gusta nada ese cumplimiento de deseo. Ya saben cómo sigue el cuento. Puesto que los dos en el fondo son uno, marido y mujer, el tercer deseo tiene que ser que las salchichas se aparten de la nariz de la mujer. Podremos aplicar este cuento muchas veces en otros contextos; aquí nos sirve sólo como ilustración de la posibilidad de que el cumplimiento de deseo de uno pueda significar displacer para el otro cuando los dos no están de acuerdo entre sí.[3]

Ahora no nos resultará difícil llegar a una comprensión todavía mayor de los sueños de angustia. Sólo tendremos que utilizar una observación y decidirnos después a aceptar un supuesto en cuyo apoyo pueden aducirse muchas cosas. La observación es que los sueños de angustia a menudo tienen un contenido despojado de toda desfiguración; por así decir, se ha sustraído de la censura. El sueño de angustia es muchas veces un cumplimiento no disfrazado de deseo, no desde luego el de un deseo admisible, sino el de uno reprobado. La angustia desarrollada ha ocupado el lugar de la censura. Mientras que del sueño infantil puede enunciarse que es el cumplimiento franco de un deseo permitido, y del sueño desfigurado común, que es el cumplimiento disfrazado de un deseo reprimido, al sueño de angustia sólo le conviene esta fórmula: es el cumplimiento franco de un deseo reprimido. La angustia es el indicio de que el deseo reprimido ha resultado más fuerte que la censura, le ha impuesto su cumplimiento de deseo o estuvo a punto de hacerlo. Concebimos que eso que para él es cumplimiento de deseo, para nosotros, que nos situamos del lado de la censura onírica, sólo puede ser ocasión de unas sensaciones penosas y de la defensa. La angustia que entonces emerge en el sueño es, si lo prefieren, una angustia frente a la fuerza de estos deseos

[3] [Este párrafo, en su totalidad, fue posteriormente incluido por Freud como nota en la edición de 1919 de *IS*, **5**, pág. 572.] El mismo cuento es relatado, en un contexto muy distinto, en el trabajo sobre «Lo ominoso» (1919*b*), *AE*, **17**, pág. 245.]

ordinariamente sofrenados {*Niederhalten*}. ¿Por qué esta defensa emerge en forma de angustia? No se lo puede colegir del estudio del sueño solo; se requiere, es evidente, estudiar la angustia en otros lugares.[4]

Lo mismo que es válido para los sueños de angustia no desfigurados, tenemos derecho a suponerlo también para los que han experimentado una cuota de desfiguración y para los otros sueños de displacer cuyas sensaciones penosas probablemente corresponden a aproximaciones a la angustia. El sueño de angustia es, por lo común, un sueño de despertar; solemos interrumpir el dormir antes de que el deseo reprimido del sueño haya impuesto, contra la censura, su cumplimiento pleno. En este caso el sueño ha fracasado en su cometido, pero no por eso se modifica su esencia. Hemos comparado al sueño con el guardián nocturno o con un guardián del dormir que quiere preservárnoslo [pág. 118]. También el guardián nocturno se ve en la coyuntura de despertar al durmiente, a saber, cuando se siente demasiado débil para ahuyentar por sí solo la perturbación o el peligro. No obstante, muchas veces se logra seguir durmiendo aunque el sueño empiece a ponerse peliagudo y a volcarse a la angustia. Nos decimos, dormidos: «Esto no es más que un sueño», y seguimos durmiendo.

¿En qué casos el deseo del sueño será capaz de vencer a la censura? La condición para ello puede ser llenada tanto por el deseo cuanto por la censura oníricos. Por razones que se ignoran, el deseo puede cobrar alguna vez una hiperintensidad; pero uno tiene la impresión de que más a menudo es la censura onírica la responsable de este desplazamiento de la relación de fuerzas. Tenemos ya averiguado [pág. 131] que la censura trabaja en cada caso individual con intensidad diferente, trata a cada elemento con un grado de rigor diverso; ahora querríamos agregar el supuesto de que es absolutamente variable y no todas las veces aplica el mismo rigor al mismo elemento chocante. Si una vez las cosas se han conjugado de modo que se siente impotente frente a un deseo onírico que amenaza coparla, ella se sirve entonces, en vez de la desfiguración, del último recurso que le queda: abandonar el estado del dormir, con desarrollo de angustia.

Aquí paramos mientes en que no sabemos todavía en absoluto cuál es el motivo por el que estos deseos malignos, reprobados, se agitan justamente por las noches para turbarnos mientras dormimos. Difícilmente la respuesta no se encuentre en un supuesto referido a la naturaleza del estado

[4] [Es el tema de la 25ª conferencia, **16**, págs. 357 y sigs.]

del dormir. Durante el día, sobre estos deseos gravita la pesada presión de una censura que les hace imposible exteriorizarse mediante efectos cualesquiera. Por la noche, es probable que esta censura, como todos los otros intereses de la vida anímica, se recoja o al menos se rebaje fuertemente en beneficio de un único deseo, el de dormir. A este rebajamiento de la censura durante la noche deben entonces los deseos prohibidos el que les sea permitido agitarse de nuevo. Ciertos neuróticos insomnes nos confiesan que su insomnio fue inicialmente deliberado. No se atrevían a dormir porque sentían temor de sus sueños, vale decir, sentían temor de las consecuencias de esa aminoración de la censura. Mas no por eso el recogimiento de la censura significa un descuido grave. Lo habrán notado fácilmente: el estado del dormir paraliza nuestra motilidad; por más que nuestros propósitos malignos se empiecen a remover, no son capaces de hacer otra cosa más que un sueño, inocuo en la práctica. A este tranquilizador estado de cosas alude la muy razonable observación que el durmiente suele hacer (aunque nocturna, no pertenece a la vida onírica): «Es sólo un sueño». Por eso le damos permiso y seguimos durmiendo.

Si, en tercer lugar, recuerdan ustedes la concepción según la cual el soñante que se revuelve contra sus deseos es equiparable a una sumación de dos personas separadas, pero conectadas estrechamente de algún modo, hallarán concebible otra posibilidad de que por la vía de un cumplimiento de deseo pueda producirse algo en extremo displacentero, a saber, una punición. Aquí puede servir de nuevo como ilustración el cuento de los tres deseos: las salchichas en el plato son el cumplimiento directo del deseo de la primera persona, la mujer; las salchichas en la nariz de esta son el cumplimiento de deseo de la segunda, el marido, pero a la vez el castigo por el necio deseo de la mujer. En las neurosis, después, reencontraremos también la motivación del tercer deseo, el único que nos queda pendiente del cuento. Ahora bien, hay muchas tendencias punitorias de esa índole en la vida anímica del hombre; son muy fuertes, y se puede hacerlas responsables de una parte de los sueños penosos.[5] Ahora, quizá, dirán ustedes que de esa manera no queda en pie gran cosa del famoso cumplimiento de deseo. Pero si lo miran más de cerca admitirán que no tienen razón. Por contraposición a la multiplicidad, que después mencionaremos, de lo que el sueño podría ser —y que, según muchos au-

[5] [Los sueños de punición se examinan en *IS*, **5**, págs. 470-3 y 549-50.]

tores, de hecho es—, la solución cumplimiento de deseo-cumplimiento de angustia-cumplimiento de castigo es bien circunscrita. A esto se suma que la angustia es el opuesto directo del deseo, que los opuestos se sitúan particularmente próximos entre sí en la asociación y, como tenemos averiguado, coinciden en el inconciente [págs. 163 y sigs.]. Además, considérese que el castigo es también un cumplimiento de deseo, el de la otra persona, la censuradora.

En conjunto, por consiguiente, no he hecho concesión alguna a la objeción de ustedes contra la teoría del cumplimiento de deseo. Pero estamos obligados a poner de manifiesto el cumplimiento de deseo en cualquier sueño desfigurado, y no queremos por cierto sustraernos de esta tarea. Recurramos al sueño, ya interpretado, de las tres malas localidades a cambio de 1 florín y 50 kreuzer, que ya tantas cosas nos ha enseñado [págs. 111 y 128]. Espero que todavía lo recuerden ustedes. Una dama a quien su marido le comunica durante el día que Elisa, una amiga de ella sólo tres meses más joven, se ha comprometido, sueña que está sentada en el teatro con su marido. Un sector de la platea está casi vacío. Su marido le dice que Elisa y su prometido también habrían querido ir al teatro, pero no pudieron pues sólo les daban malas localidades, tres por 1 florín y 50. Ella piensa que tampoco habría sido una desgracia. Nosotros habíamos colegido que los pensamientos oníricos se referían al fastidio por haberse casado tan temprano y a la insatisfacción con su marido. Nos es lícito ser curiosos y averiguar el modo en que estos tristes pensamientos se refundieron en un cumplimiento de deseo, así como el lugar en que se encuentra su huella dentro del contenido manifiesto. Ahora ya sabemos que el elemento «demasiado temprano, apresuradamente» fue eliminado del sueño por la censura [pág. 128]. La platea vacía es una alusión a eso. El enigmático «tres por 1 florín y 50» nos resulta más comprensible ahora con ayuda del simbolismo, que después hemos aprendido. El 3,[6] en efecto, significa un hombre, y el elemento manifiesto es fácil de traducir: comprarse un marido a cambio de la dote. («Uno diez veces [7] mejor habría podido comprarme a cambio de mi dote».) El casarse está sustituido, a todas luces, por el ir-al-teatro. El «procurarse demasiado temprano entradas para el teatro» está en remplazo directo del casarse demasiado temprano. Empero, esta sustitución es la obra del cumpli-

[6] No he mencionado otra posible interpretación de este «3» en una mujer estéril porque su análisis no produjo material que la refrendara. [Cf. págs. 149-50.]

[7] [Presumiblemente un desliz por «cien veces»; cf. pág. 113.]

miento de deseo. Nuestra soñante nunca estuvo tan insatisfecha con su temprano matrimonio como el día en que recibió la noticia de los esponsales de su amiga. En su tiempo estaba orgullosa de él y se consideraba aventajada frente a su amiga. Muchachas ingenuas suelen dejar traslucir, luego de sus esponsales, su alegría por el hecho de que pronto les estará permitido ir al teatro, a ver las piezas que hasta entonces tenían prohibidas; les estará permitido ver todo. Esa pizca de placer de ver o de curiosidad que aquí sale a la luz fue por cierto, al principio, un placer de ver sexual [escoptofilia], volcado a la vida sexual, en particular de los padres, y pasó a ser después un fuerte motivo que empujó a las muchachas al matrimonio temprano. De tal manera, la visita al teatro se convierte en un evidente sustituto alusivo del estar casado. En el fastidio actual por su casamiento temprano, ella se remonta por eso al tiempo en que era para ella un cumplimiento de deseo porque le satisfacía su placer de ver, y ahora, guiada por esa vieja moción de deseo, sustituye el casarse por el ir-al-teatro.

Podemos decir que no nos hemos rebuscado precisamente el ejemplo más cómodo para la pesquisa de un cumplimiento de deseo escondido. De manera análoga tendríamos que proceder en el caso de otros sueños desfigurados. No puedo hacerlo frente a ustedes, y meramente quiero enunciar el convencimiento de que se lo logra en todos los casos. Mas quiero demorarme en este punto de la teoría. La experiencia me ha enseñado que, de toda la doctrina del sueño, es uno de los que más peligros corren, y promueve muchas discordias y malentendidos. Además, quizás estén ustedes todavía bajo la impresión de que yo me retracté de una parte de mi aseveración cuando manifesté que el sueño era un deseo cumplido o lo contrario de esto, una angustia o una punición realizadas, y opinarán que ha llegado el momento de arrancarme otras restricciones. También he oído el reproche de que las cosas que a mí mismo me parecen evidentes las expongo de manera demasiado sucinta y, por eso, poco convincente.

Cuando alguien ha avanzado con nosotros hasta este punto en la interpretación de los sueños, aceptando todos sus aportes, no es raro que se detenga frente al cumplimiento de deseo y pregunte: «Concedido que el sueño en todos los casos posee un sentido, y que este puede ser puesto de manifiesto por la técnica psicoanalítica, pero, ¿por qué este sentido, a despecho de toda evidencia, ha de comprimirse siempre en la fórmula del cumplimiento de deseo? ¿Por qué

el sentido de este pensar nocturno no podría ser tan vario como el del pensar diurno, vale decir, que el sueño correspondiera una vez a un deseo cumplido, la otra, como usted mismo ha dicho, a lo contrario de él o a un temor realizado, pero además pudiera expresar un designio, una advertencia, una reflexión con sus pros y sus contras, o un reproche, un prurito de la conciencia moral, un ensayo de prepararse para una prueba inminente, etc.? ¿Por qué precisamente siempre y sólo un deseo, o a lo sumo su contrario?».

Podría pensarse que una diferencia en este punto no sería importante si se está de acuerdo en todo lo demás. Basta, se diría, con que descubramos el sentido del sueño y los caminos que llevan a individualizarlo, y parece secundario que determinemos ese sentido demasiado estrictamente; pero no es así. Un malentendido en este punto atañe a la esencia de nuestro conocimiento del sueño y pone en peligro su valor para la comprensión de la neurosis. Esa suerte de avenimiento que en la vida de los negocios se aprecia como «buena voluntad» está fuera de lugar en la empresa científica y es más bien dañino.

Mi primera respuesta a esa pregunta, «¿Por qué el sueño no sería multívoco, en el sentido indicado?», reza como suele en tales casos: Yo no sé por qué no ha de serlo. Nada tendría yo en contra de ello. Que sea como le dé la gana. Una pequeñez se opone a esa concepción más amplia y cómoda del sueño, a saber, que en realidad las cosas no son así. Mi segunda respuesta destacará que tampoco a mí me es ajeno el supuesto de que el sueño responde a diversas formas de pensamiento y operaciones intelectuales. Una vez, dentro de una historia clínica, informé de un sueño que sobrevino tres noches sucesivas y después no lo hizo más, y expliqué ese comportamiento por el hecho de que el sueño respondía a un *designio* y no hacía falta que retornase luego de que se lo ejecutó.[8] Más tarde he publicado un sueño que respondía a una confesión.[9] Y si es así, ¿cómo puedo todavía contradecirme y aseverar que el sueño es siempre y es sólo un deseo cumplido?

Lo hago porque no quiero dejar pasar un tonto malentendido que puede costarnos el fruto de nuestros empeños en torno del sueño, un malentendido que confunde al sueño con los pensamientos oníricos latentes y enuncia sobre él algo que pertenece única y exclusivamente a estos últimos. En efecto, es enteramente cierto que el sueño puede subrogar todo eso y ser sustituido por todo eso que antes enumera-

[8] [El primer sueño del caso «Dora» (1905*e*), *AE*, 7, págs. 57-60.]
[9] [Véase «Un sueño como pieza probatoria» (1913*a*).]

mos: un designio, una advertencia, una reflexión, una preparación, un intento de solucionar una tarea, etc. Pero si ustedes lo miran bien, reconocerán que todo eso no es válido sino para los pensamientos oníricos latentes que han sido trasmudados en el sueño. Por las interpretaciones de los sueños se enteran ustedes de que el pensar inconciente de los hombres se ocupa de esos designios, preparaciones, reflexiones, etc., con los cuales después el trabajo del sueño confecciona al sueño. Si por el momento a ustedes no les interesa el trabajo del sueño, pero les interesa mucho el trabajo de pensamiento inconciente del hombre, eliminen entonces el primero y enuncien del sueño esto que en la práctica es totalmente correcto: él responde a una advertencia, a un designio, etc. En la actividad psicoanalítica este caso se da a menudo: las más de las veces el empeño apunta exclusivamente a volver a descomponer la forma del sueño y a insertar en su lugar dentro de la trama los pensamientos latentes de los que el sueño ha nacido.

Y así, como de pasada, por la apreciación de los pensamientos oníricos latentes venimos a enterarnos de que todos esos actos anímicos que hemos mencionado, de alta complejidad, pueden ocurrir inconcientemente. ¡Resultado tan grandioso cuanto desconcertante!

Pero, para volver atrás: ustedes tienen toda la razón si ponen en claro que se han valido de un giro abreviado, y no creen que deban referir esa mentada multiplicidad a la esencia del sueño. Cuando hablan del «sueño» tienen que aludir al sueño manifiesto, vale decir, al producto del trabajo del sueño, o a lo sumo al trabajo mismo del sueño, o sea, a aquel proceso psíquico que a partir de los pensamientos oníricos latentes forma al sueño manifiesto. Todo otro empleo de la palabra es conceptualmente confuso, y sólo puede provocar perjuicios.[10] Si con sus asertos ustedes apuntan a los pensamientos latentes que hay tras el sueño, tienen que decirlo directamente y no ocultar el problema del sueño valiéndose de un modo de expresión más difuso. Los pensamientos oníricos latentes son el material que el trabajo del sueño remodela en el sueño manifiesto. ¿Por qué a toda costa se empeñan ustedes en confundir el material con el trabajo que lo informa? ¿En qué aventajarían a quienes sólo conocieran el producto del trabajo y no pudieran explicarse de dónde proviene y cómo está hecho?

Lo único esencial en el sueño es el trabajo que ha ope-

10 [Se hallarán más consideraciones acerca del uso apropiado de la palabra «sueño» en dos notas, agregadas en 1925 y 1914, respectivamente, a *IS*, **5**, págs. 502 y 570-1, y también al final de la sección I de «Sueño y telepatía» (1922*a*), *AE*, **18**, págs. 199-200.]

rado sobre el material de pensamientos. No tenemos derecho alguno a pasárnoslo por alto en la teoría, por más que en ciertas situaciones prácticas nos sea lícito descuidarlo. La observación analítica muestra, también, que el trabajo del sueño nunca se limita a traducir estos pensamientos a los modos de expresión arcaicos o regresivos que ya conocen ustedes. En cambio, por regla general agrega algo que no pertenece a los pensamientos latentes del día, pero que es el genuino motor de la formación del sueño. Este agregado indispensable es el deseo, igualmente inconciente, para cuyo cumplimiento es remodelado el contenido del sueño. El sueño puede ser todo lo que se quiera mientras ustedes sólo tomen en cuenta los pensamientos subrogados por él: advertencia, designio, preparación, etc.; es siempre también el cumplimiento de un deseo inconciente, y es sólo esto si ustedes lo consideran como resultado del trabajo del sueño. Un sueño, por tanto, nunca es un designio o una advertencia, pura y simplemente, sino siempre un designio, etc., traducido al modo de expresión arcaico con el auxilio de un deseo inconciente y remodelado para el cumplimiento de estos deseos.[11] Uno de esos caracteres, el cumplimiento de deseo, es el constante; los otros pueden variar; pueden ser a su vez también un deseo, de suerte que el sueño figure como cumplido un deseo latente del día con el auxilio de un deseo inconciente.

Yo comprendo muy bien todo esto, pero no sé si he logrado hacerlo comprensible también para ustedes. Además, tropiezo con dificultades para probárselo. Por una parte, eso no se obtiene sin el cuidadoso análisis de muchos sueños y, por la otra, este punto, el más espinoso e importante de nuestra concepción del sueño, no puede exponerse de manera convincente sin referirlo a lo que viene después. ¿Acaso pueden creer ustedes, en vista de la íntima trabazón de todas las cosas, que uno pueda penetrar muy hondamente en la naturaleza de una de ellas sin haberse ocupado de otras cosas de naturaleza parecida? Puesto que todavía nada sabemos de los parientes cercanos del sueño, de los síntomas neuróticos, tenemos que conformarnos también aquí con lo alcanzado. Sólo quiero elucidar frente a ustedes un ejemplo más, y plantear una nueva consideración.

[11] [Al final de esta oración se lee, en todas las ediciones alemanas, «*dieser Wünsche*» («estos deseos»), en plural, lo cual parecería oscurecer el significado. El examen del manuscrito original (que no es muy claro) parece demostrar que Freud escribió en realidad, o intentó escribir, la forma singular «*dieses Wunsches*» («este deseo»). Una descripción más breve, aunque similar en esencia, del mismo proceso se ofrece en «Un sueño como pieza probatoria» (1913*a*), *AE*, **12**, págs. 287 y sigs.]

Tomemos de nuevo aquel sueño al que ya varias veces volvimos, el de las tres localidades de teatro a cambio de 1 florín y 50. Puedo asegurarles que al principio eché mano de él sin propósito alguno, en calidad de ejemplo. A los pensamientos oníricos latentes ya los conocen ustedes: fastidio por haberse apresurado tanto en casarse, frente a la noticia de que su amiga recién acaba de comprometerse; menosprecio por su marido, la idea de que habría conseguido uno mejor con que sólo hubiera esperado. Al deseo que ha hecho de estos pensamientos un sueño ya lo conocen también: es el placer de ver, el de poder ir al teatro, muy probablemente una ramificación de la curiosidad antigua de averiguar por fin lo que pasa cuando uno se casa. Como es sabido, esta curiosidad se dirige en los niños, por regla general, a la vida sexual de los padres; es, por consiguiente, infantil y, en la medida en que continúa presente más tarde, es una moción pulsional cuyas raíces llegan hasta lo infantil.

Pero la noticia que recibió ese día no brindó ocasión alguna para que despertase ese placer de ver; meramente, para el fastidio y el arrepentimiento. Esa moción de deseo no pertenecía en principio a los pensamientos latentes, y pudimos enhebrar en el análisis el resultado de la interpretación del sueño sin atender a ella. El fastidio tampoco era en sí soñable; del pensamiento: «Fue un disparate casarse tan temprano», no podía nacer un sueño antes que a partir de él se despertase el viejo deseo de ver, de una buena vez, lo que ocurre cuando se está casado. Este deseo formó, pues, el contenido del sueño sustituyendo el casarse por el ir-al-teatro, y le dio la forma de un cumplimiento de deseo anterior: «Así, me es permitido ir al teatro y mirar todo lo prohibido, y tú no puedes hacerlo; yo estoy casada y tú debes esperar». De tal modo, la situación presente se mudó en su contraria, fue puesto un viejo triunfo en el lugar de la derrota reciente. Colateralmente, a la satisfacción del placer de ver se entrelaza una satisfacción del egoísmo competitivo. Ahora esta satisfacción determina el contenido manifiesto del sueño, donde realmente se dice que ella está sentada en el teatro, mientras que la amiga no pudo entrar. Los fragmentos del contenido del sueño tras los cuales todavía se ocultan los pensamientos oníricos latentes se sobreimponen a esa situación de satisfacción como una modificación discordante e incomprensible. La interpretación del sueño tiene que prescindir de todo cuanto sirve a la figuración del cumplimiento de deseo, y recobrar, partiendo de esas indicaciones, los penosos pensamientos oníricos latentes.

La nueva consideración que quiero presentarles se propone dirigir la atención de ustedes a los pensamientos oníricos latentes, empujados ahora al primer plano. Les ruego no olviden que ellos son, en primer lugar, inconcientes para el soñante; en segundo lugar, enteramente comprensibles y coherentes, de suerte que se dejan comprender como reacciones naturales frente a la ocasión del sueño; en tercer lugar, que pueden tener el valor de una moción anímica o una operación intelectual cualesquiera. Ahora, con más rigor que antes, llamaré a estos pensamientos *«restos diurnos»*, los confiese o no el soñante. Separo entonces restos diurnos y pensamientos oníricos latentes, designando con este último título, en armonía con nuestro uso anterior, a todo cuanto averiguamos a raíz de la interpretación del sueño, mientras que los restos diurnos son sólo una parte de aquellos. Así pues, nuestra concepción desemboca en que a los restos diurnos se les suma algo, algo que también pertenecía a lo inconciente, una moción de deseo intensa, pero reprimida, y esta sola es la que ha posibilitado la formación del sueño. La repercusión de esta moción de deseo sobre los restos diurnos crea el otro sector de los pensamientos oníricos latentes, aquel que ya no tiene que aparecer racional ni concebible desde la vida de vigilia.

Para la relación de los restos diurnos con el deseo inconciente, me he servido de una comparación que no puedo sino repetir aquí. Para cualquier empresa se requiere de un capitalista que sufrague los gastos, y de un empresario que tenga la idea y sepa llevarla a cabo. En la formación del sueño, el papel del capitalista lo desempeña siempre y sólo el deseo inconciente: él presta la energía psíquica para la formación del sueño; el empresario es el resto diurno que decide acerca del uso de ese gasto. Ahora bien, el propio capitalista puede tener la idea y la pericia, o el empresario mismo poseer capital. Esto simplifica la situación práctica, pero dificulta su comprensión teórica. En la economía política, aunque tal sea el caso, siempre se descompone a esa persona única en sus dos aspectos de capitalista y de empresario, y así se restablece la situación básica de la cual partió nuestra comparación. En la formación del sueño se presentan estas mismas variaciones; dejo a cargo de ustedes el proseguirlas.[12]

Aquí no podemos seguir adelante, pues es probable que hace largo tiempo los inquiete a ustedes un reparo que merece ser escuchado. «¿Son los restos diurnos —me pregun-

12 [Esta analogía fue propuesta originalmente en la sección C del capítulo VII de *IS*, **5**, págs. 553-4, donde se la ilustra más ampliamente.]

tan— realmente inconcientes en el mismo sentido que el deseo inconciente que debe agregárseles para hacerlos soñables?». Van ustedes por buen rumbo. Ahí está el punto donde salta toda la cosa. Ellos no son inconcientes en el mismo sentido. El deseo del sueño pertenece a un otro inconciente, a aquel que hemos individualizado como de origen infantil, provisto de mecanismos particulares [págs. 192-3]. Sería totalmente apropiado diferenciar estas dos maneras de lo inconciente mediante designaciones diversas. Pero, para ello, preferimos esperar hasta que nos familiaricemos con el campo de fenómenos de las neurosis. Se nos ha echado en cara que hablar de un inconciente es ya una extravagancia; ¿qué se dirá ahora si confesamos que no nos basta con menos de dos de ellos? [13]

Interrumpamos aquí. Otra vez, han debido conformarse con algo incompleto; pero, ¿no es reconfortante pensar que este saber tiene continuación, y que esta será producida por nosotros mismos o por quienes nos sigan? ¿Y acaso nosotros mismos no hemos averiguado gran cantidad de cosas nuevas y sorprendentes?

[13] [La cuestión del uso del término «inconciente» fue crucial en las teorías de Freud. Aludió a ella varias veces en el curso de estas conferencias (particularmente en págs. 103, 173 y 194 de este volumen, y en **16**, págs. 269 y sigs., y por último, brevemente, en pág. 397.) Pero es evidente que ya se sentía incómodo con este uso, pues de hecho revisó su concepción de todo el asunto varios años más tarde, en *El yo y el ello* (1923*b*). Se hallará una exposición cabal del problema y de su historia en mi «Introducción» a esta última obra, *AE*, **19**, págs. 4 y sigs. La nueva solución a que llegó Freud es también explicada por él en la 31ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933*a*).]

15ª conferencia. Incertezas y críticas

Señoras y señores: No queremos abandonar todavía el campo del sueño sin tratar de las dudas e incertezas más corrientes a que han dado lugar las novedades y concepciones que llevamos expuestas. Los oyentes atentos que haya entre ustedes habrán recogido ya algún material para ello.

1. Quizás estén bajo la impresión de que los resultados de nuestro trabajo interpretativo del sueño, aunque la técnica se aplique correctamente, admiten tantas imprecisiones que se vuelve imposible una traducción segura del sueño manifiesto a los pensamientos oníricos latentes. Para abonarlo, aducirán que, en primer lugar, uno nunca sabe si un determinado elemento del sueño ha de comprenderse en su sentido genuino o simbólicamente, pues las cosas usadas como símbolos no por eso dejan de ser ellas mismas. Pero si no se tiene ningún asidero objetivo para decidir esto, la interpretación queda librada en este punto al capricho del intérprete del sueño. Además, como el trabajo del sueño hace fundirse los opuestos, todo el tiempo queda indeterminado si un cierto elemento onírico debe comprenderse en el sentido positivo o en el negativo, como él mismo o como su contrario [pág. 163]. Nueva oportunidad para que se despliegue el capricho del intérprete. En tercer lugar, por las inversiones de todo tipo de que tanto gusta el sueño, queda librado al intérprete practicar una de ellas en los lugares del sueño que a él le parezca [pág. 164]. Por último, aducirán haber oído que rara vez se está seguro de que la interpretación hallada para el sueño sea la única posible. Se corre el riesgo de omitir una sobreinterpretación totalmente lícita del mismo sueño [pág. 158]. En estas circunstancias, concluirán, queda librado al capricho del intérprete un espacio de maniobras cuya amplitud parece incompatible con la certeza objetiva de los resultados. O pueden ustedes suponer también que la falla no está en el sueño, sino que las insuficiencias de nuestra interpretación de él se deberían a incorrecciones de nuestras concepciones y premisas.

Todo el material de ustedes es irreprochable, pero no creo que justifique las conclusiones que extraen, en dos direccio-

nes, a saber: que la interpretación del sueño como nosotros la cultivamos está librada al capricho, y que las carencias de los resultados ponen en entredicho la justificación de nuestro procedimiento. Si en vez de arbitrariedad del intérprete se avinieran a decir su destreza, su experiencia, su comprensión, yo convendría en ello. Sin duda, no podemos prescindir de un factor personal de esta índole, en particular en las tareas más difíciles de la interpretación de sueños. Pero tampoco las cosas son distintas en otras empresas científicas. No hay medio alguno de evitar que determinada persona maneje peor o explote mejor que otra cierta técnica. Y lo otro que nos parece capricho, por ejemplo en cuanto a la interpretación de los símbolos, se eliminará por el hecho de que, en general, la trabazón recíproca de los pensamientos oníricos, la del sueño con la vida del soñante y toda la situación psíquica en que el sueño sobreviene, selecciona una sola entre las posibilidades dadas de interpretación, y desecha a las otras por inaplicables. La afirmación de que las imperfecciones de la interpretación del sueño implican que nuestras premisas son incorrectas queda desvirtuada cuando se observa que la multivocidad o el carácter indeterminado del sueño es, más bien, una propiedad suya que necesariamente debía preverse.

Dijimos, recordémoslo ahora, que el trabajo del sueño emprende una traducción de los pensamientos oníricos a un modo de expresión primitivo, análogo a la escritura figural [págs. 159 y sigs.]. Todos estos sistemas primitivos de expresión, empero, están aquejados de parejas indeterminaciones y ambigüedades, sin que por eso tengamos derecho a poner en duda su practicabilidad. La fusión de los opuestos por obra del trabajo del sueño es análoga, como ya saben, al llamado «sentido antitético de las palabras primordiales» en las lenguas más antiguas. El lingüista Abel (1884), a quien debemos este punto de vista, nos pide que no creamos por ello que la comunicación que hacía una persona a otra con el auxilio de palabras tan ambivalentes era ambigua. Más bien, tono y gesto, dentro del contexto de lo dicho, tienen que haber señalado inequívocamente cuál de los dos opuestos quería comunicar el hablante. En la escritura, donde los gestos faltan, fueron sustituidos por un signo figural añadido, no destinado a ser proferido; por ejemplo, la imagen de un hombrecillo en cuclillas con aire de abatimiento o uno bizarramente erguido, según que el ambiguo *ken* de la escritura jeroglífica quisiera significar «débil» o «fuerte». Así, a pesar de la multivocidad de los sonidos y de los signos se evitaba el malentendido. [Cf. pág. 163.]

Los viejos sistemas de expresión, por ejemplo las escritu-

ras de las lenguas más antiguas, nos dejan ver una cantidad de indeterminaciones que en nuestra escritura actual no toleraríamos. En muchas escrituras semíticas sólo se dibujan las consonantes de las palabras; el lector tiene que intercalar las vocales omitidas según su conocimiento y según el contexto. No exactamente así, pero de manera muy parecida, procede la escritura jeroglífica, a raíz de lo cual la articulación fonética del Egipto antiguo ha permanecido ignota para nosotros. La escritura sagrada de los egipcios conoce todavía otras imprecisiones. Así, se dejaba al albedrío del escriba ordenar las imágenes de derecha a izquierda o de izquierda a derecha. Para poder leer había que atenerse al precepto de que se debía hacerlo siguiendo la dirección en que miraban las figuras, pájaros, etc. Pero el escriba podía también ordenar los signos figurales en series verticales, y cuando hacía inscripciones en objetos más pequeños se dejaba llevar por el buen gusto y consideraciones relativas al aprovechamiento del espacio para alterar de otros modos todavía la secuencia de los signos. Lo más perturbador en la escritura jeroglífica es, sin duda, que no conoce una separación entre las palabras. Las imágenes van separadas sobre la superficie a intervalos regulares, y en general no puede saberse si un signo pertenece todavía a la palabra que le precede o constituye el principio de una nueva. En la escritura cuneiforme de los persas, en cambio, una cuña oblicua servía como «separador de palabras».

Una lengua antiquísima, pero que todavía hablan y escriben 400 millones de personas, es la china. No crean que yo comprendo algo de ella: sólo me he instruido al respecto porque esperaba hallar analogías con las imprecisiones del sueño. Mi expectativa, por cierto, no se vio defraudada. La lengua china abunda en imprecisiones tales que podrían meternos miedo. Como es sabido, consta de un número de sonidos silábicos que son proferidos solos o combinados de a dos. Uno de los dialectos principales posee unos cuatrocientos de tales sonidos. Ahora bien, puesto que el léxico de este dialecto se calcula en unas cuatro mil palabras, resulta que cada sonido tiene, en promedio, diez significados distintos; algunos menos, pero otros, bastantes más. Hay entonces toda una serie de recursos para evitar la multivocidad, puesto que por el contexto solamente no puede colegirse cuál de los diez significados del sonido silábico se propone el hablante evocar en el oyente. Algunos de esos recursos son la combinación de dos sonidos en una palabra compuesta y el uso de cuatro «tonos» diversos en la emisión de estas sílabas. Para nuestra comparación es todavía más interesante la circunstancia de que en esta lengua la gramá-

tica es casi inexistente. De ninguna de esas palabras de una sola sílaba puede decirse si es sustantivo, verbo o adjetivo, y faltan todas las flexiones de las palabras por las que podrían reconocerse género, número, caso, tiempo o modo. Esa lengua consiste, por así decir, sólo en la materia prima, y en ello se asemeja a la manera en que nuestro lenguaje conceptual es reducido por el trabajo del sueño a su materia prima, a saber, omitiendo expresar sus relaciones. En el chino, en todos los casos de imprecisión, la decisión se deja a cargo de la comprensión del oyente, que para ello se guía por el contexto. Me he anotado un ejemplo de un refrán chino, que traducido literalmente diría:

«Poco que ver mucho que maravilloso».

No es difícil de entender. Quizá quiera decir: «Mientras menos ha visto uno, tanto más para maravillarse encuentra». O: «Mucho tiene para maravillarse aquel que ha visto poco». Desde luego, no interesa decidir entre estas traducciones, que difieren sólo gramaticalmente. A pesar de estas imprecisiones, se nos asegura, la lengua china es un medio bien perfilado de expresión del pensamiento. Por tanto, la imprecisión no lleva forzosamente a la ambigüedad.

Ahora tenemos que confesar sin ambages que para el sistema expresivo del sueño las cosas son mucho más desfavorables que para todas estas viejas lenguas y escrituras. En efecto, en el fondo ellas están, a pesar de todo, destinadas a la comunicación, vale decir, calculadas para que se las comprenda, cualesquiera que sean los caminos y los recursos. Este carácter, precisamente, le falta al sueño. El sueño no quiere decir nada a nadie; no es un vehículo de la comunicación; al contrario, se empeña en permanecer incomprendido. Por eso, no debería maravillarnos ni desconcertarnos que un número de ambigüedades e imprecisiones del sueño permanezcan indecidibles. Como ganancia segura de nuestra comparación nos queda esta única intelección: esas imprecisiones, que se querrían emplear para objetar el acierto de nuestras interpretaciones de sueños, son, más bien, caracteres regulares de todos los sistemas primitivos de expresión.

¿Hasta dónde llega realmente la comprensibilidad del sueño? He ahí algo que sólo puede establecerse por la práctica y la experiencia.[1] Yo opino que llega a mucho, y la comparación de los resultados que obtienen analistas correctamente formados corrobora mi creencia. El público lego, aun el de

1 [Véase el trabajo posterior sobre «Los límites de la interpretabilidad de los sueños», sección A de «Algunas notas adicionales a la interpretación de los sueños en su conjunto» (*1925i*).]

los científicos legos, gusta, como es sabido, de alardear de un prudente escepticismo cuando se enfrenta a las dificultades e incertezas de un logro científico. Creo que se equivoca en ello. No todos ustedes saben, quizá, que una situación parecida se presentó en la historia del desciframiento de las inscripciones asirio-babilónicas. Hubo un tiempo en que la opinión pública hasta llegó a tener por unos ilusos a los descifradores de signos cuneiformes y a tachar de «fraude» toda esta investigación. Pero en 1857 la Royal Asiatic Society hizo una comprobación decisiva. Solicitó a cuatro de los más prestigiosos descifradores de la escritura cuneiforme, Rawlinson, Hincks, Fox Talbot y Oppert, traducciones independientes bajo sobre sellado de una inscripción que acababa de descubrirse; y, por la comparación de las cuatro lecturas, pudo proclamar que el acuerdo entre ellas era suficientemente grande como para justificar que se diera crédito a lo ya logrado y se confiara en ulteriores progresos. Las burlas del mundo de los legos cultos se fueron acallando poco a poco, y la certidumbre en la lectura de los documentos de escritura cuneiforme ha aumentado extraordinariamente desde entonces.

2. Una segunda serie de reparos arraiga hondamente en la impresión —tampoco ustedes, sin duda, han escapado a ella— de que cierto número de soluciones a que nos vemos precisados en la interpretación de los sueños parecen forzadas, artificiosas, traídas de los cabellos, y por tanto son violentas y aun de efecto cómico y chistoso. Las manifestaciones en este sentido son tan frecuentes que quiero escoger al azar la última que ha llegado a mi conocimiento. Escuchen esto: En la libre Suiza, no hace mucho, un director de seminario fue destituido de su puesto por ocuparse del psicoanálisis. Apeló, y una revista de Berna hizo público el voto del tribunal universitario sobre su caso. De este documento extracto algunos párrafos que se refieren al psicoanálisis: «Además, sorprende lo rebuscado y artificioso de muchos ejemplos que se encuentran también en el mencionado libro del doctor Pfister, de Zurich... tenía que sorprender mucho, pues, que un director de seminario aceptase sin crítica todas estas tesis y seudodemostraciones». Estos párrafos son presentados como la decisión de un «juez sereno». Yo opino, más bien, que esa serenidad es «artificiosa». Entremos a considerar más de cerca estas manifestaciones, con la esperanza de que un poco de reflexión y un poco de conocimiento del asunto no han de ser dañinos para un juicio sereno.

Es en verdad regocijante ver cuán rápido y cuán impertur-

bablemente puede alguien, en una espinosa cuestión de la psicología profunda, emitir juicio siguiendo sus primeras impresiones. Las interpretaciones le parecen rebuscadas y forzadas, no le gustan; por tanto, son falsas y toda esa cosa interpretativa no vale nada; ni por asomo se le pasa por la cabeza la otra posibilidad: que estas interpretaciones presentan esa apariencia forzosamente, que tienen buenas razones para presentarla, a lo cual seguiría el intento de averiguar cuáles son esas buenas razones.

El asunto que fue objeto del juicio se refiere en lo esencial a los resultados del desplazamiento, que ustedes han llegado a conocer como el medio más poderoso de la censura onírica. Con el auxilio del desplazamiento, la censura onírica crea formaciones sustitutivas que hemos llamado «alusiones». Pero como tales son difíciles de reconocer; no es fácil descubrir el camino de regreso desde ellas hasta lo genuino, y se conectan con lo genuino por medio de las más extrañas e insólitas asociaciones extrínsecas. [Cf. pág. 159, *n.* 7.] En todos estos casos, empero, se trata de cosas que tienen que permanecer ocultas, que están destinadas al secreto; es lo que la censura onírica se propone lograr. Pero a algo que tiene que ser ocultado no se puede esperar hallarlo en su sitio, en el lugar que le corresponde. Los destacamentos de vigilancia de fronteras que hoy ejercen sus funciones son, en este aspecto, más astutos que aquel tribunal suizo. En la pesquisa de documentos e informaciones no se conforman con andar a la pesca de cartapacios y portafolios, sino que tienen en cuenta la posibilidad de que los espías y contrabandistas de esas cosas prohibidas puedan llevarlas en los lugares más recónditos de sus vestidos, donde decididamente *no estarían en su sitio*; por ejemplo, entre la doble suela de sus botas. Y si se encuentra ahí esas cosas solapadas, sin duda que fueron rebuscadas,* pero también... halladas.

Si admitimos como posibles los enlaces más remotos y extraños, de apariencia ora cómica, ora chistosa, entre un elemento onírico latente y su sustituto manifiesto, no hacemos sino seguir abundantes experiencias de ejemplos cuya resolución por regla general no hemos hallado nosotros mismos. A menudo a uno le es imposible dar por sí mismo tales interpretaciones; ningún hombre sensato podría colegir el enlace existente. El soñante nos da la traducción, o bien de un plumazo, por su ocurrencia directa —puede hacerlo, pues es en él donde se ha producido esta formación sustitutiva—, o nos brinda tanto material que la solución ya no exige una agudeza particular, sino que se impone como necesaria. Si

* {El juego de palabras es del original.}

el soñante no viene en nuestro auxilio de alguno de estos dos modos, el elemento manifiesto en cuestión permanecerá para nosotros eternamente incomprendido. Permítanme ustedes que agregue todavía un ejemplo de esta clase, que he vivenciado hace poco. Una de mis pacientes ha perdido a su padre en el curso de su tratamiento conmigo. Desde entonces se vale de cualquier ocasión para hacerlo revivir en el sueño. En uno de sus sueños el padre aparece en un cierto contexto, que no interesa aquí, y dice: *Son las once y cuarto, son las once y media, son las doce menos cuarto*. Para la interpretación de esta extravagancia sólo acude la ocurrencia de que el padre veía con gusto que sus hijos adultos se reunieran puntualmente en torno a la mesa a la hora de comer. Esto tenía, sin duda, estrecha relación con el elemento onírico, mas no permitía inferencia alguna sobre su origen. Por la situación de ese momento en la cura, había una justificada sospecha de que un rechazo crítico, cuidadosamente sofocado, contra el padre amado y venerado tenía algo que ver en este sueño. En la ulterior persecución de sus ocurrencias, aparentemente muy alejadas del sueño, la soñante cuenta que ayer en su presencia se había hablado de muchos asuntos de psicología, y un pariente había manifestado esto: «*El hombre primordial* {*Urmensch*} pervive en todos nosotros». Ahora creemos comprender. Esto le dio una excelente oportunidad para hacer que el padre muerto perviviera. Lo convirtió entonces en el sueño en el *hombre de las horas* {*Uhrmensch*} haciéndole anunciar los cuartos de hora que faltaban para el almuerzo.

En este ejemplo, no podrán ustedes apartar de sí el parecido con un chiste, y en realidad ha ocurrido con harta frecuencia que el chiste del soñante se creyera del intérprete. Hay aún otros ejemplos en los que es muy difícil decidir si se está frente a un chiste o frente a un sueño. Ahora bien, recuerden ustedes que idéntica duda se nos planteó ante muchos deslices en el habla [págs. 38-9]. Un hombre cuenta como sueño propio que su tío, mientras estaban sentados en el *auto*(móvil) de él, le dio un beso.[2] El mismo agrega con presteza la interpretación; significa: *autoerotismo* (un término de la doctrina de la libido, que designa la satisfacción sin objeto ajeno). ¿Acaso este hombre nos gastó una broma presentándonos un chiste que se le había ocurrido como si fuera un sueño? Creo que no; realmente lo ha soñado así. Pero, ¿de dónde viene esta desconcertante semejanza? Esta pregunta, en su tiempo, me distrajo un poco de mi camino, pues me impuso la necesidad de someter al

2 [Este sueño es relatado en *IS*, **5**, pág. 410.]

chiste como tal a una indagación a fondo.[3] De ahí resultó, en cuanto a la génesis del chiste, que una ilación de pensamiento preconciente [4] es abandonada por un momento a la elaboración inconciente, de donde después emerge como chiste. Bajo la influencia del inconciente experimenta la acción de los mecanismos que reinan ahí, la condensación y el desplazamiento, vale decir, los mismos procesos cuya participación hemos descubierto en el trabajo del sueño, y a esta comunidad ha de atribuirse la semejanza entre chiste y sueño, allí donde aparece. El «chiste onírico» indeliberado no ofrece nada de la ganancia de placer del chiste. Quizá la profundización en el estudio del chiste pueda enseñarles a ustedes el porqué. El «chiste onírico» nos parece un chiste malo, no nos hace reír, nos deja fríos.[5]

En esto seguimos las huellas de la interpretación de sueños de los antiguos, que junto a tantas cosas inútiles nos ha dejado buenos ejemplos de una interpretación que nosotros mismos no sabríamos aventajar. Les cuento un sueño que tuvo importancia histórica, del que con ciertas divergencias informan Plutarco y Artemidoro Daldiano, acerca de Alejandro Magno [cf. pág. 77]. Cuando el rey estaba empeñado en el sitio de la ciudad de Tiro, que se defendía con obstinación (322 a. C.), soñó cierta vez que vio a un sátiro danzando. Aristandros, el intérprete de sueños, que se encontraba con el ejército, le interpretó ese sueño descomponiéndole la palabra «sátiro» en σὰ Τύρος (tuya es Tiro), y por eso le aseguró el triunfo sobre la ciudad. Alejandro se dejó llevar por esta interpretación, prosiguió el sitio y por fin se apoderó de Tiro. La interpretación, de apariencia bastante artificiosa, fue indudablemente la correcta.[6]

3. Puedo imaginarme que les hará una impresión particular oír que también han sido planteadas objeciones a nuestra concepción del sueño por personas que en calidad de psicoanalistas se han ocupado desde hace mucho tiempo de la interpretación de sueños. Habría sido insólito que una tan propicia ocasión para nuevos errores se dejara sin aprovechar, y así, mediante confusiones conceptuales y generaliza-

[3] [*El chiste y su relación con lo inconciente* (1905*c*). En *IS*, **4**, págs. 304-5*n*., Freud cuenta que fue llevado a escribir esa obra a causa de que alguien (Wilhelm Fliess) le había reprochado que los sueños por él relatados contenían demasiados chistes. Hay un pasaje sobre esto en el propio libro acerca del chiste, *AE*, **8**, pág. 166.]

[4] [Este término se explica en la 19ª conferencia, **16**, págs. 270-1.]

[5] [Véase el capítulo VI del libro sobre el chiste, y en particular *AE*, **8**, págs. 165-6 y 171-2. Ya se había mencionado este punto en pág. 159, *supra*.]

[6] [Mencionado también en *IS*, **4**, pág. 121, *n*. 4.]

ciones injustificadas, se obtienen tesis que en materia de inexactitud no quedan muy a la zaga de la concepción médica del sueño. Ustedes ya conocen una de ellas. Enuncia que el sueño se ocupa de intentos de adaptación al presente y de solución de las tareas futuras, vale decir, persigue una «tendencia prospectiva» (Maeder [1912]). Ya hemos apuntado [pág. 203] que esta tesis descansa en una confusión del sueño con los pensamientos oníricos latentes y, por tanto, tiene por premisa el descuido del trabajo del sueño. Como característica de la actividad mental inconciente, a que pertenecen los pensamientos oníricos latentes, no es ninguna novedad; eso por un lado; por el otro, no es exhaustiva, pues la actividad mental inconciente se ocupa de muchas otras cosas además de la preparación del futuro.[7] Una confusión mucho más grave parece estar en la base de la aseveración según la cual tras todo sueño se hallaría el «artículo de la muerte» [Stekel, 1911*a*, pág. 34]. No sé con precisión lo que quiere decir esta fórmula, pero supongo que tras ella está la confusión del sueño con la personalidad total del soñante.[8]

Una generalización injustificada de unos pocos buenos ejemplos es la tesis según la cual todo sueño admitiría dos interpretaciones; una es la que hemos mostrado, la llamada psicoanalítica, y otra, la llamada anagógica, que prescinde de las mociones pulsionales y apunta a una figuración de las operaciones más altas del alma (Silberer [1914]).[9] Hay sueños así, pero en vano pretenderían ustedes extender esta concepción siquiera a una mayoría de sueños. Después de todo cuanto han oído, les resultará completamente inconcebible la aseveración de que todos los sueños han de interpretarse bisexualmente, como fusión de una corriente masculina con una que ha de llamarse femenina (Adler [1910]).[10] Hay también, desde luego, algunos sueños de esa índole, y más adelante tal vez se enteren ustedes de que están construidos como ciertos síntomas histéricos. Si menciono todos estos descubrimientos de nuevos caracteres universales del sueño, es para alertarlos contra ellos, o para que al menos no tengan duda alguna sobre el juicio que me merecen.

4. El valor objetivo de la investigación de los sueños pareció puesto temporariamente en entredicho por esta obser-

[7] [Freud se ocupó extensamente de esta teoría de Maeder en dos notas de *IS*, **5**, págs. 502 y 570-1.]

[8] [Cf. *IS*, **5**, pág. 399.]

[9] [Esto se discute ampliamente en *IS*, **5**, pág. 518, y en «Sueño y telepatía» (1922*a*), *AE*, **18**, pág. 207, y «Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños» (1917*d*), *AE*, **14**, pág. 227, *n*. 19.]

[10] [Cf. *IS*, **5**, pág. 399.]

vación: que los pacientes en tratamiento analítico acomodaban el contenido de sus sueños a las teorías predilectas de sus médicos, pues unos soñaban predominantemente con mociones pulsionales de carácter sexual, los otros con ansias de poder, y otros, todavía, con el renacimiento (Stekel). El peso de esta observación se achica si se reflexiona en que los hombres ya soñaban antes de que existiese un tratamiento psicoanalítico que pudiera guiar sus sueños, y los que ahora están en tratamiento ya solían soñar antes de que este empezara. El contenido fáctico de esta novedad se deja reconocer enseguida como obvio y carente de importancia para la teoría del sueño. Los restos diurnos incitadores del sueño quedan pendientes de los poderosos intereses de la vida de vigilia. Cuando los dichos del médico y sus incitaciones cobran importancia para el analizado, entonces ingresan en el círculo de los restos diurnos, pueden prestar los estímulos psíquicos para la formación del sueño al igual que los otros intereses del día, no tramitados y teñidos de afecto, y tienen efectos parecidos a los estímulos somáticos que operan sobre el durmiente mientras duerme. Como estos otros incitadores del sueño, también las ilaciones de pensamiento incitadas por el médico pueden aparecer dentro del contenido manifiesto del sueño o ser rastreadas en su contenido latente. Como bien sabemos, se producen experimentalmente sueños; mejor dicho, una parte del material del sueño puede introducirse en este. Por tanto, en el caso de estas influencias sobre sus pacientes, el analista no desempeña otro papel que el del experimentador que, como hizo Mourly Vold, hace adoptar ciertas posiciones a los miembros del sujeto de experimentación. [Cf. pág. 79.]

A menudo puede influirse al soñante en aquello *sobre lo cual* ha de soñar, pero nunca instilarle *lo que* soñará. El mecanismo del trabajo del sueño y el del deseo onírico inconciente están sustraídos a cualquier influencia ajena. Ya en la apreciación de los sueños por estímulo somático [págs. 86-7] reconocimos que la especificidad y la autonomía de la vida onírica se revelan en la reacción con que el sueño responde a los estímulos corporales o anímicos que se le aportan. Por tanto, en la base de la aseveración aquí considerada, que pretende poner en duda la objetividad de la investigación del sueño, hay de nuevo una confusión, esta vez la del sueño con el material onírico.[11]

[11] [Se hallará un examen más detenido de esto en «Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños» (1923*c*), *AE*, **19**, págs. 115 y sigs.]

Es todo, señoras y señores, cuanto quería contarles sobre los problemas del sueño. Hacen bien en sospechar que he omitido muchas cosas, y aun han experimentado que en casi todos los puntos me vi obligado a no ser completo. Pero esto tiene que ver con el vínculo que los problemas oníricos mantienen con los de las neurosis. Hemos estudiado el sueño como introducción a la doctrina de las neurosis, y era por cierto más justo proceder de este modo y no a la inversa. Pero así como el sueño es preparatorio para las neurosis, por otro lado su apreciación correcta de él sólo podrá lograrse después de que se conozcan los fenómenos neuróticos.[12]

Yo no sé lo que pensarán sobre esto, pero debo asegurarles que no me arrepiento por haber ocupado tan largamente el interés de ustedes, y el tiempo disponible, en los problemas del sueño. En ningún otro objeto es posible conseguir con tanta rapidez el convencimiento acerca de la justeza de las aseveraciones que son cuestión de vida o muerte para el psicoanálisis. Se requeriría el esforzado trabajo de muchos meses y aun de años para mostrar que los síntomas de un caso de neurosis poseen su sentido, sirven a un propósito y proceden de la peripecia vital de la persona enferma. En cambio, basta quizás un esfuerzo de unas pocas horas para demostrar esto mismo respecto de un producto onírico al principio incomprensible y confuso, y para corroborar así todas las premisas del psicoanálisis: la condición inconciente {*Unbewusstheit*} de unos procesos anímicos, los mecanismos peculiares a que obedecen y las fuerzas impulsoras que en ellos se exteriorizan. Y si parangonamos la fundamental analogía de construcción entre sueño y síntoma neurótico con la brusca mudanza que hace del soñante un hombre despierto y racional, obtenemos la seguridad de que también la neurosis descansa sólo en la alteración del juego de fuerzas entre los poderes de la vida del alma.[13]

12 [Vuelve a hacerse referencia a los sueños en la 28ª conferencia, **16**, págs. 415-6.]

13 [Freud se ocupó nuevamente del tema de los sueños en la primera de sus *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933*a*), 29ª conferencia.]